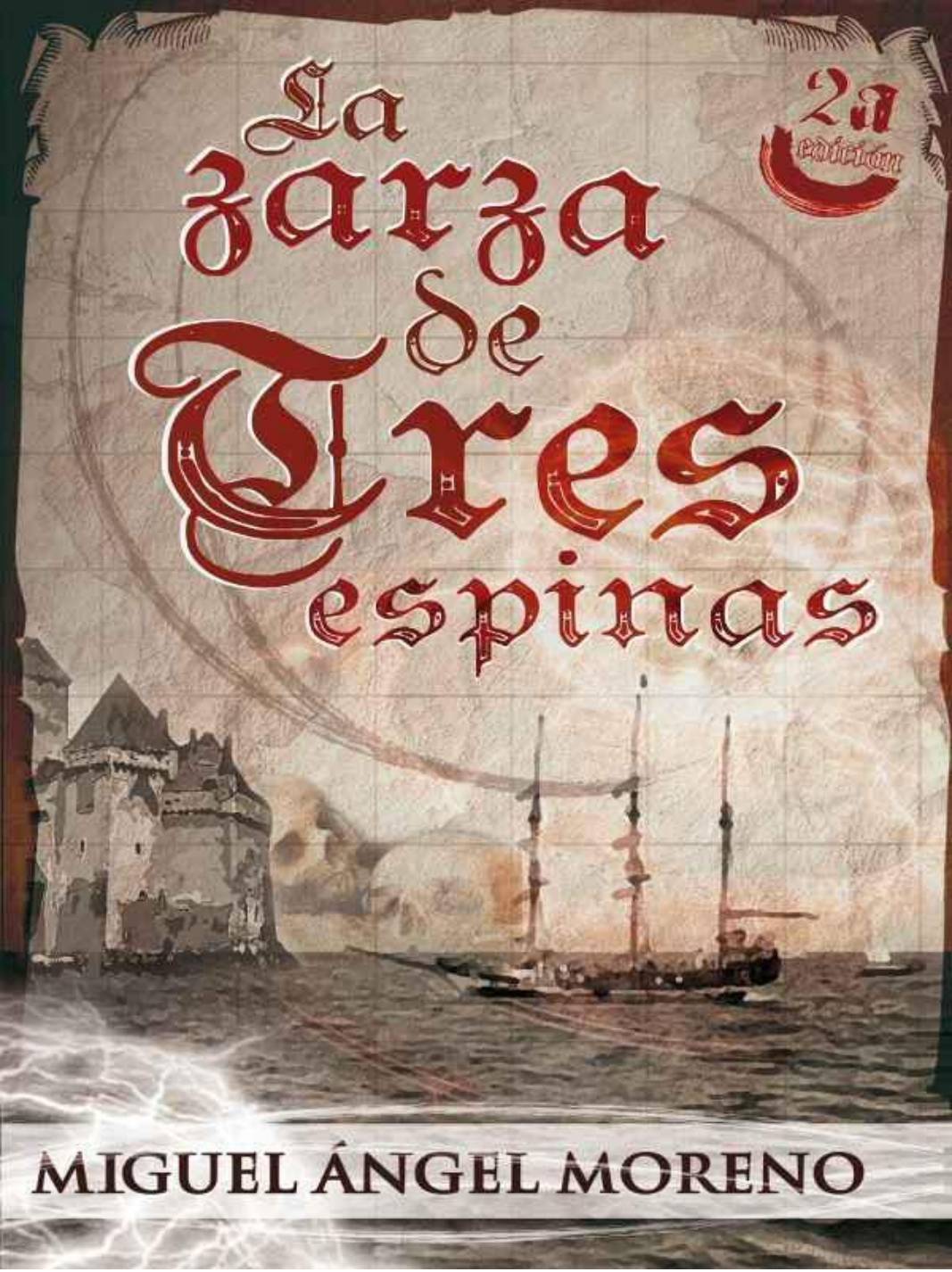
La zarza de Tres espinas

2a edición



MIGUEL ÁNGEL MORENO

La zarza de Tres espinas

2ª edición

MIGUEL ÁNGEL MORENO

La zarza de Tres espinas

La zarza de Tres espinas

MIGUEL ÁNGEL MORENO

GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
Desde 1798

ediciones nf noufront

La zarza de tres espinas
© 2011 Miguel Ángel Moreno

1ª Edición 2011
2ª Edición 2011

Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América.
Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc. www.gruponelson.com

Ediciones Noufront
Ctra. del Pla de Sta. María, 285 nave 9 (polígono industrial de Valls)
43800 VALLS - Tarragona (España)
Tel. 977 606 584
info@edicionesnoufront.com / www.edicionesnoufront.com

Diseño de cubierta e interior: produccioneditorial.com
Fotografía de cubierta: Istockphoto.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-15404-14-9

Impreso en Estados Unidos de América

CONTENTS

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

Agradecimientos

I

El filo curvo de la luna horadaba las nubes como un alfanje amari–llo. Su luz pálida llegaba hasta los edificios de Madrid; casas pequeñas, pegadas unas a otras como si pudieran sentir el frío invernal; separadas de cuando en cuando por unas callejuelas estrechas, retorcidas y plaga–das de charcos. El ladrido de un perro se atrevió a romper el silencio, otro respondió de lejos; y luego dos más. Ladraban al paso de los cor–chetes: seis hombres que corrían frenéticos, espada en mano.

—¡En los soportales! —gritó uno de ellos, al tiempo que señalaba una sombra que pretendía ocultarse tras una de las columnas.

—¡A él! —ordenó otro.

Al saberse descubierto, el fugitivo dio un brinco hacia la oscuri–dad del interior, como si pretendiera entrar por la puerta de alguna vivienda. Pero luego, dubitativo, se volvió, dando la espalda a sus per–seguidores.—¡Quieto, Lucas! —llamó un tercero. No pertenecía a los corchetes.

Sin embargo, el aludido ignoró esta orden igual que las demás y se adentró por un estrecho callejón.

—Está perdido —afirmó uno—. Por ahí no hay salida.

Los corchetes enfilaron el callejón. Era tan estrecho que difícilmente cabían de dos en dos. Al fondo, pegado a un muro que cortaba el paso, Lucas Belmonte buscaba algún asidero por el que trepar.

—Lucas, no sigas —dijo el hombre que lo perseguía junto a los corchetes, adelantándose—. No nos obligues a atacarte. Entrégate.

Lucas observó las paredes de los lados. A su izquierda, a unos seis pasos, descubrió una puerta de aspecto desvencijado, pero si quería alcanzarla era necesario que corriera en dirección a sus atacantes.

—Ya me has entregado, Alonso —gruñó Lucas, desviando la mirada hacia el hombre que se interponía entre él y los guardias—. ¿Cómo has sido capaz de traicionarme así?

—He hecho lo que debía hacer —respondió Alonso, tajante—. Es lo que ordena Dios.

—Te creía mi amigo. ¡Mi hermano!

De repente, Lucas notó que perdía fuerza en las rodillas. Trastabilló, aunque fue capaz de mantenerse en pie. Supuso que la carrera debía haberlo debilitado. Recobró la compostura y gritó a su amigo:

—Juntos hemos escapado de la muerte, y ahora eres tú quien me envía a ella.

—Por favor, Lucas —Alonso relajó el tono de voz. Su rostro dejó ver un leve gesto de súplica—. Todavía no está todo perdido. Entrégate y probablemente recibas misericordia. Tu mujer también la recibirá.

—¡No necesito misericordia! —gritó Lucas, lleno de rabia.

Los corchetes se adelantaron, espadas en mano.

—¡Esperad! —pidió Alonso a los guardias.

Pero no lo consiguió. Éstos se lanzaron contra Lucas, que reaccionó echando a correr en dirección a la puerta. Logró saltar el cerrojo de una patada y la abrió. El interior se encontraba completamente a oscuras, pero con la poca luz que entraba desde el exterior logró distinguir algunos barriles apilados, por lo que dedujo que debía tratarse de algún tipo de almacén. Al fondo podía distinguirse una luz. Un candil en el interior de un nicho iluminaba unas escaleras al primer piso. Corrió a ellas tropezándose con los barriles, seguido de cerca por los corchetes, y ascendió a toda prisa. La planta superior constaba de una pieza diminuta de techo bajo, donde dormía hacinada una familia de seis miembros. Todos se habían despertado con el alboroto. El padre, que debía pesar el doble que Lucas, le salió al encuentro armado con una estaca cuando lo vio aparecer por las escaleras. Se lanzó como un ariete, pero Lucas logró esquivarlo echándose a un lado con un veloz movimiento, luego puso rumbo hacia el otro extremo de la habitación, saltó por encima de dos chiquillos, que todavía se frotaban las legañas en un camastro destartalado, abrió una ventana estrecha, y escurriéndose a través de ella saltó hasta un tejado vecino. Alonso y uno de los corchetes lo siguieron; los demás dieron media vuelta y regresaron a la calle. Desde fuera, detectaron al fugitivo corriendo sobre la línea desigual de los edificios. Con gran habilidad, Lucas logró distanciarse de Alonso, pero no tardó en alcanzar el final del camino. La línea de tejados ya no continuaba en ninguna dirección, sino que daba a una plaza cuadrada, no muy espaciosa, pero lo suficiente como para impedirle continuar su huida. Calculó la distancia que debía separarlo del suelo; también era demasiada.

—¡Lucas! —el grito de Alonso lo sorprendió demasiado cerca de su espalda.

Se giró con velocidad en el momento justo en que uno de los guardias le lanzaba una estocada directa. Logró esquivarla con una finta. Luego tomó al guardia del brazo que empuñaba el hierro, lo atrajo hacia sí con un fuerte tirón, y con el brazo libre le propinó un codazo directo al rostro. El golpe resultó tan efectivo que su atacante soltó el arma y perdió el equilibrio, cayó sobre las tejas, rodó hasta el borde y se precipitó al vacío. Desde la calle ascendió una salva de maldiciones. Los corchetes que lo perseguían desde abajo pedían su sangre por lo que le había hecho al compañero; pero Lucas apenas los escuchó, estaba concentrado en el oponente que quedaba ante sí. Tomó la espada del guardia caído y adoptó una postura de guardia.

—Eres un necio —increpó Alonso—. Ahora no descansarán hasta

matarte.

—¡Me conduces a la muerte de todas formas! Si he de morir, prefiero luchar antes que entregarme.

De nuevo, y repentinamente, las fuerzas lo abandonaron por unos instantes. Lucas dejó escapar un gemido. Frente a él, la figura de Alonso se perfiló borrosa contra la noche.

—Sabes que soy mucho más diestro que tú con la espada, Lucas. No me obligues a defenderme.

Pero éste no respondió. En su lugar corrió hacia Alonso, presa de una ira ciega, y lo atacó con varias y furiosas estocadas que su amigo detuvo sin gran dificultad. En la primera respuesta, Alonso apuntó directo al pecho. Su filo cruzó el viento a una velocidad pasmosa. Lucas reaccionó con un movimiento reflejo para frenar el lance, pero sólo logró desviarlo. La punta alcanzó su estómago y se introdujo medio palmo.

El combate había terminado.

Alonso soltó el mango, de forma que la espada se sostuvo clavada en su amigo. Éste ahogó el primer quejido de dolor; observó la hoja que pendía de su cuerpo y luego a su oponente. Alonso parecía aguardar que sus miradas se encontraran.

—Perdóname —dijo completamente serio; sin embargo, sus gestos no dejaron adivinar un ápice de arrepentimiento.

—Alonso… —respondió Lucas con voz ahogada.

Le flojearon las piernas. Retrocedió unos pasos, buscando recuperar el equilibrio, pero sus talones rozaron el borde del tejado. Resbaló.

Justo cuando su cuerpo se inclinaba para caer, Alonso se acercó de un salto y lo tomó del brazo.

—Vas a morir sin confesión —dijo, acercando el rostro al de su amigo—. Al menos concédeme tu perdón. No añadas este último pecado a todos los que ya cargas sobre tu alma.

—Este pecado… lo cargarás tu. Este pecado…

Lo interrumpió un violento acceso de tos. Se concedió unos instantes, tomó varias bocanadas de aire, y agarrándose al brazo que aún evitaba que cayera al vacío, dijo:

—Cuida de mi esposa.

—Lo haré. Tienes mi palabra.

Lucas afirmó con la cabeza y silenció otro ataque de tos, el cual terminó reproduciéndose en forma de un rumor áspero.

—Sé que lo harás. Siempre has anhelado vivir mi vida.

Con una enérgica sacudida, Alonso se deshizo del brazo que sujetaba. Lucas permaneció un momento suspendido en el aire, con la mirada desorbitada por la sorpresa. Sus dedos se crisparon como si buscaran aferrarse al aire, pero no encontrando nada a lo que asirse, cayó a la plaza. El golpe de su cuerpo contra el suelo reprodujo un eco

macabro. Los perros volvieron a ladrar.

Alonso se tomó su tiempo para recorrer el camino de vuelta hasta la calle. Cuando alcanzó a los corchetes vio que estaban reunidos en torno al cuerpo de su amigo. No demasiado lejos yacía su espada, desprendida del estómago de Lucas por la violencia con la que había impactado contra el suelo. La tomó, se acercó hasta el grupo de hombres y se hizo un hueco entre ellos.

—Eres tú el que me robó mis sueños, Lucas. Por eso debías morir. Que Dios se apiade de ti.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó uno de los hombres.

—Vosotros —dijo, señalando a dos y luego al corchete que también había caído del tejado—. Llevaos a vuestro compañero. Los demás conduciremos el cuerpo de Lucas hasta Jacobo, y que él decida. Nos encontraremos en el convento de los mercedarios.

Los corchetes levantaron a Lucas en andas y lo sacaron de la plaza. Los perros dejaron salir un aullido quejumbroso cuando la comitiva ascendió por la calle de los soportales. En el cielo, el resplandor lechoso de la luna se abrió paso a través de un claro en las nubes, y como si tuviera el poder de acallar todo sonido, devolvió a las calles una absoluta quietud.

—¿Está vivo? —escuchó que decían.

—Creo que no.

—¿Qué clase de respuesta es esa? ¿Acaso no le has cerrado la herida? ¿Está vivo o no?

Lucas intentó gritar, moverse para que todos supieran que aún vivía. Buscó las fuerzas, pero su cuerpo no le respondió. Quiso descubrir a quienes hablaban, pero sólo había oscuridad a su alrededor. Por un momento pensó que debía tratarse de algún sueño, una pesadilla espantosa de la que le costaba despertar.

—*Señor* —pensó—, *¿acaso estoy soñando? ¿Dónde me encuentro?*

La búsqueda de contacto con la Providencia mitigó el pánico que sentía durante un breve lapso entre la pregunta y la esperanza por obtener respuesta; pero entonces un dolor punzante creció en la base de su estómago, intenso y agudo como el mordisco de un animal, y reptó desde allí para reproducirse en sus miembros. El combate en los tejados apareció en su memoria como si hubiera sucedido hacía mucho tiempo, pero con viveza; y con él la herida hecha por Alonso,

que poco a poco debía estar sangráncap dole. No, no estaba soñando. Era aún peor. Estaba herido de muerte; pero aún vivo. En un estado entre los dos mundos quizá, en el que el espíritu inconfeso luchaba por aferrarse a la carne.

A su derecha notó cierta calidez, probablemente causada por algún fuego. Bajo la espalda percibió una superficie rígida pero templada, y dedujo que debía estar echado sobre algún objeto de madera; una mesa, probablemente.

—Ha muerto —volvió a escuchar—. Sí, está muerto. La herida ha sido más grave de lo que pensaba.

Hablaba una voz áspera, como el crujido de la grava al paso de un carro.

—Una pena —afirmó una tercera voz.

¡Alonso! Eran suyas las últimas palabras, no había duda, y debía hallarse muy cerca. Una vez más, Lucas intentó luchar, revolverse, ya no para demostrar que seguía con vida, sino para levantarse, sorprender a su amigo y reanudar el combate. Su cuerpo, sin embargo, continuó completamente rígido.

—Lamento que no haya tenido tiempo de confesarse a Vuestra Merced —continuó Alonso.

La primera voz, la que al principio había preguntado si se encontraba vivo, respondió:

—Ciertamente. Es una pena. Estoy convencido de que habría vuelto a encontrar el camino de la salvación eterna. Lucas Belmonte siempre fue un creyente probado.

Era una voz meliflua, delicada. Lucas la había escuchado antes, en algún momento del pasado; pero se encontraba demasiado confuso y asustado para reconocerla.

—Disponed las exequias —dijo, y añadió—. Gracias por su ayuda, doctor. Creo que ha hecho cuanto ha podido aquí. Puede retirarse.

Nadie respondió, pero Lucas escuchó pasos a su alrededor. Luego aquella voz suave habló por tercera vez.

—¿Qué es esto?

Se hizo una pausa.

—Lo ignoro —respondió Alonso.

Notó que tanteaban su cuerpo. Nuevamente, Lucas se esforzó en un intento por luchar; por huir, pues creyó que ya pretendían enterrarlo; pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Una mano se introdujo en sus ropas.

—¡Vaya! Es un libro… *Proverbia Senecae.*

—Sin duda algún tipo de condenable publicación —afirmó Alonso.

Lucas escuchó un rápido pasar de páginas.

—No, espera. Parece algún tipo de relación. O un diario íntimo, tal vez.

De nuevo, Lucas oyó cómo las páginas siseaban, esta vez más despacio.

—Me lo quedaré, de momento.

—Como quiera —respondió Alonso—. Ahora, si me disculpa, me gustaría ser el primero en dar la trágica noticia a la esposa de Lucas Belmonte. —Buena idea. Tal vez, al escuchar una noticia tan importante de una voz amiga, vuelva a recuperar algo de la cordura que ha perdido. Al menos lo suficiente como para despedirse de su esposo. Ve, Alonso. Yo me encargaré de todo aquí.

Lucas escuchó cómo Alonso se alejaba. El sonido de sus pisadas, algo más fuerte que si caminara, seco y acompasado, le llevó a imaginar que ascendía por unas escaleras. Después, el silencio se hizo a su alrededor. Justo en aquel momento, la condición en que se hallaba atenazó nuevamente su espíritu, provocándole un miedo desesperado. Allí se encontraba, ni vivo ni muerto del todo. Resolvió, aterrado, que su alma escapaba lentamente a través de la herida que Alonso le había abierto en el estómago, y que su estado debía ser, sin duda, transitorio. Al comprender que pronto moriría, lo invadió la duda.

—*Señor* —llamó en sus pensamientos—, *¿merezco esto?*

Nadie respondió.

El sonido de las páginas lo sacó de sus pensamientos. La voz suave de quien se había apoderado de su diario rompió el silencio desde el lado opuesto al calor del fuego.

—«Pese a todo, aún sé lo qué me enamoró de ella» —dijo.

Pero no eran sus palabras. Leía en voz alta las confesiones de Lucas, sus pensamientos vertidos en el papel sobre lo que había sido su vida, más de cinco años atrás.

—«Recuerdo la primera vez que la vi —continuó la voz—, asomada al balcón. Extrañamente, no viene a mi memoria como cualquier otra persona. A ella la conservo de forma distinta. No es una imagen vaga, sino fija; estable a través del tiempo, como si se tratara de una pintura».

Y mientras avanzaba la lectura, Lucas notó que aquellas blandas palabras tenían el poder de transportarlo lejos, libre de la prisión de su cuerpo. Sintió que la realidad se desvanecía, mientras el sonido de aquella voz y sus mismos recuerdos se fundían en una evocación del pasado.

II

Para cualquier vecino o amigo común, resultaba difícil afirmar desde cuándo eran amigos Lucas Belmonte y Alonso Márquez. Incluso ellos mismos, cuando se les preguntaba, reconocían no saber la fecha. Recordaban haber jugado desde que tenían memoria, siendo muy pequeños. Pero la abuela de Alonso, mientras estuvo en vida, juraba que aquella amistad se remontaba muy atrás en el tiempo, incluso antes de que los dos niños supieran hablar.

«Alonso fue el primero en dar los primeros pasos», decía la anciana, siempre comenzando a relatar la historia desde la misma frase. Su memoria, recordando los primeros pasos de su nieto, también echaba a caminar desde aquella imagen primigenia, de forma que empezaba describiendo cómo Alonso se levantó sobre sus dos piernecitas rechonchas una mañana a finales de mayo, muy calurosa y de mucho sol. Ella hacía encajes mientras los dos niños jugaban en el zaguán. De pronto, un gorrión se posó en el adoquín de la entrada y de un salto se coló en el interior, en busca de algo que llevarse al pico. Sin avisar, Alonso se puso en pie, mantuvo el equilibrio con sorprendente facilidad y echó a correr con los brazos extendidos como si pretendiera alcanzar al pájaro, quien, ya con algo de comida, lo esquivó con un revoloteo y escapó a la calle. Alonso alcanzó la puerta y se quedó de pie en el umbral, tambaleándose, pero sin apoyarse en nada. Permaneció ahí un buen rato, observando ofuscado la huida del ágil animalillo. Entonces, Lucas, que no había perdido detalle de la carrera de su amigo, se colocó de rodillas primero, y ayudándose con las manos consiguió incorporarse también, emulando la postura de Alonso durante unos instantes, hasta que cayó sentado. «Lucas siempre imitaba lo que hacía Alonso», concluía la abuela de los Márquez, y elevaba el mentón con cierto deje de orgullo hacia su estirpe.

No resultaba extraño que los dos niños se conocieran desde una edad tan temprana. Las familias Belmonte y Márquez conservaban una no corta tradición de uniones matrimoniales o comerciales que había comenzado desde que Marco Ríos, explorador afortunado de las Indias, echó el ojo a Gregoria Belmonte, peluquera de profesión, según quienes trataban cierta amistad con la muchacha; pícara y de padres conversos, según los demás, a los cuales decidió no escuchar el indiano, pues lo cierto era que la muchacha era muy hermosa, de aires serranos pero elegantes; y dado que nunca hizo ascos a las carantoñas de su rico pretendiente, la boda no tardó en celebrarse.

Puede que los rumores estuvieran en lo cierto, pues la peluquera no tenía más dote que lo puesto, pero a Marco no pareció importarle. Suficiente había ganado él durante sus viajes. No necesitaba más que

los mimos de una mujer, y aquello fue precisamente lo que obtuvo. Gregoria resultó una esposa ejemplar: obediente y fiel a su marido. Sus acciones no tardaron en convertirla en una dama, y su dinero la proporcionó un certificado de sangre vieja que logró acallar todos los rumores sobre su pasado.

Desde aquella unión, ambos linajes ganaron una estrecha amistad, firme pese al transcurso de los años. En este ambiente crecieron Lucas y Alonso; rodeados por miembros de ambos apellidos. Los Márquez, gracias a la herencia que habían ganado en el Nuevo Mundo, ocupaban su tiempo en el cultivo de diversas artes: composiciones poéticas y cetrería para los varones; caza mayor para las mujeres, pues se ejercitaban como pretendientes de corte desde la niñez, arreglando encuentros y acudiendo a cuantas fiestas pudieran para así aumentar la dote familiar.

Por su parte, los Belmonte encontraron su afición en otro tipo de arte: el de la guerra. Como soldados del Rey hallaron cierta estabilidad económica, sin importarles demasiado el peligro inherente al oficio.

Sin embargo, Lucas nunca fue un amante de la tradición familiar, sino que prefería ocupar su tiempo en la lectura o en la relajada contemplación de la naturaleza. De modo que cuando Alonso le manifestó que pretendía estudiar leyes, éste dedicó todos sus esfuerzos en hacer lo mismo. Con este proyecto ambos partieron a Salamanca desde Toledo, llenos con la ilusión que provocaba la idea de estudiar juntos. Los primeros años resultaron casi idílicos para ambos, a pesar de que existieron diferencias en el progreso de sus estudios: mientras que Alonso devoraba las lecciones con pasión, Lucas encontró un muro infranqueable con el aprendizaje del latín. Ya desde adolescente, su aprendizaje en la escuela le resultó verdaderamente complicado. Por aquel entonces le costaba memorizar declinaciones y raíces; incluso las frases dictadas por el profesor desaparecían de su memoria como si ésta las repudiara. Con su llegada a la universidad, el monstruo de la lengua latina volvió a presentarse ante él; pero no quiso darse por vencido, y a pesar de la evidente racha de fracasos, decidió continuar bajo el amparo de Alonso, quien se propuso no descuidar su manutención, costeándola de su propio bolsillo para que su amigo no sufriera ninguna penuria durante la temporada universitaria; para que ambos, en fin, vivieran juntos una temporada ajeada de preocupaciones. Y, en efecto, habría resultado idílica de no ser por un acontecimiento que les obligaría a dejar la carrera y que trastornaría sus vidas para siempre: Margarita Valle.

Huérfana de padre y madre, Margarita vivía a la sombra de su tío, Eduardo Valle, famoso escritor de comedias y guardia celoso de la hermosura de su sobrina, a quien sacaba al sol en contadas ocasiones.

La muchacha, que al alcanzar los quince años se aficionó a disfrutar con el efecto que su belleza causaba en el sexo opuesto, aprovechaba las escasas salidas para vestirse las mejores prendas y usar los más selectos afeites, todo con objeto de potenciar sus virtudes. Los varones que se atrevían a mirarla quedaban hipnotizados por su cabello negro adornado de cintas; sus manos gráciles y esbeltas, o su mirada de ojos oscuros, mezcla entre dulce y pícara, poseedora además de un extraño poder de sugestión, por medio del cual el hombre libre se transformaba en un pretendiente desesperado, peregrino eterno al balcón de la muchacha.

—Margarita, no puedes andar jugando así —la censuró su tío una mañana, como había hecho en otras muchas ocasiones.

Ella reía mientras observaba a través de una rendija de las contraventanas. Afuera, un nuevo enamorado paseaba la calle arriba y abajo. En esta ocasión se trataba de un rico comerciante, viejo y encorvado. Bastó una sonrisa para que el pobre infeliz la colmara de presentes: más cintas para el pelo, arracadas y guantes perfumados.

—No puedo tolerar por más tiempo que te comportes de esta forma. ¿Me escuchas, Marg…?

Como siempre hacía, Margarita lo mandó callar con un aspaviento. Su nueva víctima se había parado frente al balcón. Alargaba su cuello de pavo para estudiar las contraventanas, buscando algún tipo de señal. Margarita, rauda, abrió una de las hojas y asomó la mano. Al viejo pareció darle un ataque.

—¡Margarita!

La muchacha se volvió hacia su tío, visiblemente sorprendida por el tono de voz del reproche. El comediógrafo parecía furioso, pero cuando sus ojos encontraron los de su sobrina, se acobardó.

—Hija, me estás deshonrando —continuó, más calmado—. ¿Acaso piensas darte en matrimonio con ese hombre?

—¿Matrimonio? —respondió ella con alborozo— ¡Ja! Yo no pienso casarme. Eso no es para mí.

—Pero alguna vez te tendrás que casar.

—¿Para qué? No necesito ningún hombre. Me basto yo sola.

Se colocó en jarras frente a su tío, orgullosa, altiva. Eduardo, cuya imagen pública era de hombre preclaro y recio, se tornaba frágil cuando debía enfrentarse a su sobrina. Tras años de insistencia y sutil manipucap lación, Margarita había logrado dominarle, para así imponer su opinión cuando le apeteciera.

—Míralo —dijo a su tío, desviando otra vez su atención hacia la estrecha rendija de la contraventana—. Ahí está, sufriendo. Se muere de ganas de rodearme con sus brazos —se revolvió con un escalofrío —. No pienso ni tocarlo.

Luego, perdiendo de golpe todo interés por su pretendiente, se

volvió de nuevo hacia el comediógrafo.

—No, yo no quiero ningún hombre. Un esclavo, eso sí.

Y su garganta produjo una carcajada suave y musical que hizo desaparecer en su tío cualquier nuevo intento por reprenderla.

Pese a su corta experiencia como mujer, Margarita Valle sabía aprovechar cada curva de su incipiente figura para demostrar una feminidad cautivadora. Caminaba describiendo un contoneo grácil pero bien perfilado, sonreía en el momento justo, curvando los labios en una proporción adecuada a sus intenciones. Controlaba cada mirada, de modo que sabía cuándo hacerlo de reojo, con cierta malicia, y cuándo congelar al interlocutor con la fijeza de sus pupilas. Cada movimiento, cada gesto y cada palabra escondían una pretensión sicalíptica; por ello, cuando se cruzó con ella por primera vez, Lucas Belmonte no fue capaz de emitir ni una palabra. Él y Alonso iban juntos de camino a la universidad cuando la vieron, asomada al balcón, regando los geranios.

—Es lo más parecido a una criatura celestial —afirmó Alonso cuando la descubrió, casi al mismo tiempo que Lucas—. Mírala. Tiene rostro de virgen.

Desde aquel momento Lucas conservaría esa primera visión de Margarita; igual a una pintura religiosa. Una virgen de tez lisa, marmórea; que regaba los geranios con el rostro ligeramente inclinado, la mirada llena de compasión y una sonrisa apenas sugerida.

—Será mía —se propuso Alonso—. Es tan hermosa que debo ganármela.

Lucas no supo qué responder. Ante la visión epifánica de la sobrina de Eduardo Valle, las intenciones de su amigo casi le parecieron una blasfemia. Pero lo cierto era que Alonso Márquez había caído en la trampa de aquella ninfa. Comenzó a pasearse bajo su balcón, ataviado con sus mejores ropas y mostrando su porte varonil frente a la fachada. Por su parte, Margarita se deleitaba con gozar de los requiebros de un pretendiente tan joven y pudiente. Era precisamente a éstos, que tan cercana veían la posibilidad de ganarla, a quienes hacía sufrir de forma especial. A través del balcón dejaba verse para regar las plantas en más ocasiones de lo acostumbrado, reía los piropos y hasta dejaba caer alguna prenda que su amado recogía y conservaba cual reliquia divina. Todo con objeto de desesperarlos, desafiando su paciencia, pues nunca se daba a su pretendiente más de lo necesario para que en éste no menguara el interés. Con Alonso, al verle tan seguro de sí mismo, tan orgulloso, quiso retorcer más sus torturas. Aceptó que ambos se vieran en un encuentro nocturno al que luego no asistió. A la mañana siguiente, compungida, Margarita lanzó una nota a través de la ventana en la que se detalló una excusa

convincente, junto a la promesa de una nueva cita. En el segundo día señalado, Alonso volvió a esperar durante toda la noche sin que la joven apareciera.

De este modo, el hijo de los Márquez comenzó a obsesionarse con aquel amor imposible. Descuidó sus estudios y su alimentación. Quiso olvidarla, y hasta se propuso no volver más a pasear la calle, pero lejos de curarle, aquel supuesto remedio hizo que pasara horas metido en cama, soñando despierto, atormentado con fantasías irrealizables. El rostro de Margarita, perlado con la caligrafía de sus dulces promesas, le ardía en las entrañas con una intensidad muy superior a su fuerza de voluntad.

Una madrugada, cuando todavía faltaban dos horas para el amanecer, Alonso visitó a Lucas. A éste le sorprendió su aspecto demacrado. Los cabellos, grasientos por el sudor, le caían sobre el rostro. Era la primera vez que lo veía en días.

—Ha de ser mía. Mía y de nadie más —dijo, en voz más alta de lo convenido a aquellas horas, cuando Lucas le invitó a pasar—. ¡Mía! ¡Mía, Lucas! La necesito. Muero sin ella. Ni estudio, ni como, ni deseo vivir más.

Parecía al borde de la locura, del suicidio. En el aposento de Lucas, Alonso se revolvía en su silla imaginando futuros encuentros con la muchacha. Su faz, hinchada por las ojeras, tan pronto se iluminaba proyectando planes de conquista amorosa, como se ensombrecía con la posibilidad del rechazo.

—Acudiré de nuevo a su balcón —resolvió el enfermo—. Rondaré día y noche su puerta hasta que decida entregarse a mí.

—¿Y su tío? Te molerá a palos si se entera.

—¿Su tío? No me asusta. No temo a nada. Me entrevistaré con él. Le daré mis referencias. Cuando sepa que procedo de una familia adinerada accederá a que me case con Margarita.

—¿Hablas de boda? Alonso, mira bien lo que haces.

—¡Lo necesito! Lucas ¿Y si se la lleva otro? Si ella se va cono otro yo me muero. Me muero, o me vuelvo loco, los mato a los dos y luego me mato yo. No. Imposible. Conseguiré su amor el primero. Yo, el primero y el único.

—Asegúrate de lo que sientes antes de hablar con su tío. Por si fuera algo pasajero… —¡Asegurarme! —Alonso se paseaba, frenético, de un lado a otro de la habitación—. ¿Crees que esto es un sentimiento pasajero? ¿No ves que lo tengo claro? ¿Por qué no me apoyas?

—No lo sé.

Lucas desvió la mirada, obligado por una vergüenza repentina.

—Pues no me atosigues y ayúdame. Tengo que encontrarme con Margarita, como sea, y hacerle saber mis pretensiones de matrimonio.

—Quizás, en la iglesia…

—¡La iglesia! Claro. No se me había ocurrido, estoy demasiado cansado para pensar. Averiguaremos a cual asiste. Allí tendré oportunidad de hablar con ella.

Y en su rostro volvió a brillar una sonrisa de esperanza, de sueños que parecían acercarse a la realidad. Alonso veía de nuevo a Margarita entre sus brazos; y a sí mismo dueño de sus ternuras, de sus besos, de su virginidad. Sus ojos brillaron con aquella visión casi palpable. Clarearon las ojeras del estudiante con aquel futuro que se mostraba tan prometedor a sus ojos. Se despidió de su amigo y volvió a su cama. Allí se echó, abrazado a sí mismo, recitando una y otra vez el nombre de su amada; y como si éste tuviera algún poder balsámico para su espíritu conturbado, logró dormir al fin.

III

Dos días tardó Alonso en averiguar la iglesia a la que acudía Margarita Valle con su tío: la parroquia de los santos Justo y Pastor. Reunió el valor suficiente para acercarse al domingo siguiente, bien ataviado y perfumado. Una vez dentro, realizó su primera tentativa mientras la muchacha rezaba. Logró acercarse, colocarse a su lado y formularle sus pretensiones al oído. No obstante, Margarita debía hallarse en un estado de concentración absoluto, pues hizo oídos sordos a los planes de fuga, de consumación del amor y de matrimonio. Al principio Alonso no supo cómo reaccionar; pero al instante, y poseído por una angustia que apenas le dejaba aliento para mantenerse consciente, estiró el brazo e intentó alcanzar las palmas unidas de la muchacha. Justo cuando su índice se atrevió a rozar la piel nívea de Margarita Valle, ésta se apartó con un movimiento brusco, como si el contacto con Alonso la hubiera asqueado. Luego abrió lentamente uno de sus ojos gatunos, se deleitó un segundo con el semblante atormentado que mostraba su nuevo siervo, y dejando escapar un resoplido desdeñoso, volvió a sus rezos.

Alonso, desconcertado, quiso permanecer en su sitio, intentando aparentar que la reacción de la muchacha no lo había afectado. Deseó reunir fuerzas para hablar, pedir explicaciones de aquella reacción, o incluso despedirla sin mostrarse alterado, pero se sintió incapaz. Un fuego iracundo se extendía por todos sus nervios sin dejarle posibilidad alguna para reprimirse. Se levantó, dio media vuelta y salió a la calle. Una vez fuera, el sol del mediodía incidió directamente sobre su cara. Quedó mareado, desorientado. Caminó por las calles de Salamanca haciendo eses, aguantándose las ganas de gritar. Tenía miedo de hacerlo, no por la opinión que pudieran hacerse de él los transeúntes que cruzaban en su camino, sino por sí mismo, por el bienestar de su cordura; pues pensaba que si daba salida a toda aquella rabia terminaría por volverse completamente loco. Tras deambular sin dirección unos minutos, entró por un callejón, y cuando supo que nadie lo observaba, vomitó.

No obstante, y pese al contundente rechazo de Margarita, el amor de Alonso resultaba demasiado fuerte para que menguara con un solo encuentro infructuoso; peor aún, sus sentimientos lo habían cegado a la realidad de tal modo, que cuando regresó a casa y tuvo tiempo de ordenar sus pensamientos fue capaz de cavilar una excusa convincente que diera sentido al menosprecio experimentado. Barruntó que sin duda Margarita debía ser una muchacha devota, y que había sido un descuido asaltarla sin permiso mientras rezaba. La próxima vez —porque ya deseaba que hubiera una próxima— buscaría un momento

menos íntimo para iniciar una conversación, y de este modo la hija del comediógrafo no lo rechazaría; antes bien, todo lo contrario. Volvería a recibirlo con una sonrisa y a aceptar los requiebros como siempre había hecho.

De este modo, Alonso logró renovar sus ánimos, aunque no del todo. La sola posibilidad de verse nuevamente ignorado por Margarita se colaba furtivamente en sus pensamientos, alimentando un terror que lo mantuvo en vela durante dos noches. Al tercer día, Alonso amaneció febril. Sólo la presencia de Lucas logró amainar su acceso.

—¿Y si no me ama? No podré soportarlo. No deseo soportarlo. Ya no me importará enloquecer. Perder el juicio y dejarme llevar. Hacer lo que los celos me dicten. Dejaré de ser Alonso Márquez. Me convertiré en un animal.

Mientras tomaba de las manos a su amigo, Lucas creyó percibir que en los ojos de Alonso ya brillaba cierta aura ferina.

—Ven conmigo. Acompáñame la próxima vez —le pidió Alonso, echado en la cama.

—Ni siquiera deberías ir tú.

—No digas eso. Ni lo pienses. Debo ir, una vez más. Realizar el último intento. Pero tengo pánico de su nueva reacción, y de mí mismo. De perder el juicio, allí, frente a la imagen de Cristo y la Virgen, y confesar que ya no creo en nuestro Señor. Porque para mí no hay más dios, Lucas, que Margarita Valle.

Aquella blasfemia habría escandalizado a muchos, pero no tuvo ese efecto con Lucas Belmonte. Él comprendía aquella divinización, y cuando al domingo siguiente, convencido por Alonso, acudió a la parroquia y se persignó frente a la imagen de la Virgen, ni siquiera se molestó en observarla, porque a unos escasos diez pasos Margarita merecía más devoción. La muchacha atendía la predicación del sacerdote en pie, exhibiendo la sinuosa curva de su talle. Su tez nacarada coloreaba en las mejillas con un pudoroso arrebol; sus ojos brillaban como si el sermón hubiera osado arrancar de ellos las lágrimas. De repente, Margarita desvió la mirada a su izquierda, acuciada por la solicitud con la que la llamaba Alonso, y su pelo negro ensortijado se deslizó acariciando sus hombros desnudos. Era el ideal de perfección, pensó Lucas, mientras Alonso, desde el otro lado, hacía señas a la muchacha para que se acercara. Al principio ella no había reaccionado, pero ante las insistencias, se volvió hacia su pretendiente, y con un claro gesto de desprecio le dio la espalda. Alonso quedó congelado al principio, pero al poco sus ojos se oscurecieron, escondiéndose bajo las cejas. Los labios blanquearon y se estiraron hasta casi desaparecer; una sombra cubrió su frente y se encogió su figura. Desde su lado, Lucas presintió que su amigo estaba a punto de ejecutar uno de los terribles actos de locura que tanto

había vaticinado en sus conversaciones, de modo que quiso acercarse para animarlo; pero en ese momento, Margarita, que continuaba observando la escena por el rabillo del ojo, se volvió hacia él alertada por sus movimientos. Lo observó de arriba abajo en un instante, con mirada inquieta e interesada, y sonrió.

Lucas quedó paralizado, igual que le sucedió la primera vez que la contempló. En un momento desapareció todo cuanto lo rodeaba: los bancos, las paredes, las imágenes, los asistentes… incluso olvidó su interés por Alonso. La figura de su amigo se volvió un borrón oscuro. Los sonidos también se difuminaron, de forma que las palabras del predicador se volvieron lejanas e incomprensibles. Al final sólo quedaba ella, Margarita, observándolo. La diosa hizo un gesto, un asentimiento quizá, o una seña para indicar a Lucas que podía acercarse, que tenía permiso para entablar una conversación. Pero él fue incapaz de mover un músculo. No pudo, aunque quiso obedecer con todas sus fuerzas. Margarita volvió a sonreír, más jovial, más dulce; y aunque Lucas se sentía carente de fuerzas para acercarse a ella, supo que lo haría en algún momento de su vida. Debía hacerlo, porque Margarita acababa de reclamar su existencia para sí, y si quería seguir respirando, conservar la cordura, debía hablar con la muchacha y suplicar una porción de su alma, lo justo para continuar en el mundo. Ya era su esclavo.

Algo lo sacó de su estado. La mancha amorfa en la que se había transformado Alonso había desaparecido. Lucas volvió a la realidad y buscó a su amigo con la mirada. Lo halló en el umbral de la puerta de la parroquia, contemplando el interior con una fijeza vesánica, temblando de rabia. Cuando sus miradas se encontraron, Alonso salió, y aunque Lucas corrió en su busca, no consiguió hallarlo.

Alonso no volvió a su aposento aquella noche, ni a las clases del día siguiente. Había desaparecido. Lucas no tardó en comprender que su amigo había dejado Salamanca, quizá para proteger a ambos de un arrebato homicida. Se recriminó a sí mismo haberle fallado al honor de tal forma, y planeó él también su regreso a Toledo; pero le fue imposible. Margarita ya se había colado en sus pensamientos. Las fantasías con la muchacha le robaron el sueño antes de que lograra preparar su huida. Creció en él la obsesión, igual que le había sucedido a su amigo, hasta que se sorprendió a sí mismo errabundo de la calle donde vivía su ama. Ésta se mostró muy interesada en el nuevo estudiante. Su tío, al principio, no vio con buenos ojos la relación, ya que Lucas no se encontraba a la misma altura social que Margarita, de modo que intentó convencer a su sobrina para que cambiara de pretendiente, pero ésta zanjó la conversación con una frase:

—Ya sé que no está a mi altura, tío, y nunca lo estará. Por eso me

voy a casar con él.

Con una frase de semejante contundencia, el tema se dio por zanjado, y poco después la boda quedó arreglada para dentro de cuatro meses. Aquella breve temporada transcurrió para Lucas como un sueño difuso, difícil de recordar. Se dejaba llevar a donde dispusiera su prometida, hacía todo lo que ella le ordenara sin rechistar, con una apacible sonrisa como única respuesta. Era como si en realidad ya no se sintiera dueño de su cuerpo, sino que éste no fuera más que un recipiente alquilado para su espíritu. Las semanas transcurrieron a una velocidad pasmosa, hasta que una mañana Lucas se contempló a sí mismo arrodillado frente al altar.

Tras la boda continuaron los recados y las órdenes. Gracias a los conocimientos en leyes de Lucas, Margarita, por vía de las amistades de su tío, le consiguió un trabajo como alcabalero; sin embargo, los ingresos que reportaba aquel oficio pronto se hicieron pocos para ella, que nunca quedaba satisfecha con el dinero que entraba en casa. Una noche, tras un viaje de diez días que lo mantuvo peregrinando por media Castilla, Lucas encontró a Margarita aguardándolo a la entrada.

—Tienes que buscar otro empleo —ordenó a modo de saludo—. Con el que tienes no me llega.

Él ni siquiera encontró fuerzas para responder. Entró en casa arrastrando los pies y se dejó caer en una silla.

—¿Me oyes? Este trabajo no nos va bien. Mira —insistió, mostrándole el pie.

Llevaba puestas unas chinelas azafranadas que parecían nuevas.

—Tengo que comprarme calzado de mala calidad.

Y como si su cuerpo no le obedeciera, Lucas se descubrió afirmando aquel nuevo capricho. Dos meses después, y gracias a las recomendaciones de su familia, consiguió un puesto como arcabucero en el tercio de Lombardía. Partió hacia los Países Bajos en primavera. Cuando regresó, a mediados de otoño, era una persona diferente. Estaba sucio, desaliñado. Su rostro lucía un aspecto cadavérico y demacrado. La mirada, oculta tras unas cuencas profundas, parecía perdida en las visiones de cuanto había presenciado en la guerra. Cuando entró en casa, una noche en la que soplaba un viento gélido, encontró que su mujer lo aguardaba con el gesto torcido.

—¿Dónde está la soldada?

—Te la envié.

—Lo que me enviaste era muy poco. Apenas me ha dado para comer.

—Hay atrasos en los pagos.

—¿Atrasos en los pagos? Tú eres el que no me pagas. A saber en qué vicios te lo habrás gastado.

Lucas miró a su esposa. Sus cejas se doblaron hacia abajo en una

expresión de súplica. ¿En qué vicios iba a gastarse lo poco que le daban? ¿Acaso Margarita no comprendía que no tenía otro vicio que ella? Su esposa, a pesar de la forma en que lo trataba, era su obsesión. Pensaba en ella a todas horas, y su devoción, cada vez más intensa desde que la viera por primera vez, lo conducía a esforzarse al límite para lograr mantenerla contenta. Cada día que pasaba fuera anhelaba volver a reunirse a su lado, encontrar el calor de sus brazos. Nunca lo hallaba, pues Margarita siempre lo recibía insatisfecha y arisca. No soportaba tener a su marido cerca, pero y eso, ¿qué le importaba a él? Estaba dispuesto a sacrificar su honor con tal de obtener los más ínfimos detalles de Margarita, de forma que se conformaba con escuchar su voz y sentirla cerca, aunque fuera para recibir un reproche. Contemplarla hermosa, perfecta; igual a la figura dibujada por el artista en la que el tiempo no puede hacer mella. Lucas se contentaba con eso, y contra más odio demostraba su esposa hacia él, tanto más se sentía esclavo.

—Todo me lo gasto en ti.

Margarita observó la figura consumida de su esposo.

—No todo. Tienes que ganar más dinero. Esfuérzate.

—Lo haré, cariño. Descuida.

Pero no pudo hacerlo. Los primeros vientos del otoño hirieron su salud, debilitada a causa de la mala alimentación, y le provocaron unas fiebres que lo mantuvieron en cama casi un mes. Aquel tiempo volvió a transcurrir como una ensoñación, igual que le había sucedido antes de casarse. Se mantuvo en un estado entre las pesadillas y la vigilia, poseído por una sensación de frío permanente en sus huesos. Margarita cuidó de él durante los primeros días, pero pronto se cansó, de forma que Lucas quedó recluido en su habitación, solo. Cada mañana, las paredes que lo rodeaban parecían cerrarse más y más a su alrededor, y cada noche lo acosaban visiones aterradoras de la guerra mezcladas con la imagen de su mujer. En sus sueños ella era el enemigo. Lucas la atacaba, arcabuz en mano, y conseguía abatirla de un disparo. Entonces despertaba con una sensación agradable, pero duraba poco, pues al instante aparecían unos remordimientos que le oprimían la cabeza, acompañados por un dolor latente en el pecho. Cuando no fue capaz de reconocer el día de la noche, Lucas comprendió que pronto moriría.

Una tarde en la que cayó una fuerte nevada, lo acosó de pronto el irrefrenable deseo de abandonar su cama y escapar de la habitación. Algo, una fuerza extraña, lo empujaba fuera de aquellas paredes que parecían querer devorarlo. Creyó que no sufría sino otro nuevo delirio, y estuvo un tiempo indeterminado procurando resistir aquel impulso, pero lo golpeó una nueva sacudida que imprimió fuerza a sus músculos, de modo que se puso en pie, se vistió con las mínimas

prendas necesarias para la decencia y abandonó su aposento. Margarita no estaba en la sala. Había salido de la casa, desaparecido; no sabía desde cuándo, ni le importaba.

Salió. Al abrir la puerta fue recibido por una ráfaga de viento que le produjo un intenso dolor en el pecho, pero quiso continuar. Caminó sin dirección. Había poca luz. Elevó la vista al cielo y descubrió unos nubarrones oscuros que apenas dejaban entrar las luces del crepúsculo. ¿Amanecía o anochecía? No supo decirlo. Su percepción del tiempo había desaparecido. Tomó varias calles al azar, sin saber a dónde se dirigía. Quizás la muerte misma era quien lo guiaba —pensó—— para que muriera fuera de casa, lejos de Margarita. No merecía morir cerca de ella porque nunca había sido suya. Nunca. Ni de él ni de nadie.

Aunque sus pensamientos continuaron, Lucas detuvo sus pasos. Comenzaba a nevar de nuevo; más fuerte. Los copos se posaron blandamente en su cabello desaliñado y sobre los hombros de su camisa. Todo su cuerpo temblaba a causa de un frío que, sin embargo, no fue capaz de sentir. Quiso volver a reanudar su marcha, vagar hasta desfallecer, pero no pudo. Sus piernas no le obedecieron. Entonces se volvió, y allí, frente a él, descubrió dos figuras embozadas, cubiertas de nieve. La que estaba más cerca se adelantó y retiró el sombrero y el pañuelo que ocultaban su rostro. Lucas, perplejo, descubrió que se trataba de su amigo, a quien creía desaparecido.

—¡Alonso!

—Lucas… —respondió el otro, con voz sosegada.

—¿Vienes a buscarme?

Sus ojos estudiaron a su interlocutor de arriba abajo, sin poder distinguir si se encontraba frente a una visión. Era Alonso, pero sus facciones se habían endurecido y su mirada había perdido el brillo. Era fría… oscura.

—¿Vienes a buscarme, muerte? —repitió Lucas, convencido de que la parca venía en su busca.

Las rodillas le fallaron. Cayó sobre la nieve sin producir ruido y permaneció allí, observando el baile de los copos. Alonso se acercó a él y lo estudió desde arriba. La otra figura, que aguardaba detrás, se aproximó también. Cuando se retiró el pañuelo, Lucas vio que era una mujer de tez pálida, cabellos rubios, casi blancos y ojos azul transparente. Dijo algo al oído de Alonso en un idioma que parecía italiano. Éste vaciló. La mujer repitió aquellas palabras con mayor solicitud.

—Sí lo conozco —dijo éste al fin—. De toda la vida.

Entonces, justo antes de que perdiera el conocimiento, Lucas notó que su amigo lo tomaba en brazos.

IV

Cuando Lucas volvió en sí, se encontró con que había regresado a su habitación. Fuera continuaba nevando. Era noche cerrada.

—Le ha bajado la fiebre —informó Margarita.

Estaba sentada a su derecha, cerca del cabecero. Tenía la mano sobre su frente.

—Ya despierta —dijo Alonso, y añadió, dirigiéndose a él—: Tranquilo, amigo. Te hemos devuelto a casa. Descansa.

—Gracias… —susurró él, y cerró los ojos de nuevo.

Volvió a despertar una mañana soleada. Consiguió levantarse y salir de su habitación. En el salón encontró a Margarita, Alonso y aquella mujer que lo acompañaba cuando se encontraron bajo la nieve.

—¡Lucas! —llamó su amigo.

Llegó hasta él de un salto y lo tomó de las manos.

—Cuánto celebro que te hayas recuperado. Ven, siéntate con nosotros. Lucas todavía se esforzaba por comprender lo sucedido. Alonso, como si fuera capaz de leer su pensamiento, explicó su encuentro en la calle, durante una fuerte nevada, hacía ya cuatro días.

—Fue una suerte que te hallara yo, y no cualquier desconocido. Al principio me costó reconocerte. Has… adelgazado.

Después relató la causa de su marcha repentina. Le había llegado una carta desde Nápoles, escrita por un primo suyo. Había heredado, al parecer, ciertas tierras pertenecientes a su tío, fallecido un mes atrás, de modo que tuvo que marchar de inmediato para hacerse cargo de ellas. Viajó con intención de venderlas y regresar a Salamanca para continuar sus estudios, pero alguien lo retuvo.

—Beatrice —dijo, señalando a la mujer rubia.

Ésta le respondió con una tierna sonrisa.

—Tendréis que disculparla. Aún no habla muy bien el castellano.

Alonso contó cómo se había enamorado de ella a primera vista. Beatrice vivía con su familia, en una campiña cercana a las tierras que había heredado. De modo que resolvió quedarse un tiempo en la zona, aprovechar sus tierras para acercarse a la muchacha y entrevistarse con su padre en cuanto tuviera oportunidad. Consiguió que éste aceptara darle a su hija en matrimonio. Se casó, vendió las tierras y volvió con ella a Salamanca.

—Me encontré contigo el mismo día de mi llegada. Me alegra que nos hayamos vuelto a encontrar todos —paseó su mirada por los presentes y se detuvo un instante en Margarita—. Compraré una casa aquí, cerca de la vuestra. Así todo volverá a ser como antes.

Un latigazo de dolor sacó a Lucas de su viaje al pasado. Nació en su estómago y descendió por sus piernas hasta los dedos de los pies. La herida hecha por la espada de Alonso le quemaba, pero no era capaz de retorcerse de dolor, ni siquiera de emitir un quejido, lo cual aumentaba su sufrimiento. Habría preferido continuar perdido en el ensueño, en la época de la juventud, donde no lo acosaba ningún enemigo, pero había vuelto al presente, tumbado sobre la madera templada, envuelto en la voz que desvelaba los secretos de sus memorias.

—«La conservo como una pintura que no envejece. Inmaculada».

Continuaba hablando de Margarita. Mientras que Lucas había recorrido décadas de su vida, en la realidad no había transcurrido sino unos breves instantes.

—«… porque no ha cambiado jamás. Mis ojos no han percibido el paso del tiempo en su rostro».

Lucas recordó a la Margarita de los días en que era una muchacha. No todo su pasado con ella había resultado malo. Hubo una época feliz, marcada por el regreso de Alonso. Su amigo se comportó como si nunca hubiera sentido un amor enfermizo por la que se había convertido en su esposa. Nunca le reprochó nada, ni demostró rencor. Sólo una vez, acosado por los remordimientos, intentó Lucas iniciar una conversación sobre el tema.

—Está olvidado, amigo. Todo pertenece a un pasado que ya no importa. Concentrémonos en el porvenir —respondió Alonso; y cuando Lucas quiso insistir, no se lo permitió.

—Entonces cuéntame la verdad de tu ausencia.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué te marchaste? ¿Dónde has estado todo este tiempo? Cuando te vi, bajo la nieve, supe que eras alguien distinto. Tu rostro ha cambiado. Se parece a los que he tenido la desgracia de ver muchas veces… en la guerra.

Tomando aire, Alonso decidió confesar a su amigo que la historia de la herencia había sido una mentira. En realidad se había marchado sin rumbo fijo. Viajó al sur, a Sevilla, donde consiguió trabajo como mercenario. Luego se enroló como marinero. Recorrió el Mediterráneo, luchando contra los turcos, hasta desembarcar en Nápoles. Allí la historia real enlazaba con la inventada. Conoció a Beatrice, se enamoró, compró una casa cercana a la de la mujer para

conquistarla y se casó con ella.

—Beatrice me ama con locura —admitió, con una sonrisa—. Es la mejor persona que he conocido jamás.

—¿Por qué huiste de Salamanca?

—Eso ya no importa. He vuelto para quedarme. Retomemos nuestra amistad.

Como había prometido, Alonso consiguió una casa no demasiado lejos de la suya. Margarita en seguida hizo amistad con Beatrice. En ella encontró una nueva distracción, pues se propuso dedicar todos los días a enseñarle a hablar, leer y escribir castellano, lo que apartó de su cabeza la necesidad de nuevos caprichos. Gracias a ello, Lucas pudo verse más desahogado. Consiguió sobreponerse a la dureza de su trabajo, y tras varios años de servicio lo ascendieron a cabo.

La herida volvió a dejarse notar; Lucas, no obstante, la ignoró esta vez. Continuaba envuelto en aquella época de momentos imborrables. Hubo uno, en especial, que apareció con viveza: el nacimiento de Laura, la hija de Alonso y Beatrice. El parto resultó un proceso largo y duro que se demoró durante más de veinte horas. Al nacer, la niña no dejó escapar ni un quejido. En lugar de eso, abrió sus enormes ojos azules, y como si bebiera a través de ellos, contempló las cosas que la rodeaban.

—Está enferma —sentenció la partera cuando le echó el primer vistazo.

No hizo falta que dijera más para que sus padres comprendieran que Laura no estaría demasiado tiempo en el mundo. Su bautizo se realizó la misma tarde del nacimiento. No obstante, aquellas malas noticias pasaron desapercibidas para Margarita Valle. En la esposa de Lucas ya crecía una meta nueva. Tras el parto, Lucas percibió que lo trataba con un cariño que pocas veces le había demostrado.

—Yo también quiero ser madre —le dijo una noche, antes de encerrarse en su habitación.

Lucas sabía que con un oficio como el suyo, donde eran frecuentes los retrasos en los pagos, sería complicado alimentar una boca más.

—*Pero llegó* —se dijo a sí mismo, volviendo al presente.

El cuarto en que se hallaba había quedado tan silencioso que, por primera vez, percibió el chasquido de las llamas. Continuaban calentándolo a su derecha, aunque con menor intensidad.

La voz que lo acompañaba regresó a la lectura de sus memorias.

—«También recuerdo a mi hijo. Nunca pude verle, pero a lo largo de estos años he podido hacerme una idea de cómo debió ser. Tardó varios años en venir, pues mi trabajo me mantenía demasiado tiempo fuera de casa, pero llegó. Sé que su presencia trajo alegría al hogar durante el breve tiempo que permaneció en este mundo, menos incluso que la pobre hija de Alonso. Ojalá hubiera podido conocerlo.

El Señor quiso llevárselo a los pocos minutos de nacer, y Margarita, mi pobre esposa, fue incapaz de superar la pérdida».

Llamaron a la puerta. La voz se detuvo.

—Con el permiso de Vuestra Merced.

—¡Alonso! ¿A que se debe tu regreso? Adelante.

Lucas escuchó pasos.

—Se trata de Margarita —dijo Alonso.

—¿Le comunicaste el fallecimiento de su marido?

—Lo hice, pero… —¡Quiero bajar! —cortó una tercera voz.

¡Era Margarita! No había duda. Lucas percibió su voz, aunque lejana.

—Ha insistido en venir —explicó Alonso, alzando la voz por encima de los gritos de la mujer.

—Que pase —respondió el lector del diario.

Silencio. Por unos instantes, Lucas dejó de intuir lo que sucedía en la habitación. Hasta que de repente, notó el tacto frío de una mano acariciándole el rostro.

—Lucas…

Era ella. Su esposa. La voz sonaba débil y entrecortada, pero aún conservaba algo de la dulzura que en el pasado había sometido a tantos hombres. Lucas se esforzó por imaginar el aspecto que tendría Margarita, de pie junto a su cuerpo inerte. El recuerdo semejante a una pintura fue el primero en aparecer: de la muchacha de aires traviesos que regaba los geranios en su balcón, pero en seguida se superpuso otro. Un retrato espantoso de una mujer deformada por los estragos de la demencia, vencida por la tragedia.

—Insistió en ver su cadáver —escuchó que decía Alonso, en voz baja—. Me resultó imposible convencerla de lo contrario. En su estado…

—Dejémosla. Tal vez un golpe de semejante magnitud pueda devolver algo de salud a su cabeza.

—¿Cómo murió? —preguntó Margarita.

—Fue un accidente —respondió Alonso.

—¿Un accidente?

—Hija —intervino el de la voz delicada—. Me temo que Lucas decidió abrazar ciertas herejías que no pudimos consentir. Se opuso a la ley de Dios y a la de los hombres. Intentamos reconducirlo, pero escapó. Cuando lo perseguimos, se enfrentó a nosotros. No tuvimos más remedio que…

El llanto de su esposa detuvo la conversación.

—Vamos, hija. Vamos.

—¡Jacobo! Asegúreme que su espíritu encontrará refugio en los brazos del Señor —suplicó Margarita.

¿Jacobo? Lucas conocía a ese hombre. ¡Sí! ¡Su voz le había

resultado familiar desde el primer momento!, aunque su estado había trastocado su percepción. Se hallaba extrañamente mareado y débil, incluso antes de que Alonso lo persiguiera junto a los corchetes, y todavía lo estaba. Sin embargo, ahora empezaba a recordar…

—Haré todo lo que pueda por salvar su alma, pero me temo que las pruebas en favor de su culpabilidad son demasiado contundentes para ignorarlas.

… perfil de nariz griega, cejas espesas y barba negra bien recortada…

—¡Tenga misericordia! —pidió Margarita entre sollozos.

—Rezo por él, y me aseguraré de que tenga un enterramiento digno, pero Dios es quien tiene la última palabra.

… mirada tranquila, labios gruesos, frente ancha y despejada bajo la tonsura…

—Vamos, Margarita. Debes descansar —recomendó Alonso.

—¡No! Antes deseo hablar con el prior. Deseo hablar… hablar… — su voz se quebró.

—De acuerdo. Alonso, déjala un rato conmigo y aguarda fuera.

Un sonido de pasos indicó a Lucas que su amigo dejaba la habitación. La hoguera a su derecha crepitó cuando alguien la avivó con el fuelle. Una nueva oleada de calor arropó su cuerpo.

—Margarita, siéntate —indicó Jacobo.

Lucas ya no tenía duda de quien se trataba; y aunque seguía algo confuso, acosado por recuerdos que se mezclaban desordenadamente como un sueño que viviera despierto, su memoria reprodujo al propiecap tario de la voz melódica con tanta fidelidad que creyó haber recuperado la visión. Un hombre de alta estatura, vestido con hábito blanco. Las manos ocultas dentro de las mangas, el rostro sereno, y sobre su pecho, en un colgante, el escudo de la orden de la Merced.

Era Jacobo Balius, sacerdote y prior mercedario. El maldito Jacobo Balius, la persona que lo había conducido a la perdición. De haber sido capaz, Lucas habría saltado de su sitio para estrangularlo allí mismo. Lo peor de todo, sin embargo, era ver cómo Alonso conversaba con él tranquilamente, como si nada de lo que les había ocurrido en los últimos años hubiera sucedido. Sin duda, continuaba dejándose llevar por el interés y la envidia; por lograr, al fin, una vida que siempre había sido de Lucas.

—Tengo miedo —dijo Margarita.

Un crujido a sus pies le indicó a Lucas dónde se había sentado.

—La muerte no es sino un tránsito a la verdadera vida que nos aguarda —respondió el prior—. Lucas ha errado en su vida. Dios es justo, pero también es bueno, y no olvidará los méritos que logró como soldado de la Cristiandad.

—No es eso precisamente lo que me preocupa, Jacobo.

El tono de su esposa había variado de forma radical. Sonó resuelto, decidido; tal y como ella solía expresarse en el pasado. Además, el tratamiento de confianza hacia el prior resultaba de lo más anormal.

—Vamos arriba —ordenó Jacobo.

V

Situado entre la parroquia de San Miguel de los Octoes y la Puerta de Guadalajara, el convento mercedario de San Pedro Armengol disfrutaba de una posición privilegiada respecto a la ubicación. Su fachada daba a una calle ancha, de modo que no padecía la presencia atosigadora de los edificios de enfrente. Durante el día disfrutaba de luz hasta bien entrada la tarde; y a la caída de la noche quedaba libre de las corrientes, gracias a que había sido construido casi vara y media más retraído respecto a la línea de edificios. De este modo, daba la impresión de esconderse. Sus puertas asomaban tímidamente a la calle, y por arriba, la torre del campanario apenas se atrevía a superar los tejados circundantes.

Dentro, el convento estaba formado por una pequeña nave cuadrada, sin columnas y con techo en madera sin abovedar. En la pared oriental, Alonso Márquez se entretenía estudiando un retablo sobre la vida del santo. Desde la cripta subieron Margarita y Jacobo Balius. El prior saludó con un rápido movimiento de cabeza y guió a la mujer a través de una puerta en el lado norte.

—En seguida volvemos —dijo antes de desaparecer —Alonso, baja a velar el cadáver.

El aludido obedeció.

Margarita y Jacobo ascendieron hasta el campanario: un pequeñísimo cuarto con suelo de madera. Los rodeaban paredes de ladrillo, oscuro y carcomido. Desde arriba, donde descansaban dos campanas, se filtraba la suficiente luz para revelar algunos nidos de palomas. De allí colgaban dos sogas que descendían hasta enroscarse en un rincón.

Cuando tuvo a Margarita frente a él, Jacobo aguardó unos instantes para cerciorarse que no subiera ningún ruido desde abajo; luego, tomándola de los hombros, la zarandeó con violencia.

—No muestres tu verdadera condición tan a la ligera. Si Alonso ve que no te sucede nada, sospechará.

—¡¿Y qué?! —respondió ella con atrevido desparpajo, desasiéndose de las manos del prior.

En un momento desapareció de su figura cualquier indicio que indicara un trastorno mental.

—Estoy cansada —continuó— de fingir mi enfermedad.

—¡Necia! —gritó Jacobo.

Su voz no tenía nada de suave. Emergía bronca, carrasposa; como si no dispusiera de aliento suficiente.

—Si Alonso descubre tu traición no descansará hasta darte muerte. Y luego me matará a mí —continuó Balius tras echar un rápido vistazo

a las escaleras.

—Tus miedos no deberían centrarse en Alonso Márquez. Todavía me ama, y su amor por mí le impide ver que hay una conjura a su alrededor. Aunque averiguara todo lo que se ha planeado en su contra, estaría dispuesto a olvidarlo si a cambio recibiera mi promesa de amor eterno. Quien me preocupa es Beatrice. La mujer se entrevistó en varias ocasiones con un desconocido mientras nuestros maridos estuvieron presos. Al principio no le di importancia, pero con el tiempo, tras el rescate, he sospechado. No he podido averiguar nada de ese hombre misterioso, a pesar de haberlo intentado en varias ocasiones, pero estoy segura de que fue quien ayudó a organizar la partida de búsqueda que rescató a Lucas y Alonso. Piénsalo, Jacobo. Beatrice confió en un desconocido antes que en ti. ¿No te parece sospechoso?

El prior enarcó una ceja.

—Sospechas por cualquier cosa. No concibo tal astucia en Beatrice. Esa desgraciada napolitana es ajena a todo lo que ha sucedido en torno a su marido.

—No quieres admitirlo porque te da pena. Sufres de voluntad débil.

De un salto, Jacobo Balius se plantó frente a Margarita.

—¡Jamás vuelvas a sugerir algo semejante! —escupió, con su rostro pegado al de la mujer—. Sí, la visité antes de marcharme de Salamanca, sentí pena por ella, porque me asqueaba el modo en que habíamos entregado a su marido al tormento.

—Y revelaste secretos que jamás debieron salir de tu boca.

—Porque confié… porque confío en su ingenuidad. Sé que nunca ha sospechado nada.

—Eres débil. Lucas y Alonso regresaron por culpa de tu incapacidad para soportar los pecados.

—Habrían regresado tarde o temprano —dijo Jacobo, intentando parecer contundente, pero había relajado el tono de voz; Margarita pareció crecer.

—Fuiste imprudente —dijo al prior en un siseo.

—Beatrice no es un peligro. Ella no sabe nada.

—¿Y si lo fuera? ¿Y si supiera más de lo que aparenta?

—Imposible.

Margarita dejó que una sonrisa malévola aflorara en la comisura derecha de sus labios. Jacobo se volvió como repelido por la presencia de la mujer. Descendió un par de los escalones que conducían a la nave principal, pero se volvió y dijo:

—¿Y tú? ¿Acaso no te mueven los celos? Odias a Beatrice.

—Sí —admitió ella.

Su tono de voz arrastraba una oscura intención. Jacobo notó que se le erizaba el vello de la nuca.

—La odio. Pretendió arrebatarme el corazón de un hombre que me pertenecía. Alonso será siempre de mi propiedad, aunque esté casado con otra mujer.

El Maestro General ha muerto. Eran las palabras que una y otra vez volvían a su cabeza. Por eso el acólito tuvo que repetirle dos veces más que todo estaba dispuesto para el sermón.

—Ya voy —contestó Jacobo al fin.

Se puso en pié, alisó su hábito, colocó recto el escudo de los mercedarios en su pecho y salió.

La parroquia de los Santos Justo y Pastor de Salamanca estaba a rebosar de gente. Los últimos en llegar se apretujaban en las puertas y estiraban la cabeza buscando atisbar algo de lo que sucedía en el interior. El prior caminó sin prisa hasta el púlpito y subió las escaleras mientras se extendía el silencio. Una vez arriba, estudió a los presentes con detenimiento. Los más cercanos a su posición pertenecían a la clase pudiente. Allí, sus ojos se permitieron descansar unos instantes sobre Alonso Márquez. El párroco ya le había informado sobre él. Llevaba instalado en Salamanca unos pocos años. Casado con una italiana y padre de una hija que acababa de cumplir los tres. A ellas también las detectó, al otro lado; su esposa con la niña de la mano, que intentaba desasirse pegando tirones.

Los Márquez vivían de suculentas rentas. Eran una familia rica. Jacobo clavó la mirada en Alonso hasta que se supo observado. Ambos permanecieron así un momento; de repente, Jacobo alzó la voz.

—Muchos de vosotros ignoráis lo que vuestros hermanos, los soldados españoles, sufren en tierra de los turcos. Se enfrentan al martirio, no sólo de la carne, sino del espíritu. Son torturados y obligados a renegar de su fe para convertirse a las herejías que defienden nuestros enemigos. Nosotros, los mercedarios, nos hemos dado muchas veces en su lugar para que no cedieran, a sabiendas de que encontraríamos la muerte, pero lo hacemos contentos, llenos de alegría, pues sabemos que nuestra recompensa nos espera arriba, en los cielos.

El Maestro General ha muerto. La carta no decía nada más. No hacía falta más información. ¿Para qué? Era todo lo que Jacobo necesitaba saber. Tanto tiempo esperando y al fin su objetivo cobraba forma.

Carraspeó.

—Ésa es la verdadera recompensa que debemos esforzarnos en conseguir, no los tesoros que nos hagamos en la tierra. Nuestras riquezas y nuestras ambiciones no valen nada para el Señor. Él no contempla esos esfuerzos, pues debéis recordar que es quien consiente que tengáis propiedades, títulos y bienes. Lo hace por una razón: desea que os comportéis como buenos cristianos, demostrando la caridad.

Pausa dramática. Aprovechó para tomar aire. *El Maestro General ha muerto*. Los priores de Barcelona ya estarían disputándose el cargo. ¿Y él? En Salamanca, lejos de donde le correspondía estar. Pero, ¡claro! Le habían tendido una trampa. A sabiendas de que poseía influencias, sus oponentes lo habían mandado a pedir donativos para la Merced, mientras el Maestro General agonizaba. Así no tendría oportunidad de proponerse como el nuevo líder de la orden. Una astuta encerrona; eso había sido, pues no había recibido la noticia a tiempo. Debía admitir que, en aquel lance, sus adversarios habían triunfado. Enviarlo lejos, conscientes de su ignorancia sobre cuán cerca se hallaba la pelea por el grado de maestro general de la orden, era todo un acierto estratégico.

Alguien tosió. La pausa estaba alargándose demasiado.

—Por ello vengo a vosotros, humilde, a llamar a vuestra caridad. Dad a la Merced, salvad a vuestros hermanos del yugo turco. Devolvedlos al seno de sus familias y al abrazo cálido del cristianismo. Cada maravedí será multiplicado en bendiciones celestiales, allá —señaló al techo—, en la vida que nos aguarda a todos.

El Maestro General ha muerto. Pero sus enemigos se equivocaban. Ni siquiera enviándolo lejos evitarían su influencia. Cada vez acumulaba más poder. ¿Otro ocuparía el puesto de Maestro General de los mercedarios? En realidad no importaba, por el momento. Dejaría que sus enemigos disfrutaran un tiempo breve para así acomodarse, confiarse. Era mejor de este modo, así tendría ocasión de fortalecerse más, para que cuando reclamara el cargo nadie de entre los otros priores tuviera valor de contradecirle. Sólo le era necesario reunir algo más de dinero para consumar su plan…

Volvió a fijarse en Alonso Márquez.

—Donad, os digo, pero luchad también. Mirad la victoria en Lepanto, cuánto beneficio habrá reportado a la bendita causa del Señor. Pues, ¿qué ganaremos si con el dinero salvamos una, cinco o una docena de almas de la esclavitud turca? Ganaremos mucho, diréis, y es verdad. Pero si prestáis vuestra espada a la cristiandad, si todos, movidos por nuestro amor a Cristo, nos unimos para pelear y derrotamos a nuestros enemigos, ¿a cuantos habremos salvado entonces? ¡A todos!

Enfervorizado con sus propias palabras, sacó medio cuerpo del

púlpito en dirección a los presentes. Parecía estar a punto de arrojarse a ellos. La mayoría escuchaba su predicación absorta; Alonso bostezaba.

—¡Los cautivos serán liberados!

Necesitaba hacerse con el control de los priores, conseguir riquezas para acallarlos. Aplastar sus voluntades bajo el peso del soborno.

—¡Y vuestra recompensa en los cielos…!

Alonso no prestaba atención.

—¡… será aun mayor que si hoy donarais todas vuestras riquezas!

Se detuvo en seco, jadeando. Una gota de sudor descendió desde su sien y quedó colgando de la mandíbula. Todos habían sido convencidos. Tomarían las armas si lo ordenaba y marcharían a la guerra, pero no quien a él le interesaba. Alonso Márquez continuaba sin sentir la llamada. Quiso añadir alguna palabra más, pero no supo qué. Vaciló. Otra gota de sudor resbaló por el puente de su nariz, haciéndole cosquillas. Se secó con la manga. Debía convencer a ese hombre como fuera para que deseara con todas sus fuerzas acudir a la guerra. Era su gran oportunidad para enriquecerse. Pero no, no era posible. No importaban las palabras que decidiera utilizar, Alonso nunca lo escucharía. Quizás, estudiándolo, conociendo sus debilidades… Resolvió que por el momento era mejor terminar. Dio media vuelta y descendió pausadamente los escalones del púlpito.

Al final de la misa se colocó estratégicamente a la salida de la parroquia. Los presentes ofrecían allí sus donativos a los acólitos. En un momento vio que Alonso se acercaba. Su esposa iba conversando con otro matrimonio.

—Gracias por la predicación —dijo Alonso aproximándose a Jacobo.

Éste sonrió. Tal vez sí había sido capaz de tocar su conciencia.

—Se necesitan hombres valerosos y honorables que sean capaces de defender el Evangelio contra la invasión enemiga —declaró Balius, dejando ver las manos, que guardaba bajo las mangas de su habito.

Alonso alargó el brazo hasta la caja de donativos. De su palma cayeron varios maravedíes de a ocho.

—Me temo que tendrá que ser sin mi ayuda. Aquí tengo mucho de lo que ocuparme.

Y se volvió para hacerle carantoñas a su hija. Jacobo se esforzó por responder con una sonrisa, pero por dentro ardía en él una rabia difícil de contener. Había fracasado estrepitosamente.

—Yo sí iré —escuchó que decían.

Se volvió hacia su nuevo interlocutor sin poder evitar cierto dejo de asco en su expresión. ¿Quién era? Un cualquiera, un don nadie. Un pobre desgraciado conmovido con su mensaje, que no merecía ni un instante de su atención.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó sin ninguna gana.

—Lucas Belmonte —respondió el otro con una reverencia—. Para servir a Vuestra Merced. Llevo años luchando en el tercio de Lombardía.

—Excelente…

Aquella conversación le estaba provocando nauseas. Quiso salir de allí.

—Esta es mi esposa. Margarita.

Jacobo la observó con una pizca mayor de interés. Vestía ropas más caras que su marido, pero sin la opulencia de alguien que perteneciera a la clase adinerada. Tenía buen gusto, y tal vez una ambición por aparentar más de lo que realmente poseía, si se comparaba su aspecto con el de aquel pobre soldado. En el fondo —pensó Balius— no era más que otra desgraciada, presumida sin disponer de lo que presumir. Si algo había que pudiera aprovecharse en ella era una hermosura extraordinaria. Una belleza mezclada con cierta travesura en los gestos, la sonrisa y la mirada, que la dotaban de un aspecto malévolo a la par que atractivo. ¿Cómo había llegado a casarse con un infeliz como aquel? Probablemente aquella mujer desfogaba sus vanidades con algún amante, o más de uno.

Extendió la mano. Margarita se dispuso a besarle el anillo.

—Después de escuchar a Vuestra Merced he comprendido que mi lugar está en el Tercio de la Armada —continuó Lucas—. Voy a enrolarme.

—Eso es absolutamente… —comenzó Jacobo, pero algo lo dejó mudo.

En el momento en que Margarita se inclinaba para besar su mano, descubrió, tras ella, la figura de Alonso Márquez; y su atención se centraba, no en su esposa o hija, que aguardaban a varios pasos de distancia, sino en e*lla,* en Margarita. La contemplaba cubierto por una sombra de lascivo deleite, apenas perceptible tras una estudiada indiferencia que, sin embargo, no pasó desapercibida para él. Alonso devoraba con ansia reprimida cada grácil movimiento de la mujer del tal Lucas Belmonte.

Jacobo se estremeció de satisfacción. Allí estaba, finalmente, la garantía de su ascenso a Maestro General de los mercedarios.

—… Es la mejor noticia que he recibido hoy —dijo a Lucas, y posó delicadamente su mano en la cabeza del soldado a modo de bendición.

VI

—Siempre he sabido que eras la dueña de ambos —dijo Balius.

Continuaba en el primer peldaño de la escalera, dispuesto a descender del campanario, pero lo había detenido una ocurrencia macabra.

—Dime, Margarita —inquirió, volviéndose hacia la mujer, que aún no se había movido de su sitio— ¿Nunca te han importado sus vidas?

La fina capa de polvo depositada sobre los tablones del suelo se había levantado, barrida al paso del hábito del prior. Flotaba ahora sobre la estancia, iluminada por una pálida hebra de luna. Tras ella, parcialmente oculta en la oscuridad del habitáculo, Margarita parecía un espectro.

—¿Nunca has sentido amor por esos dos hombres a quienes posees? ¿O tan siquiera pena? Responde.

—No.

Jacobo contuvo un escalofrío.

—Eres diabólica.

La risa juvenil de Margarita rebotó sobre las paredes del habitáculo y ascendió hasta encontrar salida entre las campanas. Cuatro palomas huyeron con un fuerte aleteo.

—No me insultes, Jacobo. Recuerda que tú me convenciste para que los utilizara.

Súbitamente, el prior notó que se apoderaba de él una presión claustrofóbica, impelida al presentir que también él se hallaba preso de Margarita Valle.

—Creo que nunca hizo falta convencerte.

Sí, posiblemente él también se había transformado en su esclavo, pero no a causa de su belleza, como les había sucedido a Lucas y Alonso; sino acorralado por las maquinaciones de aquella mujer insensible. Se notó temblar. Respiró hondo, adoptó una postura autoritaria, y alargando el brazo a la mujer, dijo:

—Bajemos ya. Van a tocar a maitines.

—Todavía no me has dado respuesta a la cuestión más importante.

—Te repito que la esposa de Alonso Márquez no sabe nada de nuestra conjura.

La mano trémula de Margarita pasó bajo la franja de luz y tomó la del prior. Pero en lugar de acercarse, tiró del brazo y lo atrajo. En mitad de la oscuridad, Jacobo tropezó y cayó. Margarita, lejos de ayudarle a que se levantara, se echó encima como una fiera que diera alcance a su presa.

—¡Pobre ignorante! Corres peligro de muerte si continúas depositando tu misericordia en esa mujer.

—¡Margarita, no consentiré…!

—¡Qué! —cortó ella— ¿Crees que temo tu posición? Tengo pruebas para demostrar lo corrupto que estás. La Inquisición te quemará vivo.

Jacobo apenas podía resistir la presión en su pecho. La sensación de claustrofobia recrudecía. Se quedaba sin aire. No esperaba ser amenazado con el Santo Oficio. Margarita, a horcajadas sobre su cuerpo, debió notar que temblaba de horror.

—Haces bien en temer ser descubierto. Pero no será por mi boca si atiendes lo que te digo. Te lo demostraré, te haré ver cuánto peligro corres si dejas con vida a Beatrice; entonces no tendrás más remedio que ejecutarla.

Desde abajo les llegó una voz.

—Jacobo, Margarita, ¿va todo bien? He escuchado un ruido. Era Alonso.

—No sucede nada —gritó Margarita. Su voz tomó en un instante la apariencia de debilidad que tenía cuando interpretaba su papel de loca.

—He tropezado —intervino Jacobo—. En seguida bajamos.

—Beatrice Márquez —susurro la mujer al oído del prior.

Éste desvió la cara con un claro gesto de repudia. Quiso incorporarse, pero la mujer no se lo permitió.

—Demuéstralo —resolvió él—. Dame pruebas de que la esposa de Alonso es un peligro.

—Descuida —dijo la mujer, y al fin se hizo a un lado.

Tras la predicación, Jacobo hizo todo lo posible por arreglar un encuentro con Margarita que pareciera casual. Al martes siguiente, cuando ésta se dirigía al mercado, tropezó con el prior, que llevaba la dirección contraria.

—¡Margarita! —saludó él, extendiendo los brazos, aparentemente sorprendido.

—Buenos días —la mujer se inclinó para besar la mano del prior, pero éste no se lo permitió.

—No. Contigo no quiero utilizar estas formalidades. Eres la esposa de un valiente. Tu marido, Lucas, demostró un gran fervor cristiano al apuntarse en la Armada. Es una pena que los demás no lo siguieran.

—Se lo agradezco.

Jacobo observó a la mujer con el suficiente detenimiento para

permitir que ella se percatara.

—Y además, veo que Lucas se desvive por mantener a su esposa. Tus ropas y adornos son de un lujo exquisito.

Margarita enrojeció.

—¿Recibe tu marido una soldada tan buena como para costearte estos caprichos?

—Lo siento —respondió la mujer en un murmullo—. Admito que me dejo llevar…

Jacobo se apresuró a dibujar la más apacible de sus sonrisas. Relajó el tono, hasta que su voz se volvió aterciopelada.

—Tranquila.

Alargó la mano a la mujer y se permitió apreciar la tela con que estaba confeccionada la basquiña. Margarita pareció incomodarse al percibir la mano del prior.

—¿Sabes qué pecado cometes?

—Sí… Vuestra Merced no es el primero que intenta reconducirme.

—La soberbia es el peor de los pecados. El origen de todos los demás.

Elevó la vista y mantuvo desafiante la mirada de Margarita. Ésta abrió la boca para formular una nueva disculpa, pero Jacobo se lo impidió alzando un dedo.

—Pero en mi opinión, confundimos la soberbia con los dones que Dios otorga a nuestra fidelidad.

Margarita quedó paralizada.

—Mírate. Estás casada con un hombre de honor, fiel cristiano. Su voluntad ha derramado bendiciones sobre tu hogar. Dios te concede regalos por ello. Así hizo con Job, y premió su fidelidad con bienes abundantes. ¿Pecó Job de soberbia? Antes bien, su situación demostraba la cercanía que disfrutaba con el Supremo Dador. Un ejemplo para los demás. ¿No debes hacer tú lo mismo?

—¿Cree que debe ser así?

—Debe ser, si la persona que recibe los dones lo hace con humildad. Veo esa humildad cristiana en ti. Incluso creo que mereces más de lo que tienes.

—No sabe cuánto me consuelan las palabras de Vuestra Merced —respondió Margarita con un resoplido—. Ojalá fuerais mi confesor.

Jacobo soltó una carcajada.

—No necesito ejercer de confesor para darte buenos consejos, mi querida niña. Ahora, escucha, intenta imaginar que tuvieras más dinero. ¿Qué harías con él?

Margarita tardó un instante en responder, como si meditara con cuidado su respuesta. Al fin, dijo:

—Ejercería la caridad con los pobres, sin duda.

Jacobo enarcó una ceja.

—Margarita, no estás siendo sincera conmigo. Dime lo que harías *en realidad* si tuvieras dinero.

Ella vaciló.

—Tranquila. Responde con la verdad. Ya te he demostrado el profundo cariño que os he tomado a ti y a tu marido.

—Me trasladaría a vivir a la Corte.

—A Madrid.

—Sí.

—¿Ese es tu sueño? ¿Eso es lo que harías si Dios te concediera mayor capacidad económica?

Margarita asintió con cierta vergüenza.

—¡¿Y qué hay de malo en ello?! —declaró el prior.

La tomó de las manos. La mujer lo observaba perpleja.

—Es un sueño sin mala ambición. Yo diría más, es casi una labor misionera. ¿Acaso cuando llegaras a Madrid no entablarías amistad con más personas que aquí, en Salamanca? Y digo más, te relacionarías con los verdaderos pecadores, con quienes realmente han caído en la soberbia. Pero tú, Margarita, les demostrarías cuán diferente eres. La Corte se está llenando de visitantes, crece a un ritmo desorbitado desde que fue trasladada. Es ahora, más que nunca, donde se necesita la presencia de gente preclara. Estoy convencido de que allí predicarías con el ejemplo de una dama virtuosa, que ha recibido el premio a una voluntad cristiana llena de arrojo.

—¡Sí! —respondió ella, dando un saltito— ¿Cree que eso podría suceder?

Sus ojos brillaban por el efecto de los anhelos que el prior alimentaba, dándoles una perspectiva distinta.

—Podría, si a la vez ejerces la caridad utilizando tus atributos.

—¿Mis atributos?

Jacobo miró a ambos lados de la calle. Estaba demasiado concurrida para dar el siguiente paso en la conversación. Tomó a Margarita del brazo y la condujo a unos soportales cercanos. Allí, arropado por la penumbra, encontró la intimidad que buscaba.

—Margarita —suspiró—, la Iglesia desea terminar con la amenaza turca. La victoria en Lepanto a significado un golpe contundente contra nuestros enemigos, pero aún no hemos terminado con ellos. Necesitamos hombres valerosos, dispuestos a combatir; desgraciadamente no todos sienten el llamado cuando Cristo los reclama. No obstante, pueden escuchar a otras personas, amigos íntimos capaces de hacer brotar en sus corazones el deber para el que han sido destinados. Creo que tú eres una de esas personas.

La muchacha cada vez parecía más admirada al escuchar los halagos del prior.

—¿Yo? —dijo, al terminar éste—. Lo siento. No me veo capaz de

hacer recapacitar a quienes no hubiera podido convencer el mensaje que Vuestra Merced dio el domingo pasado.

—No necesito que hables con todos. Eso sería pedir demasiado. Sólo te ruego que lo intentes con uno: Alonso Márquez. He oído que tu marido y él mantienen una fiel amistad. Si pudieras hablar con él, persuadirlo para que se alistara…

De repente Margarita dio un paso atrás. Contempló detenidamente la figura del prior y guardó silencio. Éste tampoco abrió la boca. ¿Se habría propasado? A todas luces, daba la sensación de que la mujer acababa de adivinar sus planes, o al menos una parte de los mismos. Para protegerse de una posible acusación, bajó la mirada y agachó levemente la cabeza, buscando una postura sumisa.

Margarita había desviado su atención a un punto indefinido de la oscuridad. Habló de repente, permitiendo que sus palabras se deslizaran entre los labios como un ronroneo.

—Si le convenciera, si lograra que Alonso se enrolara en el Tercio de la Armada junto con Lucas, ¿conseguiría trasladarme a Madrid?

Sospechaba algo, se dijo Balius. Continuaba la conversación en los mismos términos, pero en cada palabra subyacía ahora una doble intención. Era el momento de arriesgarlo todo o dar marcha atrás, de confesar su plan a la mujer y confiar en que se dejara llevar por la avaricia, o utilizar una frase que deshiciera cualquier rastro de sospecha. *El Maestro General ha muerto*. Las letras de aquella misiva se colaron en su mente como un torbellino. Se ordenaron, formando la frase, y volvieron a desaparecer con la misma celeridad. Había perdido la oportunidad de hacerse con el cargo más alto de los frailes mercedarios; el control de la orden. Pero aún no estaba todo perdido, su oportunidad de conseguir el dinero para sobornar a los priores y de coleccionar los suficientes votos como para desterrar al actual Maestro dependían de aquella soberbia mujer.

—Dios premia a quienes le obedecen —dijo, cuidando en detalle cada paso que daba—. Pero como hombre de fe, creo que, con toda seguridad, si logras que Alonso viaje con tu marido obtendrás la realización de tus sueños.

Margarita calló y desvió la vista de las sombras y la devolvió al prior. Jacobo podía notar cómo estudiaba su fisonomía: la posición de sus manos, el gesto, los lugares hacia donde desviaba la mirada… agradeció encontrarse bajo la cobertura de los soportales, donde resultaba complicado detectar algo que lo delatara, y a salvo de oyentes indeseados.

—Sé que Alonso ha decidido quedarse para cuidar de su hija —continuó—, pero creo que tú…

—Yo conseguiría hacerle cambiar de parecer.

—Sí. Eso creo.

—Lo conseguiría —la voz de Margarita había perdido todo rasgo de dulzura. Desapareció el ronroneo tranquilizador y surgió otra voz reptando desde su garganta con una malicia sibilina—. No lo dude. Pero de hacerlo, ¿podría trasladarme a Madrid?

—Te lo garantizo.

—¿Cómo me mantendría? Presiento que el viaje que les aguarda resultará peligroso. Si mi marido llegara a sufrir alguna desgracia… —Me ocuparía de que tuvieras una buena pensión.

—¿Cuánta?

—La que mereces. La que Dios desea concederte por tus buenas acciones.

Margarita enarcó una ceja.

—La pensión no sólo tendría que alcanzarme a mí. Estoy esperando un hijo.

El prior se mostró visiblemente sorprendido.

—No lo sabía… —su voz adquirió un dejo de disculpa.

—No hay inconveniente. Sólo deme la seguridad de que mi hijo y yo podremos valernos sin problema.

—Desde luego.

Hubo un nuevo silencio. Luego la mujer, arrodillándose, besó las manos del prior. Esta vez, él la dejó hacer.

—Gracias, Jacobo —alzó la voz, de forma que los demás transeúntes pudieran escucharla—. Ha dado usted paz a mi espíritu y soluciones a mis problemas. Me marcho tranquila a casa.

—¿A casa?

—Si —dijo ella, disminuyendo otra vez el volumen—. A casa de Alonso. Sé que está solo a estas horas.

—¿Cómo sabes eso?

—Su mujer y yo habíamos acordado encontrarnos en el mercado. Mientras ella me espera, yo visitaré a su marido.

Y dicho esto, dio media vuelta y desanduvo el camino, derecha a su nuevo objetivo.

Jacobo permaneció un rato más bajo los soportales. El miedo a saberse descubierto había desaparecido. En Margarita acababa de materializarse el seguro de su triunfo. El camino hacia el puesto de Maestro General se despejaba al fin de obstáculos.

VII

Alonso había decidido dormir un poco más de lo normal. Durante la tarde anterior, su hija Laura sufrió uno de sus ya comunes accesos de fiebres que lo habían mantenido en vilo durante toda la noche. En efecto, no era la primera enfermedad que sufría la niña. El médico llegó a primera hora de la mañana. Su diagnóstico ofreció poca información nueva.

—Me temo que su hija es débil de nacimiento. Las enfermedades la atacan con facilidad.

Empapó un paño en vinagre y agua, se lo puso a Laura en la frente, y luego, dirigiéndose al padre, dijo:

—Le haré un preparado para las fiebres; de sobra, para que lo tenga a mano por si sufre un nuevo acceso en los próximos días.

Las atenciones hacia la niña se prolongaron durante toda la noche, pero al amanecer Laura pareció recuperarse del todo, de modo que el médico se marchó. Alonso, que había pasado la noche en vela junto a Beatrice, notó que todo su cuerpo se relajaba. Estaba más cansado de lo que creía, de modo que resolvió volver a la cama cuando su esposa anunció que saldría a hacer la compra. Beatrice había mejorado la dicción castellana; también escribía de forma aceptable. Ella y Margarita continuaban viéndose con cierta frecuencia, lo cual le permitía practicar la lengua. Se habían hecho muy amigas. Precisamente esa mañana, Beatrice y Margarita habían planeado ir juntas al mercado.

—Estaré de vuelta en unas horas —le dijo a su marido, mientras éste se metía en la cama.

Alonso durmió poco. Media hora después de conciliar el sueño escuchó que llamaban a la puerta. Se despertó sobresaltado, se vistió a toda prisa el jubón y las calzas, bajó las escaleras a trompicones, y abrió.

—¿Te has olvidado de algo? —saludó, frotándose los ojos.

Por toda respuesta le llegó una risa azucarada que lo despertó de golpe.

—¡Margarita! Pensaba que eras mi mujer. ¿No ibas de compras con ella?

—He cambiado de opinión —dijo la mujer mientras pasaba dentro sin necesidad de invitación—. Debía hablar contigo.

—¿Conmigo? —se señaló Alonso.

Margarita echó un rápido vistazo a su alrededor.

—¿Estás solo?

—La niña está arriba. Tiene fiebre.

Margarita miró en dirección a las escaleras.

—¿Duerme?

—Sí. Ha pasado una mala noche.

—Ven —propuso, y rápidamente tomó la mano de Alonso con una ternura que produjo un escalofrío en el hombre.

Lo condujo a una pieza pequeña que Alonso utilizaba como biblioteca y lugar para escribir. Tres de las cuatro paredes estaban cubiertas por estanterías, plagadas de libros sobre diversas materias, ordenados por el tipo de literatura. Frente a ellos, en la pared norte, una ventana daba a un pequeño jardín. Entraba poca luz desde allí, porque la enredadera la había cubierto casi al completo. En mitad de la sala había una pequeña mesa rectangular y un taburete. Sobre la mesa descansaba un tintero, dos pliegos y una pluma de la que colgaba un hilo de tinta reseca.

Margarita tomó asiento en el taburete y tiró de Alonso hacia sí. Ambos quedaron separados por una estrecha línea; ella sentada y él de pie.

—Alonso, si pudieras concederme una petición, no de cualquier tipo; un favor importante para mí, ¿lo harías?

—Sin dudarlo.

Notó el tacto sedoso de la mano de Margarita. La mujer le acariciaba los dedos. De repente, ésta se abrazó a su mano, aproximó el rostro y dejó que la palma rozara sus mejillas. Ardían. Él, sin embargo, notó que todo el calor de su cuerpo se evaporaba.

—¡Alonso, estoy tan preocupada! Temo por mi marido. Su devoción lo ha empujado a obedecer las palabras del prior.

—Se alistará en la Armada, ¿no es así?

—¡Sí! —afirmó ella con la voz quebrada—. El prior lo arreglará todo para su traslado. ¡Oh, Alonso! De nada han servido mis palabras para hacerle recapacitar. Está decidido a marcharse. ¡Temo tanto por su vida!

—¿Quieres que yo hable con él?

Se decidió, mientras preguntaba, a controlar la mano que abrazaba Margarita. La llevó hasta sus cabellos y dejó que éstos se deslizaran entre sus dedos.

—¡No serviría de nada! —la respuesta desconsolada de la mujer se había producido en un tono demasiado alto. Alonso miró a su espalda, temeroso de que su hija despertara en cualquier momento. Pensó llegar hasta la puerta de la biblioteca y cerrarla, pero desde su posición tenía buena visibilidad de la salida a la calle. Beatrice podía llegar en cualquier momento y no deseaba que los sorprendiera en aquella situación.

—Está decidido a embarcar —continuó ella—. Viajará a Cartagena dentro de un mes.

—¿Qué deseas que haga?

Por primera vez, Margarita miró a su interlocutor directamente a los ojos. Alonso se vio azotado por un nuevo estremecimiento cuando contempló aquellas pupilas empapadas en lágrimas. Notó que lo acosaba un recuerdo antiguo, una ambición que le había costado muchos años controlar.

—Pídeme lo que quieras y lo haré —reafirmó él, y alargó la otra mano para que ésta también se perdiera entre los cabellos de la mujer.

—Si tú lo acompañaras…

Alonso quedó paralizado. Quiso apartarse de Margarita, pero como si ella hubiera previsto sus movimientos, lo tomó de ambas manos y, llevándoselas a los labios, comenzó a besarlas con ternura.

—Temo que esté perdido si se produce un combate en el mar —declaró la mujer entre besos—. Creo que ni siquiera sabe nadar. Pero tú tienes experiencia. Has trabajado muchos años enrolado en un barco.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Crees que tu mujer permanece callada cuando nos vemos? Ella me lo dijo hace tiempo, pero me pidió que guardara el secreto porque era tu deseo. Sin embargo, ahora me he visto obligada a confesarte que conozco la verdad sobre tu pasado, sobre lo que hiciste cuando te rechacé en la iglesia. ¡Alonso, me siento en deuda contigo por tu sufrimiento! Pero si me concedieras esta petición, yo…

—¿Qué? —preguntó el hombre. La voz le temblaba.

—Estaría dispuesta a compensarte.

—¿Cómo…?

—Haría cualquier cosa por ti… todo lo que me pidieras.

Las palabras de Margarita entraron en Alonso como una fina aguja que se abriera paso a través de sus entrañas. Se volvió de nuevo, comprobó que no había nadie en las escaleras ni en la puerta, y entonces, con un rápido movimiento, aferró a Margarita por los hombros, la levantó de su asiento con violencia y la besó como si pretendiera devorarla. Ella se entregó relajando todo su cuerpo. En seguida las manos de Alonso descendieron hacia la turgencia de sus pechos, pero apenas los hubo rozado cuando Margarita se retiró como si despertara de un sueño.

—¡No! Todavía no es el momento.

—¿Por qué? Me amas, siempre lo he sabido. Te equivocaste al elegir a Lucas.

—Lo sé, pero es demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Pues no me pidas que le salve la vida. Si él no estuviera yo…

—¡No digas eso! ¿Estarías dispuesto a cargar con esa culpa?

—¡Sí! —afirmó él con furia—. Lo haría si consiguiera tu amor a cambio. Él arrebató mi honor al conseguirte. Dejaría que muriera en el mar si con ello te recupero, si consigo tenerte a ti. ¡Jamás he dejado

de desearte! Sigo necesitándote como el primer día que te vi, ¡continúo siendo tu esclavo!

Se arrodilló frente a ella, la abrazó por el talle y pegó la cara al vientre para notar su calor. Margarita tuvo que esforzarse por no sonreír.

—Creí que eras su amigo, que lo habías perdonado.

—¡Mentira! Yo mismo me engaño llevando una vida tranquila. Lo odio con todas mis fuerzas, cada día un poco más que el anterior, porque lo contemplo disfrutando de tu compañía sin ser merecedor de ella. Pero ahora, Margarita, podemos realizar nuestros sueños. Enmendemos el error.

Se puso en pie e hizo un nuevo intento por acariciarla, pero ella lo rechazó con un empujón.

—No, Alonso. No puedo hacerlo. Me siento incapaz de herir a mi marido, a tu mujer y a tu hija. ¿Acaso no has pensado en ellas?

Alonso descubrió que no lo había hecho. Incluso había olvidado que su hija guardaba cama en el piso de arriba. Margarita prosiguió.

—Actuemos con mesura. Si nos entregamos el uno al otro en este momento sentiré una culpa difícil de soportar. No puedo permitir que Lucas muera sin más; aunque no estoy enamorada de él, le tengo mucho cariño por todos los años que se ha ocupado en mantenerme. Ve con él, accede a guardar su vida, si todavía conservas algo de la amistad con la que crecisteis. Tráelo de vuelta, Alonso, y padeceré menos remordimientos cuando me entregue a ti. Accederé a que seamos amantes en secreto. Así no destruiremos nuestros matrimonios.

Alargó la mano y acarició la barba de su interlocutor. Alonso se apresuró a besar aquellos gráciles dedos como si de ello dependiera su vida. Margarita sonrió con cariño.

—¿No te parece que será mejor así? Yo tendré más tranquila mi conciencia. Alonso, te lo ruego, dime que sí.

—Sí —respondió él sin dejar de besar las manos de Margarita—. Sí, sí, sí. Lo haré. Lo haré todo por ti, Margarita. Todo lo que me ordenes. No pertenezco a mi esposa, nunca lo hice. Ni a Laura, ni a mí mismo. Soy de tu propiedad. Haz de mí lo que te plazca. ¿Qué ordenas? Dímelo. Necesito obedecerte.

—Enrólate con Lucas. Venid los dos de la guerra y nada impedirá que te dé mi amor.

—Volveré. Traeré de vuelta a tu marido si es lo que quieres.

—Debo marcharme. Tu mujer no tardará en llegar.

Él la soltó. Margarita se dirigió a la puerta y la abrió. Allí, iluminada por el fulgor del mediodía, se dirigió a su amante una última vez.

—Te esperaré.

Él no fue capaz de despedirse.

Lucas se había quedado solo en la habitación, no había duda. A su alrededor reinaba la más absoluta quietud. Jacobo y Margarita lo habían abandonado. Alonso llegó al poco tiempo. Ya era capaz de reconocerlo gracias al ruido pesado de sus botas contra el suelo. Era fácil diferenciarlo del prior, quien caminaba arrastrando los pies; y de Margarita, cuya forma de caminar era prácticamente silenciosa. Su amigo se encontraba ahora paseándose a su alrededor, parecía nervioso.

—*Cómo pudiste* —pensó Lucas—*, cómo me traicionaste de esa forma. Me has mentido siempre, Alonso, por culpa de tu orgullo, por sentirte inferior a mí. Ahora veo que incluso has preferido sacrificar tu honor, olvidar lo que Balius nos hizo, para conseguir a Margarita.*

De repente llegó desde arriba un golpe seco. Alonso se marchó.

El momento de soledad devolvió a Lucas los temores hacia la situación en que se hallaba. El dolor en el estomago crecía por momentos, se hacía difícil de soportar. De haber podido moverse, se estaría retorciendo de dolor;

—*Padre* —oró—, *tú envías lo bueno y envías lo malo. Si existe alguna forma de que te apiades de mí, alguna penitencia que deba seguir para que me devuelvas la vida, muéstramela.*

Aguardó, pero no hubo más respuesta que el chasquido de las ascuas.

—*Padre. Todo este tiempo he creído hacer lo correcto. He sido una persona de fe, pese a mis pecados. Me he esforzado por acercarme a ti, en la forma que he creído más acertada. Si he de morir, no tardes…*

Sus oídos captaron que algo rompía el silencio. Un rumor ahogado, pasos que se aproximaban con cautela, casi sin hacer ruido; pero no eran los de Margarita, ni los del prior; ni siquiera pertenecían a las botas de Alonso. Llegaron hasta él. Lucas notó un cálido aliento junto a su oreja.

—No te preocupes, amigo —susurró una voz masculina.

Turbado, notó que un torrente de sangre se apretaba contra su pecho. La herida del estómago se quejó con un nuevo golpe de dolor. Le latieron las sienes. Era imposible que hubiera escuchado aquella voz tan familiar. Sabía perfectamente a quién pertenecía, pero aquella persona no podía hablarle. No, a menos que ya estuviera muerto y acabaran de recibirlo en el otro mundo.

—Te sacaré de aquí —continuó aquella voz de ultratumba—, pero

ahora me es imposible. Hay corchetes en la entrada, he tenido que colarme por detrás. Lo intentaré mañana.

—*¡Lázaro!* —gritó en su cabeza, llamando a su interlocutor.

No obtuvo respuesta. ¿Sería posible que la persona con la que hablaba estuviera viva? Entre tanto pensamiento confuso, Lucas alcanzó a deducir algo: Lázaro sabía que podía escucharlo.

—Sé que estás asustado —dijo aquel hombre—. Ahora no puedo explicarte lo que te sucede. Alonso no tardará en regresar. Sólo puedo tranquilizarte. No morirás. El estado en que te encuentras es transitorio. Además, has tenido la suerte de contar con un buen médico. Te cerró muy bien la herida mientras aún te creía con vida. No hay infección.

—*¡Lázaro!* —Lucas seguía empecinado en hacerse oír por medio de sus pensamientos, pero estaba claro que su amigo no era ningún tipo de fantasma que hablara a su conciencia.

—¡Debo marcharme! —susurró el otro—. Pero volveré a por ti. Ocurra lo que ocurra, mantén la calma. ¡Adiós!

VIII

Lázaro ascendió los escalones de la cripta con cuidado. Había escuchado voces arriba. Al aproximarse al final, se puso a gatas y atisbó la nave principal. Alonso se había alejado. Ahora estaba de espaldas, asomado a una puerta que daba acceso a la torre. De allí vio que descendían dos personas. Tanto la mujer como el fraile le resultaron conocidos.

—Margarita y Jacobo Balius… —musitó, como si necesitara recordarse aquellos nombres.

—Alonso —escuchó que decía el prior—. Acompaña a Margarita hasta su casa y descansad. Daremos sepultura a Lucas al amanecer. No os preocupéis por el cuerpo, yo me encargaré de velarlo toda la noche.

—Es usted tan bueno —intervino Margarita, modulando la voz para lograr que sus palabras emergieran con una tibieza melancólica.

Luego, y acompañada por Alonso, puso rumbo a la salida, mientras Jacobo los despedía. Lázaro, aprovechando que el camino estaba despejado, se puso en pie y echó a correr con cuidado de no hacer ruido. Alcanzó la puerta que daba al claustro y la atravesó. Una vez allí se permitió respirar hondo. Había sido una imprudencia acercarse hasta Lucas, pero debía hacerlo para tranquilizarlo. En una situación como la que se encontraba, cualquier signo que lo devolviera a la realidad, que contribuyera a demostrar que seguía con vida, le daría ánimos y alejaría el temor.

Echó mano al interior de su jubón. De allí extrajo un pequeño vial que contenía un líquido rojizo. Sonrió. Todavía le quedaba suficiente para una dosis más, en caso de que fuera necesario fingir la muerte.

De pronto lo sobresaltó un ensordecedor golpe de campana. Tocaban a maitines. Debía darse prisa en salir del convento. Corrió hasta el muro, y dándose impulso con ayuda de un árbol cercano, se agarró al borde, trepó hasta la parte superior y saltó al otro lado. Allí permanecía la escala que lo había ayudado a entrar. Ni siquiera se preocupó de retirarla. Echó a correr calle abajo, en dirección a la Puerta de Guadalajara. No podía permitirse perder más tiempo, debía averiguar la forma de hacerse con el cuerpo de Lucas antes de que decidieran darle sepultura. Rescatarlo y ponerlo al tanto los secretos que desconocía.

El capitán Lázaro de Montesinos no confesaba su apellido a casi nadie. Cuando le pedían explicaciones sobre este hecho, él aseguraba que lo hacía porque no deseaba ser conocido. Era peligroso.

—El conocimiento absoluto de una persona te da poder sobre ella —solía afirmar.

Según decían, había decidido adquirir aquella costumbre en su juventud, en los tiempos en los que no era más que un pobre marino dispuesto a gastar su paga en cuanto tomaba tierra. Contaban —aunque en susurros— que Lázaro conoció a una muchacha durante uno de sus periodos de descanso en Sevilla. Se casó con ella y se instaló a vivir en el puerto, pero su reciente esposa tenía un amante secreto desde hacía años. Entre ambos consiguieron burlar a Lázaro toda su riqueza y huyeron con ella. El pobre marinero ni siquiera pudo restaurar su honor. Infamado, abandonó su casa, se alejó de la tierra de Sevilla, guardó con celo su apellido e incluso llegó a cambiarse el nombre. Todo con objeto de volverse otra persona, desaparecer, convertirse en un secreto. ¿Con qué intención? Unos afirmaban que Lázaro deseaba comenzar de nuevo, cambiar de vida; otros —casi siempre borrachos de taberna— juraban que lo hacía por venganza. Había decidido ser un hombre nuevo para acercarse a su antigua mujer cuando ella lo creyera muerto y restaurar su honor arrebatando su vida desde las sombras.

La verdad y la leyenda se confundían en aquel enigmático capitán de carraca. La única historia que parecía cierta era aquella con la que se había ganado el apodo de *el Peregrino*. Decían que Lázaro había peregrinado hasta Santiago de Compostela desde el paso de Roncesvalles, a pie, sin más avituallamiento que unos pocos frutos secos y calzando en todo momento unas botas altas de caballería que aún conservaba. Todo con objeto de mostrar su devoción y arrepentirse de sus pecados —un millar, según los borrachines.

Tampoco podía asegurarse que esta historia fuera cierta, pero los marineros la creían más que cualquier otra; sobre todo porque cada mañana el capitán salía de su camarote vistiendo las mismas botas altas que supuestamente había llevado durante su peregrinación.

Lázaro era el capitán de una carraca bautizada *Gorgón*. La misma que divisaron Lucas y Alonso desde la entrada al puerto de Cartagena, arrinconada por sus hermanas mayores, las galeras.

—Casi estoy por dar media vuelta y regresar a Salamanca —declaró Lucas a viva voz.

Se encontraba pletórico. La noticia sobre el embarazo de Margarita le llegó justo el día en que marchaba para Cartagena. Su esposa se lo dijo cuando ya montaba el caballo de la posta. Se acercó a él, hizo una seña para que se agachara, y al oído, a modo de confesión, reveló que estaba encinta.

—Se llamará Juan —respondió él, también al oído de su esposa—. Juan Belmonte.

No comprendió por qué Margarita había preferido mantenerlo en secreto; de hecho, Lucas fue incapaz de guardarlo por mucho tiempo. Cuando llevaban recorrido la mitad del viaje, lo reveló a su compañero. Éste se encogió de hombros por toda respuesta. A decir verdad, desde que habían dejado Salamanca, Lucas lo había notado algo taciturno. Alonso hablaba poco, lo justo para hacerse entender. Dedujo que, al igual que él, su amigo también echaba de menos a la familia; a su esposa, con quien había discutido por su decisión atropellada de enrolarse, y en especial a su hija, a la que había dejado acosada por nuevas fiebres. De este modo, Lucas había resuelto molestarle sólo en momentos puntuales. No obstante, la llegada a Cartagena despertó en él una fascinación inusual. La vista del puerto fortificado lo imbuyó con la excitación que se respiraba en el ambiente, el precedente a la aventura en la que estaba a punto de embarcar.

Ambos caminaban a lo largo del puerto, sorteando porteadores, marineros y soldados. La zona bullía con el ajetreo de atender a los barcos que arribaban y despedir a los que partían. Cartagena funcionaba como base militar para las incursiones en el Mediterráneo, de modo que las galeras se apretujaban en batería, unas junto a las otras. Los mástiles de sus palos competían en altura con los edificios cercanos.

—Si no fuera porque decidiste acompañarme… Alonso, confieso que si no estuvieras aquí, quizá habría decidido dar media vuelta.

Alonso reaccionó.

—¡Pues hagámoslo! Volvamos, Lucas. Los dos. Cuidemos de nuestros hijos juntos. No tenemos que continuar con esto. Yo puedo arreglar nuestra vuelta. Me aseguraré de que nadie falte a nuestro honor por echarnos atrás.

—Tal vez tú puedas tomar esa decisión tan a la ligera —respondió Lucas con un suspiro—. Pero yo, desde que escuché la predicación de aquel fraile, sentí aquí —se palpó el pecho— que debía ir al Tercio de la Armada. No, en el fondo no deseo arrepentirme.

Alonso simplemente miró a otro lado, gesto que su compañero interpretó como el final de la conversación.

Al fin alcanzaron la nave en la que debían enrolarse. El *Gorgón* era una carraca pequeña y chata de morro; parecía de juguete comparado con los navíos a su alrededor. Apenas alcanzaba cuarenta y dos varas de longitud. En la proa, bajo el bauprés, una talla representaba la mítica mujer serpiente. Los marineros de a bordo los recibieron como si los conocieran de toda la vida. Francisco, quien se presentó como el contramaestre, les condujo al camarote del capitán. Al entrar

descubrieron una estancia oscura y silenciosa. Frente a ellos, en el lado de popa, una gruesa línea de cortinas ocultaba todos los ventanales salvo uno, a través del cual se colaba el ajetreo del exterior. El Peregrino los esperaba de pie, con las manos a la espalda, observando por aquella ventana la línea perfecta que el Mediterráneo dibujaba en el horizonte. Lázaro era un hombre alto, de complexión atlética, nervudo. Cualquier adepto a la fisonomía adivinaría el humor bilioso en sus facciones: mirada encendida, cejas gruesas y circunflejas, mandíbula prominente y labios curvados hacia abajo. Lázaro se dejaba crecer una perilla puntiaguda que nacía desde su labio inferior, además de un bigote rubio, largo y estrecho. Aquella mañana, cuando Lucas y Alonso se presentaron en su barco, no dijo nada. Extendió la mano, tomó sus relaciones, y los despidió. Media hora después volvió a requerirlos.

—No admito cobardes en mi barco —afirmó apenas hubieron entrado en el camarote.

—Estamos preparados para combatir —respondió Alonso.

Ambos neófitos, uno junto al otro, permanecían firmes ante el capitán, Lázaro nunca les dio la orden, pero todo su cuerpo transmitía la necesidad de guardarle respeto.

—Alonso —continuó el capitán, señalando a su relación—. Dada tu posición, y como veo que tienes experiencia en el mar… durante mi último viaje murió el segundo contramaestre, ¿crees que podrás con el cargo?

El aludido afirmó. Entretanto, Lucas miraba de reojo aquel pequeño habitáculo destinado exclusivamente al capitán. A su izquierda había una biblioteca pequeña. Disponía de pocos ejemplares, de entre los cuales creyó identificar obras de Horacio, Séneca y Galeno. A la derecha descubrió que sobre la cama descansaba un cuadro inacabado, quizá realizado por el propio Peregrino. Mostraba lo que a todas luces parecía un indígena del Perú.

Lázaro dio la espalda a sus interlocutores. Se acercó a la única ventana que dejaba entrar la luz, la cerró y echó las cortinas. El interior quedó únicamente iluminado por una vela que chisporroteaba sobre la mesa.

—Bien, Alonso. Preséntate al contramaestre. Se llama Francisco —el Peregrino se llevó la mano al bigote y retorció las puntas—. Nos dirigimos a las costas de Grecia, a pelear contra los turcos. Han quedado debilitados tras la batalla de Lepanto, pero aún constituyen un serio peligro. Partiremos mañana al amanecer. Francisco os dirá cuáles son vuestras hamacas. En cuanto a ti, Lucas. Sabes luchar, pero de poco te valdrá si no puedes mantenerte de pie sobre la cubierta.

—Estoy convencido de que podré…

—Basta por ahora —zanjó el capitán—. Te asignaré un marinero

experimentado para que te enseñe el barco. En el *Gorgón* viajan sesenta hombres, entre tripulación y soldados, y exijo que todos aprendan algunas nociones de marinería.

Después, sin siquiera darse la vuelta, despidió a los bisoños con un ademán. El resto del día Lucas y Alonso se ocuparon en encontrar sus hamacas, según se les había ordenado hacer, y en conocer su tripulación. Aunque Lucas se encontró arropado por los marineros, que decidieron darle la bienvenida bautizándolo con un cubo de agua por la espalda, Alonso se presentó al contramaestre y no volvió a cruzarse con su amigo.

De las nuevas amistades que se presentaron, el carpintero fue, sin duda, una de las más notables para Lucas. Lo descubrió con la espalda apoyada en el trinquete. Era demasiado mayor y veterano para ayudar en las labores de carga, de modo que esperaba a que la nave zarpara entretenido en tallar la pequeña figura de una sirena. Cubría su cabeza un pañuelo azul, que retiró al presentarse a Lucas como Rolf, delatando, además, un notable acento germano. Lo primero que dijo al nuevo soldado fue que llevaba seis años con Lázaro. Confirmó todas y cada una de las leyendas que se decían sobre él y se permitió añadir una más:

—El Peregrino conoce secretos que le regalaron los indios de las Américas —dijo, guiñando un ojo—. Se los enseñaron porque se portó bien con ellos.

—¿Qué secretos? —se atrevió a indagar Lucas.

Acercándose al oído, el carpintero agitó su mostacho rubio, y guiñando el ojo de nuevo, susurró:

—¡Magia!

A la mañana siguiente, tal y como estaba previsto, el *Gorgón* levó anclas. Esta tarea fue la primera con la que se familiarizó Lucas. Por fortuna para él, un maestro marinero llamado Miguel se encargó de no quitarle el ojo de encima. Ya de madrugada, antes de que tocara la campana, el maestro decidió visitar su hamaca y presentarse mediante el más atroz de los berridos. El tal Miguel era un personaje chaparro y peludo que se conformaba vistiendo tan sólo calzón y camisa. Sus pies se engarfiaban en los obenques como las garras de un águila, y su castellano era poco más que un balbuceo atropellado de afirmaciones y terminología marinera.

—¡Con el cabestrante, con el cabestrante! —fue lo único que dijo, cuando quiso enseñar a Lucas cómo se izaba el ancla.

Costaba entender lo que decía, y apenas tenía paciencia, pero aparentaba honradez, y sabía más que cualquier otro marinero de cuantos estaban a bordo, de modo que Lucas se resignó a perseguirlo y soportar su lenguaje.

Al poco de levar el ancla desplegaron las velas, que no tardaron en

hincharse con una brisa cálida del sur. La nave comenzó a moverse y en poco tiempo logró dejar atrás el puerto. A media mañana un sol generoso de primavera se alzó sobre un cielo diáfano. Calentaba sin quemar. Los marineros comenzaron a cantar para amenizar el trabajo. Tampoco había mar picada, de forma que el *Gorgón* parecía deslizarse sobre las aguas como si fuera capaz de volar. El primer oficial, un aragonés corpulento al que llamaban Cato, se plantó en mitad del castillo de popa, cerca del tragaluz que daba al camarote del capitán, y permaneció allí todo el día. De vez en cuando se abría de piernas e inclinaba su oronda estructura para escuchar las órdenes que le llegaban de boca del Peregrino.

—¿Por qué lo llaman Cato? —Inquirió Lucas a su maestro.

Miguel, tras asegurarse que el primer oficial no miraba, levantó la mano izquierda y la agitó. Al principio, Lucas no comprendió qué había querido decir, pero tras pensarlo con detenimiento dedujo que Cato procedía de «zocato», un apelativo nada agradable con el que el primer oficial no habría tenido más remedio que conformarse.

El capitán, por su parte, sólo apareció una vez, a mediodía. Subió a la cubierta, caminó entre los marineros hasta el castillo de proa, se asomó por la borda de estribor, estudió el horizonte, se retorció la punta de la barba y regresó a su camarote. Sólo fueron unos instantes, pero Lucas pudo comprobar hasta dónde llegaba el respeto al Peregrino. Durante su breve aparición, los marineros dejaron de cantar; reinó un silencio supersticioso a bordo, como si presenciaran un espectro. Justo cuando desapareció, las conversaciones continuaron donde se habían detenido.

Al atardecer del segundo día, el vigía señaló tierra a estribor. En aquella dirección Lucas descubrió una línea desigual, como unos dientes de sierra, baja y ligeramente más oscura que el cielo, tan lejana que era fácil perderla de vista.

—África —sentenció Miguel en tono reverencial. Echó mano al interior de su camisa, extrajo un pequeño crucifijo de latón y lo besó.

Lucas ya sabía lo que aquello significaba. Estaban muy cerca de tierra enemiga.

Ese mismo día, unas horas después, pudo mantener una conversación con Alonso. Ambos habían logrado arreglar un encuentro en la cubierta de armas, entre dos culebrinas. El nuevo ayudante de contramaestre le confesó que el Peregrino había ordenado aquel rumbo a propósito. Nadie salvo Cato conocía la causa de aquella decisión, pero ya se rumoreaba que el destino del *Gorgón* no era Grecia, sino Argel, con objeto de participar en un ataque que se había planeado bajo el más estricto secreto.

—¿Cómo sabes tú eso? —indagó Lucas.

Alonso movió la cabeza a su izquierda. Allí, oculto tras la escalera,

esperaba el maestro armero, llamado Juan Camarena, quien también era el barbero del *Gorgón*. Los observaba de reojo mientras limpiaba un arcabuz. Resultaba un personaje siniestro y reservado. Era bajo y nervudo, de piel tiznada por la pólvora y barba desarreglada. Lucía su torso bronceado bajo un chaleco oscuro lleno de ronchas. Unas calzas raídas y borceguíes completaban todo su vestuario.

—Me lo ha dicho Juan —dijo Alonso—. Parece que el Peregrino ha ordenado tener dispuestas las armas. Prepárate.

—¿Sabes cuándo entraremos en combate?

—Lo ignoro. Pero dicen que nuestro capitán es capaz de olfatear a los turcos. Los rastrea como un perro.

—No estarás creyendo todas esas leyendas.

Alonso miró de reojo a su alrededor.

—¿Viste los libros de su biblioteca?

—Tuve tiempo de reconocer alguno. Séneca, Galeno…

—Yo conseguí ver otros —declaró Alonso, disminuyendo el tono de voz—, diferentes a los que estaban en la biblioteca, apilados bajo la mesa del camarote. Libros con títulos extraños. He leído mucho, Lucas; tengo una biblioteca que lo certifica, pero nunca he conocido libros como los que le he visto al Peregrino. Si, tal y como dicen, aprendió magia de los indios del Perú, puede ser capaz de realizar actos sobrenaturales.

—¿Le crees un hereje?

—Ya no sé qué pensar. En este barco todos guardan secretos hacia el capitán. Nadie se atreve a decir nada en su contra. Algunos incluso temen pronunciar su nombre, como si creyeran que hacerlo conjurara al mismo diablo. Por mi parte, reconozco que ando receloso.

—¿Y qué hay del carpintero? Él lleva muchos años con el Peregrino.

—Es el más temeroso de todos —afirmó Alonso—. Me ha confesado que tantos años de servicio han desarrollado en él un odio visceral hacia el mar, pero no desea abandonar su puesto en el barco porque está pagando una deuda a su capitán.

—¿Una deuda?

—¡Su alma!

La afirmación había sido poco más que un susurro, pero Lucas comprobó que el maestro armero los había escuchado desde su posición. Les dirigió una mirada torva, se levantó, y caminando con lentitud descendió a la cubierta inferior.

—Debemos andarnos con ojo a partir de ahora —continuó Alonso—. No me fío de nadie en este barco. En cuanto regresemos a tierras cristianas, tal vez sea conveniente que hablemos con… la Iglesia.

Lucas afirmó. Comenzaba a sentir cierta inquietud por las palabras de su amigo. Aunque le costaba creerlas, la seguridad con la que Alonso las afirmaba le hacía dudar.

—Al menos tú estás aquí —declaró, colocando su mano sobre el hombro de Alonso—. Me alegra que me acompañes.

Su amigo afirmó con una sonrisa. Luego los dos subieron a la cubierta superior. El cielo estaba pintado por el arrebol que anunciaba las últimas luces. Abajo, las olas devolvían suaves destellos de plata. Allí se despidieron, pero apenas se hubieron separado para volver cada uno a sus labores cuando Francisco, el contramaestre, se interpuso en el camino de Lucas.

—El capitán desea verte.

Un escalofrío recorrió su columna. Dubitativo, dio media vuelta en dirección al castillo de popa. De camino se encontró con Alonso. Él también había escuchado la orden. Lucas se cruzó a su lado. Ninguno se dijo nada, procurando aparentar tranquilidad, pero el nuevo ayudante de contramaestre le lanzó una inconfundible mirada de advertencia.

Antes de alcanzar la puerta, Lucas observó la figura del primer oficial. Cato estaba de pie sobre su puesto en el castillo de popa, firme como el monstruo tallado en el mascarón. Pendiente de las órdenes que se filtraran a través del tragaluz. Cuando se supo observado, devolvió una mirada de reojo al soldado y, como si fuera un cancerbero que diera paso a un reino prohibido, afirmó con la cabeza a modo de permiso. Lucas alcanzó la puerta, llamó tres veces, y pasó.

IX

El camarote del capitán se encontraba en penumbras. Lázaro, sentado tras su escritorio, era una sombra oscura.

—Acércate —ordenó.

Lucas se aproximó. Aquel diminuto habitáculo parecía alejar de sí todo ruido procedente del exterior. Incluso el bamboleo del barco se hacía casi imperceptible. Las cortinas cubrían los ventanales, a excepción de una pequeña franja por la que se adivinaba la línea azulada del mar. De no ser por aquel detalle, Lucas habría jurado que ya no se hallaba a bordo del *Gorgón*.

—En mi nave —comenzó Lázaro, retorciéndose el bigote— exijo plena confianza entre los que estamos a bordo. La falta de confianza de los hombres hacia sus compañeros es capaz de extenderse como una peste. Si no se ataja, puede resultar mortal.

Resultaba curioso que fuera el Peregrino quien declarara semejante principio, pensó Lucas. Precisamente era su persona la que producía más desconfianza entre los marineros.

—Estoy de acuerdo —respondió, instigado por el silencio del capitán—. Puede confiar en mí.

—¿Responderás con sinceridad si te hago algunas preguntas?

—Por supuesto.

El Peregrino se revolvió en su asiento, cambió de postura y dejó de atusarse el bigote. Al fin se levantó y caminó en dirección a su bibliocap teca. De ella tomó uno de los volúmenes, que por culpa de la oscuridad Lucas no acertó a reconocer.

—¿Por qué decidiste entrar en el Tercio Viejo de la Armada?

—Deseaba luchar contra los turcos.

—He leído tus relaciones. Parece que te mueve cierto deber religioso contra ellos.

Lucas tomó aire. Las advertencias que Alonso acababa de hacerle lo acosaron. Sintió la necesidad de medir sus palabras con el capitán, aunque, tras meditarlo unos instantes, no halló ninguna razón para hacerlo. Tal vez el Peregrino abrazara ciertas herejías que se alejaban de la devoción ortodoxa, pero no lo imaginaba como un seguidor de Mahoma.

—Creo que nuestros enemigos se hallan confundidos por el error de su religión. Los territorios que someten bajo la espada pierden no sólo la libertad, sino el alma, si, desesperados, sucumben a los dictámenes de su falsa ideología. Es nuestro deber contener su avance, defender a los pueblos cristianos y predicar a nuestros enemigos para que se vuelvan a la fe verdadera.

En la oscuridad, Lucas advirtió que el Peregrino sonreía. Descubrió

que llevaba puestas sus características botas, aquellas con las que, según contaban, había decidido caminar hasta Santiago de Compostela. Si Lázaro había realizado una demostración de fe tan patente, ¿cómo iba a tratarse de un hereje? La deducción lo tranquilizó.

El Peregrino caminó de vuelta hacia la mesa y dejó caer el tomo que traía consigo. Éste se abrió por una página al azar, revelando un texto en latín.

—¿El error dices? El error no es sino el desconocimiento que manifestamos los unos hacia los otros. Me atrevería a decir que incluso les tememos por ello.

Lucas creyó que el capitán pretendía examinarlo.

—No existe una sola pizca de miedo en este barco.

—Lo hay —sentenció Lázaro—. Pero es distinto al que conoces. Es un miedo que no se agarra a nuestras entrañas. Viene desde mucho más adentro, alimentado por la ignorancia. Es, en suma, el mismo temor que experimenta el niño a la oscuridad, pues no sabe qué hallará si extiende la mano. Pero cuando estudiamos, cuando tomamos tiempo para comprender lo que nos aterra, nos envuelve la luz y vemos las cosas de forma distinta. De este modo, mucho de lo que ahora nos parecen diferencias se esfumarían… y de repente nos encontraríamos más cerca de nuestro enemigo. En el fondo, todos somos hombres.

—¿Si no quiere pelear contra los turcos, por qué lidera este barco? —se atrevió a decir Lucas, confundido por las palabras de su capitán.

Vio en éste una pequeña y amable sonrisa. Antes de responder, Lázaro alargó el brazo y acarició las hojas del libro que descansaba sobre la mesa.

—Bueno, por desgracia para nosotros, nos separan diferencias de muchos tipos. Las causas de esta guerra son variadas, y aunque ambas sociedades llegáramos a una comprensión ideológica, existirían otras razones para justificar que nos sacáramos las tripas con una espada. Pero, por lo que a mí respecta, no creas que no preferiría reposar en una casa tranquila, alejada del mar y del caos al que llamamos civilización. Para mí, el deseo de vivir disfrutando de los privilegios de la corte, rodeado de vanidad, acaba por enturbiar la conciencia del hombre; éste deja de atisbar lo verdaderamente importante para permitir que en sus pensamientos se reproduzca un anhelo ambicioso: poseer más, lograr mayores privilegios, conservar su honor a toda costa… Movido por tan vacuas esperanzas busca nuevas tierras, viaja hasta lugares que no debería haber descubierto jamás y somete cuanto encuentra, como ocurre en el mundo que vivimos. Por desgracia, el hombre no puede evitar sus impulsos. Quizás por ello continúo en este barco. Todos somos viajeros por naturaleza.

—Estoy en desacuerdo —intervino Lucas, meneando la cabeza—. Nada he despreciado más que salir de mi casa y mi tierra. Si lo he hecho, ha sido por haberlo considerado mi deber, nunca por gusto.

Y, en ese instante, sorprendió a Lucas el recuerdo de su mujer. Margarita apareció en su memoria, sobre el balcón, regando las plantas. Era la imagen que siempre conservaba intacta, aquella semejante a una pintura. Le produjo cierta satisfacción y un fuerte anhelo por regresar a su hogar, donde además podría ver el nacimiento de su hijo; pero a la vez sintió crecer un miedo furtivo, vago y difícil de percibir; aunque no desconocido. Lo asaltaba siempre que se hallaba lejos de casa, cuando la distancia y el tiempo de separación disipaban los vapores de la pasión amorosa. Alejado de Margarita, apartado de sus poderes de sugestión, Lucas era capaz de recapacitar sobre el amor que le prodigaba a su esposa y las despreciables formas con las que ella lo correspondía. Normalmente era capaz de olvidar el tema y entretenerse en otras cuestiones, pero allí, en aquel camarote alejado de la realidad y tras oír las palabras del capitán, el acoso emergió con una fuerza que no pudo apartar de su cabeza. Era, quizá, a causa de relacionar su matrimonio con lo que el Peregrino quería mostrarle: el temor a enfrentarse a lo desconocido, a la verdadera naturaleza de Margarita Valle.

—Todos somos viajeros, aunque no lo sepamos —continuó Lázaro —. Viajamos para descubrir nuevas tierras, o para memorizar nuestro hogar. Pero incluso cuando no viajamos físicamente nos valemos de otros medios. La lectura, por ejemplo, es un medio para evadirnos del lugar en el que nos encontramos. Incluso la muerte no es más que la exploración de un nuevo mundo. Yo no deseo este barco, no quiero separarme de mi casa, pero he admitido mi naturaleza. Viajar me es necesario, igual que lo necesitas tú, por tus razones particulares.

Lucas sintió que El Peregrino escudriñaba sus pensamientos como si pudiera verlos. ¿Necesitaba, quizá, alejarse de su esposa para sentirse libre? El pensamiento lo asqueó, y sin embargo, fue incapaz de descartarlo.

—Viajo en contra de mi voluntad, sólo porque lo necesito — respondió, más para sí mismo que a las palabras del capitán.

—Voluntad y naturaleza se encuentran reñidas. Como la muerte. No deseamos morir, pero inevitablemente debemos hacerlo, someternos así al destino incierto que nos aguarde al otro lado. ¿Temes morir, Lucas?

—Tanto como cualquier hombre cristiano.

—Interesante respuesta.

Y en ese momento el capitán tomó el libro de nuevo, buscó una página y leyó:

—«No os espante la muerte; o extermina o transforma vuestra

existencia».

Lo cerró y alargó el brazo para acercárselo a Lucas.

—Es Séneca. ¿Sabes latín?

—Sí… creo —resopló Lucas—. Nunca se me dio del todo bien. Mi cabeza se esfuerza por olvidarlo.

—Yo te enseñaré. Hay mucho tiempo libre para dar unas clases. Cuando consigas comprender lo que pone y recuerdes la conversación de hoy, tal vez llegues a compartir mi parecer.

Lucas lo tomó.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me presta este libro a mí?

Lázaro suspiró y guardó silencio unos instantes. Parecía incómodo por tener que pronunciar una respuesta.

—Porque no creo ni una palabra de cuanto hay escrito en tu relación, de las causas que te han llevado a este barco.

Lucas dio un respingo como si lo hubieran aguijoneado mientras dormía. Quiso lanzar una sarta de juramentos que defendieran su hocap nor, pero se encontró con que el Peregrino clavaba en sus ojos una mirada penetrante y gélida.

—Capitán, respetuosamente debo pedirle que explique sus razones —dijo, amilanado.

—¿Qué ocultas, Lucas? —preguntó el otro, entrecerrando los ojos— ¿Por qué estás aquí, lejos de tu familia y tu hogar? ¿Cuál es la excusa que se remueve en tu alma?

—He sido completamente sincero.

Lázaro negó con la cabeza.

—No. Se trata de otra cosa. Lo sabes tan bien como yo. Ahora mismo piensas en ello, no lo niegues.

Lucas desvió la mirada a otra parte, temeroso de que, tal y como advertían, el Peregrino fuera capaz de realizar encantamientos. Sus ojos se posaron en el libro de Séneca que Lázaro aún le tendía.

—Léelo —ordenó el otro—. No temas confundirte, si con ello encuentras otra posibilidad hacia la que encaminar tu vida.

Lucas quiso volver a intervenir, pero el capitán detuvo sus palabras con un rápido gesto de la mano. De lejos se escuchaba la inconfundible voz del vigía, aunque, amortiguada por las paredes del camarote, a duras penas era perceptible. Al poco, el vozarrón de Cato atravesó el tragaluz.

—¡Capitán, una nave se nos acerca por el sureste!

El Peregrino dejó el libro en la mesa, esquivó a Lucas y corrió a la puerta. Éste, dubitativo, terminó por guardárselo y salió también. En la cubierta superior los marineros habían dejado sus labores para asomarse a la popa. Cuando apareció el capitán corrieron a sus puestos, pero permanecieron en vilo. Lázaro ascendió al castillo de popa, donde lo esperaba el primer oficial y el contramaestre. Se

protegió del sol haciéndose una visera con la mano y atisbó el horizonte. El *Gorgón* quedó en absoluta quietud.

—No es amiga —declaro con tono apesadumbrado, y luego añadió —. Debí imaginarlo.

Un murmullo recorrió toda la cubierta.

—Navegan con el barlovento —indicó Francisco.

—Debe tratarse de una nave berberisca. ¿Podemos perderlos? —preguntó Cato.

—Imposible —sentenció el capitán—. Calculo que nos darán alcance a medianoche.

Los tres hombres quedaron en silencio.

—Entonces, capitán, ¿qué hacemos…? —inquirió el primer oficial. En sus palabras podía detectarse el pánico.

—¡Luchar!

El Peregrino dio media vuelta, dispuesto a lanzar las primeras órdenes a la tripulación, pero Cato se interpuso en su camino.

—¿Luchar? ¡Navegan con el barlovento, capitán! Tienen clara ventaja sobre nosotros.

—Lucharemos igualmente.

Caminó hasta el palo de mesana, pero el primer oficial volvió a cortarle el paso.

—Considere la rendición. No arriesgue inútilmente la vida de sus marineros. Los berberiscos son más rápidos y llevan una nave más grande que la nuestra.

El Peregrino arrugó el entrecejo. Quedó plantado frente a su interlocutor, estudiándolo. Cato se puso lívido de repente. Entonces Lázaro aproximó lentamente su rostro y dijo:

—Nuestro enemigo es apenas un punto negro en la distancia, ¿y ya conoces tantas cosas de él? Hasta hoy desconocía que dispusieras de una vista tan aguda, Cato, para diferenciar por cuánto nos supera en tamaño.

El primer oficial comenzó a temblar. Con un veloz movimiento, el capitán lo agarró del cuello y le propinó un fuerte puñetazo. Su oponente cayó redondo.

—¡Francisco! —ordenó, enérgico—. Encierra al primer oficial hasta que tenga tiempo para hacerle confesar de dónde ha obtenido semejante clarividencia.

El contramaestre, a su vez, transmitió la orden a Alonso, que se encontraba cerca. Él y varios soldados se encargaron de llevarse a Cato, que sangraba abundantemente por la nariz.

—¡Lázaro! —gritó éste, mientras lo arrastraban por la cubierta— ¡Limítese a escuchar lo que digo! ¡Nos matarán a todos y hundirán el *Gorgón*!

Sus advertencias reprodujeron un escalofrío de terror entre los

marineros, pero el Peregrino se ocupó de apaciguarlo con rapidez. Saltó del castillo y se puso a gritar órdenes. Los marineros comenzaron a moverse por la nave como azogados, preparándolo todo para el combate. Lucas, como el resto de soldados, bajó a la cubierta de armas. Juan Camarena, el maestro armero, iba distribuyendo las cargas de pólvora. Los artilleros, entretanto, se encargaron de asomar las culebrinas por las bandas de babor y estribor y prepararlas para las primeras descargas. La carraca navegaba a toda vela, pero su perseguidor continuó acortando distancias. Cuando todo estuvo listo, la nave —en efecto, berberisca— era ya más que un punto. Tal y como había advertido el primer oficial, resultó ser más grande que el *Gorgón*. Sobre la cubierta superior, antes inundada por el ajetreo del trabajo, reinaba ahora un silencio cargado de tensión. Una dotación de quince arcabuceros, entre los que se encontraba Lucas, se acurrucaba oculta tras las barandas, esperando la primera orden para abrir fuego. En el castillo de popa el Peregrino estudiaba al enemigo, apoyado en uno de los fanales. Aún quedaba luz en el cielo, de modo que la nave enemiga era perfectamente visible.

—Una galera berberisca… —reconoció Francisco, que esperaba nuevas órdenes una vara tras el capitán.

—No es mucho mayor que el *Gorgón*, pero está mejor armada y es más maniobrable.

El contramaestre entrecerró los ojos para aguzar la vista.

—No alcanzo a ver cuántas piezas de artillería tiene.

—Ciento veinte cañones.

—¡Ciento veint…! —Francisco no halló aliento suficiente para terminar la frase.

—Más o menos.

—Me fío de su vista, incluso con la poca luz que nos queda. Pero son demasiados cañones para hacerlos frente con nuestras catorce culebrinas.

Luego, el contramaestre miró a su alrededor. Cuando supo que ningún marinero se encontraba tan cerca como para escuchar sus palabras, se acercó al capitán y añadió:

—¡No tenemos ninguna posibilidad de victoria! Incluso viajando a oscuras darán con nosotros. Están demasiado cerca.

El Peregrino se retorció los bigotes.

—Ya lo sé.

—Capitán. A estas alturas creo adecuado recordarle que considere la rendición sin lucha.

Lázaro no dijo nada. Su mirada encendida seguía fija en la nave, cada vez más grande y amenazante. Sus labios se curvaron en una mueca de desprecio.

—Si continúa decidido a plantar batalla va a provocar una matanza.

Entreguémonos y confiemos en la misericordia de Dios. Los berberiscos nos llevarán prisioneros.

—Os vi… —musitó el Peregrino, tan bajo que el contramaestre no le escuchó. Había entrecerrado los ojos como si pretendiera ocultarlos en el interior de las cuencas.

—Sufriremos la cárcel en territorio del enemigo —continuó Francisco—, pero siempre existe la posibilidad de liberación si pagan nuestro rescate.

—Os vi —repitió el capitán, susurrando en dirección a la nave enemiga—, hace días que nos seguís, ocultos a nuestros vigías, esperando el momento adecuado.

—¿Capitán? —insistió el contramaestre.

—Nos has traicionado, Cato. Pero, ¿para quién más resultará útil esta traición…?

—¡Capitán!

Lázaro se giró bruscamente hacia su interlocutor. La piel de su frente se estiró por efecto de la tensión. Francisco se echó hacia atrás, temeroso de que el Peregrino descargara en él toda la ira que contenían sus músculos; sin embargo, no sucedió nada.

—Está bien, Francisco. Nos rendimos —declaró el capitán, relajándose repentinamente.

El contramaestre dejó escapar un suspiro.

—Rápido —continuó el Peregrino—, ordena a los arcabuceros que dejen las armas; y a los artilleros que guarden las culebrinas.

Francisco asintió. Luego, el capitán se acercó al palo de mesana, y desde allí alzó la voz a la tripulación.

—Nuestro enemigo es más fuerte, más rápido y cuenta con ventaja táctica frente a nosotros.

Todos los soldados, Lucas entre ellos, escuchaban sus palabras aún escondidos tras las barandas.

—Si les hacemos frente hundirán nuestro barco y moriremos. Si alguno tiene la fortuna de salir con vida, lo apresarán. Es más sabio entregarnos a ellos desde el principio y confiar en que paguen nuestro rescate.

Desconcertados, los marineros se miraron unos a otros. El rostro del capitán, otrora lleno con la energía de su espíritu, dejaba ver un profundo pesar. Sus cejas caían melancólicas sobre unos párpados entrecerrados; una sombra amarga había disuelto el color de sus pómulos. No obstante, Lucas descubrió un breve titilar argénteo en su mirada, alimentado, quizá, por la rabia de quien se sabe vencido.

—Recomiendo que si algún hombre guarda cartas de relación o recomendaciones de algún tipo, las arroje por la borda lo antes posible. De este modo, los piratas no distinguirán entre nosotros a los más importantes.

Después, se volvió al contramaestre. Cabizbajo y con voz apagada, ordenó:

—Estaré en mi camarote. Traedme al primer oficial y que nadie nos moleste hasta que lleguen los piratas.

Y dicho esto, se retiró. Sin que nadie lo ordenara, marineros y soldados se pusieron en pie y observaron al capitán, sombreros o gorros en mano. El Peregrino arrastraba la suela de sus famosas botas por la cubierta. Alcanzó la puerta de su camarote y desapareció. Nadie se atrevió a romper el silencio hasta que, de repente, se escuchó en la distancia un rumor lejano, y rápidamente un silbido grave que terminó en un fuerte chapoteo a babor. Los piratas lanzaban el primero de sus cañonazos, que había alcanzado el agua muy cerca de la carraca.

—¡Recoged velas! —Ordenó el contramaestre.

Poco a poco la carraca fue perdiendo velocidad. Los soldados fueron pasándose los arcabuces unos a otros para devolverlos a la cubierta de armas. Lucas observó que algunos rezaban. Decidió imitarlos. Cerró los ojos y comenzó a repetir el *Padre nuestro* una y otra vez. Sólo dos acontecimientos lo sacaron de su concentración. El primero ocurrió en el momento en que los marineros vieron aparecer al primer oficial en cubierta. Escoltado por tres soldados, Cato caminaba asustado, envuelto en una nube de improperios susurrados y miradas de soslayo que lo acompañaron hasta desaparecer tras la puerta del camarote del Peregrino. Tras esto, Lucas volvió a cerrar los ojos y se concentró en sus rezos, hasta que lo sorprendió una fuerte sacudida. Cuando alzó la vista, descubrió que frente a él, en la banda de babor, se encontraba la galera pirata. Había logrado pegarse a ellos, de forma que ambos barcos se rozaban. Sobre la cubierta, que quedaba vara y media por encima de la del *Gorgón*, esperaban más de cincuenta hombres. Vestían botas de punta retorcida, pantalón ancho al estilo árabe y armadura acolchada. De entre todos destacaba uno, colocado en primera línea. Lucía un casco en cuya cimera había una media luna dorada; sobre la celada, a la altura de la frente, había otra pieza de decoración: una palabra escrita en lengua árabe, encerrada en el interior de una lágrima. Aquel hombre, a todas luces el líder de la embarcación pirata, desenvainó su alfanje y de un salto se coló en la cubierta del *Gorgón*. Al instante le siguió otro, mucho más grande y corpulento, muy velludo y de barba hirsuta. A la derecha de su fajín colgaba un látigo enrollado.

Una vez en la nave castellana, ambos hombres estudiaron a los marineros españoles. Para sorpresa de todos, el que parecía el capitán no tuvo problema para descubrir al contramaestre. Se aproximó a él y en un perfecto castellano dijo:

—Soy Selim ben Ihzmad. Vuestro capitán es un hombre sabio al

aceptar su inferioridad. Deseo hablar con él.

El contramaestre sólo acertó a realizar un leve gesto afirmativo con la cabeza. Luego, tembloroso, condujo al pirata hasta el camarote del capitán. Lucas volvió a mirar en dirección a la cubierta enemiga. Entre los rostros de tez morena de los berberiscos, que no dejaban de estudiarlos en un silencio inquietante, descubrió que se abría paso una figura pequeña que destacaba por el color blanco de su hábito. Era un fraile mercedario, bajito y enjuto; de pelo rubio, lacio y descolorido que crecía también en el lugar reservado a la tonsura. El fraile se asomó por la borda para ver a la tripulación del *Gorgón* y Lucas apreció que su cara estaba perlada de cortes y magulladuras.

En aquel momento, el contramaestre asomó por la puerta del camarote del capitán.

—El Peregrino y el primer oficial han muerto —anunció.

X

—¡Los han matado! —dijo uno de los hombres que se hallaba frente a Lucas.

La tripulación al completo se encontraba turbada con la noticia, al suponer que el capitán de la nave berberisca había ejecutado a Lázaro y al primer oficial. Rápidamente, creció entre ellos el presentimiento de que pronto les tocaría morir también. Pero entonces, Francisco aclaró:

—Los hemos encontrado muertos. Han preferido el suicidio antes que entregarse.

La tensión se relajó, tornándose en incertidumbre.

—No me lo creo —escuchó Lucas que decía Rolf a su espalda—. El capitán nunca terminaría con su vida. Tiene demasiadas cuentas pendientes en el mundo de los vivos, deudas que saldar. Sabe que de no hacerlo su alma nunca descansará tranquila.

—Yo tampoco lo creo —dijo una voz familiar.

Al volverse, Lucas descubrió que Alonso había logrado acercarse hasta él. Había encontrado una camisa sucia y un calzón largo que lo hacían pasar por un marinero más.

—Los ha matado ese pirata —continuó, susurrando a quienes se hallaban cerca.

—¿No nos tomarán prisioneros? —preguntó un marinero.

—Eso es lo que hacen —añadió Miguel—. Nos quieren vivos. Pedirán un rescate por nosotros.

—¿Y si no pueden mantenernos? Tal vez sólo busquen quedarse con la nave —inquirió otro.

La conversación se detuvo bruscamente cuando una docena de piratas saltaron al *Gorgón*. Se distribuyeron a lo largo de toda la cubierta y, alfanje en mano, azuzaron a la tripulación para que se apretara en torno al palo mayor. El fraile mercedario descendió también. Intercambió varias palabras en árabe con uno de los guardias, que le contestó con un gruñido, y luego se arrodilló cerca de donde se hallaba Alonso. Los marineros se acercaron a él como si tuviera poder para otorgarles la libertad.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

—¿Nos ejecutarán?

—¿Adónde nos llevan?

El fraile pidió calma con las manos.

—No os van a matar a menos que les deis razones. Pero es posible que os torturen para convertiros a su fe.

La posibilidad de tortura produjo una sensación de pánico generalizada. Lucas no era capaz de abrir la boca. La visión de aquel

fraile era como un presagio de muerte. Su rostro cadavérico a causa de la inanición y su atuendo gastado lo identificaban como otro rehén de los berberiscos. Ocurría que, de vez en cuando, un mercedario se daba a sí mismo a cambio de un prisionero cuya fe comenzaba a flaquear. Éste era liberado a cambio del fraile, de modo que los berberiscos recibían a un hombre cuyo rescate nadie se preocuparía por pagar. El mercedario, a partir de entonces, se transformaba en un juguete para sus captores, quienes se divertían torturándolo hasta la muerte. Aquel fraile que les hablaba no representaba sino uno de aquellos intercambios. Pese a todo, demostraba una entereza mayor a la de cualquier tripulante del *Gorgón*.

—No permitiré que me torturen —declaró Juan Camarena, con la vista fija en el enorme pirata del látigo.

Acto seguido, sus ojillos nerviosos estudiaron todo a su alrededor, y tras comprobar que nadie miraba hacia él, mostró al fraile un puñal oculto en un doble forro del chaleco.

—¡No! —respondió el mercedario al verlo—. Arroja eso lejos. Los piratas buscarán en vuestras ropas. Si descubren que ocultáis un arma os matarán a latigazos.

—Sacaré las tripas de ese pirata antes de permitir que me roce con su látigo —juró el barbero, y escupió.

—Es Imarán —dijo el fraile—. El segundo de a bordo y el hombre de confianza de Selim. Si lo matas conocerás una tortura tan cruel que acabarás suplicando para que acaben con tu vida. Debes… debéis, todos vosotros, ser cautos.

Juan se mordió los labios, pero finalmente hizo caso omiso de las advertencias y volvió a guardarse el arma. El fraile tampoco insistió, a su alrededor se apretaban demasiados hombres necesitados de consuelo.

La puerta del camarote volvió a abrirse. Del interior surgió la figura de Selim portando varios pliegos que entregó a uno de sus soldados. Luego caminó directo a los prisioneros. Se plantó cerca de ellos y los estudió detenidamente. Su rostro lucía barba acabada en punta y bigote, ambos bien recortados. Su tez bronceada estaba deformada por innumerables cicatrices pequeñas, de un color algo más pálido, que comenzaban en la frente y descendían hasta la garganta. Sus ojos eran de un color negro intenso, pero en el derecho, y bajo un examen algo más cuidadoso, no resultaba muy complicado detectar una rigidez anormal y un párpado algo más caído. Era, sin duda, porque se trataba de un ojo artificial, aunque elaborado con exquisito cuidado sobre una pieza de nácar.

De repente Selim detuvo su estudio y emitió una risa suave y profunda.

—¡Pobre atajo de ignorantes! Sé que habéis arrojado al agua

cualquier documento en el que se describa vuestra posición o el grado de importancia de vuestro nombre —comenzó a pasearse, rodeando a los marineros—. Es evidente que una estratagema como esa funciona, de vez en cuando. Sin embargo, los españoles sufrís una desventaja: vuestro sentido del honor. Os pierde el orgullo, os delata cuando pretendéis fingir lo que no sois. Ahora, por ejemplo, es ese orgullo el que me dice quién de entre vosotros es persona importante y quién no es más que un pobre diablo. No hay más que comprobar qué hombre es capaz de mantenerme la mirada.

Se detuvo y dirigió unas palabras en árabe a sus soldados. Al momento, éstos prendieron a Alonso. Al saberse descubierto, éste ni siquiera se esforzó en desmentir las deducciones del capitán.

—¡No sacaréis nada de mi! —dijo, mientras se lo llevaban.

Selim respondió con otra sonrisa, vaga y sorda. Al verlo, Lucas decidió despegar los labios.

—¿Qué harán con él? —preguntó al fraile.

—Los piratas le obligarán a que confiese quién es en realidad. Así sabrán cuánto dinero pedir por su rescate.

—¿Y con nosotros?

El fraile abrió la boca para hablar, pero se detuvo. Su atención se había desviado al pecho de Lucas.

—¿Qué tienes ahí?

—Un libro.

—¿Escrito por quién?

—Es un libro de Séneca. Me lo dio el capitán. Está en latín.

El fraile abrió los ojos desmesuradamente y se incorporó de un salto.

—¿Qué sucede? —preguntó Lucas, tomándolo de la mano para que no se marchara.

—¿Sabes latín?

—Muy poco.

El fraile se mojó los labios.

—No importa —musitó—. No importa… Espera aquí y sígueme la corriente en todo lo que te diga. Absolutamente en todo. Tu vida va en ello, ¿comprendes? Escóndete un poco más el libro. Que no sobresalga tanto, pero tampoco lo ocultes del todo. Que pueda verse una esquina con claridad.

Lucas asintió, algo desconcertado. El fraile caminó hasta el capitán. Cuando llegó frente a él se inclinó en actitud sumisa y habló en castellano, de forma que todos los marineros pudieron escuchar lo que decía.

—Capitán, hay un médico entre los prisioneros.

Selim enarcó una ceja.

—¿Un médico dices? No me mientas, *Qírmiz*. Si compruebo que no

es más que un pobre barbero no pasarás de la próxima luna.

—Es un médico, venga a verlo.

El capitán y el mercedario caminaron en dirección a Lucas. Un pirata que se encontraba cerca de él le pinchó con la punta del alfanje para que se pusiera en pie.

—Tú —dijo el capitán—, ¿eres médico?

Aunque no quiso, Lucas desvió la mirada en dirección al fraile. Éste le correspondió entrecerrando levemente los ojos, pero sin mover ni un músculo más de su rostro.

—¿Eres médico? —repitió Selim.

—Sí.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Lucas Belmonte —dijo éste, reuniendo valor para aparentar entereza. Su intelecto discurrió con velocidad una historia sobre su nuevo oficio —. Estudié medicina en Alcalá de Henares, pero me enrolé en la Real Armada por…

Selim levantó un dedo para hacerlo callar. Sus ojos negros se habían desviado al libro que le asomaba por la camisa. Alargó la mano y lo tomó. Lo abrió por la primera página y leyó el título: *Proverbia Senecae;* y bajo éste el nombre de su compilador, Publio Sirio. Después pasó algunas páginas y observó las palabras latinas.

—¿Sabes latín?

Nuevamente, la mirada de Lucas se volvió irremediablemente hacia el fraile.

—Sí.

El capitán giró el libro, que continuaba abierto. Lucas supo que estaba a punto de comprobar si decía la verdad. Mandaría que leyera y tradujera algún extracto de aquel tomo que aún no había tenido tiempo de leer; para comprobar si era de su propiedad; si, en efecto, era tan culto como alardeaba. La estabilidad de su mentira dependía de ello, pero Lucas se encontraba demasiado nervioso para recordar sus lecciones en la universidad. Si al menos hubiera tenido la oportunidad de ojear las páginas, de estudiar unas pocas palabras y refrescar su latín. Pero ni siquiera pudo abrirlo, todo había sucedido demasiado rápido desde su conversación con el Peregrino, no había tenido ni un ápice de tiempo libre, pues la nave de los piratas había acortado distancias a gran velocidad. Ya era demasiado tarde, no podía mentir. Leerlo resultaría sencillo, las palabras se pronunciaban casi igual que en castellano; pero traducirlo era una cuestión muy diferente. No, no podría hacerlo…

De repente lo invadió una chispa de luz. Sus labios se movieron con velocidad antes de que Selim ordenara nada.

—El libro de Galeno que hay en la biblioteca del capitán también es mío.

El otro detuvo sus intenciones.

—¿Es tuyo?

—Sí. Se lo presté a nuestro capitán para que lo leyera. Él y yo éramos amigos.

Recordaba haber visto el libro en la biblioteca del Peregrino, y conocía su fama. Galeno trataba sobre aspectos de la medicina. Si aquel pirata era un hombre cultivado, como en efecto parecía, también estaría al tanto de la obra de aquel médico griego.

—Bien…—dijo Selim, meneando la obra de Séneca—, ve al camarote del capitán y recoge tu libro. Luego quiero que subas a mi nave. Hay algo que debes hacer. ¿Tenéis barbero?

—Tenemos uno —respondió Lucas, señalando a Juan Camarena, que se puso en pie sin poder creerse la historia que estaba escuchando.

—Tráelo también por si necesitas ayuda, pero no quiero que se acerque demasiado al enfermo. No me fío de los barberos.

Y volviéndose al fraile, añadió:

—Os estaré esperando en la habitación de Kamal.

Devolvió el libro a Lucas y caminó a su nave, desde donde gritó una orden a sus hombres para que sacaran a los presos del *Gorgón*.

Cuando Lucas y el fraile entraron al camarote del Peregrino, aquél, sabiendo que el aposento amortiguaba cualquier ruido, se atrevió a dirigirse al mercedario.

—¡Estás loco! Yo no sé nada de medicina.

—Calla. Tal vez haya salvado tu vida y la de tus amigos.

—¡Me has condenado! Yo no soy un hombre de letras. El libro de Séneca fue un regalo del capitán para aprender latín. Me lo dio esta misma mañana. Ni siquiera he tenido tiempo de abrirlo.

—Pero ellos no lo saben. Ahora creen que eres médico.

—¡Yo no soy médico! En cuanto descubran la farsa nos matarán.

—Entonces procura que no lo descubran. Coge el libro de Galeno.

Lucas suspiró. Avanzó hasta la biblioteca, y sólo entonces se percató de las dos figuras que yacían en la estancia. Envueltas en sombras, apenas se veían desde la entrada, pero más cerca podía distinguirse claramente cuál de ellas pertenecía al primer oficial y cuál al Peregrino. El capitán del *Gorgón* permanecía recostado sobre su silla, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Un rastro de baba resbalaba desde la comisura de sus labios y desaparecía tras el cuello de la camisa. Los ojos, abiertos y en blanco, miraban en dirección a las ventanas. Cato, en cambio, se encontraba sobre la cama, en una postura mucho más apacible: boca arriba y con las manos cruzadas a la altura del pecho, parecía haber elegido la misma posición que adoptaba durante su puesto en el castillo de popa, atento a las órdenes del capitán. Ninguno de los dos cuerpos tenía signos de violencia.

—Parece que Francisco decía la verdad —dedujo Lucas—. Ya

estaban muertos cuando Selim entró al camarote. No tienen heridas.

—No perdamos el tiempo —apremió el fraile—. Si Selim descubre que tardamos mucho podría sospechar.

Lucas tomó el libro de Galeno y ambos salieron del camarote. Fuera, la cubierta se encontraba ya prácticamente vacía. Con ayuda de varias rampas, los tripulantes del *Gorgón* habían sido conducidos a la nave berberisca.

Cuando los dos hombres ascendían, Lucas preguntó:

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Baltasar. Baltasar de la Torre —respondió el mercedario, y añadió —: Pero no digas mi nombre a los piratas.

Lucas le devolvió una mirada desconcertada, pero el fraile continuó como si nada.

—Ante todo, mantén la compostura. Demuéstrales que sabes lo que haces. Toma las decisiones con firmeza, y cuando determines una cura, no dudes.

—Pero si no conozco la enfermedad, ¿cómo voy a dar el remedio?

—Tranquilo. Ellos tampoco saben lo que le sucede al enfermo. Te creerán, si hablas convencido de lo que dices.

—Ni siquiera sé qué tipo de remedios existen.

—No te preocupes por eso —declaró el fraile—. Limítate a las purgas y las sangrías. Sabes lo que son, ¿verdad?

Lucas afirmó con la cabeza. Conocía algunos medios para realizar purgas muy efectivos, y, por otro lado, recordaba haber visto cómo se hacían las sangrías a los soldados enfermos en el campo de batalla. En una ocasión incluso ayudó a realizar una.

—Observa al enfermo —continuó Baltasar—. Estudia sus síntomas y decántate por uno u otro remedio. Si Dios está con nosotros, se curará.

—¿Qué sucederá si no mejora?

—Posiblemente acaben con nuestras vidas. Vas a reconocer a Kamal ben Ihzmad, el hermano pequeño del capitán.

Lucas bajó la mirada, aterrado.

—Tal vez ahora comprendas la razón de mi mentira —añadió el fraile—. Era el momento idóneo para elaborar esta treta. Con el hermano del capitán enfermo, y al descubrir que guardabas un libro en latín, vi clara la oportunidad de hacerte pasar por persona cultivada. Transforcap marte en médico y hombre de letras resultaba lo más provechoso y a la vez lo más sencillo. Incluso puede que en el futuro acabe beneficiándote.

—¿En qué me beneficiará? Ahora pedirán más dinero por mi rescate.

—No te preocupes ahora por eso. Concéntrate en dictaminar una cura para Kamal y, te lo ruego, acierta.

XI

Una vez en la galera berberisca, Lucas y Baltasar fueron escoltados por varios piratas hasta la popa, donde se elevaba un castillo de tres pisos. En el segundo encontraron al capitán sentado a los pies de un camastro. Sobre él yacía un muchacho de no más de veinte años. Su piel, tan bronceada como la del mismo Selim, estaba perlada por gotas de sudor. Su respiración era desigual y agitada. Se retorcía de un lado a otro de la cama, sin poder estarse quieto, y de cuando en cuando emitía algún quejido sordo al tiempo que apretaba los dientes con fuerza. Lucas se acercó y tocó su frente; ardía. Baltasar también hizo el ademán de aproximarse, pero los piratas que los habían escoltado hasta el camarote lo apartaron como si fuera un estorbo a la vista y lo empujaron al rincón más oscuro. Su cuerpo, desdibujado por el hábito, pareció menguar de repente. Se pegó a las paredes del rincón todo lo que pudo, bajó los hombros y se encorvó como un animal asustado. Sin embargo, y pese a lo insignificante que había logrado parecer, la expresión en su rostro conservó una fijeza que sólo Lucas fue capaz de percibir. Baltasar permaneció quieto, relegado a su puesto entre las sobras, observando al improvisado médico con un anhelo palpitante.

Kamal musitó unas palabras que sonaban a plegaria.

—¿Qué dice? —preguntó Lucas.

—Ruega para que su sufrimiento cese… con la muerte —tradujo Selim—. Es el tercer día que lo acosa esta enfermedad. No puede dormir, ni comer. Está agotado.

Tras comprobar su frente, Lucas pidió al capitán que levantara la camisa del enfermo y palpó su estómago; estaba muy duro. Entonces su memoria comenzó a trabajar a toda velocidad, buscando algún recuerdo de síntomas parecidos que hubiera observado a lo largo de toda su vida. No obstante, ni siquiera pudo adivinar la causa de aquellos padecimientos. Descubrió, muy a su pesar, que mientras se esforzaba por elaborar un diagnóstico, tanto el capitán berberisco como los piratas de la habitación estudiaban cada uno de sus movimientos. Necesitaba concentrarse, olvidarse de la presión, buscar un argumento convincente con rapidez. Resolvió acudir al libro de Galeno, que se había llevado del camarote de Lázaro. Lo abrió por un lugar al azar, pretendiendo demostrar que lo conocía a la perfección, pero al observar sus caracteres casi no fue capaz de contener el pánico. Estaba escrito, de principio a fin, en griego. Cada palabra, cada una de las letras, le eran absolutamente desconocidas. Se esforzó en aparentar que las comprendía, pero aquel críptico manual comenzó a temblar en sus manos, de modo que lo cerró de golpe y lo depositó en el suelo. Escudriñó a su alrededor. Sus ojos cruzaron el rostro

imperturbable de Selim. Sabía que, bajo aquella mirada de ónice, el capitán estaba probando sus capacidades médicas. Vaciló y a punto estuvo de confesar la verdad, pero por el rabillo del ojo comprobó que el fraile seguía allí, insuflándole valor con su presencia. Recordó sus palabras: decidirse por realizar una purga o una sangría, y confiar en que, de alguna forma, la Providencia salvara la vida del enfermo, de aquel infiel musulmán.

—Es menos grave de lo que parece —carraspeó—. Hay que realizar unas purgas.

—¿Cuántas? —inquirió Selim.

—Cuatro.

El capitán guardó silencio. Lucas rezó por que sus palabras hubieran surgido con la resolución necesaria.

—Está bien —dijo el capitán al fin.

Luego, dirigiéndose a uno de sus hombres, ordenó algo en árabe. El marinero salió disparado por la puerta.

—Tenemos a bordo los ingredientes para hacer un purgante —informó, volviendo al castellano—. Te los facilitaremos. Espero que sepas de lo que hablas, médico.

—Claro —respondió Lucas, aparentando tranquilidad—. Lo he visto otras veces. Con unas purgas se curará en seguida.

—Más te vale.

Y puso rumbo a la puerta, pero antes de desaparecer se volvió al rincón para dar una nueva orden al mercedario.

—*Qírmiz*, ve a buscar al barbero para que ayude al médico.

El fraile asintió con una rápida genuflexión y salió en busca de Juan Camarena.

Hasta el mediodía, Lucas, Juan y Baltasar se ocuparon en preparar el purgante para el hermano del capitán. Para aquel entonces los berberiscos habían saqueado todo lo aprovechable del *Gorgón*. Con el barco pirata repleto de cargamento y prisioneros, se pusieron de nuevo en marcha, rumbo al sur. En cuanto al enfermo, desde su primera toma comenzaron a notarse los efectos del purgante en forma de vómito, pero no experimentó ninguna mejoría. Al llegar la noche, Selim ordenó que tanto el médico como el barbero durmieran en la habitación de Kamal. Por petición de Lucas, terminó concediendo también la presencia de Baltasar para velar al enfermo.

—Creo que no se va a curar —presagió Lucas, observando cómo su paciente se revolvía en la cama.

Había soltado el comentario durante un momento de intimidad con Baltasar. El barbero se había marchado a preparar más purgante. Era de madrugada, sin luna. En el exterior mar y cielo se fundían en una oscuridad densa. La llama trémula de una vela, en un candil al pie de la cama, derramaba un tinte anaranjado sobre las paredes del

camarote. El rostro del mercedario sólo podía adivinarse en parte, pues la mitad de sus facciones quedaban ocultas bajo gruesas sombras proyectadas por los sobresalientes huesos de sus facciones.

—Entonces debemos asumir lo que nos aguarda —sentenció Baltasar.

—¿Por qué te llama así el capitán? Antes se refirió a ti con un nombre extraño.

—*Qírmiz;* «Gusano». Lo usan para referirse a mí porque desconocen cómo me llamo.

—¿Por qué no les has dicho tu nombre?

—No quiero hacerlo —dijo el fraile, al tiempo que distendía sus labios en una sonrisa—. Mi nombre y mi fe son lo único que me queda desde que me entregué a los berberiscos. Antes perderé la vida que entregarles más de lo que ya les he dado.

—Pero, ¿te torturan por ello?

—Mucho más de lo que merezco. No valgo nada para los berberiscos, así que me he transformado en una forma de diversión macabra. No obstante, algún día se propasarán en sus castigos, moriré y seré liberado.

Aguardo ese momento con sosegada paciencia.

Lucas se estremeció. Bajo un primer estudio, Baltasar no resultaba más que la pálida efigie de un ser humano. Su cuerpo apenas reunía fuerzas para soportar el peso del hábito. No era de gran estatura, ni de complexión fuerte, y poseía las facciones de un ánimo melancólico, abatido. Sin embargo, y bajo un examen más exhaustivo, resultaba fácil descubrir en sus palabras una fuerza de voluntad inconmovible; y en sus ojos el brillo de una inteligencia veloz, de la astucia afinada que posee quien se halla de continuo pugnando por sobrevivir. Tras indagar más allá de la apariencia, Baltasar de la Torre resultaba un personaje poseedor de un carácter admirable, digno de un líder.

—Me gustaría tener tu valor —admitió Lucas— para afrontar los problemas, para aguardar la muerte con tanta resolución.

—No obstante, yo desearía que ningún hombre alcanzara tales cotas. Ni siquiera los valientes, o los que disfrutan de una fe inquebrantable. Para aguardar la muerte sin una pizca de miedo es necesario despreciar la vida. Por ello debo aconsejarte que aproveches estos últimos momentos. Cuando el hermano del capitán muera, nosotros lo seguiremos. Sólo lamento que mi plan no funcionara. Morirás por mi culpa.

Lucas miró de reojo al enfermo. Aquel muchacho, como si supiera que hablaban de él, emitió desde su camastro un quejido lastimero. La llama bailarina del candil proyectaba sombras que recortaban el contorno de su figura y lo hacían parecer más delgado. Baltasar se acercó y lo arropó con delicadeza.

—Era un plan bienintencionado —dijo Lucas—. Yo también lamento el fracaso, pero no te culpo por intentarlo.

Ambos quedaron en silencio, momento que aprovechó Lucas para que su imaginación evocara el hogar, y allí no pudo evitar que, al igual que le había sucedido durante la conversación con el Peregrino, lo sorprendiera el recuerdo de su mujer, estático, pero de una hermosura dolorosa. Una gama de vivos colores se arremolinaban en torno al perfil de su figura: los geranios, de color verde, se mezclaban con el rosa de las cintas de Margarita, que a su vez convivían eclipsados por el arrebol en las mejillas de la muchacha. Y todo aquel cuadro de colores se agitaba y cambiaba de posición, rodeado por un blanco fulgurante que representaba el revestimiento de cal en la fachada donde Lucas vio a su esposa por primera vez. Pero de súbito aquel blanco comenzó a oscurecer; primero hasta adquirir un tono marfileño, y luego, con rapidez, al gris y al negro; un negro de una dureza intangible, imposible de atravesar por ningún otro recuerdo. Margarita ya no estaba allí. Ahora, acosado por la llegada de la muerte, Lucas era capaz de admitir el rechazo permanente que su esposa había demostrado hacia él. Ella siempre deseó alguien a quien someter bajo sus caprichos, no un marido, no un amante. Era la descarnada realidad, y reconocerla en una situación como aquella, con el final tan cercano, la desposeía de toda importancia. Al fin resultaba fácil deshacerse de toda imagen de Margarita. Ahora que la vida de Lucas estaba a punto de acabar no quedaba nada de ella ni de ninguna otra cosa. Sólo una negrura absoluta tintaba su memoria; y en las retinas un punto de luz titilante, pequeño como la cabeza de un alfiler, que fue alargando su tamaño hasta transformarse en la llama de la vela del camarote.

—Ánimo —dijo Baltasar—. Ahora debes prepararte para lo que te espera. Selim no tendrá piedad de nosotros. Nuestra muerte no será rápida, sino lenta y dolorosa. Pero debes reunir fuerzas para aguantar las torturas con honor. Te recomiendo que emplees las últimas horas en rezar, hasta que amanezca. Yo debo marcharme; no me dejan permanecer mucho tiempo aquí.

—Gracias por tus palabras.

—Es mi labor. Ahora, busca a Dios. Pídele fuerzas.

Se acercó a Lucas, lo abrazó y dejó el camarote. Una vez hubo quedado solo, éste hizo caso de las recomendaciones de Baltasar. Acompañado por los murmullos quejumbrosos del enfermo, Lucas agachó la cabeza, unió las palmas, y arrodillado, rezó. En sus pensamientos continuaba existiendo aquella oscuridad densa, libre de cualquier otra imagen.

Juan, el barbero, detuvo sus cavilaciones al abrir la puerta del camarote. Regresaba con una nueva dosis de purgante, que Lucas se

apresuró a administrar. Tras esta la última purga, Kamal enmudeció. Quedó tendido boca arriba, con su mirada ojerosa fija en la vela. Su piel se tornó ebúrnea. Al contemplarlo, Lucas comprendió que el muchacho estaba a punto de fallecer.

Con la llegada del amanecer, cuando los primeros rayos de la aurora penetraron por los ventanales del aposento, se escuchó cierto ajetreo en cubierta. Lucas, que no había pegado ojo en toda la noche, se atrevió a indagar qué sucedía. Abrió la puerta y se asomó al exterior. Allí descubrió que los marineros estaban pendientes del horizonte, vigilando la proa. Al aguzar la vista comprobó que se acercaban a tierra; sin duda a las costas de África, donde debía encontrarse el hogar de aquellos piratas.

De repente, del enfermo llegó un débil sonido que desvió su atención de nuevo al camarote. Repetía una palabra con insistencia, al tiempo que extendía su brazo hacia Lucas como si necesitara algo de él. Éste alertó a uno de los soldados que montaban guardia en la puerta. Al escuchar al enfermo, uno de ellos salió corriendo, lo que dio a entender a Lucas que se trataba de algún tipo de emergencia. Regresó al poco acompañado por el capitán y cargando un pellejo de cabra que goteaba agua. Selim permaneció de pie en la entrada, pero el guardia avanzó hasta Kamal y aproximó el pellejo a su boca. El enfermo comenzó a beber con un ansia hidrópica. Lucas se volvió al capitán, sólo para descubrir que éste lo estudiaba con una dureza inusitada en cada facción de su rostro. Las cicatrices de los cortes parecían ahora más claras y evidentes, al igual que su ojo postizo, tan negro como el natural, pero ambos igual de estáticos. Selim ordenó algo cuando el guardia terminó de dar agua al enfermo, y éste avanzó rápidamente hasta Lucas, lo tomó del brazo y lo empujó hacia la salida. Lo condujeron a empujones hasta la cubierta. Allí el guardia lo acercó hasta la baranda de estribor. Entonces, y con el terror adueñándose de su ánimo, Lucas supo que estaban a punto de arrojarlo por la borda para que muriera ahogado, con la vista de tierra como última imagen de su vida. Intentó guardar la compostura, tal y como le había dicho el fraile; conservar su honor hasta el final, pero no pudo. Se dejó vencer por el pánico. Forcejeó con el guardia, pero fue inútil, pues dos más acudieron en su ayuda y lograron levantarlo del suelo. Comenzó a gritar y a patalear mientras lo conducían para lanzarlo de cabeza por la borda; pero entonces escuchó otro grito a su espalda, mucho más fuerte que el suyo, procedente de una voz que no pudo reconocer. Los guardias lo soltaron a una y cayó como un peso sobre la cubierta. Se giró con velocidad para ver qué sucedía. Cerca de la puerta que conducía a la habitación de Kamal, Juan Camarena, armado con el puñal que había logrado ocultar, se defendía de cuatro piratas describiendo un arco a su alrededor mediante rápidos

movimientos de su brazo. Sus atacantes ya blandían los alfanjes y poco a poco lo iban acorralando cerca de las garruchas de estribor. El barbero miró a su espalda para estudiar un modo de escape; luego al frente, hacia tierra; y finalmente a sus atacantes. Se mordió los labios, turbado, y cuando su espalda rozó los obenques, cargó puñal en mano hacia los piratas. Esquivó a dos de ellos y se centró en un tercero. Lanzó dos puñaladas directas al vientre, pero el pirata las esquivó hábilmente. Quiso lanzar una tercera, pero un quinto pirata, Imarán, de cuya presencia no se había percatado el barbero, lo flanqueó por la izquierda. Lanzándose como una fiera, lo agarró de la cintura y logró tumbarlo. Los demás no tardaron en rodear su cuerpo y cubrirlo de golpes y patadas. El barbero comenzó a proferir gritos de auxilio, pero Lucas se sintió incapaz de acudir en su ayuda; sus miembros habían quedado paralizados. Rígido, no tuvo más remedio que contemplar, aún tirado en el suelo, cómo aquellos piratas terminaban a golpes con la vida de su compañero.

Pero en ese momento, un grito, surgido desde el camarote donde se hallaba Kamal, detuvo el combate. Procedía del capitán, que había ordenado parar a sus subalternos. De pie en la puerta, paseó su mirada por la cubierta hasta que detectó a Lucas. Se acercó a él, y cuando llegó a su altura extendió el brazo y lo ayudó a ponerse en pie.

—Mi hermano dice que se encuentra mejor —dijo—. Vuelve a su aposento hasta que tomemos tierra. Procuraré que tengas más ingredientes para la purga.

—Gra… gracias —acertó a decir Lucas, desconcertado.

Caminó hasta el camarote de Kamal. Allí descubrió al muchacho, descansando apaciblemente sobre su lecho. No lo atacaban nuevos dolores; los sudores habían desaparecido repentinamente, al igual que la palidez, lo que llevó a Lucas a deducir que la fiebre también debía haber menguado. Cuando lo vio entrar, Kamal murmuró algo.

—Te da las gracias —tradujo el capitán, que se había parado en la entrada.

Lucas dejó escapar un resoplido de alivio. Por primera vez se permitió pensar en la posibilidad de que aquel plan alocado estuviera surtiendo efecto.

XII

A media mañana la galera berberisca tomaba tierra africana a la orilla de un cabo que se doblaba como un garfio hacia el oeste. Sus laderas se encontraban repletas de rocas, grandes y puntiagudas, que dificultaban el ascenso salvo por unos senderos estrechos, bien conocidos por los piratas. Por allí condujeron a los prisioneros del *Gorgón*, en dirección a la cima. Durante el ascenso Lucas tuvo la oportunidad de volver a encontrarse con la tripulación. Descubrió que los habían encadenado y desprovisto de sus escasas posesiones, salvo las prendas básicas para permitirles conservar el pudor. En cambio, a Lucas no le habían tocado ni una de sus pertenencias. Tampoco iba encadenado, sino libre, aunque escoltado de cerca por un centinela.

—¿Adónde nos llevan? Quiso saber Francisco, aproximándose a Lucas con cierto recelo, por temor a que los guardias descubrieran que se desviaba de la formación.

—No lo sé. No me lo han dicho.

—Corre el rumor de que te encomendaron curar al hermano del capitán y lo conseguiste. Por eso no estás encadenado. ¿Es cierto?

—Eso creo.

El contramaestre mostró una sonrisa desdentada.

—Acuérdate de nosotros cuando cures al siguiente.

Y, raudo, volvió a su puesto en la fila. Por delante de él, Lucas descubrió a Miguel, el marinero veterano. Superponía el labio inferior al superior y sollozaba presa de una tristeza que no le dejaba mantener el ritmo de la caminata. Cuando Lucas se le acercó, el marinero no fue capaz de emitir ni siquiera una de sus escuetas declaraciones; únicamente se señaló al pecho para dar a entender que le faltaba su cruz de latón. Los piratas se la habían arrebatado.

Sobre la cima, y rodeada por un campo de tomillo, se levantaba una fortaleza no muy grande. Construida en adobe, su color terroso se confundía con la misma piedra del cabo. Estaba provista de contramuros y una alta torre cuadrada que miraba hacia el Mediterráneo. La hilera de esclavos se fue acercando, al tiempo que los piratas que hacían guardia en la fortaleza se comunicaban con sus compañeros a gritos. Al poco se abrieron unas puertas gruesas de madera tachonada y reforzada con barras de hierro. Éstas daban a un patio de armas donde el sol incidía directamente. La comitiva se detuvo allí mientras los piratas se saludaban. Los presos aprovecharon para sentarse en el caliente suelo de adoquines. Sólo unos pocos permanecieron en pie; entre ellos, Alonso. Al detectarlo, Lucas quiso aproximarse, pero su amigo lo detuvo alzando una de sus manos encadenadas.

—No te acerques.

—Alonso, ¿qué sucede…?

No terminó la pregunta, en la mirada de su amigo, en la comisura arrugada de sus labios y, en fin, en la sombría imagen de su rostro, oscurecido a pesar del sol, descubrió un gesto familiar e inquietante. Era la misma presencia que recordaba de Alonso tras experimentar, años atrás, su último rechazo por Margarita Valle. De pie en la plaza de armas poseía la misma resolución perturbadora que lo obligó a huir en el pasado, pero ahora no se movía de su sitio. No escapaba a su odio, ni intentaba ocultarlo, sino que toda su presencia rebosaba un orgullo insano, un deseo mordiente; como si, de no hallarse encadenado, fuera capaz de ejecutar la primera acción homicida que dictara su espíritu; lanzarse contra su amigo y despertar una venganza aletargada.

—Alonso… —llamó Lucas, como si el otro no fuera capaz de percibir cuanto lo rodeaba.

—¿Por qué? —respondió finalmente el aludido—. ¿Por qué has tenido que ser tú el favorecido? Yo no merezco esta deshonra, desposeído de mis pertenencias, mientras tú, por un azar del destino, has logrado la benevolencia de estos piratas.

—Por Dios, Alonso, ¿qué dices?

—Y encima —cortó él, vomitando las palabras como si a éstas también las odiara con todas sus fuerzas— te atreves a presentarte ante mí, a restregarme tu nueva condición de privilegiado. ¡No! No conseguirás lo que te propones. Siempre lo has pretendido, ¿no es cierto? Siempre has anhelado buscar una posición superior a la mía, colocarte a la cabeza, robar lo que por derecho me pertenecía. Pero, ¿qué puede esperarse de los Belmonte? Comprasteis vuestro certificado de sangre vieja gracias a la influencia de mi familia. Siempre habéis ido un paso por detrás, sedientos de alcanzar nuestra reputación. Y ahora tú, en un momento tan delicado como éste, buscas cualquier excusa para que me corroa la envidia. Pues debes saber, Lucas, que nunca hice nada por ti. No acudí a la Armada por que compartiera tus ideas, ni siquiera por acompañarte en tus decisiones. ¡Lo hice por mí! ¡Todo lo hice por mí!

—Pero Alonso, ¿de qué estás hablando?

—Nunca he perdonado lo que me hiciste. Nunca has merecido mi perdón. No, eso para mí, para alguien de mi condición, sería indecoroso. Disfruta de tu relación con el enemigo. No debe costar cuando se posee herencia conversa.

Lucas quiso responder, pero a una orden el grupo de presos se puso en pie. Los piratas los condujeron por una puerta ancha, orientada al norte. Mientras se alejaba, Alonso continuó dirigiéndose a Lucas.

—Pronto mi familia pagará la deuda y volveré a mi hogar. Entonces

disfrutaré de la merecida recompensa por haber soportado tu presencia. Y no importará cuánto me imploren. ¡Jamás daré dinero por sacarte de aquí! ¿Me has oído, Lucas? ¡Jamás!

En el patio de Armas quedó Lucas, solo, desabrido por aquél de quien creía haber obtenido el perdón. Ahora deducía que Alonso nunca lo había perdonado, sino que su odio, su envidia, había permanecido oculta en algún lugar de su espíritu, dispuesta para estallar en el momento en que su ánimo flaqueara. Sin embargo, Lucas no tuvo demasiado tiempo para asimilar lo que acababa de escuchar. Imarán, el segundo de a bordo, se acercó por detrás y lo tomó del brazo. Lo guió al interior de la fortaleza, aunque por una puerta distinta. Al dejar el patio de armas y adentrarse en el interior fue recibido por una agradable diferencia de temperatura. Dentro de la fortaleza corría una brisa fresca que se colaba a través de unas pequeñas ventanas, coronadas por arcos de herradura. Continuó a través de una armería en la que observó cascos, cotas de malla, armaduras de cuero tachonado, alfanjes y algunas rodelas; ascendió unas escaleras hasta alcanzar la tercera planta y allí su guía, valiéndose de una llave alargada de hierro, abrió una puerta que daba paso a una estancia pequeña y pobremente amueblada, aunque confortable. Disponía de un catre pegado a la pared oriental, una mesa y con una silla junto a la pared norte, un cubo para las necesidades, un armario en el lado occidental y en el suelo un aguamanil oxidado. Había también una pequeña abertura, del tamaño de una tronera, por la que entraba la luz. Se encontraba pegada al techo, en el lado norte de la estancia. Un robusto barrote evitaba cualquier intento de huida. Del otro lado llegaba el murmullo de las olas al golpear contra las piedras del acantilado.

Cuando entró, Imarán se despidió con un gruñido y cerró la puerta a su espalda. Al escuchar el cerrojo Lucas comprendió que era tan cautivo como los demás, no había duda, pero sus condiciones resultaba mejores que las de sus compañeros. Sonrió al acordarse del fraile, y en sus pensamientos agradeció que lo hubiera elegido para su treta. Su nueva condición de médico lo ayudaría a sobrevivir bajo unas condiciones no tan duras, dependiendo, eso sí, de que continuara acertando en sus diagnósticos.

Introdujo la mano en el interior de su jubón y extrajo los dos libros heredados del Peregrino. También sonrió al contemplar el de Galeno. Sin la posibilidad de aprender el griego, aquel libro no le serviría de nada, pero constituía un fuerte pilar para dar credibilidad a su nueva profesión. Era mejor conservarlo.

En cuanto al libro de Séneca, abrió por primera vez sus páginas y leyó en voz baja lo que allí ponía. Se esforzó por rememorar sus estudios en Salamanca e intentó recordar las declinaciones. El libro no

era más que una lista de citas recopilada por Publio Sirio. Paseó el dedo por ellas hasta que descubrió una sobre la que había un círculo negro en tinta, realizado posiblemente por el Peregrino para remarcar la frase. Con cierta dificultad, tradujo:

«En la adversidad conviene, muchas veces, tomar un camino atrevido».

No pudo evitar reír; aquella frase definía su situación actual. Séneca tenía razón.

Cerró el libro, se echó sobre el catre y se permitió descansar algunas horas. Así pasó el resto del día. Nadie, ni siquiera el capitán, volvió a visitarlo. Tampoco fue capaz de percibir nada al otro lado de la puerta, a pesar de realizar varios intentos pegando su oreja al borde inferior y acercando el ojo a la cerradura. Sin embargo, a la caída de la noche lo sorprendieron unos gritos desgarradores. Le llegaban no desde la puerta, sino a través de la tronera, procedentes del exterior. Se subió a la mesa, y de un salto logró aferrarse al barrote que cruzaba la pequeña abertura en la pared norte. No pasó mucho tiempo antes de que oyera nuevos aullidos de dolor, mezclados con los golpes del oleaje. Debían proceder de otra ventana ubicada en el segundo piso. Al concentrarse más en aquella voz Lucas pudo reconocer con espanto que se trataba del fraile. Su nuevo amigo y salvador era sometido a las torturas de un látigo, cuyo restallido se perdía en las brumas del Mediterráneo. Recordó con un estremecimiento lo que Baltasar le había declarado tiempo atrás: era un juguete para sus captores, quienes se deleitaban torturándolo por simple divertimento, atormentándolo para que les declarara su verdadero nombre.

Debía ayudarlo, a él y a todos. Mantener su nueva posición, conseguir el favor de Selim, por pequeño que fuera, para reducir el tormento de aquellos que ahora depositaban en él toda su confianza. Pero no podía hacerlo aún, no disfrutaba de la suficiente influencia. Era necesario avanzar, ganarse el favor, el respeto de quienes lo mantenían preso. Sin embargo, y tras el logro obtenido con la curación del hermano del capitán, tal vez fuera el momento de tentar la magnanimidad de aquellos piratas. Comprobar si estaban dispuestos a concederle ciertas peticiones, aunque se tratara de un capricho mínimo, casi simbólico…

A la mañana siguiente, cuando Imarán lo visitó para traerle el rancho —bizcocho saqueado de los almacenes del *Gorgón*—, Lucas le hizo entender que necesitaba algo, poca cosa, pero necesaria para que sus horas en aquella habitación resultaran más llevaderas. Horas después, el segundo del capitán dejó sobre su mesa un frasco de tinta, pluma y varios pliegos de papel, con los que Lucas comenzó la redacción de los hechos que lo habían llevado hasta ese instante.

—«Y de este modo —leyó Jacobo Balius, mientras velaba junto al cuerpo de Lucas— logré reducir la sensación de confinamiento. Mis días transcurrieron a mayor velocidad, ya que, al contrario de lo que sucedía con el resto de presos, vivía con relativa comodidad dentro de aquella habitación. Sin embargo, no volví a ver a mis compatriotas en mucho tiempo. De mis captores supe también poco, pues durante los primeros meses nunca enfermaron. Una vez vino a visitarme Kamal, el hermano del capitán, cuando estuvo completamente restablecido. Permaneció en la puerta de la habitación, flanqueado por dos guardias, y sin decir nada inclinó levemente su cabeza en señal de respeto. Nunca he sabido qué clase de enfermedad padeció, o si fueron mis purgas las que causaron la mejoría.

»No me faltaba ninguna de las necesidades básicas, y aunque el pequeño habitáculo de mi habitación apenas me dejaba espacio para caminar, decidí someterme a una serie de ejercicios diarios para que mis músculos no quedaran atrofiados. Cada día madrugaba con el firme propósito de no olvidar las reglas del decoro, tal como hubiera sucedido de ser un invitado y no un prisionero. Me levantaba, ordenaba mi ropa, cuidaba el aseo de cara y manos, así como la exquisita limpieza en el cuello y puños de mi jubón. Después, arrodillado de cara a la pequeña ventana, comenzaba con los rezos matinales, y hasta me entretenía en algunos más, dadas mis escasas obligaciones. El resto del día lo ocupaba en pasearme por la habitación; siempre en círculos, aunque a veces cambiaba el sentido para no acabar mareado. Estuve entretenido una temporada con el libro de Galeno. La línea de sus caracteres me era completamente desconocida, pero me propuse firmemente deducir a qué letras castellanas correspondían. Logré identificar las vocales, vagamente parecidas a las nuestras, así como unas pocas consonantes, pero de nada me sirvió, pues las palabras que se formaban con ellas me resultaron tan desconocidas como al principio.

»Séneca, en cambio, me sirvió de mayor utilidad; no sólo porque la Providencia tuvo a bien recompensar mi memoria con el recuerdo de las clases de latín, lo cual me permitió leer algunos proverbios del filósofo, sino porque el mismo libro sirvió para esconder este diario. Cierto es que los propios berberiscos me proporcionaron el material de escritura, pero supe que debía desconfiar de su generosidad. Ésta, en suma, dependía de mis aciertos médicos, de modo que cada

equivocación estaba condenada a negar una parte de mis privilegios. Por ello decidí aprovechar el libro de Séneca.

Tras solicitar el material apropiado, arranqué las páginas del libro y cosí mi diario entre las pastas, para así ocultarlo si los berberiscos lo buscaban. Luego hice que las páginas del libro de Séneca pasaran por mi diario. Como éstas no eran manuscritas, sino fruto de la imprenta, tuve que colocar encima del taco algunos pliegos escritos por mí, para que todo el grueso pasara por mi diario. De este modo esperaba engañar a mis captores, si me veía en la necesidad de ello».

»En cuanto a mi labor, me ocupé de tres casos en los primeros dos meses; enfermos de poca gravedad cuyas dolencias acerté a curar. Sólo en una ocasión me vi obligado a utilizar las sanguijuelas para la sangría, pues no pude averiguar con mis exámenes cuáles eran los orígenes de los padecimientos. Afortunadamente —o, más bien, gracias a la misericordia del Creador— logré acertar en la cura. Fue entonces cuando decidí que había llegado la hora de probar si, en efecto, resultaba valioso para mis captores. Pedí que Selim me visitara, y cuando acudió le rogué que mostrara cierta benevolencia con los demás presos. Al principio se mostró reacio, pero cuando le recordé con humildad el cuidado que ponía yo en sus hombres aceptó devolverme el favor: a partir de aquel día, mis compatriotas podrían visitar de cuando en cuando la celda del fraile (a quien tenían aislado, según pude saber) para encontrar consuelo espiritual».

El repiqueteo de las campanas detuvo la voz de Jacobo. Llegaron graves y lejanas. Lucas, que escuchaba leer a Jacobo en su inamovilidad, dedujo que debían estar tocando a maitines. Cuando el sonido cesó, el prior continuó la lectura.

—«Pero mentiría si dijera que logré mantener la compostura durante el largo tiempo que duraron mis prisiones. No es así, si he de ser sincero. Cierto que procuré conservar la calma, guardar las buenas formas. Quise siempre mantener adecentadas mis vestiduras, conservar una postura caballerosa, no solo al relacionarme con las breves visitas de los piratas —tanto de los enfermos como del mismo Selim—, sino también en los momentos de soledad, guardé el recato y la mesura al comer el rancho que me proporcionaban y no descuidé mis rezos. Me obcequé en guardar celosamente todo detalle para no perder la caballerosidad y el honor durante mi estancia en aquel lugar; pero descuidé la mella que, poco a poco, fue horadando una fútil esperanza en mis ánimos. Desde mi primer día en la fortaleza berberisca supuse que saldría de allí en poco tiempo; dos meses, tres quizá. No podía ser más. Había que dar la noticia de nuestro cautiverio a familiares y amigos, y ellos debían reunir el rescate. Esperaba… no; sabía que Margarita no me dejaría abandonado. Ella se ocuparía de mí, de liberarme incluso aunque no me amara, como

agradecimiento a todos los años que yo había cuidado de su bienestar.

»Sin embargo, a medida que pasaban los días sin recibir noticia fui perdiendo fortaleza. Mi espíritu despertó a una rebeldía desesperada. Poco a poco fui descuidando las formas y la educación. Incluso abandoné los rezos y el ejercicio para ofrecer cada hora de cada día a un pensamiento fijo: mi falta de libertad, la lejanía del hogar, de mi hijo a quien no había conocido y de mi esposa. Sí, es cierto que mantuve contacto humano con los berberiscos, pero la incomprensión de su idioma y el trato frío con el que se dirigían a mí, mediante señas, no sólo no mitigaron mi pena, sino que contribuyeron a aumentarla. La soledad se transformó en una pesadilla insoportable hasta que, casi sin darme cuenta, me sorprendí hablando solo, de cara a la pared, en una demente conversación que se extendía durante las horas diurnas, en la que las frases se enlazaban unas con otras en un borboteo caótico.

»La locura se habría adueñado por completo de mí, y ya estaba a punto de hacerlo tras siete meses sin noticias, cuando la Providencia dispuso una salida que procuraría algo más que la salvaguarda de mi razón: el inicio de un camino que terminaría devolviéndome al hogar».

XIII

El día en que habría de cambiar la naturaleza de su confinamiento, Lucas no reaccionó con la visita de Imarán quien, como todas las mañanas, entraba en su habitación para anunciar el desayuno. Era costumbre que cuando el pirata abría la puerta encontrara a Lucas de pie frente a él, guardando toda la compostura posible y listo para recibir la comida; sin embargo, aquella mañana se sorprendió al comprobar que el prisionero seguía acurrucado en el catre, de cara a la pared. La primera reacción del guardia fue la de desenrollar su látigo. Lo extendió por el suelo y lo hizo restallar junto a la oreja de Lucas, pero éste reaccionó como si lo hubiera molestado una mosca. Sorprendido por aquella aparente falta de atención, Imarán se acercó al preso y lo giró con un brusco manotazo. Para su sorpresa, el hombre ni siquiera reaccionó con temor; a decir verdad, no hizo ningún gesto, ni emitió palabra, y sin embargo era evidente que se encontraba despierto. Sus ojos, no obstante, parecían no detectar al hombre furioso que había frente a ellos, sino que andaban extraviados, congelados en algún delirio invisible.

A pesar de la frecuencia con la que Imarán solía recurrir a la violencia, en aquella ocasión dedujo que un par de latigazos no devolverían ninguna lucidez al pobre desgraciado, de modo que se marchó para informar al capitán. Lucas ni siquiera escuchó cómo se cerraba la puerta. Para él la realidad ya no existía. La prisión había desaparecido; en su lugar sólo quedaban pigmentos de colores cambiantes. Una acuarela caótica que se revolvía como un torbellino ante sus ojos. Formaba imágenes vagas e informes de su pasado, mezclando realidad con visiones inventadas por su mente enferma. Eran diferentes, y a la vez siempre las mismas, pues el delirio formulaba constantemente la misma pregunta de diferentes formas; siempre la obsesión por salir, por escapar. Un acertijo que no tenía respuesta, pero que reaparecía una y otra vez escondido en millares de anhelos. Ante él se conjuraban los miembros de su familia; su madre y su madre, tiznados con la mancha de la herencia conversa; e inmediatamente Alonso hacía acto de presencia; Alonso niño, persiguiendo un pajarillo que chorreaba tinta cuando elevaba el vuelo; y luego Margarita, perdida en una selva de geranios azules; el barco, transformado en gorgona sobre la cual cabalgaba el Peregrino y toda una tripulación de hombres macilentos; los prisioneros. Los prisioneros del *Gorgón*, cargados de cadenas que latían y se retorcían sobre sus cuerpos como gusanos hinchados. Ellos preguntaban a Lucas una y otra vez; también querían escapar.

Sus alucinaciones le produjeron un temblor febril, un frío

antinatural. Entonces sus recuerdos convocaron el invierno que pasó en casa, enfermo, abandonado por Margarita. Se vio a sí mismo de nuevo en la cama de su habitación, que no era sino otra cárcel como en la que se hallaba ahora. Quiso salir, salir a la nieve al incierto crepúsculo, para buscar un amigo que volviera a salvarle la vida. En sus delirios se levantó de la cama, corrió a la puerta y la abrió. Fuera le esperaba un paisaje nevado y cubierto por la penumbra. Caminó tambaleándose, mirando a todas partes sin encontrar a nadie que pudiera salvarle, hasta que, de repente, presenció una figura embozada.

—¿Eres tú, muerte? —preguntó, igual que hiciera con Alonso en el pasado.

—No —respondió una voz procedente de la figura.

Pero no podía provenir de aquella figura, pues no era la voz de Alonso, sino otra distinta, apacible. Sonaba muy cerca de él, casi pegada a su oído.

—Descansa, amigo —continuó, con aquel acento balsámico.

Y Lucas percibió que las ilusiones desaparecían. El crepúsculo se hacía noche y la nieve se transformaba en tenues motas de polvo. El exterior oscuro tomaba otra forma. Eran las paredes de su habitación en la fortaleza berberisca. Había vuelto a la realidad, gracias a aquella voz a la que ahora sí fue capaz de poner un nombre, aunque secreto.

—Eres tú. Gracias a Dios. Me has salvado —murmuró a Baltasar, que velaba junto a su catre.

El mercedario pasó un trapo de agua por su frente. Luego el silencio se llenó con un descanso apacible, sin sueños. Cuando Lucas despertó se encontraba libre de toda alucinación. Baltasar todavía estaba en la habitación. Los habían encerrado juntos.

—Me alegra que hayas despertado —dijo éste.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Alrededor de dos días. Has tenido fiebre. Imarán avisó al capitán, y éste me pidió que subiera a cuidarte. En estos meses has debido hacer un buen trabajo como médico. Eres muy valorado.

—Apenas un par de casos, y ninguno tan grave como el de Kamal… pero, ¿por qué no han hecho subir al barbero?

Baltasar agachó la cabeza.

—Lamento que no te hayas enterado, amigo. Mataron a Juan el segundo día de confinamiento. Le advertí que no escondiera un cuchillo y mucho menos que intentara enfrentarse a sus captores. Lo separaron de los demás presos desde el primer día y lo torturaron sin descanso. No pude hacer nada por él.

Lucas, abatido, se pasó las manos por la cabeza.

—¿Queda alguien vivo?

—Sí, descuida. Algunos presos han muerto por falta de

alimentación, pero la mayoría se mantienen, aunque a duras penas. Todos agradecen lo que hiciste por ellos. Ahora pueden visitarme, y aunque no es posible que lo hagan con la frecuencia recomendada, aprovecho los breves instantes de nuestra entrevista para dar el mayor fruto posible a nuestras conversaciones. Ellos encuentran alimento para su espíritu y yo padezco menos tiempo de soledad.

—¿Sabes algo del exterior? ¿Alguna nueva alentadora?

—Hasta donde sé, no tengo noticias de que nadie se esté preocupando por vuestro rescate. Si transcurre demasiado tiempo, Selim utilizará a los presos para divertir a sus hombres. No sería la primera vez que lo hace.

Las palabras del fraile generaron en Lucas un agudo dolor de estómago.

—¿Le crees capaz de tanta crueldad?

Baltasar resopló.

—Tanta como la que nosotros somos capaces de ejercer.

Ante la mirada incierta de su interlocutor, el mercedario se explicó.

—Selim, al igual que tú y yo ahora, fue un preso del ejército castellano. Su barco fue derrotado por una galera española. Los españoles lo mantuvieron preso durante casi once meses. La tripulación, alimentada con un odio visceral hacia los berberiscos, lo sometió a todo tipo de torturas, a cual más sádica. Lo apalearon, rajaron y quemaron. Rompieron sus huesos y le privaron de alimento y bebida durante largas temporadas, pero siempre preocupándose de mantenerlo con vida para que la diversión no terminara.

»La semana antes de su liberación, varios marineros lo tomaron y lo condujeron a la cubierta superior. Allí lo ataron al palo mayor y le taparon la cabeza con un saco en el que previamente habían introducido un gato hambriento. El animal se cebó arañándole la cara. Cuando uno de los zarpazos le sacó un ojo, los marineros consideraron que sus gritos eran demasiado agónicos y lo liberaron. A las pocas horas, el barco en el que viajaba preso fue atacado por una galera berberisca. Los castellanos perdieron la batalla y Selim fue rescatado por sus compañeros, quienes se ocuparon de curarle y llevarle a casa. Cuando se recuperó, su desprecio por los cristianos lo llevó de nuevo al combate, esta vez con una violencia que hasta ahora no ha conocido misericordia.

»Debes recuperarte lo antes posible y continuar tu labor como médico. No equivocarte en los diagnósticos, mientras te sea posible, y aprender de tus aciertos para aplicarlos en casos semejantes. Si comienzas a fallar dejarás de serle útil y te transformarás… en mí.

En ese momento, Lucas se percató de que el fraile lucía un aspecto aún más enfermizo que la última vez que conversaron.

—¿Han vuelto a torturarte?

—Lo hacen constantemente. Sobre todo si no tienen nada mejor con lo que ocupar el tiempo.

—Pero te noto más…

—No te preocupes por mí. Debes centrarte en tu estado. Hasta ahora te ha ido bien. Has sobrevivido, pero no es suficiente si deseas mejores atenciones.

—Me resulta muy complicado. Ni siquiera comprendo lo que me dicen.

De repente, a Baltasar se le iluminó la cara.

—¡Eso es! —dijo, dándose una palmada en la pierna.

Inmediatamente, se acercó al catre, e impidiendo que Lucas se incorporara se aproximó al oído y dijo:

—*Yaryiu gan.*

—¿Qué?

—*Yaryiu gan* —repitió—. Memorízalo. Es lo que le dirás a Kamal.

—¿A Kamal?

—Sí. Selim está lleno de odio hacia todos los cristianos, pero su hermano, Kamal, es un muchacho inexperto. Sus escasas razones para odiarnos se deben sólo a lo que sus compatriotas le han transmitido, pero él, en realidad, se siente en deuda con nosotros. Le salvaste la vida.

De súbito Lucas recordó la visita que Kamal hizo a su prisión una vez se hubo restablecido del todo. El muchacho demostró más respeto que cualquiera de sus captores.

—Ahora recuerdo que me hizo una visita para agradecer mis cuidados. Fue breve, pero respetuoso.

—Él es la clave, Lucas. El medio para que salgas adelante. Debes solicitar su presencia y decirle lo que te he pedido que memorices.

—¿Qué significa?

—«Vuelve mañana», pero está mal dicho. Quiero, no obstante, que lo memorices así. Justo de esa forma, y que se lo digas al hermano del capitán.

—¿Qué? ¿Por qué…?

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Baltasar se llevó un dedo a los labios mientras se descorría el cerrojo e hizo una seña a Lucas para que aparentara estar dormido. Imarán entró con Selim en el aposento.

—Está muy enfermo —informó el mercedario apenas hubieron entrado—. Creo que no pasará de esta noche. No consigo que baje la fiebre.

Había utilizado el castellano con la clara intención de que Lucas se enterara, de modo que éste se dispuso a seguir el juego que dictaba. Comenzó a emitir un murmullo sordo, pero de pronto lo sobresaltó un golpe fuerte y una sacudida. Al parecer, el capitán de los berberiscos

volvía a cebarse con Baltasar.

—¡Aparta, *Qírmiz*! —escuchó que le gritaba—. No sirves para nada. Si muere tú le seguirás.

Luego dijo algo en árabe, que produjo en Imarán una risa socarrona. Lucas se permitió abrir levemente los ojos. Vio cómo el centinela salía de la habitación arrastrando el cuerpo maltrecho del fraile. Entonces, dando a su voz el tono más enfermizo que pudo, y extendiendo el brazo hacia Selim para reclamar su atención, dijo:

—¡Kamal!

Lo repitió varias veces, cada vez con mayor solicitud, pero sin abandonar el acento débil. Selim, quien permanecía en mitad de la habitación, enarcó una ceja, lo observó unos instantes con aquella mirada petrificante, y desapareció.

Las horas transcurrieron envueltas en un incómodo silencio, que Lucas aprovechó para intentar comprender la estrategia de Baltasar. No sabía qué era lo que el fraile tramaba, pero si la idea de hacerse pasar por médico había funcionado durante meses, estaba dispuesto a obedecerle sin rechistar. Al anochecer desapareció la quietud. El restallar del látigo sacó a Lucas de su primera oportunidad para conciliar un sueño tranquilo en días. Imarán maltrataba al fraile con una violencia recrudecida, tal vez por su fracaso al intentar restaurar la cordura del médico. Algo que en realidad sí había conseguido.

Los gritos angustiosos de Baltasar, rebotando en las paredes del acantilado, se colaron a través de la pequeña ventana y removieron las entrañas de Lucas hasta hacerle levantar de un salto. Recorrió la habitación inquieto, azuzado con cada nuevo alarido. Se dirigió a la puerta y apretó el puño para llamar, para alertar a quien pudiera hallarse al otro lado, pero un nuevo sonido se lo impidió. De súbito, la tortura había cesado, lo que le había permitido escuchar que unos pasos se acercaban. Intuitivamente corrió hacia su camastro, se echó y envolvió su cuerpo con las sábanas al tiempo que, desde el otro lado, alguien descorría el cerrojo. Habían llamado antes, algo que jamás hizo Imarán, de modo que el centinela debía seguir acompañando al fraile. Abrieron, y Lucas oteó las sombras con cautela para intentar adivinar quién llegaba. Descubrió un cuerpo atlético, no demasiado alto, y vestido a la manera berberisca. El cuerpo de un muchacho. Era Kamal.

Por lo que parecía, Selim había atendido a su petición, tal vez porque pensaba que estaba en deuda con Lucas.

Kamal cerro la puerta, se sentó cerca de la cama y aguardó en silencio. Lucas esperó unos minutos, tras los cuales aparentó que despertaba. Haciendo acopio de toda su habilidad interpretativa, alargó la mano a Kamal, buscando las suyas, y con voz estertórea dijo:

—*Yaryiu gan.*

El muchacho reaccionó con gesto de sorpresa. Luego, apretando las manos del falso moribundo, sonrió y vocalizó lenta y pausadamente la forma correcta de pronunciación:

—*Yaryiu gadan.*

Lucas devolvió la sonrisa. Entonces, su interlocutor se levantó de la silla y se dirigió a la salida.

—*Saaryiu gadan, maa salama.*

XIV

A pesar de que Lucas esperaba que Kamal ignorara su petición, el joven hermano del capitán se presentó al día siguiente.

A media mañana, mientras Lucas se entretenía escribiendo en su diario, escuchó que llamaban antes de descorrer el cerrojo. Rápidamente escondió el libro, se tapó en la cama y volvió a interpretar su papel. Kamal entró saludando en árabe, y sin decir nada más tomó la silla y se sentó junto a Lucas. Allí permaneció con pose relajada, simplemente haciéndole compañía. Ni siquiera se preocupó en estudiar al falso enfermo, sino que se entretuvo observando el escaso mobiliario de la habitación y el avance de la luz que entraba a través de la tronera, que iba iluminando diferentes puntos del suelo a medida que avanzaba el día.

Durante aquel tiempo, Lucas, silencioso, se preocupó en estudiar a su acompañante sin dejar de aparentar su estado fingido. Con los párpados levemente abiertos, observando a través de las pestañas, reconoció que el fraile tenía razón cuando describió al joven muchacho. En sus facciones no resultaba complicado adivinar un rostro noble, no perjudicado por las crueldades de una vida en la guerra. Kamal era un bisoño en lo que se refería a la enemistad entre moros y cristianos. De este modo Lucas coligió que no debía poseer más que una incipiente rivalidad, engendrada por su hermano mayor, pero muy alejada del odio visceral de éste.

Aquella mañana la visita transcurrió en un silencio imperturbable. A mediodía, Kamal se levantó del asiento y Lucas se despidió utilizando las mismas palabras del día anterior.

—*Yaryiu gadan.*

El muchacho hizo un gesto de asentimiento, y añadió:

—*Ila liqa.*

—*Il liqa* —repitió Lucas, suponiendo que se trataba de alguna fórmula para la despedida.

—*Ila liqa* —corrigió su interlocutor, y se marchó.

Al día siguiente se repitió el mismo procedimiento; pero esta vez, cuando Kamal atravesó la puerta Lucas se adelantó al saludo, que fue correspondido con una sonrisa de complacencia. El muchacho tomó asiento de nuevo, en el mismo sitio que había ocupado el día anterior; sin embargo, esta vez parecía algo más inquieto. Cambió varias veces de postura y de vez en cuando fijaba en Lucas una mirada algo intranquila. Tras una hora en ese estado, alzó la mano para llamar la atención de su interlocutor. Lucas, intrigado, se permitió abrir un poco más los ojos. El muchacho señaló entonces al rayo de sol que iluminaba las losas y dijo:

—*Shams.*

Lucas repitió la palabra un par de veces hasta que su pronunciación fue exacta. Luego, el dedo de Kamal apuntó a la pared, pronunció su nombre y esperó a que Lucas lo memorizara. Así hizo con varios objetos de la habitación y partes de su cuerpo, enseñando a Lucas varias palabras nuevas, hasta que les sorprendió la noche.

—*Yaryiu gadan* —pidió Lucas, cuando Kamal quiso marcharse.

Cuando el joven cerró la puerta, Lucas se incorporó de la cama con la seguridad de haber descubierto el plan del fraile. Era muy simple, pero a la vez de una brillantez exquisita. Si resultaba, Lucas habría roto la barrera más importante que lo separaba de los berberiscos: el idioma.

Así, cada mañana Kamal acudía a la habitación de Lucas y éste, poco a poco, comenzó a fingir una mejoría en su estado. Mientras tanto, ponía todo su empeño en memorizar palabras y expresiones. Fue, a partir de entonces, lo único en lo que ocupó su tiempo. En los ratos en los que Kamal no lo acompañaba, Lucas se dedicaba a practicar una y otra vez la pronunciación de lo que ya había aprendido. Consiguió que le trajeran más pliegos y apuntó lo que el joven hermano del capitán le enseñaba. Los días, cuyo transcurrir fue en el pasado un tortuoso sufrimiento, se hicieron cortos.

Tres semanas después, una noche especialmente calurosa, volvieron a escucharse los gritos del fraile procedentes del piso de abajo, y el látigo de Imarán desgarrando la carne. Lucas repudiaba el acto con todas sus fuerzas, sin embargo, en aquella ocasión su atención se desvió, casi sin darse cuenta, de los aullidos de su compañero a las exigencias del torturador. De modo que sin dificultad pudo comprender:

—*Ma ismuhu?* —«¿Cómo te llamas?», o algo muy parecido.

Y en medio del sufrimiento compartido que vivía cada vez que los piratas se cebaban con Baltasar, notó que recorría su estómago una tímida sensación de dicha.

Los días, las semanas e incluso los meses transcurrieron sin que Lucas se percatara de ellos. Enfrascado en sus estudios, olvidó el cómputo de su cautiverio hasta que lo sorprendió una nueva primavera. Un año llevaban presos los tripulantes del *Gorgón* sin que llegaran noticias de su liberación. Era como si el resto del mundo hubiera sido engullido. Era como si no existiera y, de hecho, una mañana Lucas descubrió que había olvidado detalles tan esenciales como los muebles de su hogar o el rostro de Alonso, a pesar de saber que continuaba vivo, preso, al igual que él, soportando unas condiciones mucho más tortuosas que las suyas.

Continuó atendiendo enfermos durante el invierno; por lo general, piratas a quienes les había dado demasiado viento durante las

guardias y se habían resfriado. No resultaron difíciles de curar gracias a la aplicación de un conocimiento general para tratar dichos casos. A cambio, Lucas consiguió ropas de abrigo para los presos. De éstos conocía gran cantidad de información sobre su estado. Kamal, con quien fue desacap rrollando una amistad cada vez más estrecha, le informaba de todo lo que ocurría en la fortaleza. Por él supo una mañana a finales de abril que el fraile había caído enfermo preso de una tos que apenas le dejaba respirar.

—Lleva enfermo todo el invierno. Nadie se preocupa por él —declaró el muchacho en un árabe que Lucas logró comprender—. Hasta Imarán permitirá que muera. No necesita divertirse más a su costa.

—Tengo que verlo —pidió Lucas.

Había gran confianza entre ambos, fraguada por muchas horas de conversación. Lucas había dejado hacía meses su papel de enfermo. Aquellos momentos fingidos eran lo único que mantenía en secreto hacia su interlocutor, pues Kamal pensaba que, de alguna forma, había curado al médico mediante sus visitas; y de este modo consideraba haberle devuelto el favor, cosa que a Lucas beneficiaba.

—Tengo que hacerle una visita y ver si puedo ayudarle —insistió Lucas.

—Mi hermano no lo permitirá.

—No tiene por qué enterarse. Condúceme a su celda. Si lo haces tú, los guardias nos dejarán pasar.

—¿Yo? ¡Imposible! ¿Y si vienen a buscarte para que cures a algún enfermo?

Lucas resopló.

—Kamal, sé sincero contigo mismo. ¿Cuánto tiempo hace que nadie se pone enfermo? Desde el invierno sólo tú me visitas. Te pido este favor, por nuestra amistad. Necesito hablar con el fraile.

El muchacho, que continuaba tomando la silla por asiento en cada visita, se levantó y caminó en círculos por la habitación como si aquello lo ayudara a pensar. Finalmente se acarició el mentón y dijo:

—Está bien. Vamos.

Lucas se puso en pie de un salto y tomó sus libros. Kamal volvió a conducirlo de vuelta por el camino que recorriera un año atrás: las escaleras, la armería y el patio. Allí se toparon con los primeros centinelas, que los observaron algo sorprendidos, pero que no hicieron ningún ademán de preguntar.

El día era claro. Un cúmulo de nubes avanzaba desde el oeste, pero el resto del cielo permanecía diáfano. La calidez del sol produjo en Lucas un agradable estremecimiento. No se había percatado de cuánto hacía que no disfrutaba de libertad, aunque fuera pasajera, sólo el rápido trayecto que lo conducía cruzando el patio de armas. Así, los

dos hombres alcanzaron el otro lado y atravesaron una recia puerta de madera. Allí había unas escaleras de caracol angostas, muy cerradas, que conducían a las mazmorras. Éstas consistían en un pasillo flanqueado por ocho calabozos, cuatro a cada lado. Al final, una ventana ancha que daba al acantilado dejaba entrar la suficiente luz para que no fuera necesario el uso de antorchas. En las celdas Lucas descubrió a sus compañeros de navío. Estaban delgados, demacrados y débiles. Sus ropas se hallaban sucias. Se apiñaban en grupos, compartiendo el poco espacio de sus habitáculos. Había en el ambiente un olor nauseabundo, fruto de una absoluta falta de higiene, al que sin duda ya debían haberse acostumbrado.

Cuando pasó frente a ellos, los presos observaron a Lucas con mirada incierta, como si contemplaran una alucinación, pero no dijeron ni una palabra, ni siquiera un movimiento. Sólo Miguel, el marinero veterano con quien Lucas había compartido los primeros días de navegación, se atrevió a entrelazar sus dedos en actitud implorante cuando lo vio pasar. Lucas comprendió que sus compañeros continuaban esperando que ayudara a mejorar su estado, o a encontrar una forma de sacarles de la prisión. Continuó su camino, y al llegar al fondo del pasillo, en la última celda de la derecha, Lucas descubrió a Alonso. Por alguna razón desconocida, los piratas lo habían aislado de los demás. Vivía solo, pero si esto suponía beneficio o contribuía a perjudicar su cordura, Lucas no pudo adivinarlo. Lo que sí vio fue que Alonso, al contrario de lo que quizá cabría esperar, ignoró su presencia. Sus miradas se cruzaron un segundo y luego el vástago de los Márquez se volvió de cara a la pared, concentrado en otro asunto.

Al final del pasillo, a la izquierda de la ventana, había una puerta en forma de arco apuntado. Kamal pidió al guardia que les abriera y éste, extrayendo un manojo de llaves herrumbrosas, obedeció. Al otro lado, un estrecho pasillo conducía a unas mazmorras más tenebrosas que las anteriores. Allí no había ventanas por las que llegara la luz, de modo que las paredes de cal ennegrecían con el humo de las antorchas. La segunda mazmorra consistía en una sala circular con cinco calabozos, cuatro de los cuales estaban vacíos. En el quinto, recostado sobre un jergón plagado de chinches, reposaba la figura melancólica del fraile. A una orden de Kamal, el guardia abrió la puerta de su celda. El joven hermano del capitán permaneció fuera, pero Lucas avanzó con un par de zancadas rápidas y tocó al mercedario en el hombro. Cuando Baltasar se volvió, la luz ígnea de la antorcha dejó ver un rostro pálido y cadavérico. Los pómulos, la mandíbula y las cuencas se marcaban en exceso sobre una piel tirante y empapada en sudor.

—Lucas —llamó el fraile, y reprimió una tos.

—Dios nos asista —juró este, sin dejar de estudiar el aspecto que

lucía Baltasar—. ¿Desde cuando estás así?

—Desde hace demasiado tiempo, me temo. En el verano… —tosió— en el verano pasado noté los primeros signos de debilidad, pero luego, llegado el invierno…

Apretó los labios con tanta fuerza que emblanquecieron. Extendió los brazos con velocidad, agarró a Lucas y lo atrajo hacia sí.

—Escucha, amigo. Tal vez estos sean mis últimos días.

—No digas eso. Te curaré.

El fraile se esforzó por no reír. Sus labios se curvaron en un extraño rictus.

—No puedes curarme, Lucas. Esto es más grave que un dolor de estómago. Escúchame. Veo que has hecho todo lo que te pedí.

Miró de reojo a Kamal. El joven aguardaba en la puerta respetuosamente. La conversación, al discurrir en castellano, le resultaba imposible de descifrar.

—Debes… debes continuar así —prosiguió el fraile—. Kamal es la única oportunidad que te queda para salir. Nadie os sacará. Ahora lo sé.

—¿Qué estás diciendo? Tengo familia en Castilla. ¿Y Alonso? Él es muy rico. Todos los Márquez lo son. Todavía no sé por qué continúa preso.

Baltasar respiró con fuerza. A todas luces, parecía reprimir un dolor localizado en alguna parte de su pecho.

—En esta historia hay más secretos de los que imaginas, Lucas. Selim tiene contactos poderosos. Amigos con quienes ha tratado pactos abominables —volvió a toser—. Esperaba que no fuera vuestro caso, pero ahora comprendo que vosotros, como he visto que le sucedía a otros presos en el pasado, también habéis caído en la trampa. Escucha… escucha atentamente. Si no sobrevivo… tú… no te fíes de nadie.

—Pero, ¿de qué hablas? —inquirió; y luego, dirigiéndose a Kamal en árabe, dijo—. Necesito sacarlo de aquí, hay demasiada humedad en esta cárcel. Que lo lleven a mi aposento.

—Imposible —negó el otro—. Si mi hermano se entera lo considerará una traición.

—Al menos sacadlo fuera, a las celdas del otro bloque.

—¡No! —intervino el guardia— ¡Es contagioso!

—No importa —terció Baltasar, volviendo al castellano—. Recuerda lo que te he dicho y continúa tu labor. No olvides a tus compañeros, a los marineros del *Gorgón*. Han sufrido mucho durante estos meses, pero te estarán muy agradecidos si cuentas con ellos cuando tengas un plan de huida… porque lo tendrás, Lucas. Dios me lo ha manifestado. Lo tendrás, justo cuando pienses que se ha perdido toda esperanza, porque Dios tiene su forma de hacer las cosas.

—Lucas —apremió Kamal—. Debemos marcharnos ya.

Éste negó con la cabeza, pero el fraile lo empujó para que obedeciera, de modo que finalmente se levantó y salió de la celda.

—Volveré —dijo, a modo de despedida—. No te dejaré aquí.

Cuando regresaban de camino al patio de armas, Lucas manifestó a Kamal sus intenciones:

—Está peor de lo que creía. No puedo dejar que muera, Kamal.

—No podemos hacer nada. Para mi hermano su vida no tiene ningún valor.

—¿Y para ti?

El muchacho enmudeció.

—No. Me niego —declaró Lucas—. No lo abandonaré.

Todo su cuerpo caminó en tensión mientras Kamal lo acompañaba de vuelta a su aposento. Al cerrarle la puerta, Lucas dejó que la ira escapase. Se volvió a la pared e incrustó los nudillos en la piedra. El dolor mordiente de la piel desgarrada mitigó por un instante la tensión, pero el odio continuó bullendo en la boca de su estómago. Estaba cansado, harto de los maltratos a Baltasar. Debía hacer algo para ayudarle; para ayudar a todos. Necesitaba salir de aquel lugar, volver a Castilla. Demostrarse a sí mismo que podía dominar la situación, convencer a sus captores, sobreponerse a quienes lo dominaban. Cambiar su carácter, humilde y sumiso; trastocarlo en una voluntad firme y decidida, hábil para elaborar un plan de escapatoria que lo sacara de aquel lugar.

Al final de aquella resolución notó que su espíritu melancólico comenzaba a despertar, a trastocarse en una naturaleza diferente; no obstante, todavía quedó en Lucas una breve incertidumbre, hostigada por las palabras del fraile, al pedirle que no se fiara de nadie: ¿por qué no habían recibido aún noticias desde Salamanca? ¿Qué estaba sucediendo allí?

XV

Tras salir del convento de San Pedro Armengol, Alonso y Margarita valle, escoltados por la ronda nocturna de los corchetes, pusieron rumbo a la casa de esta última. Caminaron hasta la Plazuela de la Villa y luego viraron a la derecha rodeando la parroquia del Salvador para adentrarse en la calle que llevaba su nombre. Allí Alonso se atrevió a romper el silencio. Había estado observando de soslayo a Margarita durante todo el trayecto, con la suficiente discreción para que ésta no lo detectara. Se volvió para medir la distancia que lo separaba de los corchetes, y cuando comprobó que éstos caminaban bien lejos, dijo:

—Lamento que Lucas haya terminado sus días de esta forma. Durante nuestro cautiverio vivimos muchos momentos duros, pero Dios ha querido que muera en su patria.

—Así ha sido mejor —respondió ella, con un acentuado temblor en la voz.

—Jacobo dispondrá un funeral digno. No debes preocuparte por los costes, yo los cubriré. Lucas tendrá un enterramiento adecuado al de un hombre de honor: carro y caballos engualdrapados. Pediré al prior que se le entierre con hábito mercedario, y que él mismo encabece la marcha de todo un cortejo fúnebre. Ya verás.

Margarita, sin pronunciar palabra, se aferró al brazo de su interlocutor como si temiera caer por un precipicio. La calle era estrecha y estaba mal iluminada, lo que concedía cierto halo de intimidad a la pareja. Alonso cubrió las manos de Margarita y las apretó con fuerza.

—No quedarás desamparada. Sé lo mucho que sufriste con la pérdida de tu hijo; y ahora con la de tu marido, entiendo que ni siquiera seas capaz de pronunciar palabra. A mí me sucedió lo mismo, ¿sabes? Me ocurrió cuando supe que mi hija había dejado este mundo. Ella nació enferma y nunca pudo curarse del todo. Yo estaba preso cuando sucedió y casi enloquecí al saberlo.

—¿Por las cartas que recibiste de Beatrice?

—Sí. Como sabes, fue gracias a la correspondencia secreta que pudimos coordinar un plan de fuga. Pero no todo fueron buenas noticias en sus misivas. La muerte de Laura estuvo a punto de arrebatar mi espíritu, pero fui capaz de sobreponerme gracias a los recuerdos que tenía de mi casa, y de ti, Margarita. Es como si me hubieras ayudado desde la lejanía. Ahora me toca devolverte el favor. Lo juro por mi nombre, por mi honor. Te visitaré a diario. Tal vez…

Guardó silencio, apretó los labios y buscó la mirada perdida de su acompañante. Ella no apartaba la vista de los adoquines.

—Sí. Estoy convencido de que podré traerte a mi casa. Ahora no debes quedarte sola; no es saludable.

—Gracias —respondió ella en un hilo de voz trémulo—, pero no quiero resultar una molestia.

—No. No, Margarita. Necesitas el calor de la compañía. Nuestro cariño.

Se aproximó a la mujer hasta que ambos cuerpos se tocaron. Estimulado por la oscuridad, y queriendo actuar antes de llegar a la luz que los recibiría al final de la calle, que terminaba en la plazuela de Santiago, se atrevió a deslizar su mano para rodear el talle de Margarita. Lo hizo con un movimiento sutil, lo más imperceptible posible, pero cuando tocó la cadera permitió que sus dedos apretaran con una fuerza moderada. Ella, como si no se hubiera percatado, ni siquiera reaccionó.

—Vivirás muy bien con todos nosotros; podrás relacionarte más con Beatrice. Eso te beneficiará.

Margarita dio un brinco.

—¿Con Beatrice?

—Sí. Ella no se negará a darte cobijo. Fuisteis muy amigas en el pasado y os apoyasteis cuando Lucas y yo fuimos capturados, ¿no es cierto?

El rostro de la mujer se iluminó como si brillara con luz propia.

—Sí… ella y yo… éramos amigas.

—Y lo sois. Beatrice siente hacia ti un aprecio especial.

—Yo siento lo mismo por ella.

—Pues no se hable más. Mañana duermes en mi casa.

Con gran ternura, Margarita apoyó su cabeza contra el hombro de Alonso. Éste notó que una tensión eufórica recorría cada músculo de su cuerpo.

—Tú no me dejarás, ¿verdad, Alonso? Si tú también desaparecieras no lo soportaría. No querría seguir viviendo. He pasado tantas desgracias desde que ambos os marchasteis… —No imagino lo mucho que has debido sufrir. Todas las penas que has tenido que ahogar en soledad.

Por primera vez, Margarita desvió la mirada para detenerla en la de su interlocutor. En sus ojos titiló un vago resplandor.

—Ha sido una pesadilla.

Margarita lucía ya la incipiente curvatura del embarazo cuando llegaron las primeras noticias sobre el apresamiento de Lucas y Alonso. Las recibió de boca del prior una calurosa tarde de agosto. Ambos conversaban en la habitación principal de la casa de Margarita: una pieza que servía como alcoba, cocina y *cabinet* gracias al mueblecito con cajones que había junto a la ventana.

—Comenzaré la recaudación —anunció Jacobo—. Luego estaré una temporada en Barcelona, atendiendo ciertos requerimientos de la sede, antes de embarcarme a las costas africanas.

Margarita, parsimoniosa, se alisaba la falda. El prior alzó un dedo y añadió:

—Debemos ser cautos. Aparentar tanta tristeza como nos sea posible.

—¿Cuándo viajaré a la Corte?

Jacobo tuvo problemas para reprimir una mueca de asco.

—¿Qué clase de mujer eres tú?

Margarita ni se inmutó.

—Eres tan pecador como yo, Balius; examina tu conciencia y dime si miento.

La cercanía en el trato ofendió al prior, pero un impulso de origen desconocido impidió el reproche. Sin embargo, a partir de ese instante no dejaría de pensar en la escueta conversación. La frialdad de Margarita lo atosigaba, no por la demostración que hacía de la misma, sino porque, de alguna forma, reflejaba sus propias maldades. La ambición por convertirse en Maestro General quedó enturbiada con un incómodo examen de conciencia que lo entretuvo durante días. Sí, era ambicioso, pero Margarita lo era más; debía serlo más que él, porque de lo contrario no lo habría alarmado semejante falta de sensibilidad hacia su marido y el amigo de éste. Con ambos mantenía una estrecha relación y aún así no le importaban sus vidas. ¿Cómo podía alguien demostrar tanta maldad? Él no tenía un espíritu tan retorcido. No conocía a esos hombres, no sentía hacia ellos nada que se acercara al afecto. Claro. Por eso era mejor que aquella mujer. Mucho mejor, sin duda.

Días después, antes de su marcha, Jacobo visitó a Margarita por última vez. Cuando ella lo invitó a pasar, se negó. En su lugar alargó a la mujer una bolsa de piel repleta de maravedíes.

—Aquí tienes tu recompensa. No he querido esperar a recibirla de la familia de Alonso y la he sacado de los fondos de la orden. Ya puedes viajar a Madrid.

Ella saludó con una educada reverencia, más a la bolsa que le tendían que a su interlocutor, y cerro la puerta sin despedirse. Aquél fue el último encuentro que Jacobo y Margarita tuvieron en Salamanca. El prior deseaba quitársela de la cabeza, sabiendo que

pronto se hallaría lejos y que posiblemente no volverían a verse las caras. Por desgracia para él, el sendero de los acontecimientos no permitiría que se librara tan fácilmente de su penitencia.

En cuanto a Margarita, ni siquiera esperó a despedirse de amigos y vecinos. Escribió cartas a Madrid para arreglar la compra de una casa, dispuso sus pertenencias y una vez obtuvo la respuesta afirmativa, desapareció. Ni siquiera su tío, el comediógrafo, llegó a enterarse de la marcha. Ni tampoco Beatrice, la mujer de Alonso. La reservada napolitana llevaba días sin salir de su casa, derrumbada a causa de la reciente muerte de Laura, momento que aprovechó Margarita para escapar. Desapareció y en su salida demostró el desapego que sentía hacia quienes la rodeaban, lo poco que le importaban familiares y amigos. Ahora la impulsaba una esperanza por cumplir todos sus deseos. Vivir al fin la vida que siempre pretendió y que Lucas nunca pudo procurarle. Se dirigía a la Corte, donde buscaría compañías mucho más beneficiosas que las cultivadas en Salamanca. Ascendería socialmente, e, interpretando el papel de viuda desamparada, pero de buena condición, permitiría únicamente los requiebros de quienes le convinieran.

Con estos sueños alcanzó Madrid. El coche en que viajaba atravesó la Puerta de la Vega y torció en dirección a la iglesia de San Gil, cerca de su futuro hogar. Repiquetearon las campanas, anunciando un bautizo; pero a Margarita le pareció que la recibían a ella. El saludo que merecía alguien de su condición, el debido a un personaje de la realeza.

Jacobo, por su parte, también arregló su marcha de Salamanca. Debía viajar de regreso a Barcelona y una vez allí utilizar sus contactos para navegar hasta las costas africanas, viaje que únicamente un grupo selecto de marineros estaba dispuesto a realizar. Sin embargo, todavía le quedaba una tarea por realizar antes de salir. Mientras preparaban su equipaje, caminó hasta la casa de Beatrice, donde sabía que la hallaría encerrada. No le gustaba la idea de transmitir una mala noticia cuando era evidente que la napolitana aún no se había recuperado por la muerte de Laura, pero le era necesario reunir el dinero; de lo contrario, su viaje a la fortaleza berberisca no tendría sentido.

Fue necesario que llamara varias veces a la puerta para que Beatrice fuera a abrir. Cuando ésta vio al prior aguardando al otro lado, perdió las fuerzas en las piernas y se sentó en el suelo, como si ya presintiera las malas noticias.

—Lo lamento, hija —comenzó éste, tomándola de los brazos y conduciéndola al interior de la casa.

—¿Por qué? —inquirió la mujer— ¿Por qué me la ha arrebatado Dios?

Caminó hasta la biblioteca de Alonso y se dejó caer en una de las sillas. Jacobo se arrodilló junto a ella y la tomó de las manos. El sol de agosto entraba por la ventana inundando la estancia con un calor insoportable.

—Hija, a veces Dios no desea que las personas buenas continúen en este mundo. Es mejor que estén con Él, en los cielos.

Beatrice se encontraba cada vez más abatida. Jacobo resolvió no continuar por ahí, o de lo contrario, cuando informara sobre el apresamiento de Alonso, la mujer no se encontraría con fuerzas para tomar una decisión.

—Puedo garantizarte que Laura está ahora con Dios. Es difícil que comprendas cuán buena es esta noticia hallándote en la situación actual, pero es mi deber recomendarte que no te preocupes más por tu hija, quien ya disfruta de una eternidad delectable, sino por las cosas que aún te conciernen aquí, en tu humana existencia; más, cuando debes considerarme heraldo de malas noticias.

Beatrice clavó en Balius sus profundos ojos azules, vidriosos y enrojecidos a causa del llanto. Éste tragó saliva. No deseaba destrozar aún más el corazón de aquella mujer. Beatrice era la antítesis de Margarita Valle: recatada, inocente y pura. Poseía un espíritu noble que no conocía la maldad o la codicia, que vivía para contentar a cuantos la rodeaban. De los escasos encuentros que había tenido con ella, en las veces que había visitado a Margarita y las había encontrado juntas, Beatrice siempre había demostrado una naturaleza bondadosa. No merecía ningún castigo, ningún sufrimiento como el que estaba experimentando. No debía recibir más desdichas.

Soltó las manos de la mujer con una caricia mientras ésta aún aguardaba que hablara y se incorporó. Dio media vuelta, dispuesto a salir de aquel hogar, a no corromperse hiriendo aún más el alma de aquella pobre mujer, pero cuando ya se disponía a salir de la casa, una frase, rauda e insidiosa, golpeó su deseo de ambición:

El Maestro General ha muerto.

Maldita, maldita carta, y maldito fuera por siempre lo que anunciaba.

—Beatrice —dijo, dándose la vuelta—. Ojalá hubiera otra forma mejor de comunicarte esto…

Se frotó las manos. Le temblaban. En su pecho, justo en el centro, notó que tomaba forma una presión.

—Tu marido, Alonso Márquez, ha sido capturado por una galera berberisca y llevado preso a las costas africanas.

Contrariamente a lo que esperaba, Beatrice, en lugar de derrumbarse, recobró el ánimo. Las lágrimas dejaron de brotar repentinamente. Se pasó la manga por la nariz y tragó saliva varias veces, como si hiciera un esfuerzo por en engullir la pena. Instantes

después, preguntó:

—¿Cuándo ocurrió?

—No lo sé con exactitud. Hará pocos meses; pero sé dónde los han encerrado. Es escrito a las familias de los otros marineros que viajaban con él y confío en que estén reuniendo el dinero del rescate. En tu caso deseaba ser yo quien te diera la noticia. No nos conocemos demasiado, pero como sabes, mantengo una estrecha amistad con Margarita Valle y te he visto en varias ocasiones con ella recibiendo clases de español. Sé que vuestros maridos también son amigos.

—¿Margarita ya conoce la noticia?

Balius notó que la presión crecía en su interior. Se llevó una mano al pecho y palpó el escudo de los mercedarios.

—Sí. También he sido yo quien se lo ha comunicado. Pero, Beatrice, no debe preocuparte el estado de tu marido. Lo sacaremos de ahí. Si quisieras dar un donativo…

—¿Dónde se encuentran?

—¿Qué?

—Vuestra Merced ha dicho que sabe dónde están encerrados. Quiero que me diga el lugar exacto. Nada me consolaría más que poder enviar una carta a mi marido.

¿Debía hacerlo? Jacobo se mordió la punta de la lengua.

—Dime cuánto dinero necesita para pagar el rescate —añadió ella.

Era todo lo que Jacobo necesitaba escuchar.

—Te diré dónde está, si eso te ayuda. Llevaré tu carta y el dinero del rescate, y tendrás a tu marido antes de lo que crees.

XVI

La primavera en la fortaleza berberisca trascurrió para Lucas como una nueva variedad de tortura. Kamal, por alguna razón desconocida, no volvió a visitarle, y el centinela de su celda, Imarán, no respondía a ninguna de sus preguntas sobre el estado del fraile. En las noches silenciosas, cuando sólo escuchaba las olas rompiendo contra el acantilado, Lucas saltaba hasta agarrarse al barrote de su pequeña ventana y se encaramaba para asomarse al exterior con la esperanza —por cruda que ésta pudiera parecer— de escuchar algún latigazo sobre la espalda del mercedario. Pero noche tras noche el viento transportaba únicamente el rumor de las olas deshaciéndose contra el acantilado.

De este modo pasaron los meses, hasta la llegada de un nuevo otoño. Los primeros vientos de octubre trajeron a su habitáculo más enfermos de lo acostumbrado. Lucas los trató con remedios conocidos incluso por los propios berberiscos: recomendó que bebieran mucha agua, y para los más graves ordenó humedecer sus frentes con vinagre. Casi todos terminaron recuperándose. Sólo uno murió, acosado por un anormal ataque de tos que, en su último estadio, ni siquiera le dio tregua para transmitir sus últimas palabras. Al día siguiente, Imarán le arrebató las mantas; un privilegio menos del que disfrutar.

Con los enfermos Lucas también buscó recopilar algo de información sobre Baltasar, pero comprobó con pesar que éstos se negaban a responder; algunos hasta enmudecían por completo, de forma que transmitían sus dolencias por mímica. Al cabo de varias visitas, Lucas descubrió que todos mantenían una charla con Imarán antes de pasar a la habitación. El centinela lanzaba una advertencia a cada enfermo: prohibido hablar con el médico sobre asuntos concernientes al exterior, bajo pena de látigo. Así, cada paciente entraba resuelto a no comunicar nada que no concerniera a sus padecimientos. Algunos, aterrorizados al imaginar el restallido del látigo sobre su piel, ni siquiera despegaban los labios.

De este modo, el nuevo año llegó como una carga contra su espíritu. Los días se hicieron tan largos como al inicio de sus prisiones; y las noches, insoportables a causa de la falta de abrigo. No obstante, y pese a que temió rozar de nuevo la frontera con la demencia, se encontró con que lo acompañaba una fuerza de voluntad reforzada. Cierto era que lo preocupaba no saber nada del fraile, pero dedujo que la falta de información tal vez significara que éste seguía con vida. Se concentró en su diario, en practicar el árabe y en memorizar sus aciertos médicos, tomando nota de sus diagnósticos de la forma más

meticulosa posible, en los márgenes del libro de Galeno; de modo que a primera vista pareciera que glosaba las líneas en griego. Buscó mantenerse despierto durante las horas nocturnas, trabajando, y dormir al arropo del calor diurno, y de este modo consiguió sobreponerse a sus adversidades.

Del libro de Séneca tradujo algunas frases, especialmente aquéllas que el Peregrino había marcado. Una en concreto le resultó útil para soportar el invierno:

El hombre más poderoso es el que es dueño de sí mismo.

Al traducirla reconoció con una sonrisa que aquella máxima describía cómo no había sido durante toda su vida, en especial desde que se había fijado en Margarita Valle. Jamás destacó por ser autosuficiente, pero ahora, dadas las circunstancias en las que se hallaba, se sentía con fuerzas para afrontar cualquier calamidad; como si su espíritu, a pesar de encontrarse confinado en aquella prisión berberisca, fuera libre.

Así, concentrado en estos asuntos, una noche, mientras tomaba notas, comprobó que hacía menos frío del acostumbrado. Probó a conciliar el sueño. Éste llegó sin que se diera cuenta, de modo que al despertar vio que ya era de día. Un radiante y cálido día de primeros de marzo. Se subió a la mesa y de un salto se agarró al barrote de su ventanuco. Al asomarse al exterior notó que lo saludaba una brisa templada y el graznido de las gaviotas volando en círculos cerca del acantilado. Sonrió y dejó que los rayos de la mañana calentaran su rostro, pero entonces alguien llamó a su puerta. Se volvió sorprendido. Observó el suelo. Imarán no había entrado para dejar el almuerzo, y nunca llamaba a la puerta para entrar. Nadie lo hacía, salvo…

—¡Kamal! —dijo, cuando vio pasar al muchacho.

—Lucas, te he echado de menos.

Ambos se saludaron con un abrazo, como viejos amigos que volvieran a reencontrarse tras muchos años de separación. El hermano del capitán se sentó sobre la cama.

—No sabes cuánto he lamentado no poder visitarte.

—¿Qué ha sucedido? No has aparecido en meses.

—Imarán —dijo el muchacho señalando a la puerta, como si ésta representara al centinela—. Declaró a mi hermano que continuaba haciéndote visitas, a pesar de que ya te habías recuperado, y que era yo quien estaba enseñándote el árabe. Selim me ha prohibido verte.

—Entonces, ¿cómo estás aquí?

—Ambos han marchado de viaje. Volverán en unas semanas.

—¿El fraile…?

—Sigue vivo —confesó Kamal—. Aunque ha estado a punto de morir durante el invierno. Ahora se encuentra mejor, pero no creo que se haya recuperado del todo. Tal vez no sobreviva al próximo

invierno.

—Debo visitarlo.

—Imposible. Mi vida corre peligro si te lo permito. Selim ha puesto sobre aviso a todos los guardias que se han quedado en la fortaleza. Si nos ven juntos, o descubren que el fraile recibe visitas, me castigarán.

Mi hermano teme que podáis convertirme al cristianismo. Cree que la amistad que mantengo contigo me perjudicará. Ni siquiera sé cómo he logrado reunir el valor suficiente para acercarme aquí. No puedo quedarme mucho tiempo. Si alguien me descubre…

Apenado, Lucas comprobó que Kamal hablaba del capitán con el tono de voz tembloroso que utilizaría cualquier otro preso. Temía la reacción de su hermano si éste, por alguna razón, llegaba a pensar que lo habían vuelto cristiano. No obstante, Lucas presentía que el mercedario estaba al tanto de cierta información sobre el exterior que no había tenido tiempo de confesarle. Información que tal vez justificara la falta de noticias, o el hecho de que nadie, ni siquiera la adinerada familia de Alonso, hubiera hecho un esfuerzo por pagar el rescate de los cautivos.

—Necesito hablar con el fraile.

—Ya te he dicho que no puede ser. Yo tampoco podré visitarte más; al menos, en mucho tiempo.

—Debe haber alguna forma…

Lucas comenzó a pasearse en círculos por la habitación.

—¡Ya está! —dijo, chasqueando los dedos— Kamal, tengo una idea. Lo traeremos aquí.

—Me temo que no has entendido bien lo que te he dicho, Lucas. Ningún soldado puede verle fuera de su celda. Temen demasiado a mi hermano para desobedecerle.

Lucas quedó pensativo.

—No podemos vernos —comenzó, cavilando un plan.

—No.

—Pero… podemos hablarnos.

—No veo cómo.

Lucas se volvió a la pequeña abertura de su habitación. Desde su posición podía ver un cielo diáfano.

—¿Sigue el fraile en la misma celda de siempre?

—Sí. Los guardias temen que contagie a los demás. Sigue confinado en la misma celda, apartado de los demás presos. Ya ni siquiera hay un guardia que lo vigile. El último murió. Fue aquel al que no pudiste curar, según he oído.

—¿Puede visitar a los otros presos, a los marineros del *Gorgón*?

—Sí, pero visitas breves. Los guardias no quieren que se extienda la enfermedad, pero permiten que los presos reciban cierto consuelo espiritual del fraile, tal y como pediste.

Lucas observó la manta de su cama, y luego volvió a fijarse en su pequeña ventana, con el barrote que la atravesaba.

—Kamal, ¿cuánta distancia separa mi habitación de la que está abajo? Esa que utilizaba Imarán para azotar al mercedario.

—No lo sé. Unas tres varas de distancia. No podría decirlo con exactitud.

—Creo que he encontrado la forma de comunicarnos. No tendrás que hacernos más visitas, pero necesitaré tu ayuda, y la de los presos del *Gorgón*. Te diré lo que debéis hacer.

—Si es bajo esas condiciones, puedo hacerlo.

Entonces Lucas comenzó a relatar un plan para lograr entrar en contacto con Baltasar. Al final, él y Kamal se despidieron con un abrazo, con la esperanza de volver a verse en un futuro, aunque fuera lejano.

—Quizás pueda volver a verte en el próximo viaje de mi hermano, dentro de algún tiempo, cuanto sus sospechas mengüen.

—Confío en ello, amigo —dijo Lucas, y ambos se despidieron con un abrazo.

Aquella tarde Lucas destinó uno de sus pliegos a escribir una breve carta; luego, anudando su camisa, su jubón y las calzas, logró hacerla descender hasta el piso inferior. Allí también había una ventana, aunque de mayores dimensiones. Cuando el mensaje apareció, colgado del extremo de la improvisada cuerda, fue recogido por Kamal. La misión de éste era llevarlo hasta las celdas de los prisioneros, donde su acceso estaba permitido, y dárselo a uno de ellos; uno diferente cada vez, para que los guardias no sospecharan. Los marineros no conocían los detalles del plan, pero Lucas tuvo cuidado en escribir el destinatario en el mismo trozo de pliego, de forma que éstos no tardaron en averiguar lo que pretendía. Así, uno de ellos escondía la carta entre sus ropas y avisaba al guardia para que le permitieran visitar al fraile. Cuando entraba, pasaba la carta al mercedario.

Todas las tardes, a una hora acordada, Lucas montaba la cuerda hecha con ropa, la arrojaba por la tronera y aguardaba unos minutos a que alguien tironeara tres veces. Si nadie lo hacía en el plazo de unos minutos, recogía la ropa y la desanudaba hasta el día siguiente. Así transcurrieron cuatro días antes de que recibiera la primera respuesta. Los tres tirones de Kamal, al otro lado, fueron recibidos con un júbilo difícil de contener. Cuando recogió el pequeño pliego descubrió que Baltasar, al disponer de medios escasos para la escritura, apenas había podido expresar una respuesta con claridad. Había utilizado la cara opuesta del pliego, la punta de su hábito endurecido con cera como pluma, y ceniza por tinta; a pesar de todo, su misiva resultaba comprensible…

Tendido sobre aquella superficie de madera, Lucas escuchó que Jacobo detenía la lectura del diario. A continuación reconoció el sonido quebradizo que produce el papel doblado al desplegarse, y supo que el prior había descubierto la primera toma de contacto que había logrado con Baltasar tras muchos meses; la primera carta de unas pocas, en las que ambos mantendrían una conversación igual de cercana que si se hablaran cara a cara.

—«Baltasar —leyó el prior. Era la parte escrita por Lucas—. Doy gracias a Dios al saber que te encuentras bien. Temí por tu salud. Necesito que reanudemos nuestras conversaciones, y éste es el único modo de hacerlo, pues Selim ha prohibido que nos veamos, o que Kamal nos visite. La última vez me comunicaste algunas advertencias que me inquietaron. Si puedes, explícamelas. Lucas».

Al otro lado del pliego, las manchas de ceniza formaban la brumosa respuesta del fraile. Tras un esfuerzo, Jacobo logró traducir lo que ponía:

—«Necesito pluma y tinta. Balt».

Si hubiera podido estirar los músculos de su rostro, Lucas habría reído al volver a escuchar aquella respuesta. Recordaba la impaciencia con la que estuvo aguardando que su plan diera resultado, y cuando al fin recibió los tres tirones de Kamal, se encontró con que Baltasar ni siquiera había llenado una línea con sus palabras. La primera impresión fue de incertidumbre, pero luego, al darse cuenta de su error, Lucas escondió su propia pluma y lo que le quedaba de tinta, y encargó más al centinela con la excusa de haberse quedado sin material. De este modo pudo enviar los materiales al fraile, junto a un pliego de papel totalmente en blanco. La respuesta vino tras semana y media de espera. Pues Kamal no quería que nadie sospechara. Cuando llegó, Lucas pudo al fin disfrutar con la elegante caligrafía del fraile.

Jacobo ya desdoblaba el segundo pliego, introducido sin coser entre las páginas del diario.

—«Querido Lucas —leyó—. Me encuentro estable. Gracias a Dios, logré superar el invierno, pero temo que tal milagro no volverá a repetirse con la próxima bajada de temperaturas. En efecto, hay muchas cosas que desconoces sobre Selim, y posiblemente acerca de las causas por las que fuisteis hechos presos. Debes saber que vuestra condición no cambiará si aguardáis un rescate. Sólo conseguiréis la libertad si planeáis la huida. En este sentido, Kamal es la esperanza

que os queda, a ti y al resto de presos. El muchacho te ha tomado cariño. Utilízalo».

Por fortuna, las cartas estaban escritas en castellano, lengua que Kamal ignoraba. De haberse enterado de las intenciones del fraile, habría suspendido su participación como enlace entre ambos.

Aquel fue el último trozo de pliego que Lucas recibiría entero. A partir de entonces, Baltasar nunca devolvería el papel completo. Por alguna razón que Lucas descubriría tiempo después, el mercedario guardaba para sí trozos que no utilizaba para las respuestas. Por aquella razón Lucas se vio obligado a trasladar lo que escribía en las cartas a las páginas de su diario, pues quería que quedara constancia de cuanto circulaba entre él y Baltasar, por si en algún momento resultaba útil. De este modo las páginas de su diario que reproducían los extractos de sus cartas se mezclaban con los trozos de pliego en los que aparecía la respuesta de Baltasar. Jacobo no tardó en deducir aquella nueva estructuración, y así continuó con la lectura, a partir de la siguiente respuesta de Lucas.

—«Kamal se encuentra tan preso como nosotros, aunque de forma distinta. Descarto su ayuda. Teme a su hermano tanto como cualquier soldado o prisionero de esta fortaleza. ¿Conoces la demora del rescate? ¿A qué se debe?».

Aunque la respuesta de Baltasar se encontraba en la siguiente página, Lucas recordaba que ésta se había demorado por más de dos semanas. Por un momento incluso llegó a imaginar que la correspondencia con el fraile había sido interceptada. No obstante, ésta llegó. La letra de Baltasar era temblorosa, dubitativa. El fraile había tomado cuidado en seleccionar las palabras.

—«Selim y sus piratas tienen un acuerdo con un prior de los mercedarios llamado…».

En ese instante, la voz de Jacobo, que aún leía el diario en voz alta, se quebró de golpe. Lucas notó que su respiración se aceleraba por momentos, y creyó escuchar cómo el papel crujía entre sus dedos.

—*¡Dilo!* —gritó Lucas en su interior.

—Jacobo Balius —dijo finalmente el prior, pronunciando su propio nombre en un susurro casi imperceptible.

—*¡Lo sé todo!* —confesó Lucas, aunque nadie pudiera escucharle— *¡Descubrí tu traición, Balius!*

Al momento, Lucas percibió que Jacobo se levantaba de su asiento. Caminó apresuradamente por la habitación, pero de repente se detuvo y regresó a la lectura. Su voz meliflua emergió tensa y atropellada; y su tono, que acostumbraba a mantenerse en un estado monocorde, fue subiendo poco a poco hasta convertirse en un grito ahogado.

—«¡Este mercedario mantiene un trato con Selim y los piratas! ¡Se entera de la ruta de algunos barcos castellanos y pasa la información a

los berberiscos! ¡Todos se reparten la recaudación de los familiares, pero los presos jamás son liberados!».

Lucas sabía que Baltasar había dado más información en su carta. Detalles sobre cómo Jacobo urdía su plan, predicando a los hombres para que se alistaran en el Tercio de la Armada. Cuanto más ricos fueran los soldados, mejor. Luego él se encargaba de insistir a las familias para que donaran grandes cantidades de dinero por una liberación que nunca llegaba. Entretanto, el prior se ocupaba en darles ánimos, anunciándoles que él mismo viajaría hasta el lugar donde se hallaban los presos para «convencer» a los piratas; algo que nunca llegaba a suceder, pero a cambio, Jacobo regresaba con prendas, cartas y testimonios, con objeto de conmover a los familiares para que continuaran donando todas sus riquezas. Cuando éstas se terminaban, Jacobo se lo comunicaba a Selim, y éste se deshacía de los presos, vendiéndolos en Argel… o procurándoles un destino mucho peor que la esclavitud. El prior, por su parte, siempre encontraba una forma creíble de excusarse con los familiares. Los piratas berberiscos eran personas detestables, carentes de honor y de palabra de caballero. Por ello no resultaba extraño que, pese a los donativos entregados para la liberación, no cumplieran su palabra. Ahora sólo quedaba rezar por las almas de los cautivos para que no sucumbieran a la pesadilla en la que se hallaban y, pese al sufrimiento, consideraran el martirio cristiano antes que la conversión al Islam.

Todos aquellos detalles estaban escritos en el mensaje de Baltasar, un fraile que durante su cautiverio perpetuo había presenciado más de un encuentro entre Jacobo y Selim en la fortaleza, y, de seguro, había escuchado más de una conversación reveladora. Sin embargo, el prior había sido incapaz de continuar leyendo. Lucas oyó que estrujaba el papel entre sus dedos y lo arrojaba al suelo. Luego, pensando en voz alta, Jacobo farfulló:

—Ese maldito fraile. Conocía todos mis tratos y nunca… nunca dijo nada. Eso me pasa por ignorarlo. Debí advertir a Selim sobre su personalidad, pedirle que acabara con su vida cuando lo vi por primera vez. ¡Sucio fraile! ¡Yo te maldigo una y mil veces! Me engañaste con tu férrea voluntad. ¡Y yo que llegué a conmoverme por ti! ¿Cómo he podido ser tan incauto?… Bueno, no importa. Da igual cuanto supiera sobre mí. Ya no podrá informar a nadie más, y Lucas…

Detuvo su monólogo. Lucas, inmóvil, quiso por primera vez hacerse el muerto. Notó que el prior se acercaba a su pecho y que posaba la cabeza sobre éste. Durante un instante no sucedió nada.

—¿Pero qué hago? —dijo Jacobo—. Lleva así toda la noche. No puede estar vivo. Cálmate, Balius.

La silla crujió. El prior, haciendo un esfuerzo por calmarse, debía haber regresado a su asiento.

—¿Y Alonso? ¿Estará al tanto de toda esta información? Él y Lucas volvieron juntos a Madrid. Me cuesta creer que no sepa nada. Pero, si lo sabe, ¿por qué no ha actuado en consecuencia? ¿Qué es lo que lo ha detenido?¿Acaso no lo he hallado más amable desde su regreso? ¿Qué ha podido suceder para…?

Detuvo sus palabras a media frase. Lucas no percibió nada, pero en sus pensamientos se agitaban las maldiciones hacia su amigo.

—Lo hiciste por interés. Toda tu vida se ha movido por el interés, desde que te sentiste desplazado por mis logros, desde que dejaste de ser el primero en todo. Tu orgullo jamás ha podido soportarlo; eso te ha transformado en un monstruo.

—¡Interés! —descubrió Balius—. El interés es lo que ha silenciado la boca de Alonso. ¡Claro! Conoce todo lo que el fraile declaró a Lucas, ¡seguro! Pero ha decidido pasarlo por alto en beneficio propio. De este modo, sólo Lucas ha salido perjudicado, y él puede adueñarse de… ¡su mujer! ¡Desde luego, siempre la ha deseado! Bien jugado, Alonso. No seré yo quien se interponga en tus objetivos. Si es a Margarita lo que deseas, me aseguraré de ayudarte en el proceso.

—Ya tienes lo que siempre has deseado —pensó Lucas, evocando las acciones que Alonso había llevado a cabo—. *Sólo ha sido necesario traicionar a tu amigo, desprenderte de tu humanidad y de tu honor. Tú me has conducido a esta situación, Alonso, pero a cambio has vendido tu alma.*

—Mejor así —continuó Balius—. Imagino que mientras tenga lo que desea, Alonso no será un peligro. Sin embargo, este diario es peligroso. Debe desaparecer.

Silencio. Esta vez, Lucas no pudo deducir lo que ocurría, pero imaginó que Balius debía estar inclinándose en su asiento, seguramente con la intención de arrojar su diario al fuego. Escuchó que se quejaba la silla. El prior se había levantado. Pasos, y luego un papel que crujía. Había recogido la carta de Baltasar, aquélla que lo inculpaba. Los pasos se acercaron, y de repente Lucas notó que las llamas crepitaban. La carta del fraile se consumía bajo el fuego, pero no el diario, pues Balius volvió a sentarse y recorrió las páginas hasta encontrar aquella por la que había detenido su lectura. Sin duda pretendía destruir aquellas memorias, pensó Lucas, pero no aún. Debía sentir curiosidad por llegar hasta el final del relato, por ver, tal vez, el modo que emplearon los presos para huir de la fortaleza berberisca.

XVII

—«Por su parte, Alonso no sólo se negó a trasladar mis cartas al fraile —leyó Jacobo— sino que, llegado a un punto, destruyó la primera que cayó en sus manos. Esto ralentizó mi contacto con Baltasar y me obligó a repetir la misiva. Pero además existían otros impedimentos. En ocasiones, Kamal no podía presentarse a recoger la carta, o tenía miedo de visitar a los presos, por si los guardias comenzaban a sospechar; por otro lado, los berberiscos no siempre permitían que los marineros acudieran a Baltasar, porque intentaban convencerlos para que dejaran el cristianismo y se unieran a ellos. Los torturaban con la promesa de que si dejaban su religión los liberarían, vestirían y darían de comer en abundancia; además, desde aquel momento serían libres de ir a donde quisieran. Por lo visto, estas promesas no resultaban difíciles de conceder, incluso la de marcharse de la fortaleza. Según me aseguró Baltasar en una de sus cartas, debíamos encontrarnos no demasiado lejos de Argel. La ciudad quedaba al oeste, a un día de camino o dos, viajando a pie a lo largo de la costa.

»Argel era la única ubicación espacial a mi disposición. De este modo, basándome en las especulaciones de Baltasar, y realizando algunos cálculos, resolví que debíamos hallarnos a unas doscientas treinta leguas de las costas españolas. Si queríamos escapar, necesitaríamos una embarcación lo suficientemente estable para cruzar el Mediterráneo, o arriesgarnos a continuar hacia el oeste hasta alcanzar Orán. De cualquier modo, ambas posibilidades eran muy arriesgadas.

»Como Baltasar continuaba devolviendo mis cartas cortadas por la mitad, decidí copiarlas en mi diario para así poder conservar lo que había escrito. Aunque le insistí en varias ocasiones, el fraile se negó a explicarme por qué había decidido quedarse con pedazos de pliego. Descubrí que solía conservar, más o menos, el equivalente a una octavilla, casi siempre de manera uniforme, así que deduje que debía estar compilando algún tipo de escrito personal cuya naturaleza no deseaba confesar a nadie. Yo tampoco quise insistir más y hasta olvidé el asunto. Por aquel entonces desconocía que la Providencia dispondría la forma de hacerme llegar hasta los escritos secretos de Baltasar de la Torre».

Se escuchó un ruido arriba. Lucas oyó cómo Jacobo cerraba su diario con fuerza y luego, percibiendo el característico sonido de una tela al frotar con la otra, supuso que se lo había escondido entre las ropas. Al punto, escuchó el familiar ruido de unas botas.

—¡Alonso! —saludó Balius—. Ya estás de vuelta.

—He dejado a Margarita en mi casa. Creo que allí se sentirá mas acompañada. La presencia de mi esposa la calmará.

—Estoy de acuerdo. El sepelio estará listo en breve.

Lucas sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Hubo un silencio.

—¿Algo más? —preguntó el prior.

—No. Nada más.

—Sé que te acosan los remordimientos, Alonso. Pero hiciste lo correcto. Estabas obligado a detener a tu amigo a toda costa. Él no quiso entregarse. Cumpliste con tu deber de caballero y de cristiano.

—Lo sé. Es sólo que… —¿Qué te aflige, Alonso?

—Lucas y yo fuimos amigos durante mucho tiempo.

Sólo un acontecimiento extraordinario, de singulares características, podría haber alterado el estado en que se hallaba Alonso Márquez. El sentimiento de inquina hacia Lucas Belmonte era alimentado a diario por las condiciones tan deplorables a las que alguien de su condición había sido reducido. Cada mañana, el deseo de venganza se adueñaba de él, y ni siquiera durante el sueño encontraba paz. De no haberse obligado a conservar algo de honor castellano, Alonso se habría lanzado a mordisquear los barrotes de su prisión como un animal rabioso. No obstante, su furia quedaba almacenada bajo una apariencia de inquietante sosiego, aderezada por aquella misantropía creciente que lo mantuvo alejado de sus compañeros, en su celda personal, maquinando una y otra vez posibles encuentros con Lucas que concluyeran en la muerte de éste. Pero había otros pensamientos que lo acosaban, casi siempre al rayar la noche, cuando los vapores de la envidia quedaban exhaustos. Eran sueños esperanzadores de encuentros furtivos con Margarita Valle. Del momento en que al fin era capaz de salir de su prisión y tener la oportunidad de envolver con sus brazos a la mujer. Más aún; Alonso castigaba su cordura imaginando apasionadas noches de goce carnal en las que Margarita se entregaba a una pasión que había retenido durante años, igual que Alonso. Y de este modo se quedaba dormido, bajo la única compañía de sus delirios, en el jergón de su celda.

Transcurrieron dos meses desde que Alonso se topara por primera vez con el primer billete de correspondencia entre Lucas y Baltasar. Durante aquel tiempo había visto pasar una y otra vez los mensajes

escondidos por los demás presos. Alguna vez le invitaron a participar del plan pues, además, los marineros del *Gorgón* conservaban una esperanza inagotable en Lucas. Pero tales ideas lo asqueaban hasta tal punto que destruyó la primera carta que cayó en sus manos, y de este modo ninguno de los marineros volvió a confiarle un mensaje; más aún, acordaron que era perjudicial confiarle cualquier tipo de conversación, de modo que fueron retirándole la palabra. Así Alonso, recluido en su celda personal, logró disfrutar de una completa independencia.

Sin embargo, con el inicio del tercer mes de correspondencia, ocurrió un hecho fuera de lo normal. Una mañana Alonso despertó con el ajetreo de los piratas. Al restregarse las legañas, descubrió que los guardias corrían de un lado a otro del pasillo, visiblemente nerviosos. Frente a él, en las otras celdas, los presos también se revolvían en sus sitios. En sus expresiones descubrió una tensión inusual, pero más le extrañó comprobar que la gran mayoría sonreía y se frotaba las manos, como si necesitaran contener alguna necesidad apremiante y desconocida. Quiso ignorar lo que sucedía, pero en vista de que la expectación iba en aumento, se decidió a romper su estado de eremita y se acercó a los barrotes.

—¡Eh! —instó a uno de los marineros—. ¿Qué sucede?

—Ha vuelto Selim, ¡y viene acompañado por un prior de los mercedarios!

Alonso quedó petrificado, y de no haber tenido los barrotes para aferrarse, habría caído al suelo por la debilidad que se apoderó de sus rodillas. Todas sus esperanzas de liberación, fantasías que únicamente se materializaban en el estado transitorio de la vigilia al sueño, eran ahora tan accesibles como la realidad que observaba. En su estómago se formó un nudo y en su cabeza un vértigo semejante a lo que siente quien se asoma a un precipicio.

Al poco, la simiesca figura de Imarán cruzó el pasillo de las celdas a paso vivo, alcanzó la puerta del fondo y volvió a salir al cabo de un rato, sonriente, látigo en mano, empujando la figura enclenque de Baltasar. Cuando ambos desaparecieron, en el bloque de celdas se hizo un silencio absoluto. Todos prestaban atención a cualquier ruido, cualquier voz que llegara desde arriba, desde el patio de armas…

En el exterior los berberiscos recibían al prior Jacobo Balius con la ceremonia digna de un sultán. Éste entraba por las puertas acompañado de Selim. En las almenas, y sobre los contrafuertes, los soldados le recibían firmes, picas en mano y completamente uniformados. Tras el prior entraron cuatro sirvientes de cámara. Dos portaban el equipaje, mientras que los otros dos cargaban con un cofre en madera de sándalo reforzado con tachuelas de bronce junto a los bordes y esquinas. Kamal esperaba junto a una guarnición en el centro

del patio. Cuando el prior llegó a su altura, saludó con una grácil reverencia y luego, con un rápido movimiento de cabeza, ordenó a los guardias que acompañaran al séquito hacia el interior de la fortaleza.

—Me alegra comprobar que el trato con el que me reciben tus hombres sigue resultando tan generoso y halagador, Selim —observó el prior una vez tuvo al capitán berberisco frente a él.

—Mis hombres sirven bien a quien cumple lo que promete.

—¡Vaya! —se lamentó Balius—. Eso me conduce a pensar que tal vez se alegran más de ver al cofre que a mí.

El capitán, para zanjar la conversación, respondió con una sonrisa cordial. Ambos caminaron hacia las puertas de su izquierda. Al otro lado les aguardaba una sala confortable y fresca, aunque pequeña, que se encontraba junto a la armería. Unas escaleras en la pared norte conducían al segundo piso de la torre. Imarán empujaba a Baltasar por ellas cuando Jacobo y Selim aparecieron. El fraile y el prior de los mercedarios cruzaron una rauda mirada. Luego, el primero desapareció, hostigado por el centinela.

—¿Todavía conserváis al fraile? —comentó Balius.

—Imarán lo ha tomado a su cargo, pero creo que ya es hora de librarnos de su presencia. Temo que mi segundo se esté obsesionando con inflingir torturas.

—Te pertenece a ti, Selim —respondió el prior, enseñando las palmas de sus manos—. Decide tú lo que hacer con él.

El capitán dejó escapar un suspiro.

—Bien. Enséñame lo que traes.

Jacobo hizo un gesto a sus ayudantes para que acercaran el cofre y lo abrieran. Dentro, Selim observó que estaba lleno de maravedíes.

—Tuve la suerte de embarcar a un personaje rico —dijo Balius—; Alonso Márquez. Su familia ha resultado muy generosa. Su esposa se encuentra desvalida sin su presencia y ha escrito cartas pidiendo ayuda a todos los familiares cercanos. Se encuentra desamparada; incluso me ha encomendado entregar una carta a su marido. Creo que si entrego la carta a Alonso y llevo de vuelta alguna prenda dará cuanto tiene por su liberación. Esfuérzate por mantenerlo con vida.

—¿Sabe esa mujer dónde está su marido preso?

—Sí —admitió el prior—. Tuve que confiar cierta información para apelar a su generosidad.

Selim arqueó una ceja. Jacobo se apresuró a tranquilizarlo.

—Descuida. Es una pusilánime. No puede hacerte ningún mal. Además, no tiene medios para iniciar una correspondencia fluida. Ésta será la primera y última carta que Alonso recibirá de ella.

El capitán berberisco estuvo a punto de responder, pero entonces el restallido de un latigazo, procedente del piso superior, cortó la conversación. Éste vino acompañado por un grito desgarrador. Jacobo

miró al techo y torció la boca.

—¿Tiene que hacer eso ahora?

—Ya te he dicho que está obsesionado con torturar al fraile. No ha podido hacerlo durante meses, porque tu mercedario se encontraba muy enfermo; pero ahora que está mejor…

—Ya te he dicho que no me pertenece, pero es incómodo escuchar sus gritos mientras hablamos.

—Aunque susurraran también los escucharías. El sonido se cuela a través de la escalera. Francamente, prefiero que el fraile escuche sus propios lamentos antes que nuestra conversación.

Tal y como Selim había advertido, Baltasar, encadenado en el piso superior, era capaz de escuchar lo que en lengua castellana trataban Jacobo y el capitán. No era la primera vez que veía al prior realizar visitas, ni la primera que se enteraba de lo que éste trataba con los berberiscos, pues a la vuelta de cada viaje el proceso se repetía: Imarán, deseoso de desahogarse con el látigo, lo subía al piso de arriba; y antes de que perdiera el sentido, entre latigazo y latigazo, era capaz de escuchar lo que Balius estaba haciendo con el dinero entregado para la liberación de los presos. Por suerte, Imarán gustaba de ralentizar sus torturas, de modo que cada nuevo golpe del látigo se demoraba todo lo posible, hasta que al torturador volvía a picarle la mano con el deseo de hacer una nueva marca en la espalda del fraile y así este era capaz de enterarse de cuanto se hablaba en el piso inferior.

Abajo, dos hombres de Selim contaban el dinero. Cuando terminaron, susurraron la cantidad al oído del capitán.

—Es poco —dijo éste.

—¿Poco? —contestó, sorprendido, el prior.

Un nuevo restallido del látigo lo sobresaltó, llenando la habitación como si Imarán lo estuviera utilizando junto a su oreja. El grito de Baltasar también descendió desde el piso de arriba, junto a la voz de su atormentador.

—*Ma ismuhu?* —gritó Imarán.

—No lo puedo creer. ¿Todavía sigue sin deciros su nombre? —indagó Jacobo, algo divertido.

—No hay forma de sonsacárselo. Creo que eso es precisamente lo que obsesiona a Imarán. El día que consiga averiguarlo, acabará con él.

Jacobo se permitió sonreír, pero luego volvió al tema que les ocupaba, justo después de que un nuevo latigazo resonara por toda la habitación, a la par de los gritos de Imarán, cada vez más furiosos y apremiantes.

—Selim, seré honesto. He recaudado más de lo que esperaba. Te traigo justo la mitad de lo que he obtenido, tal y como acordamos. La mitad para ti, y la otra para mí. En la tripulación del barco no había

más que un personaje adinerado. Si no hubieras acabado con la vida del capitán…

—Me lo encontré muerto cuando visité su camarote.

—Igualmente. Con el capitán y el primero de a bordo muertos, sólo nos queda Alonso Márquez.

El látigo tronó otra vez.

—Te equivocas —dijo Selim— ¿Y el médico?

—¿Médico?

—Había un médico a bordo de la nave castellana; y muy bueno, por lo que he podido comprobar. Curó a mi hermano. Lo mantengo bien alimentado y en una habitación confortable para que cure a mis hombres. Sólo uno ha muerto desde que está aquí. Seguro que en tu país disfruta de una buena posición. ¿Te has olvidado de él?

La mirada de ónice del capitán escrutó la figura del prior. Éste lo observaba con un desconcierto que, según juzgó a primera vista el berberisco, no parecía fingido. Pero entonces desde el piso superior llegó un aullido aterrador. El fraile, que había logrado escuchar la conversación durante la tortura, temeroso de que la vida de Lucas corriera peligro, llenó sus pulmones de aire, y empleando la poca fuerza que le restaba, gritó:

—¡Baltasar! ¡Me llamo Baltasar! ¡Baltasar de la Torre! —y luego, cambiando a un idioma que pudiera entender su torturador, repitió— *Ismi Baltasar de la Torre.*

Repitió su nombre hasta quedarse sin aliento.

—Baltasar de la Torre… —repitieron al unísono Jacobo y Selim, pero el prior lo susurró un par de veces más para sí mismo.

Arriba, Imarán también detuvo los latigazos. Observó a su víctima paralizado por la sorpresa, como si hubiera perdido la facultad para castigarlo, pero entonces lo invadió la satisfacción de haber logrado su propósito, y tomando impulso, comenzó un nuevo tipo de tortura mucho más salvaje, sin conceder tiempo entre los golpes de látigo. Baltasar respondió a ellos con una serie de quejidos lastimeros, hasta que su aliento no dio ni siquiera para eso. Observó las baldosas del suelo y luego la ventana que daba al exterior, consciente de que un piso más arriba, en la pieza que ocupaba Lucas, también habrían llegado sus últimas palabras. Se concentró en el azul del cielo, en las nubes esponjosas que lo cruzaban, menguando en tamaño por efecto del calor veraniego. Dejó de sentir el dolor mordiente del látigo, y cuando notó que la vista se le nublaba, sonrió.

Al fin había terminado su estancia en aquel lugar.

—Me marcho —respondió Jacobo, visiblemente turbado—. Intentaré reunir más dinero. Ya volveré a visitarte.

Se levantó apresuradamente e hizo una seña a sus sirvientes para que dejaran el cofre y abandonaran la habitación. Se notaba por su

aspecto que la tortura de Baltasar, y el momento en que el fraile había gritado su nombre, lo habían afectado. Selim tampoco quiso insistir para que se quedara. Caminó detrás del prior y lo acompañó hasta el patio de armas. Fuera lucía un sol abrasador que volvía incómodas cualquier tipo de prendas. Los soldados de guardia se cuadraron cuando Jacobo pasó por su lado. Éste alcanzó las puertas de salida. Frente a él quedaba la tierra yerma perlada por los arbustos de tomillo, y abajo el mar, donde lo aguardaba su nave. Recogió su hábito para pasar entre los matojos y comenzó a caminar apresuradamente. Algo le impelía a dejar la fortaleza con toda la celeridad que fuera posible. Sin embargo, cuando llevaba caminados unos pasos, su espíritu fue hostigado por la necesidad de continuar las buenas relaciones que mantenía con los berberiscos; el aumento en su economía dependía de ello, así como el anhelado ascenso dentro de su orden.

El Maestro General ha muerto, susurró el viento, que se movía libre a través de aquella tierra pelada. Detuvo sus pasos y dio media vuelta.

—No había ningún médico a bordo del *Gorgón* —declaró.

El capitán, que aguardaba a las puertas de su fortaleza, se puso rígido como una estatua de basalto.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Valoro mucho la alianza que mantenemos, Selim. Jamás te mentiría.

Dicho esto dio media vuelta y desapareció por el sendero que descendía hasta la playa. Selim quedó firme junto a la puerta. Su rostro, lacerado por innumerables cicatrices, adoptó una rigidez aterradora. Su ojo sano no observaba al horizonte, sino que, cubierto por una sombra perversa, se entretenía en su imaginación, maquinando la forma que debía adoptar su próximo encuentro con Lucas Belmonte.

XVIII

Para Margarita Valle no había duda de que la casa de Beatrice en Madrid era de peor calidad que sus propiedades en Salamanca.

Alonso la había acompañado hasta la misma puerta de su casa desde el convento de San Pedro Armengol antes de manifestar que regresaría para velar el cuerpo de Lucas.

—Aquí podrás descansar. Beatrice cuidará de ti hasta el amanecer. Luego, volved las dos para el entierro —se despidió, besando su mano.

El hogar de los Márquez se encontraba demasiado compartimentado para su gusto, todo con objeto de esquivar la ley de Carga de Aposento promulgada por Felipe II. Había que hacer un soberano esfuerzo para ubicar los muebles de forma que no entorpecieran el paso u ocultaran alguna ventana.

Tras recibir a Margarita, Beatrice dejó que ésta eligiera una de las alcobas. Para la viuda de Lucas todas resultaban pequeñas y mal estructuradas, insuficientes para el espacio que ella necesitaba; no obstante, podía más su intención de acortar distancias en su amistad con aquella mujer. Ahora se lamentaba por no haberlo hecho en el pasado. De haberse labrado la confianza de Beatrice estaría al tanto de cómo se las ingenió para traer a los cautivos de vuelta y tendría una prueba clara que mostrar al prior.

—Me quedo con ésta —dijo tras comparar habitaciones—. Parece la más confortable.

—Estupendo —contestó Beatrice—. No está lejos de la mía. Si necesitas algo podré escucharte desde el otro lado de la pared.

Margarita afirmó con la cabeza y esbozó una sonrisa delicada. En su interior, sin embargo, luchaba un deseo insaciable por descubrir hasta qué punto la mujer de Alonso conocía sus planes. Sin embargo, con Beatrice no podía utilizar los medios de los que se valía para convencer a los hombres; sus herramientas de seducción no podían proporcionarle ninguna ventaja, de modo que se hacía necesario exprimir su astucia para sonsacarle toda la verdad.

—Nunca hemos tenido la ocasión de reanudar nuestra amistad —dijo, sentándose sobre la cama de su nueva residencia—. Recuerdo que en Salamanca siempre estábamos juntas, pero desde que las cosas cambiaron a peor…

Beatrice dejó escapar una sonrisa, se sentó al lado de Margarita y dijo:

—Es cierto, vivimos buenos momentos en el pasado. Pero lo que vino después; las muertes de nuestros hijos, y tu salida precipitada a Madrid… nos separó —se alisó la falda y miró al suelo—. Eso

cambiará. Ahora que vives aquí volveremos a ser amigas.

Margarita tomó a Beatrice de la mano.

—Nunca te he agradecido lo que hiciste por mí, por nosotras. Tú trajiste a nuestros maridos de vuelta. Dime, ¿cómo te enteraste de dónde estaban?

—Me lo dijo Jacobo Balius.

De forma casi imperceptible, Margarita dejó que le asomara un colmillo por la comisura del labio. Entrecerró los ojos, al tiempo que sus pensamientos maldecían la poca discreción del prior, pero al rato volvió a su postura lánguida y enfermiza.

—Agradezco a Dios que el prior estuviera al tanto de esa información. Es una suerte que hayamos contado con amistad de un hombre con tantos contactos, incluso con el enemigo. Aunque es lógico, tratándose de un miembro tan destacado de los mercedarios.

—Descansa —recomendó Beatrice, con su marcado acento italiano.

Quiso levantarse de la cama, pero Margarita se lo impidió, apretando con fuerza la mano que tomaba.

—Espera. Ya tendré tiempo de descansar. Desearía que respondieras a una pregunta más. Valoro mucho el arrojo que demostraste, consiguiendo una nave y tripulación que se atreviera a realizar un viaje tan arriesgado, directos a tierras berberiscas; y que aguardara allí a los presos evadidos.

—Sí, fue un plan arriesgado. Pero ya tendré tiempo de hablarte de ello, ahora…

—¡No! ¡Espera! —apremió Margarita, con el tono de voz exento de cualquier marca de debilidad—. Espera… —se relajó de nuevo—. Sólo quería decirte que fuiste muy valiente, pero en ningún momento nos comunicaste tus planes; ni al prior, ni a mí… a nadie que conozcamos. Guardaste tus planes en secreto; Jacobo se enteró por sus contactos cuando los presos ya viajaban rumbo a Castilla. Dime, Beatrice, ¿por qué decidiste no contar con nuestra ayuda? Bien es cierto que yo no podría haberte prestado más que mi ánimo, pero Balius… es un hombre de mucha influencia.

Con un movimiento rápido, aunque no brusco, Beatrice logró soltarse de Margarita. Se puso en pie y alisó sus ropas.

—Ya hablaremos de eso —dijo—. Es necesario que descanses.

—¡No! Te lo ruego, contesta a mi pregunta.

Beatrice quedó en silencio unos instantes. Su mirada clara intentó sostener la de Margarita, procedente de sus ojos felinos y profundos, pero fue incapaz y se desvió hacia una ventana. La calle comenzaba a iluminarse con la tímida penumbra del amanecer.

—No quise preocuparos —dijo al fin—, por si mi empresa fracasaba. Decidí ser yo la única responsable, no cargaros con ninguna presión, especialmente a ti, Margarita, debido al estado en que te hallabas tras

la muerte de Juan, tu hijo.

—¿De verdad lo hiciste por eso? En cierta ocasión creí verte con un desconocido que…

—No le des importancia a eso —zanjó la italiana—. Ahora descansa. Aún te queda algo más de una hora hasta el entierro de tu marido.

Beatrice se sentía aprisionada en Salamanca. Las malas noticias, unidas a la marcha repentina de los pocos amigos que tenía en tierra española, terminaron con el poco ánimo que le quedaba tras la muerte de Laura. Se recluyó aún más en su casa, pues no existía ya ninguna razón para salir: Margarita había marchado de la ciudad repentinamente, sin dar explicaciones; Jacobo tuvo que marcharse también, a Barcelona, por un asunto relacionado con el cambio de sede de la orden que, según dijo a la napolitana, requería toda su atención. El prior se había llevado consigo todo el dinero de los donativos a cambio de la promesa de liberar personalmente a los presos del *Gorgón*. Aquella no era sino la única esperanza que empujaba a Beatrice, la única razón para permanecer en Castilla y no escapar de vuelta a su tierra natal.

No quedaba nadie a quien visitar, nadie que le hiciera compañía, por eso le sorprendió escuchar que llamaban a su puerta después de meses de completa soledad.

Cuando bajó a abrir no reconoció al hombre que esperaba al otro lado. Éste corrió a retirar su sombrero.

—¿Quién es?

—Discúlpeme. No me conoce, pero yo si sé quién es usted. Soy el capitán del *Gorgón*, la nave que fue apresada por los berberiscos.

—¿El capitán?

Beatrice miró a aquel hombre de arriba abajo como si presenciara una aparición. Aquel hombre era al menos una cabeza más alto que ella, de pelo rubio peinado hacia atrás. Lucía bigote y barba, ambos acabados en punta y bien cuidados. En sus ojos bailaba una llama encendida, coronada por unas cejas circunflejas que le hacían parecer enfadado. No obstante, el capitán se expresaba con calma.

—Sé la reacción que esta noticia debe haberle causado —continuó —. Pero es necesario que pase por alto el hecho de que no sea un preso como los demás y que esté aquí, hablando con usted. Hay asuntos más apremiantes que debo relatarle. Si me permite…

Se abrió camino, esquivando a Beatrice, y pasó al interior de la casa. Una vez dentro observó los alrededores, y tras descubrir la biblioteca de Alonso, caminó hacia ella. La enredadera en la ventana impedía que entrara toda la luz del exterior, sólo la necesaria para mantener la lectura.

—¿Qué es lo que quiere? —inquirió Beatrice.

El Peregrino atisbó por la ventana. El exterior daba a una calle estrecha, poco transitada.

—¿Y cómo es que usted no ha sido apresado, si era el capitán de la nave donde viajaba mi marido?

—¡Buena pregunta! Por eso estoy aquí. Hay una larga historia por explicar.

Cuando Beatrice alcanzó la biblioteca, el Peregrino, de un salto, pasó por delante de ella y cerró la puerta. La mujer notó un escalofrío de terror.

—Si me hace algo…

—No pienso herirla. Disculpe las confianzas que me estoy tomando, el modo de invadir su casa. Debe comprender que he sobrevivido a duras penas de una oscura traición. Pero no quiero demorarme en mi relato. Vengo por causa de un hecho en el que se hallan involucrados todos los marineros del *Gorgón*, entre ellos su esposo, Alonso Márquez, y el prior, Jacobo Balius.

—¿Cómo sabe usted esos nombres?

Beatrice cada vez se encontraba más confusa.

—Porque fui engañado, igual que usted. Somos las víctimas de un desagradable complot. Una conjura para arrebatar su riqueza.

—¿La mía?

—Sí, a costa de la vida de su marido, de las vidas de cuantos viajaban en mi barco.

Beatrice se llevó las manos al pecho como si el corazón, que latía a toda velocidad, deseara escapar. El Peregrino continuó:

—Sin embargo, aún estamos a tiempo de salvar a las víctimas y vengarnos de los culpables. Tengo contactos en el puerto de Cartagena, personas que me deben un favor y que estarían dispuestas a viajar en una misión de rescate. También podría alquilar un barco por un precio moderado. Si consiguiéramos la ubicación exacta del lugar donde los berberiscos retienen a los marineros, sería posible acudir en su busca.

—Eso no es problema. Sé donde están.

—¡Entonces está todo resuelto! Debo ponerme en marcha de inmediato. Pero necesito que usted costee…

—Alto —dijo Beatrice, con tono imperante—. ¿Por qué piensa que voy a fiarme de usted, así, por las buenas? Acabo de conocerle. Se cuela en mi casa y me cuenta una historia sin entrar en detalles,

esperando que la crea y que alegremente le ceda mi dinero. ¿Está loco, o sólo es un pobre aprendiz de pícaro?

El capitán suspiró.

—Tiene razón. Tome asiento. Le daré muestras de mi identidad y pruebas que avalan mi historia.

Beatrice obedeció y el Peregrino comenzó el relato de cuanto le había acontecido desde que los berberiscos lo dejaran en el *Gorgón* junto al primero de a bordo, creyendo que ambos habían fallecido. Su historia recorría un viaje increíble, en el que destacaba la confirmación de una sospecha: que el *Gorgón*, su amada carraca, había sido apresada por unos piratas que conocían la ruta de antemano. Finalmente, en la historia del Peregrino destacaba un culpable: Jacobo Balius. Relató cada acontecimiento con extremo cuidado y, haciendo un esfuerzo de memoria, dio a Beatrice todos los detalles personales sobre Lucas y Alonso que recordaba de sus relaciones antes de que tuviera que arrojarlas por la borda a causa del ataque berberisco.

Cuando terminó, la mujer volvió a echar un nuevo vistazo a la fisonomía del capitán de carraca. Seguía sin conocerle de nada, pero conocía tanta información sobre Lucas y Alonso, y su relato parecía tan real, que le creyó. Por otro lado, la desesperación por encontrar una forma de recuperar a su marido hacía que menguara su desconfianza.

—Le prestaré la cantidad que necesite para su empresa —dijo cuando el Peregrino terminó su relato—. ¿Cuándo planea ir a rescatarlos?

—No iré yo; de hecho, no debe hablarle de mí a nadie. Es necesario, hasta que encuentre al prior, mantener el secreto. Pero enviaré a hombres de confianza que traigan de vuelta a su marido.

Se apartó de la ventana, abrió la puerta de la biblioteca y puso rumbo a la salida de la casa. Sin embargo, se detuvo a medio camino.

—Ahora ya sabe quién es el culpable de esta historia. No debe fiarse de él. Dígame, ¿dónde puedo encontrar a Jacobo Balius?

—Partió a Barcelona hará unos meses.

—¿Bajo qué pretexto?

—Asuntos de su orden.

—Entonces atienda. Buscaré al prior en Barcelona y la mantendré al corriente de cuanto averigüe. A partir de ahora nos comunicaremos por carta. No debe dejárselas leer a nadie, ¿ha comprendido?

El capitán agarró el pomo de la puerta.

—¿A nombre de quien vendrán las cartas que reciba? Ni siquiera sé su apellido.

El otro se mordió un labio.

—Montesinos —dijo, echando un último vistazo a la mujer—. Me llamo Lázaro de Montesinos.

XIX

Lucas había escuchado las últimas palabras de Baltasar en su agonía. Éstas recorrieron la distancia que separaba el segundo piso del tercero y llenaron la pequeña habitación del médico con un presagio estremecedor. A decir verdad, Lucas no necesitó más pistas para adivinar que Imarán no dejaría con vida a su juguete. Los latigazos que vinieron después, más seguidos y fuertes que nunca, terminaron por confirmar sus temores. Luego se hizo el silencio, una quietud mortecina que ni siquiera el oleaje del acantilado fue capaz de alterar. Duró un buen rato, lento y monótono, Lucas no quiso desviar su atención de la ventana por si percibía cualquier otra cosa; sin embargo, el primer sonido que alteró aquel estado le llegó desde la puerta: eran los inconfundibles toques, suaves y educados, que caracterizaban las visitas de Kamal.

El hermano del capitán abrió la puerta lentamente, como si temiera que el chirriar de los goznes delataran su visita prohibida. Se quedó en la entrada, saludando a Lucas con una expresión de pesadumbre que no necesitaba explicación.

—Lo siento.

Su acento árabe quedaba alterado por un temblor en la voz.

—¿Por qué lo ha hecho? —Lucas no podía creer que el fraile hubiera doblegado su voluntad.

—No lo sé. Tal vez para ser escuchado por el prior.

—¿El prior?

—Jacobo Balius nos ha visitado.

Si existía algún atisbo de duda en Lucas sobre las acusaciones que Baltasar escribía en las cartas, aquel comentario terminó por disiparlo. Encerrado en su prisión elevada ni se había percatado del ajetreo en los pisos inferiores.

—¿Se ha marchado? —preguntó a Kamal.

—Sí. Nos ha dejado ya.

—¡Entonces es cierto…!

Lucas apretó los labios con fuerza. Sus ojos se revolvieron nerviosos, atisbando los rincones oscuros de su habitación. Se volvió hacia la tronera un instante, y luego regresó su atención a Kamal. De repente dejó su sitio, y de un salto alcanzó al muchacho.

—¿Por qué no me lo advertiste? Conoces el trato que el prior mantiene con tu hermano, la razón por la que estamos aquí, y te lo has callado. ¡Dime, Kamal, por qué!

El chico tartamudeó; a duras penas consiguió articular una respuesta.

—Mi hermano… si se hubiera enterado… yo, no podía…

Enmudeció, incapaz de continuar. En ese momento Lucas comprobó que Kamal era presa de un pavor sumiso. Parecía, a todas luces, que aguardara resignado algún arranque de violencia. De haber querido, Lucas podría haberle golpeado, Kamal no habría opuesto resistencia. Comprendió, en ese momento, que el miedo había conformado el carácter de su interlocutor. El miedo a su hermano, quien lo habría castigado más de una vez para demostrar su fuerza; el miedo a Imarán y al restallido de su látigo; y ahora, el miedo a Lucas.

El miedo formaba parte de su conducta, pues no era sino la vía ejercida por Selim para su educación. Durante unos instantes Lucas se sintió tentado por la idea de aprovechar la situación, convertir al hermano del capitán en un servidor y aprovecharlo para conseguir escapar, pero luego recordó que Kamal no era el único que ocultaba cosas; él también era culpable de guardar un secreto. La amistad entre ambos se había forjado gracias a una enfermedad fingida; en realidad, estaban en igualdad de condiciones.

—Márchate, Kamal —fue lo único que dijo, aunque su orden poseía una notable carga de autoridad.

El muchacho obedeció y Lucas cerró la puerta de su habitación, encerrándose a sí mismo en la pequeña pieza. Su atención regresó a la tronera, en el atardecer diáfano que se ofrecía a través de la pequeña abertura.

—Al fin has encontrado el descanso que buscabas, Baltasar —susurró.

Sonrió al recordar cuánto había arriesgado aquel fraile por salvarle la vida, relegándolo a una condición que parecía imposible de mantener.

Ahora ejercía de médico sin tener apenas idea de la profesión. Debía aprovecharlo. Sí, había llegado el momento. Ahora conocía la verdad, las razones por las cuales habían sido capturados. ¿Lo sabría el resto de la tripulación? Debía comunicárselo lo antes posible e idear un plan de escape. Resultaría complicado. No, no tanto. Sólo tendrían que aguardar hasta la próxima salida de los berberiscos. Cuando Selim, Imarán y los otros dejaran la fortaleza. Ésta quedaría con menos guardias y Kamal tendría mas libertad para ayudarles. Utilizar al muchacho era su mejor baza, porque tenía miedo de su hermano, pero a la vez sentía una deuda permanente hacia Lucas. Nunca se había valido de ello, pero sabía que, si lo presionaba, Kamal accedería a participar en un plan de fuga. Había que ponerse en marcha y…

La puerta de su habitación se abrió con suavidad. Lucas, enfrascado en sus planes, no se habría dado cuenta de no ser porque los goznes delataron la presencia de una nueva visita. Al volverse encontró la mirada congelada de Selim. El capitán lo observaba desde la entrada con expresión torva, pero el resto de su cuerpo parecía relajado. De

repente destensó sus facciones en un gesto más amable, dejó la puerta entornada a su espalda y caminó hasta el centro de la pieza.

Lucas, por alguna razón extraña, notó que un estremecimiento recorría sus articulaciones.

—Lamento traer malas noticias —dijo Selim.

—Ya me he enterado de la muerte del fraile —se adelantó Lucas—. Escuché sus gritos desde aquí.

Selim asintió. Buscó la silla y tomó asiento, lentamente, mientras hablaba.

—Baltasar… me sorprende que haya sido bautizado con ese nombre. Habría imaginado Pedro, Juan, Marcos, o cualquiera de los que soléis utilizar vosotros. Pero Baltasar es, sin duda, un nombre que no esperaba. Me pregunto si nos habrá mentido. Era muy astuto, ¿sabes? Muy hábil para la invención.

—No mentía. Ése era su verdadero nombre. Me lo confió en secreto.

—¡Claro! —dijo Selim, frotándose las rodillas—. Él y tú llegasteis a fraguar una sólida amistad. Justo desde el momento de veros, en vuestra nave. Allí le confesaste que eras médico, ¿verdad?

Lucas sintió que un nudo se formaba en su estómago. El rostro lacerado de Selim volvió a una rigidez marmórea. Su mirada se posó en Lucas como una sombra asfixiante.

—Así fue —respondió el otro.

De reojo, Selim descubrió el libro de Galeno que Lucas aún conservaba. Descansaba sobre la mesa que hacía las veces de escritorio.

—Acércame el libro de Galeno.

Lucas caminó hasta el libro con paso incierto, lo tomó y lo puso en manos del capitán.

—¿Sabes? Tengo mucha curiosidad por este libro de medicina. Conozco su fama y la sabiduría que encierra. —Su pulgar rozó las páginas, dejando que éstas pasaran a gran velocidad hasta que se detuvo en un punto al azar—. Ahora recuerdo que nunca te he pedido que me lo leas.

Abrió el libro por el lugar elegido. Las letras allí contenidas se arremolinaron frente a los ojos de Lucas con aquellos caracteres desconocidos. Selim paseó su índice por las líneas hasta que se detuvo en una palabra.

—¿Qué palabra es ésta?

Selim indicaba una palabra muy corta: *kai.* Lucas reconoció la consonante y las dos vocales gracias al tiempo que había invertido en el pasado estudiando el libro e intentando reconocer la lengua. De modo que pronunció:

—Es *kai*.

—¿Qué significa?

Debía pensar en un significado coherente. Vio que la palabra aparecía varias veces en la página, de modo que debía ser muy frecuente. Debía responder. Selim no podía sospechar.

—Significa «no».

El capitán distendió los labios en un rictus. Lucas notó que se apoderaba de él una tensión azuzada por el momento. De reojo comprobó que Selim no había cerrado la puerta de su habitación; estaba entornada.

—¿Sabes? —continuó el berberisco—, he tenido el privilegio de recibir estudios particulares. Me han enseñado arte, historia y lenguas. Hablo perfectamente el idioma de tu tierra, además de inglés y un poco de francés. Por desgracia, nunca he podido aprender el griego o el latín —aquí su voz fue aumentando en volumen progresivamente—. Sin embargo, poseo la suficiente cultura para reconocer algunas palabras de la lengua de Galeno, las más sencillas entre ellas, como es ésta que te he señalado. Sorprende que no la reconozcas, pues te puedo garantizar, médico… ¡que esa palabra no es sino una «y»!

Quiso levantarse, pero Lucas se adelantó y lo arrojó al suelo de una patada. Selim cayó con la silla, se golpeó la cabeza contra el suelo y quedó aturdido. Lucas aprovechó el momento, rebuscó bajo el colchón de su cama, tomó el libro de Séneca, donde en realidad se escondían las páginas de su diario, y se lo guardó. Luego corrió hacia la salida, pero para entonces Selim ya había vuelto en sí. El capitán tomó aire, y gritó:

—¡Imarán!

Antes de que Lucas alcanzara la puerta, ésta se abrió de golpe. El segundo, que durante todo aquel tiempo había esperado al otro lado, se lanzó contra él como una fiera. Lo sujetó con un par de manos monstruosas y le propinó un cabezazo que lo dejó fuera de combate. Lucas habría caído al suelo, semiinconsciente, si no hubiera sido porque el centinela lo sujetaba. Mientras se esforzaba por recuperarse, escuchó la voz de Selim, lejana y sorda, cambiando a la lengua árabe.

—Ahora es tuyo, Imarán. Llévalo a la celda del fraile y diviértete con él cuanto desees.

La risa del segundo tronó en los oídos de Lucas como un eco aterrador. Luego, sin ser capaz todavía de recuperar la consciencia, sintió que lo arrastraban fuera de su habitación. Reconoció que pasaban por la armería y notó el calor de los rayos directos del sol, que terminaron por despertarlo. Imarán lo conducía por la plaza de armas de la fortaleza en dirección a los calabozos. Hizo un esfuerzo por resistirse, pero antes de conseguir nada dos soldados más acudieron en ayuda del segundo y entre los tres lo alzaron y lo condujeron en andas.

En los calabozos Lucas escuchó un revuelo de murmullos a su paso.

Los demás presos lo observaban paralizados por el miedo. Pasó de largo con velocidad y llegó hasta la puerta del fondo. Allí tuvo la oportunidad de observar durante unos instantes la celda de Alonso. Pero en ella sólo encontró sombras y un bulto negro, que sin duda debía ser su amigo, arrinconado en la parte más alejada. Aquella figura informe se revolvió un instante cuando se supo observada, pero Lucas no consiguió percibir ningún rasgo diferenciador. Tan solo le llegó un ruido, grave y cavernoso. Una risa macabra que desapareció en cuanto los berberiscos lo condujeron a través de la puerta. El otro lado continuaba tal y como Lucas lo viera por primera vez: húmedo, oscuro y silencioso. La celda de Baltasar permanecía abierta. Los piratas lo llevaron hasta allí y lo arrojaron dentro. Lucas quiso ponerse en pie lo más rápido posible, conservar, a pesar de todo, su dignidad, pero cuando ya se alzaba se encontró con la bota de Imarán. La patada al rostro lo lanzó de boca contra el suelo. Un borbotón de sangre manó de sus encías. Se esforzó por ponerse a gatas, pero el pie de su torturador volvió a interponerse. Entonces escuchó a su espalda un sonido característico, estremecedor. Era el látigo, desenrollado por las manos del segundo. Hizo un nuevo intento por luchar, pero el primer restallido trajo consigo un dolor tan insoportable que sus fuerzas lo abandonaron. Se esforzó para mantenerse a gatas. Pero cuando el látigo golpeó su espalda por segunda vez, cayó rendido.

Con el tercer latigazo Lucas perdió el conocimiento.

XX

—Comprendo tu postura, Alonso, y comparto tu dolor.

Alonso Márquez y Jacobo continuaban su conversación frente al cuerpo inerte de Lucas Belmonte. El prior utilizaba un tono melodioso para exhortar; en esta ocasión, además, se permitió cierto dejo de afectación.

—Yo también conocía a Lucas Belmonte. Fue un hombre bondadoso y comprometido. Acudió a mi llamada cuando se lo pedí; no tuvo reparos en hacerse a la mar. Le daremos un entierro digno. Pero no debes atormentarte por haber terminado con su vida. Lo que Cristo ordena está muy por encima de cualquier valor terrenal. Ahora, Alonso, tienes otros deberes.

Lucas se revolvió interiormente. La máscara de falsa aflicción que imaginaba en el prior le causaba una furia a la que no habría puesto freno si su condición no se lo impidiera.

—¿Qué ordena Vuestra Merced? —inquirió Alonso.

—No abandones durante mucho tiempo a Margarita Valle. Se encuentra desvalida y muy afectada. Temo por su salud. Vuelve con ella y acompáñala hasta el amanecer. Luego, volved los dos para el entierro.

—Pero mi esposa…

—Es una causa justificada, Alonso. Tienes mi beneplácito. A Beatrice debería bastarle con eso. Anda, regresa con Margarita, arrópala. Ya sabes lo delicada que es su salud.

Lucas escuchó un resoplido, sin duda procedente de Alonso.

—Nunca la había visto así. Está muy distinta a como la recordaba.

—Su carácter ha quedado mermado por la pérdida de su hijo, pero sé que gracias a la cercanía de sus amigos logrará sobreponerse. Ese papel debes desempeñarlo tú, Alonso. Ve, no te demores más aquí.

—Así lo haré. Gracias, muchas gracias.

Lucas escuchó un beso suave, probablemente el de Alonso sobre la mano de su interlocutor; acto seguido, el característico sonido de las botas de su amigo fue alejándose hasta desaparecer. Entonces, cuando sólo el crepitar de las llamas hendía el silencio, Lucas oyó que el prior hablaba para sí.

—Ve, Alonso, pobre esclavo de Margarita Valle. Ni imaginas la condena que te aguarda tu anhelo por vivir cerca de esa mujer.

Y pese a su rigidez, Lucas notó un ligero estremecimiento en las piernas. Éste avanzó hasta la cintura y se enroscó alrededor de su pecho ya en forma de auténtico terror. Las palabras de Balius, desprovistas de todo fingimiento, habían surgido tan verdaderas, tan intensamente reveladoras, que Lucas no pudo menos que creerlas. Era

la primera vez que oía un comentario semejante sobre su esposa y, a juzgar por la reacción que había experimentado en su cuerpo, algo en su interior lo consideraba absolutamente cierto.

Pero cuando todavía asimilaba todas estas cuestiones, Balius volvió a pensar en voz alta, y su declaración, tan llena con el mismo tono apenado y franco, provocó en Lucas un sobresalto primero; y un odio creciente después, tan agudo, tan intenso, que casi creyó ser capaz de crispar los dedos de su mano derecha. En su pecho convulsionó una ira imposible de manifestar, y en su mente, turbada por aquella declaración del prior, nacieron un tropel de maldiciones hacia su esposa, acrecentadas por su estado de inamovilidad.

—*¡Suéltame!* —ordenó a su propia conciencia, como si ésta lo mantuviera inmóvil— *¡Libérame!*

Y luego, desatando su cólera contra la Providencia, oyó que sus pensamientos evocaban toda una colección de maldiciones.

—*Tú me has conducido a este estado. ¿Es que disfrutas viéndome así? Si es así, reniego de ti, de Tu voluntad. ¿Qué clase de Dios perverso eres? ¿Qué malévolo deleite hallas dejándome vivir en esta situación?*

Si embargo, sus malas palabras recibieron la misma respuesta que sus ruegos: silencio.

—*¡Deja de castigarme!* —se atrevió a ordenar al mismo Dios— *¡Acaba con mi vida y lánzame al infierno! Cualquier cosa es mejor que mi situación.*

Y, de haber podido, habría apretado los dientes hasta herir sus encías y habría gritado, blasfemando contra su esposa todo lo que su garganta hubiera sido capaz de soportar. Pero su estado ni siquiera le permitió generar una lágrima de rabia. Sólo lo que acababa de manifestar el prior, que se volvió un martilleo para su alma:

—Quién sabe —había dicho Jacobo— de lo que es capaz una mujer que finge la demencia y la muerte de su propio hijo para vivir más desahogada.

Tal y como Balius había prometido, Margarita disfrutó de una buena condición desde el momento de su llegada a la Corte. En Madrid encontró la ciudad en la que siempre había soñado vivir, así como las gentes con las que había deseado relacionarse. No obstante, pronto vio que su estado no le permitía establecer todas las amistades que hubiera deseado. La curvatura de su embarazo se hacía más patente

con el paso de los meses, y los caballeros, al observarla en semejante condición, se limitaban a una relación de mera cortesía. Ni siquiera las hábiles artes de seducción de la muchacha eran efectivas, lo cual terminó por encolerizarla. Aborreció su embarazo y maldijo el día en que tomó tal decisión, fruto sin duda de la envidia por poseer la felicidad de Beatrice. Pero ahora, ¿qué importaba eso? Se encontraba en otro momento de su vida, uno en el que parir y cuidar de un hijo no era sino un tropiezo para su ascenso social.

Encerrada en su nuevo hogar, una casa amplia, libre de la carga de aposento y cuyas vistas daban al alcázar, dejó que los días transcurrieran en el anonimato mientras pensaba una solución a sus problemas. Resolvió no continuar sus relaciones; es más, mientras estuviera encinta, se hacía necesario dejarse ver lo menos posible por aquellas amistades que en el futuro tuviera interés en cultivar. De hacerlo en su estado podría perder la oportunidad de conseguirlas. De este modo se propuso mantener una vida de escrupulosa soledad.

Como tenía dinero de sobra para subsistir, contrató dos sirvientes y les encomendó todas las tareas que requirieran salir de la casa, o incluso abandonar la habitación, pues, a medida que su barriga crecía en tamaño, no sólo fue aumentando su desprecio por el niño que crecía dentro, sino su miedo a que alguien la observara a través de la ventana. Margarita quería desaparecer, necesitaba hacerlo para que su plan diera resultado.

Y lo habría hecho, de no haber sido porque recibió una visita que no esperaba. Una mañana, estando ya de siete meses, escuchó que llamaban a la puerta cuando los criados habían salido a varios recados. Normalmente, de haberse encontrado éstos en casa, habrían abierto y despedido al visitante con la mayor cortesía. Margarita les había ordenado decir que se encontraba enferma, presa de una dolencia que no la permitía levantarse de la cama o recibir visitas. Cuando llamaban estando ella sola, simplemente no abría, pero esta vez una voz familiar la requirió desde el otro lado de la puerta. Era Beatrice, la mujer de Alonso, que la llamaba una y otra vez.

—Sé que estás ahí, Margarita. Abre, te lo ruego. Me quedaré aquí hasta que abras —amenazó.

Ante aquel atrevimiento, y juzgando que decía la verdad por el tono desesperado de su voz, Margarita no tuvo más remedio que abrir. Al otro lado encontró que la mujer lucía un aspecto desaliñado, a pesar de las ropas que vestía, de buena calidad. Beatrice, por su parte, se acercó para abrazarla, rompiendo a llorar.

—¡Oh! Margarita —declaró en su castellano con acento de Nápoles —. Eres todo lo que me queda. No tengo a nadie más.

Y la apretó contra su pecho como si temiera hallarse frente a un espejismo.

—¿Por qué te marchaste?

—Necesitaba la soledad —fue la única respuesta convincente que Margarita pudo elaborar con rapidez.

—¿Soledad, en estos momentos de dolor? Nuestros esposos sufren la cárcel en una tierra extraña. ¿Cómo puedes querer soledad? Yo no puedo. Me muero, Margarita. No puedo estar sola. Por favor, déjame estar a tu lado. He venido desde Salamanca hasta aquí. Compraré una casa. Viviremos juntas en Madrid.

Sin saber qué decir, Margarita únicamente alzó una mano para indicar a su visitante que guardara silencio. Pensó con velocidad. No deseaba sufrir el incordio de Beatrice todos los días. La mujer se sentía desvalida sin la presencia de Alonso y tendría que cargar con ella, seguro. Eso las acercaría hasta un límite que Margarita no deseaba. Por otro lado, Beatrice conocía su embarazo y no podía dejar ver que la desaparición de Lucas no le importaba. Necesitaba elaborar una respuesta rápidamente. Pero no tenía ninguna excusa, no se le ocurría nada.

—Estoy enferma —comenzó.

—Yo te cuidaré. No te preocupes.

—¡No!… Es contagioso. Podrías enfermar. El médico ha dicho que sólo mis sirvientes pueden atenderme.

Beatrice quedó un rato en suspenso.

—De acuerdo —dijo, tras observar a Margarita—, pero de todos modos compraré una casa aquí. Estaré cerca cuando te recuperes.

—Claro, Beatrice. Te avisaré cuando me encuentre mejor.

—El embarazo es complicado. Puede hacer que te sientas mal, provocarte muchos dolores de pies o de espalda…

Antes de que Beatrice continuara su arenga, Margarita se atrevió a interrumpirla. Alargó la mano y tomó la puerta con intención de cerrarla. Para que el momento no resultara violento, añadió:

—Me encuentro cansada —una sonrisa afloró en su rostro, que se iluminó igual que hacía siempre que deseaba convencer a su interlocutor—. Necesito descansar.

Beatrice calló de golpe. Luego, bajó los ojos, asintió y se marchó. Al cerrar la puerta, Margarita dejó salir un bufido de rabia. Apretó con fuerza los puños y los dientes al comprender que Beatrice no se apartaría tan fácilmente de la vida que pretendía llevar. Era necesario elaborar otra mentira, una que mantuviera alejada la presencia de Beatrice cuando fuera necesario y que a la vez permitiera sus relaciones sociales. Tenía que mantener a la mujer de Alonso lejos para que no se mezclara con las amistades de provecho. Mantener una doble vida, al fin y al cabo.

Ascendió las escaleras hasta su alcoba; mirando discretamente por la ventana, vio que la mujer se alejaba. Encontrarla en Madrid suponía

un incidente desafortunado. Necesitaba comenzar a fingir, inventar una historia convincente, sólo para Beatrice, pero no para los demás. Pensó durante el resto del día hasta que al rayar el crepúsculo en su cabeza germinó un plan descarnado que no sólo le permitiría mantener alejada a tan indeseada visita, sino que además le proporcionaría una libertad total para relacionarse.

Su plan fue gestándose en los meses que siguieron, pues a Margarita le era necesario realizar algunas indagaciones que encargó a sus sirvientes, pero finalmente lo puso en marcha al alcanzar el noveno mes de embarazo. A principios de mes escribió una carta a Barcelona, donde se hallaba Jacobo Balius, pidiéndole que viajara a Madrid en cuanto le fuera posible para bautizar a su hijo y para «hablar de otros asuntos de gran importancia», frase con la que esperaba convencer al prior. Durante ese tiempo las visitas de Beatrice fueron pocas y cortas. La mayoría de las ocasiones fueron rechazadas por los sirvientes y las excepciones en las que se permitía subir a la invitada, ésta hallaba una Margarita que apenas conversaba o prestaba atención. Beatrice, por su parte, se empeñó en hacer compañía a la mujer, y aunque Margarita logró esquivarla muchas veces, no logró deshacerse totalmente de su presencia. La recibía siempre en bajo estado de ánimo. Primero buscó aburrirla, dejando que su conversación se limitara a escuetas respuestas; pero luego, al comprobar que a Beatrice no le importaban tales detalles, quiso parecer arisca. Fingió que le molestaba la luz, el roce de las sábanas, la voz acentuada de la napolitana y hasta su misma presencia. Con esta segunda estratagema logró reducir las visitas, aunque nunca del todo. Por alguna razón, Beatrice se mantenía siempre cerca, de forma que sus ausencias nunca se prolongaban más de una semana.

El día del parto transcurrió para Margarita bajo una mezcla de sensaciones. El dolor físico, casi insoportable, quedó parcialmente velado por las aspiraciones de cuanto planeaba realizar una vez naciera su hijo. Éste se demoró hasta la medianoche. El bautizo se celebró al alba, oficiado por Jacobo, que llegó justo a tiempo. Tal y como había transmitido Lucas, al recién nacido se le puso el nombre de Juan Belmonte.

Asistió poca gente al bautizo: sólo Beatrice, los sirvientes y el prior. Al finalizar, Margarita expresó su deseo de entrevistarse con Jacobo. Todavía afectada por el parto, la mujer atendió al mercedario en la soledad de su alcoba, tendida sobre la cama, al atardecer del día del bautismo. El niño dormía en una cuna, cerca de su madre, ajeno a cuanto sucedía a su alrededor.

—Aprovecharás este viaje para quedarte en Madrid, ¿me equivoco? —comenzó la mujer.

Jacobo sonrió.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó, sentándose sobre una esquina de la cama.

—Conozco de ti más de lo que imaginas. Dime si estoy en lo cierto.

—En efecto. Vengo a instalarme en Madrid. La sede del Maestro General se traslada aquí desde Barcelona.

En ese momento Margarita dejó escapar una risita de las que tantas veces había utilizado para engatusar a sus pretendientes. Pero en esta ocasión tenía una razón de ser diferente. Surgía tras comprobar que su plan, el que llevaba dos meses elaborando, podía ser realizado gracias a las declaraciones del prior. De este modo, cambiando totalmente el rumbo de la conversación, dijo:

—Llévatelo.

—¿A quién?

—A mi hijo. Es tuyo.

Balius no pudo evitar una sonrisa de incredulidad.

—Margarita, ¿pero qué estás diciendo?

—No lo deseo. Prometiste asegurar mi bienestar mientras estuviera en Madrid, y el de mi hijo. Si quieres mantener tu promesa, aleja a Juan de mí; entorpece mis proyectos.

Jacobo, que continuaba sentado a los pies de la cama, se levantó de un salto y retrocedió varios pasos.

—No puedo creer que me pidas semejante aberración. ¿Apenas ha nacido tu hijo y ya lo desprecias?

—Incluso antes de que naciera —aclaró la mujer, regodeándose.

El prior percibió que Margarita se dirigía a él con un brillo malévolo en la mirada que nunca antes había detectado. Se estremeció y quiso zanjar la conversación saliendo de la alcoba, pero Margarita supo detenerlo.

—¡No tienes opción! —dijo, alzando la voz.

Jacobo, cuyos dedos acariciaban el pomo de la puerta, se volvió bruscamente.

—¿Me amenazas? ¿Cómo te atreves?

—El Maestro General. Has dicho que te quedas en Madrid por eso. Vas tras los pasos del Maestro General de tu orden. Persigues su puesto, anhelas convertirte en su sucesor, y si no lo acompañas temes volver a perder la oportunidad de hacerte con el cargo, ¿no es cierto?

El prior se puso lívido como un cadáver. La sangre pareció abandonar su cuerpo para escapar de la casa, acción que él mismo habría deseado hacer si las palabras de Margarita no lo hubieran anclado al suelo.

—Las noticias del traslado de la sede de los mercedarios han corrido por la ciudad —continuó ésta—. No ha resultado difícil enterarme. Algo más complicado ha resultado saber que ibas a venir, incluso no pidiéndotelo en mi carta. ¿Por qué no quisiste mencionarme que

vendrías a la ciudad? Eres reservado, pero tu fama juega en tu contra. En efecto, se te conoce en la Corte por la bondad de tu carácter y lo comprometido de tus acciones. Juegas un papel importante dentro de tu orden y todos te aman. Sería una desgracia que conocieran tu secreto, el nivel que alcanza tu codicia, Jacobo Balius.

—No te atrevas a acusarme o caerás conmigo —escupió el prior, con tanta saña que las palabras apenas encontraron hueco para salir entre sus apretados dientes.

—Caeremos los dos, y lo sabes. ¿Estarás dispuesto a arriesgar cuanto has perseguido? Lo dudo.

Y nuevamente surgió la risa de Margarita, ahora con una pátina malévola y pícara, casi cruel, que se deleitaba con el arranque de ira de su víctima. Jacobo procuró relajar su tensión. Estudió la fisonomía de la mujer, su cuerpo, hermoso a pesar de los estragos causados por el embarazo, y su rostro de niña.

—¿Qué deseas? —preguntó

—Ya te lo he dicho. Llévate a Juan. Aléjalo de mí.

—¿Qué voy a hacer yo con un niño?

—Eso lo dejo de tu cuenta. No es asunto mío.

Jacobo apenas era capaz de alejar la angustia. La conversación, que discurría en unos términos tan despreocupados pese a la importancia del tema, lo horrorizaba.

—¿Algo más? —inquirió, deseando que Margarita lo dejara marchar.

—Búscame un médico. Alguien respetable, pero que no tenga problema en diagnosticar un mal que no existe. Necesito alejar ciertas amistades indeseadas.

—¿Qué enfermedad vas a aparentar? —dedujo el prior.

—Debilidad mental, ocasionada por la muerte de mi hijo… pues eso es lo que le diremos a todos.

—¿Diremos?

—Sí. Ya que vas a quedarte en Madrid, me ayudarás a dar consistencia a mi nuevo papel. Es una mentira pequeña, Jacobo. Descuida, sabrás mantenerla.

—¿Eso es todo? —insistió el prior. Sus labios se apretaban hasta perder el color.

—Sí. Márchate. Dentro de dos días vendrás a medianoche y te daré a mi hijo. Luego te indicaré lo que debes decir a los criados y a cuantos te pregunten.

—Lo tienes todo calculado —declaró Balius, con tanto asco que pareció un insulto.

—Sí, absolutamente todo… No lo olvides.

El prior dio media vuelta y desapareció. Al bajar al primer piso desde la alcoba se encontró con que Beatrice esperaba en la entrada,

acompañada por los criados. Ésta se le acercó, dispuesta a besar su mano, pero Jacobo no deseaba permanecer ni un momento más en aquel lugar, por lo que la esquivó.

—¿Cómo está? —preguntó la italiana.

—Muy mal —dijo, intentando aparentar preocupación—, y su hijo también. Ambos están enfermos. Necesitan un médico cuanto antes.

XXI

No, no había sido una ilusión. Lucas, en efecto, era capaz de mover su mano derecha. Lo conseguía mediante un esfuerzo supremo, concentrándose plenamente en aquel punto, pero al final era capaz de cerrar y abrir el puño, o al menos eso le parecía, pues todo a su alrededor continuaba en la oscuridad. No sabía qué había podido desencadenar tal efecto, si su cólera al descubrir que su hijo, Juan, continuaba con vida, o haberse enfrentado a Dios, a quien había rogado varias veces por su liberación de aquella inamovilidad. La segunda opción resultaba, cuando menos, paradójica, pero lo cierto era que no sólo podía mover los dedos de la mano derecha, sino que notaba cierto hormigueo en las puntas de los pies.

Todavía era incapaz de actuar sobre otras partes de su cuerpo, pero Lucas notó que volvía a la vida; que algo dentro de él se agitaba para conceder nuevas fuerzas a sus músculos; predijo, que de continuar con aquella reacción, pronto sería capaz de ponerse en pie.

—*Debo hallar a mi hijo* —resolvió—. *Tú sabes dónde está, Jacobo. Me lo dirás o te lo sacaré, cueste lo que cueste.*

Necesitaría recobrar el control de sus articulaciones y reunir todo su valor, puesto que para emprender tal empresa no podía contar con ayuda de nadie. Jacobo era un traidor; Alonso, un mentiroso; y Margarita…

—*Jamás te habría imaginado capaz de elaborar semejante atentado contra nuestras vidas. No eres capaz de sentir amor por nadie, ni siquiera misericordia; pero deshacerte de tu propio hijo es un acto que supera los límites de la maldad. Eres el mismo Diablo, Margarita Valle.*

»¿Dónde lo has ocultado? Si Juan Belmonte no ha muerto ¿En qué escondite lo guardas? ¿Qué has sido capaz de hacer a una criatura que lleva tu propia sangre?

Estiró los dedos de la mano como única forma de expresar su rabia. Aún no era capaz de mover nada más, pero debía esforzarse para vencer a la parálisis, porque nadie de cuantas personas conocía estaba de su lado; sin embargo, Lucas recordó que no estaba sólo. Lázaro, ¿donde podría encontrarse? ¿Volvería a visitarlo? ¿Tendría información de utilidad?

Sus planes se detuvieron de golpe; el prior reanudaba la lectura de su diario por un pasaje que le produjo el más vivo escalofrío desde que se hallara paralizado:

—«Mi situación en aquella nueva prisión había empeorado considerablemente —dijo Balius, leyendo las palabras que Lucas había escrito acerca de su nueva celda—. El lugar era frío, oscuro y silencioso. No tenía a nadie con quien conversar, salvo el centinela,

quien se cuidaba mucho de dirigirme la palabra. Durante mucho tiempo mi única compañía, si puede llamarse así, fue el látigo de Imarán, que me visitaba al menos una vez por semana.

»Era fácil reconocer cuándo el rudo soldado hacía acto de aparición en las mazmorras. Abría con fuerza la puerta que conducía a mi solitario pasillo de celdas, como si ya no fuera capaz de contenerse ante el castigo que estaba a punto de inculcarme; y de este modo avanzaba a grandes zancadas hasta llegar frente a mi puerta, abría el cerrojo y desenrollaba su instrumento de tortura. Al principio intenté resistirme. Probé a esperarlo en las sombras y saltar sobre su enorme mole cuando se acercara, pero pronto descubrí que mis intentos no sólo resultaban fútiles, sino que Imarán se regodeaba más en su castigo si yo luchaba, por lo que me rendí.

»Mis días en aquel lugar pasaron como si me hallara en una pesadilla recurrente. La monotonía sólo variaba con la aparición del segundo, su risa bronca y el tacto lacerante del cuero trenzado en mi espalda. El dolor me acompañaba en los días siguientes, en ocasiones produciéndome fiebres y delirios que no cesaban en días, pues las heridas tardaban en curarse, supuraban y sangraban, provocándome una debilidad que más de una vez creí el preludio a la muerte. No obstante, me negué a quedar vencido por la situación. Soporté las torturas y los desprecios de Imarán con arresto, y gracias a ello, descubrí que el segundo del capitán disfrutaba menos contra menos quejas escuchaba por mi parte. Cuando, tras mucho sufrir los azotes de aquel bárbaro, logré contener mis gritos, y aun la tensión de mi cuerpo, Imarán, aburrido, redujo considerablemente sus visitas.

»No obstante, y pese a la entereza con la que había asimilado mi nuevo estado, me descubría, de vez en cuando, acuclillado en la esquina más alejada de mi prisión, añorando una libertad que ahora contemplaba lejana. Recordé haber visto cómo Alonso adoptaba la misma postura en las pocas ocasiones que tuve oportunidad de pasar junto a su celda, y comprendí que la soledad era como un veneno de acción lenta, y que pese a mi nueva fortaleza, los anhelos de libertad irían haciendo mella en mí, hasta vencerme. Eché de menos al fraile, sus conversaciones, o sus consejos transmitidos por escrito. Supe que, de continuar con vida, me habría levantado con su espíritu incólume.

»Entonces, justo cuando más añoraba su compañía, encontré su diario.

Que Lucas encontrara el diario del fallecido Baltasar no fue sino fruto de un acontecimiento casual, o, como explicaría él mismo hasta el día de su muerte, un milagro.

Los días en la celda transcurrían bajo una monotonía larga y dura. Por fortuna, Lucas había logrado esconder su propio diario bajo la camisa. En la celda de Baltasar encontró escondidas pluma y tinta; los restos del material que había hecho llegar al fraile, cuando mantuvieron su relación por carta. Por desgracia, la tinta era escasa y parte se había secado, por lo que tuvo que reducir sus entradas en el diario a momentos puntuales. Aquella circunstancia alargaba más los días en una celda que no tenía más vistas que el espacio circular frente a los barrotes, una antorcha chisporroteante en la pared norte o los cambios de guardia entre los centinelas. Por ello, cualquier alteración en aquella quietud representaba un hecho digno de toda atención: una breve conversación mantenida con el centinela, si lo pillaba de humor; una rata que cruzara velozmente el pasillo, y que se detuviera un instante para olisquear el ambiente; o una polilla que, nacida en algún lugar del exterior, emprendiera una odisea descendiendo a las mazmorras para acabar sus días fulminada en la antorcha.

Había registrado su celda con meticulosa profundidad. En ella, aparte del jergón lleno de chinches, la pluma y la tinta, Lucas encontró un cubo para sus necesidades y un cabo de vela medio gastado. Aquél último objeto fue dedicado al entretenimiento, mientras durara. Alargando la mano hasta la antorcha, que no le quedaba muy lejos, Lucas encendía la vela y se entretenía con la cera que goteaba: dejaba que se formaran charcos lobulados y luego, con un trozo de esparto extraído del jergón, se entretenía dibujando lo más detalladamente posible. Con el tiempo se volvió más quisquilloso con las hebras de esparto que sacaba de su colchón, y fue de esta forma, introduciendo la mano para seleccionar las más adecuadas para incidir sobre cera, como descubrió el diario del fraile. Éste había sido cuidadosamente ocultado en el lateral de la cama que daba contra la pared, de un modo que resultase imperceptible para quien se echara a dormir. No era muy extenso; apenas seis octavillas, donde las palabras se apretujaban unas con otras, y las líneas se extendían hasta rozar los bordes. Las octavillas se encontraban dobladas por su esquina superior para impedir que se separaran.

A la luz de su cabo vela, Lucas descubrió la traza elegante del fraile

que recordaba de sus cartas. Al inicio de la primera página de aquel pequeño documento, Baltasar había dejado constancia de sus intenciones:

Confesiones de Baltasar de la Torre, fraile mercedario y cautivo de los berberiscos en tierra africana.

Así rezaba el título, haciendo uso de multitud de abreviaturas para aprovechar espacio. Lucas se estremeció con un escalofrío. ¿Qué le aguardaba la lectura de aquellas páginas? ¿Qué nuevo y último secreto se había reservado el fraile para su más absoluta intimidad? ¿Por qué había ocultado su diario? Esta última pregunta encontró respuesta al ojear las páginas finales. Allí Lucas comprobó que quedaba una en blanco, lo cual indicaba que Baltasar había dejado sus confesiones inconclusas. No esperaba encontrar la muerte el día de la visita de Jacobo Balius.

Impaciente por no demorar por más tiempo lo que revelaban aquellas letras, acercó la vela, de la que quedaba algo menos de la mitad, se arrodilló de cara a la pared para no ser descubierto por el guardia, y aproximándose a la luz, comenzó la lectura:

—«Proclamar que continúo siendo fraile, a estas alturas, tal vez signifique mentir…».

Lucas, como si se hubiera asustado de su propio susurro, se detuvo de golpe. Miró a su espalda; el guardia se encontraba lejos, junto a la puerta que daba al otro bloque de mazmorras.

—No puede ser… —musitó, incrédulo, pero sus ojos ya buscaban inquietos el lugar donde se había detenido, para continuar leyendo.

—«… o tal vez no. He dispuesto mis años de cautiverio para la reflexión; toda mi larga estancia en tierra berberisca, desde que entregué mi vida para salvar la de un preso cuyo nombre he decidido olvidar. Aquí he sufrido torturas sin fin, pero también he podido comprobar cómo mis ojos se habrían a una revelación; una carga que sufro más que los desgarros del látigo, pues se me antoja blasfemia y verdad por igual, sin que sea capaz de discernir qué lado es el correcto. Padezco más que con mis prisiones, porque no reconozco en mí al fraile devoto que era. La Iglesia Católica se me aparece en sueños con su esplendor carcomido, podrida por la vanidad, el egoísmo y la corrupción. Sus riquezas son atesoradas por una sed de poder que transgrede las enseñanzas cristianas; sus miembros han perdido de vista la humildad, y ahora su corazón sólo destila el veneno de una codicia inhumana. Incluso mi propia orden se impulsa movida por el mal. Jacobo Balius, prior de mi orden, es el mayor ejemplo de cuanto afirmo.

»Nuestra Iglesia se derrumba por el peso de la avaricia, pese a su fortaleza aparente. Mas bajo ella, me pregunto: ¿quedarán los cimientos que plantara Cristo? ¿La roca sobre la cual los apóstoles

edificaron? Me gustaría pensar que sí, pero tales fundamentos yacen tan escondidos, y hay tan poca voluntad por reencontrarlos que cualquier manifestación de reforma es respondida con violenta oposición. Y aquí confieso mis propios miedos, pues, ¿acaso no me hallo cercano a Erasmo en mis reflexiones? Y ya no próximo a él, sino al mismo Lutero, o incluso algo peor. Tal certidumbre me llena de pánico al pensar en las consecuencias, mas, poco a poco, voy admitiéndolo, confesándome a mí mismo la verdad: que me he transformado en hereje por la voluntad de mi espíritu».

Lucas levantó la vista de las confesiones. Frente a él, la vela arrojaba matices cobrizos sobre la pared, dejando ver las muescas verticales que algún cautivo anónimo hiciera con objeto de no perder el cómputo de sus prisiones.

—Baltasar… ¿un hereje? —se dijo.

Se acercaban pasos. Rápidamente dejó el diario en el suelo, se sentó sobre él y volvió al entretenimiento de realizar dibujos sobre la cera seca. El guardia no tardó en pasar a su lado. Echó una mirada despreocupada al interior de la celda, dio media vuelta y volvió por donde había venido. Una vez lo perdió de vista, Lucas devolvió su atención a la lectura. Bajo la línea en la que se había detenido, había un dato que le convenció de que Baltasar había producido sus confesiones durante una larga temporada, aunque, a todas luces, parecían escritas del tirón.

—«Tras varios días reflexionando, he quedado convencido de ello».

Posiblemente había comenzado a escribir en el momento en que decidió quedarse con el primer trozo de papel, pero luego había ido volcando su alma en aquel escrito con lentitud, meditando cada palabra.

—«Mi destino en este cautiverio me ha llevado a cambiar de parecer respecto a mis creencias. Pero ahora que lo he admitido no noto un cambio sustancial. Llegué a creer, ignorante de mí, que me consumiría, devorado por mis blasfemias, pero en el transcurso de los días no he encontrado más que la acostumbrada quietud que rodea mi vida».

Había un espacio en blanco, el que ocuparían dos o tres líneas. Luego, el texto continuaba como si hubiera transcurrido un gran lapso de tiempo.

—«Si hace días no noté cambio alguno, ahora puedo decir que sí se ha operado una transformación en mí, en mi forma de ver la realidad, de pensar y de sentir. Por primera vez he observado a mis captores con detenimiento neutral. Siempre lo había hecho desde un juicio previo, contemplándolos como a perdidos, pero ahora me ha resultado fácil alejar ese pensamiento, quizá porque yo mismo he renegado de la religión a la que me había sometido desde la juventud. Ahora veo a

estos piratas y me identifico con ellos, no porque me convenza su religión, sino porque, al igual que los cristianos, anhelan el encuentro con Dios. Kamal, el joven hermano de quien lidera a estos piratas, es la mejor y más clara prueba de lo que digo. Pocas veces he visto hombre tan virtuoso y lleno de bondad, muy alejado del infiel que estamos acostumbrados a temer los ignorantes. Kamal, como todos los hombres, sólo está buscando una respuesta el sentido de su existencia.

»Ahora veo claramente que luteranos, cristianos de Roma y seguidores de Mahoma discurren por diferentes senderos que no distan tanto unos de otros, y cuyo fin cada vez me parece más cercano. Ahora las razones de nuestras contiendas resultan tan artificiales, tan mundanas, tan propias del hombre y no de Dios, que la religión ha llegado a parecerme sinónima de dolor. Al fin veo que hemos transformado al Creador: igual a una zarza de tres espinas que horada nuestra carne, nuestro espíritu mismo, por culpa de una voluntad obcecada. Agarramos dicha zarza con intención de apropiárnosla, de poseerla sólo para nosotros, y nos desangramos.

»He comprendido y aceptado estas divagaciones. Únicamente me resta sentir piedad por cautivos y centinelas a partes iguales. Incluso por mí mismo. Pues a todos, al fin y al cabo, nos aguarda un largo camino para hallar la voluntad de nuestro Creador».

Las confesiones finalizaban en aquel punto. Lucas, con los pedazos de papel temblando en sus manos, comprendió por primera vez que había tratado con una persona cuya fuerza de espíritu radicaba en una seguridad ajena a religiones. Baltasar ocupaba su alma en la búsqueda primigenia, esencial y básica de Dios, libre de las ataduras de la iglesia a la que pertenecía.

Devolvió las confesiones al interior del jergón y regresó al rincón donde se encontraba la vela. Allí permaneció el resto del día, pensando en sus propios conflictos, debatiéndose entre cuánto de verdad se escondía en lo averiguado por el mercedario, o si no era más que la demostración de una locura a la que había sucumbido. Así pasaron las horas, hasta que la llama fue menguando. Cuando se consumió, Lucas despertó como si por su conciencia hubiera regresado de un viaje más allá de las mazmorras. En su interior, motivado por la desazón de su aislamiento, notaba que no resultaba complicado asegurar las palabras de Baltasar, incluso encontrarlas atrayentes, útiles para iniciar la práctica de una nueva búsqueda espiritual. Algo en su conciencia le conminaba a ello, casi le obligaba, si quería conservarse entero durante los días que le restaban, sepultado en aquella cárcel solitaria.

Bajo la luz de la antorcha, sin saber si era de día o de noche, Lucas notó que, con el transcurso de las horas de meditación, el sueño había ido apoderándose de sus párpados, pero una tensión le impidió

recostarse sobre el jergón. Dio un par de vueltas a su reducido habitáculo hasta que sus ojos se posaron sobre un lugar en concreto. La esquina nororiental, donde quedaba un espacio entre los pies de su cama y la pared, que ofrecía intimidad y una extraña sensación de acogimiento. Fue asta allí, se arrodilló de cara a la pared norte y por primera vez en su vida buscó hablar con Dios.

XXII

Preso de la rigidez de sus miembros, tumbado sobre aquella superficie de madera, y con el fuego crepitando a su derecha, Lucas recordaba cuánto le habían ayudado las confesiones de Baltasar de la Torre. Los primeros intentos de conversación con la Providencia le devolvieron los ánimos, igual que si disfrutara con la compañía de otro preso, de tal forma que fue capaz de sobreponerse a la soledad.

Pero ahora, en su estado actual, traicionado por sus amigos e incapaz de emprender la venganza, su fe lo había abandonado. ¿Por qué Dios deseaba mantenerlo en aquella situación? La lectura de su diario por Jacobo Balius le llenaba el alma de veneno; oír su voz tan cercana y no poder ahogarla constriñendo su garganta lo desesperaba.

Ahora comprendía más íntimamente la resolución a la que había llegado Baltasar. El fraile había presenciado en repetidas ocasiones los tratos oscuros que su superior, supuesto modelo de caridad, llevaba a cabo con los berberiscos. No resultaba extraño que se hubiera sentido traicionado por su religión. Sin embargo, la cárcel es un lugar solitario; pese a haberse desligado de la Iglesia, Baltasar nunca quiso separarse de Dios. Buscó la forma de hallarlo, un medio más genuino. ¿Lo habría conseguido? Lucas, por contra, no podía sentir más que abandono, más de lo que nunca vivió en su celda. Dios no le respondía, ni siquiera insuflándole ánimos. Su mutismo era total. Sólo la ira, el deseo de venganza que crecía en su interior, lo había movido a recuperar una parte de su movilidad. Su mano derecha cada vez reaccionaba con mayor soltura, de forma que ya se sentía capaz de abrir y cerrar el puño lentamente, e incluso mover la muñeca. En su pierna derecha también comenzaba a notar un hormigueo extraño, el preludio de la recuperación, quizá; el vaticinio de su despertar.

Una voz ronca tronó desde el piso superior. Lucas no supo reconocer a quién pertenecía.

—¡Raya el alba, mi señor!

Debía tratarse de algún sirviente. Jacobo respondió con otro grito.

—¿Habéis dispuesto lo necesario para el entierro?

—Todo está terminado.

—¡Bajad a por el cuerpo!

—*¡No! ¡No! ¡No!* —bramó Lucas en sus pensamientos—. *¡Es demasiado pronto aún! ¡No he tenido tiempo para recuperar la movilidad! ¡No me llevéis! ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo!*

Escuchó que varias personas bajaban en tropel por las escaleras. Movió los dedos, abriendo y cerrando el puño, e incluso se esforzó por hacer círculos con su muñeca todo lo rápido que pudo, pero nadie pareció percatarse. Notó que lo levantaban en andas. El fuego que

durante todo el tiempo había notado junto a su mejilla fue alejándose lentamente; dio lugar a un frío sepulcral, pavoroso, hasta que un viento gélido traspasó su carne, ya de por sí fría, y se adentró en sus huesos como si pretendiera arrebatarle el alma.

—*Dejadme, ¡perros! ¡No estoy muerto!* —aullaba, sin mover los labios.

No dejaba de abrir y cerrar el puño, de mover los dedos, aguardando que alguno de sus porteadores viera que cargaba un cuerpo vivo, pero de repente lo detuvo una parálisis de distinta índole. Un toque de campana, lento y melancólico, retumbó por las calles cercanas. Era el toque de difuntos, la señal que anunciaba su enterramiento, y que con horrenda parsimonia robó el aliento de sus pulmones.

—*Señor, no me abandones* —oró, en un clamor—. *He deseado mi muerte muchas veces desde que me encuentro en esta situación. Pero ahora no, Señor, ahora no concedas mi petición, te lo suplico. Despierto de esta inamovilidad, lo noto. Dame una última esperanza, concédeme la posibilidad de vivir, un tiempo más tan sólo, el suficiente para encontrar a mi hijo. No permitas que me sepulten en vida. Te he injuriado, vencido por la desesperanza, pero ahora te ruego que me ayudes… ¡ayúdame!*

El cortejó alcanzó la Puerta de Guadalajara. Allí esperaba un carruaje fúnebre, con caballos empenachados y todo un acompañamiento de la comunidad mercedaria. Los corchetes que portaban el cuerpo de Lucas se colocaron en la parte trasera del carruaje, listos para colocar el cadáver en el interior del ataúd. Balius, que caminaba el último, no tardó en alcanzar la comitiva, pero de repente quedó petrificado. Sus ojos, que ahora permanecían fijos, habían detectado un débil, casi imperceptible movimiento en los dedos de la mano derecha del supuesto cadáver. Los corchetes aguardaban aún con éste sobre sus hombros. El prior tragó saliva. Miró a los guardias; ninguno parecía haber visto nada. Quiso relajarse, pero de repente, cuando ya pensaba que lo había engañado la falta de sueño, volvió a verlo. Esta vez, para su horror, los dedos se cerraron en un puño y volvieron a abrirse; y no sólo eso, sino que Lucas movió la muñeca, describiendo un lento pero claro círculo.

—Dios nos asista —susurró Balius— ¡Está vivo! Lucas Belmonte… ¡vive!

Pero al poco la sorpresa quedó velada por la cruda realidad; y si en un primer momento se sintió tentado a revelar su descubrimiento a los corchetes, la conciencia no tardó en recordarle los detalles que Lucas conocía.

—*El Maestro General ha muerto* —dijo uno de los mercedarios, aunque sus labios no se movieron.

—¿Qué? —contestó Jacobo.

—Que si da Vuestra Merced su permiso —repitió el guardia.

La mano de Lucas se movía con pavorosa destreza.

—Los familiares han llegado —insistió el corchete—. Si da su permiso…

Jacobo levantó la vista. En efecto; Margarita, Alonso y Beatrice llegaban por una estrecha calle que salía desde la Plazuela de la Villa. Volvió a mirar a su interlocutor y su voz emergió meliflua a pesar del miedo:

—Desde luego, no dejemos insepulto a este pobre infeliz. Colocadlo en el carro.

El mercedario asintió con una ágil reverencia. Ya iba a marcharse cuando una nueva orden del prior lo detuvo:

—¡Ah! Una cosa más: tapad el féretro.

—Como ordene Vuestra Merced.

Mientras los corchetes claveteaban la tapa del ataúd, Balius, todavía en su sitio, observó cómo Margarita se acercaba hasta el carro con intención de acariciar los tablones que encerraban a su difunto marido. Incluso el luto era incapaz de restar hermosura a su rostro.

—Demasiadas mentiras —se dijo; el eco arrastró los golpes del martillo sobre los clavos—. Hay demasiadas mentiras alrededor de tu vida para que vivas, Lucas. Lo lamento.

El carruaje tropezó con un bache del camino; una piedra, que lo hizo saltar con brusquedad. El pequeño Juan Belmonte, que había logrado dormirse en los brazos de la nodriza, despertó con un ruidoso llanto.

—Hazlo callar —reclamó Jacobo Balius, acurrucado en su lado del carruaje.

—El viaje lo trastorna —dijo la niñera mientras lo acunaba.

—No me importan las excusas. Que se calle.

Y cruzó los brazos sobre el pecho para entrar en calor. La madrugada era inusualmente fría para las fechas en las que estaban. Tras la media noche, una fina capa de escarcha se había aposentado sobre la tierra, acompañada por un descenso vertiginoso de las temperaturas. En el interior del carruaje, y pese a que llevaba las cortinas echadas, el frío intenso delataba la respiración de sus ocupantes con peregrinas nubes de vaho. El niño no paraba de llorar.

—Tiene hambre —indicó la nodriza, y se bajó el escote para darle de mamar.

Desde el pescante, el cochero golpeó dos veces la madera del carruaje. Jacobo retiró la cortina de su ventana. Ante sus ojos se extendía un campo, llano y pelado, cubierto por la escarcha. Al norte podía adivinarse el camino, que describía una suave curva a la izquierda, y más lejos, tras un promontorio, la espadaña de un convento.

—Apresúrate. Estamos llegando —indicó a la niñera.

Ya estaban cerca. Pronto se liberaría de la carga que Margarita Valle le había impuesto. Esa mujer, de apariencia dulce, había resultado una alimaña ladina y cruel, capaz de utilizarlo para sus caprichos. Poco después del embarazo, Margarita había tenido la sangre fría de repudiar a su hijo como si éste no hubiera salido de sus entrañas, y le había ordenado a él, a Jacobo Balius, prior de los mercedarios, que formara parte de sus embustes: ayudarla a elaborar una mentira y deshacerse del recién nacido.

Cada vez que recordaba la conversación con Margarita le bullía la sangre. La mujer, sin apenas fuerzas para asistir al bautizo de su primogénito, había conservado la entereza necesaria para amenazarle con destapar sus amistades con los berberiscos. ¿Cómo se atrevía? Pronto se convertiría en el nuevo maestro general, y cuando llegara a tales cotas de poder, cuando ya ningún otro proyecto requiriera de su atención, se encargaría de dar a esa mujer su merecida recompensa.

Juan chilló con un llanto más acusado y volvió la cara cuando la nodriza le acercó el pezón.

—¿No ves que no quiere comer? —replicó Jacobo con desprecio.

—Debe ser que llora por el frío.

—Pues tápalo. No soporto sus gritos.

—Ya llegamos —susurró la mujer al bebé—. Pronto estarás calentito.

Tras doblar un último recodo, la fachada del convento se hizo completamente visible. Era el lugar más cercano que Jacobo había encontrado para que se hicieran cargo del recién nacido: el convento de María del Socorro, dedicado a la primera mercedaria. Allí las hermanas se encargarían de su cuidado. Jacobo habría preferido tener la frialdad de Margarita y entregar el niño a cualquiera; algo en su orgullo le instaba a no mostrar clemencia con el bebé, a ser tan descarnado en sus decisiones como su madre; sin embargo no fue capaz. Desde el momento de tenerlo a su cargo, buscó una nodriza que lo amamantara y cuidara durante sus primeros años y realizó los arreglos necesarios para colocar al bebé bajo la protección de un convento. Allí lo tendría localizado, no porque tuviera un interés en su protección… sólo por si se hacía necesario saber de su paradero. Sí, en realidad, era una estrategia muy alejada de una preocupación auténtica.

El carruaje se detuvo. Desde el pescante el cochero bajó de un salto y corrió a la puerta. En el convento, dos hermanas mercedarias esperaban junto a la puerta. Jacobo fue el primero en descender. Las dos religiosas se apresuraron a besar su mano.

—Nos honra con su presencia —dijo la más mayor de las dos; una anciana que debía haber superado los setenta años.

—No puedo demorarme. Sólo he venido para entregar al niño.

La nodriza descendió entonces. El pequeño Juan aún lloraba.

—Tiene frío —dijo la mujer a modo de disculpa.

Las hermanas contestaron con una sonrisa llena de ternura.

—Nos ocuparemos de remediar eso inmediatamente —dijo la anciana.

—Prepararé fuego —indicó la otra mercedaria, y se adentró en el convento.

La anciana miró entonces a la nodriza, se acercó a ella y la rodeó con su brazo.

—El niño estará muy bien aquí, y tú también. Nos ocuparemos de todo. Ya lo verás.

—Que no le falte de nada —ordenó Jacobo sin retirar la vista del bebé.

Había dictado aquella orden como si las palabras hubieran escapado de sus labios. Los apretó con fuerza y se frotó las manos. La anciana asintió, pero aquello no consiguió tranquilizarlo. Resultaba detestable aparentar que no le importaba la vida del pequeño Juan y sentir al mismo tiempo que su interior se agitaba de inquietud por lo que pudiera acontecerle una vez lo perdiera de vista. Él no era como Margarita.

—No le quiten el ojo de encima —insistió, dejando escapar las palabras.

—Pierda cuidado —respondió la anciana.

Acto seguido, se acercó a Jacobo y lo tomó de las manos.

—Es usted una buena persona.

Por primera vez, Jacobo desvió la mirada del niño y la centro en el rostro apergaminado de su interlocutora. Se desasió con cierta brusquedad que no pasó desapercibida a la monja, y dando un resoplido, dio media vuelta.

—Tengo que marcharme ya —dijo—. Me requieren otros asuntos.

—¿Se pasará a visitar al niño? —preguntó la anciana.

—No lo sé… estaré muy ocupado… la sede del Maestro General se trasladada a Madrid, como sabrá, y…

El Maestro General ha muerto.

No encontró la forma de terminar su excusa, pero tampoco quiso esforzarse más. Dio la espalda a su interlocutora y subió los escalones del carruaje. Ya se encontraba dentro cuando la anciana asomó su faz

por el hueco de la puerta.

—¿Cómo se llama? ¿Tiene algún nombre para él?

—No… no lo sé. Pónganle el nombre que quieran. Lo siento. Llevo prisa.

Dio un par de golpes en el techo del carruaje y éste se puso en marcha. Atrás quedaron la nodriza, el pequeño Juan, ajeno a todas las cosas, y la hermana mercedaria, con una expresión de incertidumbre dibujada en el rostro.

—Corra cuanto pueda —ordenó Jacobo al cochero, asomándose por la ventana—, tengo que alejarme de este lugar.

XXIII

Aterrorizado, Lucas notó cómo lo metían en el interior de su ataúd y, al poco, colocaban la tapa. El sonido de los clavos hundiéndose en la madera le produjo un pavor incontenible. Luchó frenéticamente por recuperar más de su movilidad; en ese momento le sorprendió comprobar que tenía los dientes apretados. Había sido un gesto involuntario, causado por la desesperación; otra prueba de que comenzaba a recuperar el dominio de su cuerpo. Reunió todas sus fuerzas y las concentró en la boca del estómago, hizo presión, más valiéndose del impulso de su espíritu que de la tensión muscular, y de repente sus párpados se abrieron de golpe. Los había tenido cerrados todo el tiempo sin saberlo. Quizás por eso no era capaz de ver más que oscuridad.

Por desgracia, no le fue revelada sino la espantosa confirmación de hallarse encerrado en el ataúd. A su alrededor sólo había una nueva negrura, una que ahora percibía con los ojos abiertos. Logró moverlos a un lado y al otro, buscando un atisbo de cualquier cosa. Captó, a su izquierda, que los blandos rayos del amanecer se colaban entre las tablas de su nueva prisión. Entonces lo sobresaltó una sacudida: la comitiva fúnebre se ponía en marcha. Escuchó un llanto; la inconfundible voz afectada de Margarita. Debía encontrarse muy cerca, tal vez pegada al carro, porque escuchaba claramente sus lamentos. Hizo un nuevo esfuerzo. Movió la muñeca, e incluso el antebrazo hasta el codo. Sus dedos rozaron la madera que lo aprisionaba, pero no disponían de fuerza suficiente para golpearla para emitir cualquier señal. Luchó por realizar un nuevo intento, pero esta vez ni siquiera pudo mover su brazo. De repente las energías lo abandonaban otra vez. En mitad de la oscuridad, sus ojos captaron una miríada de chispas. Perdía en conocimiento; respiraba con velocidad, pero no entraba aire suficiente por las estrechas ranuras de su ataúd. Se asfixiaba.

Necesitaba controlarse, sobreponerse a la situación, superar la dificultad como había aprendido a hacer en el pasado. Tanto sufrimiento, tantos años de cautiverio para ser enterrado en vida. ¿Era ese el destino que Dios le había reservado como pago por sus pecados?

Las voces que lo lloraban también se hicieron más difíciles de escuchar; a su alrededor, la escasa realidad que percibía fue desapareciendo hasta que lo sorprendió una nueva sacudida, un golpe muy fuerte, una docena de gritos de mujer, dos caballos que relinchaban y un disparo, un disparo de arcabuz… voces… voces fuera y dentro de su cabeza. Una antorcha, los fríos barrotes de una celda y un diario; el suyo, en el que las palabras cobraban vida. Nuevos gritos,

esta vez de hombres: pedían ayuda, pero llegaban muy lejanos… cada vez más lejanos.

De no haberse encontrado con las confesiones de Baltasar de la Torre, Lucas nunca habría soportado su estancia en la fortaleza berberisca. Descubrió aquellos papeles poco antes de que se cumplieran tres años de encarcelamiento y decidió repasarlos a diario buscando comprender cada detalle, cada ínfimo pensamiento vertido allí por el fraile; asimilar sus palabras para apropiarse de la fuerza de voluntad que encerraban. Quiso aproximarse a un encuentro con Dios bajo una intimidad nunca experimentada. Rezaba varias veces al día, sobre todo cuando le podía el desánimo. Sin embargo, nunca supo si, con el tiempo, él también se había transformado en hereje, como afirmaba ser Baltasar. Su nueva espiritualidad parecía más bien el desarrollo de una versión particular de comunión con el Creador, una forma para deshacerse de lo que no le gustaba de su religión, desechar los dogmas de los hombres, las fórcap mulas preestablecidas, las bulas; la devoción a las imágenes, las reliquias y los santos. Si Baltasar había reunido el valor para librarse de todo aquello, ¿por qué no iba él a olvidarse?

Aquella nueva relación lo mantuvo entretenido durante mucho tiempo. En su celda, aislado, preso de la luz danzante de la antorcha y los pasos de la guardia, Lucas rogaba a Dios cada día, pidiéndole fuerzas para esperar su liberación, o para soportar la monotonía, si aquello era lo que estaba reservado para el resto de sus días.

Sus oraciones recibían silencio como única respuesta, y sólo una recibió lo más parecido a una respuesta: Imarán dejó de visitarlo definitivamente, tal y como Lucas había suplicado al Creador.

El primer año de su cautiverio solitario, cuatro desde que fueran hechos presos, pasó para Lucas más rápido de lo esperado. Su espiritualidad lo mantenía constantemente en oración, meditando sobre momentos en el pasado por los que pedir perdón, o por los que sentirse agradecido. También pensaba en sus amigos: Alonso y el odio que le demostraba por haber conseguido a Margarita; en ella, su esposa, y la forma en la que habían transcurrido sus primeros años de matrimonio; en Baltasar, Selim y el desaparecido Kamal, a quien no veía desde hacía más de un año por culpa de las amenazas de su hermano; en la tripulación del *Gorgón* y en los que aún pudieran

seguir con vida, en el misterioso Peregrino y su capacidad para adivinar la verdadera causa por la que se había alejado del hogar…

Hablaba con Dios sobre estas cosas y discurría acerca de la fe de cuantos conocía: sus captores, los cristianos y la suya misma, y de este modo, influido por las conclusiones de Baltasar, se preguntaba si todas las formas de adoración conectaban con la misma divinidad, o existían caminos erróneos. O si, siendo todas las religiones efectivas, las había mejores que otras. Unas formas más adecuadas de cumplir con lo que Dios quería del hombre. Con estas divagaciones, su memoria evocaba la breve conversación que había tenido con Lázaro. El Peregrino pencap saba que cristianos y musulmanes se desconocían, confundidos por sus propias tradiciones.

¿Así eran los hombres? Se preguntaba Lucas en su oscura celda. Obcecados por no intentar comprender a su vecino. Sin embargo, existía en todos ellos la voluntad de comprender a Dios, como algo inherente a la naturaleza humana. Había un anhelo de búsqueda en mitad de aquel caos de religiones que la humanidad defendía. Sí, Baltasar estaba en lo cierto: los seres humanos habían vuelto a su Creador una zarza de tres espinas. Llevaban hiriéndose con ella centurias, y peleándose entre sí mismos con las manos ensangrentadas.

Lucas deseaba llegar a una conclusión, pero no pudo llegar a nada. Sólo resolvió, tras varios meses, que su fe era muy distinta a la que profesaba antaño. Tal vez fuera luterano, no lo sabía, pero estaba claro que ya no pertenecía a la Iglesia de Roma.

Sus oraciones se hicieron más vivas, más efusivas, más cercanas —creía él— a Dios. Pedía una y otra vez salir de aquella cárcel, apretando sus manos enlazadas, cerrando los párpados con fuerza, arrodillado en su pequeño rincón. Pero la respuesta nunca llegaba, pues Lucas sólo esperaba una respuesta afirmativa. El segundo año en aquella prisión, quinto en el cómputo total de su cautiverio, la efusividad de sus ruegos fue menguando. Se volvió taciturno y comenzó a asimilar que Dios no iba a sacarlo de allí.

Sin embargo, a finales del quinto año su condición cambió de forma radical. Los berberiscos trajeron una nueva remesa de presos. Eran de origen napolitano, al menos sesenta. Selim ordenó utilizar las celdas del segundo bloque, donde sólo estaba Lucas. A éste lo sacaron de allí para hacer sitio y lo llevaron junto a sus compañeros de navío, en el primer bloque de celdas. Cuando lo sacaron, después de dos años sin tener noticia de él, los marineros del *Gorgón* lo recibieron como si presenciaran una epifanía. Por su parte, Lucas comprobó que muchos habían desaparecido. De la tripulación capturada sólo quedaban diecisiete presos. Cuando preguntó por ellos, le explicaron que más de la mitad murieron atacados por un brote de disentería. A otros, los

berberiscos se los llevaron, quizá para venderlos o intercambiarlos por material. Entre los que quedaban, Lucas halló algunas caras conocidas. Allí continuaban Francisco, el contramaestre; Rolf, el carpintero, germano y supersticioso; y el bueno de Miguel, el marinero veterano que había enseñado a Lucas durante sus primeros días de travesía. De hecho, éste fue el primero en saludarle, estrechándolo entre sus brazos como si hubiera recuperado un hijo perdido. Lucas comprobó que Alonso también estaba allí, en su celda particular. Sin embargo, no lo encontró arropado por las sombras, como lo había visto otras veces. En esta ocasión, el que fuera su amigo se aproximó a la luz, y encajando la cabeza entre los barrotes, estudió su fisonomía como si no deseara perder detalle del aspecto que lucía tras dos años de reclusión solitaria. Luego, esbozando una sonrisa de medio lado, Alonso volvió a su escondrijo oscuro. Si aquello pretendía ser un saludo, o incluso una muestra de que Alonso se alegraba por reencontrarse con su amigo, Lucas no pudo intuirlo; sin embargo, sí notó que el hijo de los Márquez había cambiado desde la última vez que lo vio. Ya no parecía un eremita, ni daba la impresión de rechazar la presencia de otros seres humanos, aunque, según le dijeron sus nuevos compañeros de celda, continuaba muy callado.

—Bueno, con nosotros sí —manifestó Miguel, mientras vigilaba que los guardias se hallaran a una distancia prudente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucas— ¿Es que habla solo?

El marinero veterano se llevó la mano al pecho, intentando alcanzar el crucifijo que los berberiscos le habían arrebatado. Aunque no seguía allí, Miguel nunca se había deshecho de su costumbre supersticiosa, ahora convertida en movimiento inconsciente.

—¡Habla mucho con uno de los piratas!

—Se está convirtiendo en moro —declaró Rolf, acentuando las erres —. Líbrenos Dios de tales tentaciones.

Lucas devolvió la mirada a la celda de su amigo. Alonso, una vez de regreso a su esquina, era prácticamente imperceptible, salvo por un vago perfil de su figura, acurrucada, casi fusionada con la pared.

—No lo puedo creer —dijo—. Alonso es demasiado orgulloso para dejarse vencer.

—El orgullo tarda poco en desaparecer al socaire de estos muros — declaró Francisco, dando a su voz una gravedad sepulcral—. Cuando ves a tus amigos morir, atormentados por la enfermedad, ruegas por no ser el siguiente… pero con el tiempo casi prefieres la muerte a continuar preso. La comida es escasa, el tiempo sin actividad acaba por enloquecerte y los guardias te tratan como un perro. Por dos veces yo mismo he estado tentado de manifestar que soy moro, sólo para que me dejen salir.

Hasta cinco marineros de los que escuchaban la conversación se

persignaron.

—Algunas noches —continuó el contramaestre— hemos visto que Alonso habla con uno de los centinelas. Creo que es quien lo está convenciendo.

—¿Es uno de los que hacen guardia ahora? —preguntó Lucas.

—No, pero sabemos quién es. Vendrá dentro de dos días. Entonces comprobarás lo que te decimos.

Aunque la conversación continuó luego por otro camino, y aunque Lucas se sentía agradecido por haberse reencontrado con sus compañeros, la curiosidad por Alonso no le dejó prestar atención a otras cuestiones. Durante los dos días siguientes estuvo estudiando a su amigo discretamente, atisbando de reojo cuando sabía que Alonso no se fijaba en su celda. No detectó nada extraño en su comportamiento, o más raro de lo que ya de por sí era, pues Alonso parecía vivir sumergido en un devaneo constante. Imaginando, tal vez planeando algo que Lucas no fue capaz de adivinar. Al fin, en la noche del segundo día llegó el esperado cambio de guardia. Francisco se encargó de señalar a Lucas qué centinela era el que hablaba con Alonso, para que no lo perdiera de vista. Lucas, por su parte, ordenó a los marineros que aparentasen estar dormidos, que no revelaran su curiosidad. Deseaba no dar razones para que Alonso sospechara que lo espiaban, y dejar, de este modo, que hablara con libertad.

Hacia la medianoche, cuando los presos decidieron acostarse, Lucas ocupó un jergón que le diera total visibilidad de la celda de su amigo. Se acostó de lado, entrecerró los ojos y esperó. No pasó mucho tiempo antes de que el guardia berberisco decidiera hacer una ronda recorriendo el pasillo de celdas. Entonces, al llegar junto a Alonso, se detuvo y alargó el brazo al interior. Lucas vio que sostenía algo en su mano, un papel. De entre las sombras, Alonso surgió como una exhalación y tomó lo que el centinela le tendía; volvió a su rincón y el guardia continuó su paseo. No había sido todo, sin embargo, pues a su regreso, cuando el berberisco volvió a pasar frente a la celda de Alonso, la voz de éste surgió desde la oscuridad.

—¿Cuánto? —escuchó Lucas que decía.

La respuesta del guardia le llegó confusa. No hablaba en castellano, pero por su acento debía tratarse de un idioma muy parecido; portugués, seguramente. Respondió con velocidad, en voz muy baja, y acto seguido se alejó. No hizo más rondas en toda la noche.

Lucas fue incapaz de pegar ojo. Al amanecer, cuando los piratas les trajeron el rancho, Francisco se le acercó.

—¡¿Lo ves?! —murmuró a su oído— ¡Se ha hecho moro!

—No es prueba suficiente. Puede tratarse de cualquier otra cosa.

—Porque apenas lo viste conversar. Anoche casi no cruzó palabra con el guardia. Ya te convencerás.

Lucas no podía creerlo, y sin embargo, algo en su interior le decía que Francisco y todos los que pensaban como él estaban en lo cierto. No resultaba descabellado creer que Alonso, vencido por la misantropía, había sucumbido a las insistencias de sus captores para apartarse del cristianismo. Pero si era uno de ellos, ¿por qué no lo habían liberado todavía? La respuesta a esa pregunta todavía le permitía mantener una pizca de esperanza.

La guardia de aquel centinela duró el resto del día, pero al caer la noche se marchó con el relevo. No volvió hasta dos días después. Lucas, como había hecho la primera vez, se recostó sobre el jergón que miraba a la celda de Alonso y se concentró en no perderle de vista. El centinela volvió a su ronda y Lucas decidió hacerse el dormido. Como había ocurrido la última vez, el guardia dio un paseo cuando se hubo convencido de que no quedaba nadie despierto. Lucas observó que volvía a pararse frente a la celda de Alonso, pero en esta ocasión no le pasó nada entre los barrotes. En lugar de esto, se acercó e intercambió una breve y rápida conversación. Luego volvió sobre sus pasos… hasta la celda donde se encontraba Lucas. Este se apresuró a cerrar los ojos por completo y a respirar con fuerza, como si llevara ya tiempo dormido. Escuchó un manojo de llaves, y luego el sonido de la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido metálico; acto seguido notó que lo zarandeaban. Aparentó que despertaba algo desorientado. El guardia estaba acuclillado junto a él.

—*Venha comigo* —ordenó, chapurreando un vago portugués.

Lucas se incorporó. El guardia lo condujo fuera de su celda. En el pasillo no había más berberiscos haciendo guardia, salvo el que debía encontrarse en el otro bloque de celdas, vigilando a los presos napolitanos. Lucas y el centinela llegaron hasta la celda de Alonso. Éste la abrió e invitó a Lucas a que pasara.

—*Há pouco tempo* —dijo, para advertir que pronto vendría otro centinela para hacerle compañía.

Lucas atisbó la oscuridad, buscando a su amigo. Entonces, del rincón le llegó la voz de Alonso, ronca, algo apresurada, sin duda a causa del poco tiempo del que debía disponer.

—Acércate, Lucas. Bienvenido a mi casa.

El aludido alcanzó la región oscura. Allí descubrió que el trozo de celda en el que Alonso se escondía no era únicamente una zona en penumbras. Su amigo había movido hasta allí su jergón. Entre éste y la pared ocultaba media docena de cartas bien ordenadas, varios cabos de vela, cubiertos, algo de ropa y hasta un pequeño estilete oxidado.

—Algunos guardias me consienten lujos —dijo, como si se jactara de ello—. Mi condición es diferente a la del resto, pero no puedo dejárselo ver. Se quejarían y entonces los guardias tendrían que rebajarme a una posición menos adecuada. Es un secreto, pero para ti

no. Tú mereces saberlo. Esto y mucho más, Lucas.

—¿Por qué me has traído aquí? Todavía recuerdo nuestra última conversación. Fuiste muy sincero.

Alonso se frotó las manos. Sus palabras salieron aún a mayor velocidad.

—Sí, es cierto. Todo es cierto. Pero estaba enfadado. Mi honor había sido pisoteado. Todavía me lo pisotean, dejándome preso aquí. Sin embargo, eso va a cambiar, Lucas. Cambiará pronto…

—¿De qué forma? ¿Qué asuntos has estado hablando con ellos? Alonso, ¿te han convertido a…?

—¿Convertido? —cortó Alonso, visiblemente airado por aquella suposición— ¿Cómo te atreves siquiera a sugerirlo? Jamás les daría tal satisfacción. Ni mucho menos. No… más bien he sido yo quien ha logrado convencerles a ellos. Atiende, Lucas: tengo un contacto con el exterior.

—¿Quién?

—Beatrice. ¡Mi esposa! Imagino que la recuerdas. Está organizando una partida de rescate. ¡Bendita sea, ha logrado comunicarse conmigo! Llevo meses enviando y recibiendo correo. Recibí el primero de su parte, y logré, mediante el soborno, establecer un contacto permanente. Es una tarea arriesgada, pero mis cartas atraviesan estos muros y llegan hasta territorio cristiano, donde viajan, ya con más soltura, hacia las manos de mi esposa. ¿Lo puedes creer?

—Pero, ¿cómo te llegó la primera carta? —Lucas estaba desconcertado.

—Me la trajeron los mismos berberiscos, por vía, según pude averiguar después, del mismo Jacobo Balius. El prior negocia la liberación de todos nosotros, aunque ya no será necesario. Saldremos pronto gracias a mi querida Beatrice.

Lucas dio un brinco. Sabía la descarnada verdad sobre la verdadera condición en la que se encontraban: Jacobo era un traidor, un avieso recaudador de los donativos que los familiares daban para liberar presos, quién sabía con qué corruptas intenciones.

—Alonso, estamos aquí porque el dinero del rescate se lo reparten entre Selim y Jacobo Balius. El prior nunca procurará nuestra vuelta a Castilla.

Su amigo quedó congelado. Lucas continuó.

—Te lo advierto, por si Beatrice mantiene contacto con Jacobo. No debe fiarse. Es posible que la esté conduciendo a otra trampa.

—No… no puede ser… —balbució Alonso; luego, con la mirada perdida, como si pensara en voz alta, declaró—. Pero no, ella no está aliada con el prior. Ha compuesto sus planes por separado, ni siquiera Margarita lo sabe.

—¿Margarita? ¿Qué sabes de ella? ¿Cómo está? ¿Cómo se encuentra

mi hijo?

—Las noticias no son muy buenas respecto a ese asunto, amigo.

Lucas abrió la boca, queriendo añadir más preguntas, pero Alonso lo mandó callar llevándose el dedo a los labios. Se volvió y tomó las cartas.

—No tenemos tiempo. Uno de los guardias ha salido un momento y sólo nos vigila Bashir, pero no estará solo por mucho tiempo. Toma mis cartas, léelas. Encontrarás en ellas todas las preguntas que quieres hacerme.

Alonso tomó las cartas que apilaba tras su jergón y las puso en las manos de su interlocutor.

—Pronto saldremos de aquí, Lucas. Si me ayudas.

—¿Cómo voy a ayudarte yo?

—Debes volver a reanudar tu amistad con el hermano del capitán.

—¿Kamal? Llevo años sin saber nada de él. Ni siquiera creo que me recuerde.

—Lo sé. Desde que te aislaron no se ha dejado ver por las celdas. Pero aún debe recordar la amistad que cultivasteis en el pasado. Estoy convencido. ¡Se ofreció como correo para que pudieras escribirte con el fraile! No habría realizado tales esfuerzos de no valorar tu amistad. Pero Lucas, debes entender que en el fondo todo forma parte de un plan. El fraile era más listo de lo que parecía, sabía que Kamal constituye la vía más fiable para una evasión. Es una pena que su plan quedara a medias, pero nosotros lo retomaremos.

—¿Cómo? Si Kamal no ha regresado a las celdas en años… —Déjalo todo en mis manos. Yo lo solucionaré.

Bashir apareció en la puerta y la conversación se detuvo. Cuando Lucas salía al pasillo, escuchó que Alonso se despedía.

—Prepárate, amigo.

XXIV

En los días que siguieron a su entrevista con Alonso, Lucas dedicó todo su tiempo a leer las epístolas de Beatrice. Gracias a las clases que Margarita le diera en el pasado, la mujer de Lucas sabía defenderse con el español escrito, aunque no con demasiada soltura; de modo que las cartas eran escuetas, sin entretenerse en los detalles de la retórica, pero claras y directas en cuanto a lo que debían relatar.

Leyendo cartas fue como Lucas se enteró de la muerte de Juan. Aquella noticia, por extraño que pudiera resultar, le sorprendió poco. Lo había presentido, de alguna manera, desde que su cautiverio comenzó a alargarse más de lo esperado. Simplemente, una mañana se notó invadido por un pálpito, vago y difuso, complicado de identificar… la sensación de que las cosas iban mal en todos los sentidos; y aunque echara a su hijo de menos, había terminado por asumir que, de una forma u otra, jamás lo vería. Ahora sus presentimientos se materializaban con las torpes palabras de Beatrice. Si la noticia hubiera llegado al principio de sus prisiones se habría derrumbado, pero en aquel momento la recibió de forma distinta. Así pues, tras leer la noticia su pulso tembló durante un instante. Dobló el papel, y cerrando los ojos, pidió a Dios que le ayudara a controlar sus emociones. Con la caída de la noche apenas logró dormir un par de horas, pues se hallaba inquieto. No obstante, descubrió que lo que necesitaba era terminar con las cartas. De alguna forma, la lectura le ayudaría a superar la pérdida.

En otro correo, Beatrice confesaba con letra temblorosa que Laura también había fallecido, incluso antes que Juan. La niña no fue capaz de superar el aluvión de enfermedades que atacaban su lánguido cuerpo. Simplemente no pudo más. Acto seguido la esposa de Alonso confesaba que había preferido mantener el secreto, razón por la cual no lo había confesado desde la primera misiva.

Sorprendido, Lucas desvió la vista en dirección a la celda de su Amigo. Alonso permanecía, como de costumbre, oculto entre las sombras. ¿Cómo había logrado conservar la entereza?, se preguntó, pero no tardó en comprender que quizá la muerte de Laura era la que lo había conducido a su estado misantrópico.

Lucas observó el taco de correspondencia de su amigo; las seis cartas que resumían años de difícil comunicación con Beatrice. Alargó el brazo y tomó las últimas. En éstas se detallaba un plan de salvamento; el mismo que, a grandes rasgos, le había comunicado Alonso. La italiana había logrado reunir un grupo de marineros y espadachines, aunque no detallaba cómo. También había logrado alquilar un barco, que estaría a su disposición en cualquier momento.

El plan era sencillo: ya que conocía la ubicación de la fortaleza donde su marido se encontraba, pretendía navegar a una zona segura, a unas 20 leguas al oeste, y esperar. Pero ahí, precisamente, era donde se encontraba el gran problema. Beatrice no era capaz de reunir dinero suficiente para conseguir un barco con el que atacar la fortaleza; de hecho, por la descripción de la mujer, Lucas pudo deducir que la nave de salvamento apenas debía ser más grande que una chalupa. Lo suficiente para adentrarse en mar abierto, pero no para llevar a cabo un ataque. Los hombres que viajaban a bordo no podían enfrentarse solos a todos los berberiscos. De este modo, el plan necesitaba de un esfuerzo por parte de los presos. Debían encontrar la manera de fugarse y correr hasta el punto de encuentro.

Lucas lo comprendió todo. Por eso Alonso necesitaba de su ayuda. Pese a que su amigo había logrado sobornar a uno de los carceleros para enviar y recibir correo, no había sido capaz de extender su influencia más allá de las mazmorras, algo que Lucas sí había conseguido… con Kamal. Por eso Alonso necesitaba que volvieran a reunirse, pero, ¿de qué modo iba a conseguirlo?

Tomó el resto de la correspondencia y la leyó por encima. En ellas no encontró más detalles relacionados con el plan de evasión, de modo que resolvió esperar a que, quizá, el carcelero sobornado le condujera a un segundo encuentro con Alonso. Éste, por su parte, continuó mostrándose tan esquivo a las miradas como siempre había hecho. Oculto en su rincón, ni siquiera emergió a la luz para tomar el rancho. Con Bashir se comunicó en un par de ocasiones, de forma tan breve y en susurros tan bajos que Lucas no logró comprender nada.

Aquella fue la tónica reinante durante tres días monótonos; tres días de espera. Al cuarto, sin embargo, los presos recibieron una visita.

Lucas dormía cuando lo despertó un revuelo generalizado; aunque expresado mediante susurros y leves movimientos, la evidente tensión que corría entre los presos lo hizo desperezarse con rapidez. Apenas se había incorporado de su jergón cuando Miguel lo puso al corriente:

—Imarán viene —anunció, tomándolo del brazo con una mano sudorosa.

El segundo del capitán bajaba a las mazmorras con el látigo en la mano, según habían comunicado los presos más cercanos a la entrada. Se había detenido a conversar con uno de los guardias, lo que había dado tiempo a que la noticia se extendiera por todo el primer bloque de celdas.

—Viene por uno de nosotros. Seguro —vaticinó Rolf; debido al miedo, su acento germano era mucho más evidente—. ¿Para qué iba a bajar hasta aquí si no fuera por eso?

—Hace meses que no lo veíamos —interpeló otro de los marineros.

Lucas quiso intervenir, poner sobre aviso a los marineros para que,

en caso de ser elegidos para la tortura, no dieran evidencias de sus padecimientos; pero no tuvo tiempo de hacerlo. Miguel, que había logrado introducir su pequeña cabeza entre los barrotes, la sacó velozmente y mandó silencio llevándose el dedo a los labios: Imarán se acercaba por el pasillo.

Se escucharon los pasos del torturador, hasta que su monstruosa figura apareció frente a la celda, estudió a los que allí había unos segundos, hasta que reconoció a Lucas.

—Abre aquí —dijo en árabe al carcelero de guardia.

Lucas se estremeció sólo de pensar que Imarán había decidido darle una nueva oportunidad a los azotes. Sin embargo, aquel pirata enorme ni siquiera entró dentro, sino que le hizo una señal a Lucas para que se acercara. Éste obedeció sumiso. ¿Quería Imarán conducirlo de nuevo al bloque de celdas del otro lado? Llevarlo junto a los napolitanos no sería igual de bueno que estar junto a sus compatriotas, aunque al menos no se encontraría solo.

Cuando llegó junto al segundo, éste dejó caer una de sus enormes manos sobre su hombro y lo empujó a la salida de las mazmorras.

—Te lo devolveré por la noche —le dijo al carcelero, y tomó la puerta que lo conducía al exterior.

Por primera vez en años, Lucas ascendió las escaleras que conducían de regreso al patio de armas. Allí se encontró una mañana típica de principios de octubre: el sol lucía con desgana, abriéndose paso a través de jirones de nubes oscuras. De vez en cuando, un golpe de viento recorría la fortaleza, llevando consigo los aromas del mar. Eran sensaciones que Lucas ya no recordaba, y cuyo nuevo contacto le trajo un recuerdo de libertad. Imarán lo llevó a otra puerta. Era un camino que Lucas no conocía. Al otro lado vio una pieza pequeña llena de cojines, con una mesa baja en el centro. Las paredes estaban decoradas con formas vegetales, pintadas sobre el yeso. En la pared norte había una puerta, taraceada con las mismas formas, que permanecía cerrada. Del otro lado llegaba un suave olor a incienso. En uno de los cojines, aspirando del tubo de una enorme pipa de agua fabricada en plata y jade, Lucas encap contró a Selim. El capitán aguardaba sentado con las piernas cruzadas. Su ojo sano lo saludó con aquella mirada de frialdad inhumana. Dio una última bocanada, y tras exhalar el humo, ordenó a Imarán que se retirara. El segundo obedeció y cerró la puerta que conducía al patio. Selim se puso en pie y dijo en árabe:

—¿En qué idioma prefieres que hablemos?

—Siempre preferiré hablar en castellano.

El capitán se colocó frente a Lucas, tan cerca que éste se sintió incómodo.

—Me mentisteis —declaró—. Tú y ese desgraciado… Baltasar.

Nunca olvidaré su nombre. Ambos tramasteis un engaño contra mí. No eres ningún médico. Sólo un charlatán que intentó vivir mejor que los demás. ¿Qué pretendías lograr con ello? Me asqueas. Te habría matado hace tiempo de no ser porque me sigue conviniendo que vivas.

Lucas no respondió, pero le habría gustado soltar a la cara de Selim todo lo que sabía sobre sus tratos con Jacobo Balius. No obstante, lo respetaba demasiado como para atreverse. Probablemente el capitán lo quería con vida, pero no tanto como para ignorar un desafío a su honor.

—Nunca fuiste médico —continuó el berberisco—… pero sanaste a mis hombres, y a mi hermano. Dime, ¿cómo lo hiciste?

—Dios fue misericordioso conmigo.

—¡Querrás decir que Alá fue misericordioso con el enfermo!

—Con los dos.

Selim hizo una mueca. Desvió la vista a los cojines, meditabundo. Dio la espalda a Lucas, caminó hasta la puerta taraceada de la pared norte y agarró el pomo, aunque no abrió.

—De todas formas, los curaste. Tal vez no seas médico, pero tienes más experiencia en medicina que todos nosotros.

Y acto seguido dejó que Lucas viera lo que había en la habitación contigua. Una voluta de incienso fue la primera en aparecer. Al otro lado, Lucas descubrió que frente a él se abría una habitación pequeña con una cama estrecha pero robusta, pegada a una pared donde había una pequeña ventana cerrada. En el cuarto había también un armario ropero y un escritorio con un candil, tinta y algunos pliegos. Sobre la cama, arropado hasta el cuello, yacía Kamal. El muchacho había cambiado en aquellos años. Ahora era casi un hombre, con una hermosa barba rizada bien recortada. Sus facciones eran más angulosas y viriles; no obstante, su rostro se hallaba contraído por el dolor.

—Comenzó ayer —indicó Selim—. Padece los mismos dolores que lo atacaron la primera vez que lo atendiste, cuando os capturamos. Sánalo, como lo hiciste la primera vez.

—Pero sabes que no soy médico.

—Entonces reza para que sane, a tu dios o al mío. Más te vale que se cure, o morirás.

Kamal, que estaba consciente, dijo a Lucas en árabe:

—Amigo… —se llevó las manos al estómago y apretó los dientes.

Lucas se acercó hasta el enfermo, retiró la manta y le palpó el vientre. Esperaba encontrar los mismos síntomas que la primera vez, los cuales aún recordaba, pero no encontró nada que evidenciara la misma dolencia. Resopló. Si al menos conservara su libro de Galeno, tal vez, echando un vistazo a los apuntes que había escrito en sus páginas… pero entonces lo iluminó un presentimiento; se había dado

cuenta de lo que estaba sucediendo *en realidad*.

—Kamal, ¿qué es exactamente lo que te sucede? —inquirió, usando un árabe que llevaba mucho sin practicar.

—Tengo fuertes dolores de estómago. Me van y me vienen. No puedo retener ninguna de las comidas, aunque conservo el apetito. Eso es lo que he observado, desde que enfermé ayer.

—Necesito pensar —dijo Lucas, dirigiéndose a Selim—. Si pudiera regresar mañana…

—¿Pensar en qué? —preguntó el capitán.

—Si me va la vida en ello, no quiero tomar una decisión a la ligera. Mañana por la mañana ven a buscarme. Tendré la solución.

Algo dudoso Selim terminó aceptando la propuesta. Llamó a Imarán para que condujera a Lucas hasta su celda y ordenó que volviera a buscarle la mañana siguiente. Aquella noche, justo cuando se producía el cambio de guardia, Lucas, aprovechando que los centinelas conversaban con sus sendos relevos junto a la puerta, llamó la atención de Alonso.

—¿Qué le sucede a Kamal?

El otro tardó en contestar, pero finalmente su voz surgió desde el rincón oscuro.

—Intoxicación por envenenamiento.

—¿Qué ha sido envenenado?

—Su comida. Ordena que repose en ayunas y se curará… si es lo que deseas.

Lucas ya presentía cómo se había desarrollado aquel plan: sin duda, Bashir, el guardia al que Alonso sobornaba, era quien había envenenado al hermano del capitán.

—Lucas, ya tienes lo que necesitabas. Reduce las comidas y Kamal irá recuperándose poco a poco.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Ya sabes lo que debes hacer. Convéncelo. A ti te guarda un cariño especial, más ahora que vas a curarlo por segunda vez. Él es nuestra esperanza para escapar. No desaproveches esta oportunidad. A Bashir le resulta muy complicado acceder a la comida.

—No sé si puedo.

—Claro que puedes.

—No sé si debo… —dijo Lucas, pero en voz baja, sólo para qué él lo escuchara, para hacer despertar su conciencia.

Aquella noche él también comenzó a notar un punzante dolor de estómago; no por intoxicación, sino a causa de sus remordimientos. Buscó un jergón que estuviera pegado a la pared y se echó allí, entretenido en las rascaduras que los presos habían dibujado sobre la piedra, incapaz de conciliar el sueño. Sin embargo, cuando a la mañana siguiente Imarán acudió en su busca, Lucas se dejó guiar, listo

para comenzar con la única mentira que podía conducirlo de regreso a su hogar.

XXV

Tras sucesivos encuentros con Kamal, Lucas comprobó que volvían a concedérsele algunos privilegios. No regresó a su habitación, en la torre, pero le entregaron nuevas prendas con las que renovar su ya envejecido vestuario. También pudo disfrutar de breves instantes de libertad exterior; cuando salía al patio de armas, de camino a la habitación de su paciente, se permitía un minuto de retraso y se entretenía contemplando el cielo, o bañándose con la suave calidez del sol otoñal. Los centinelas lo observaban, pero ninguno le reprochó sus demoras.

Desde el principió se mentalizó para seguir el plan de fuga propuesto por Alonso; así, pospuso la completa recuperación de Kamal hasta que su confianza con el joven se encontrara completamente restablecida. Ordenó que le redujeran las comidas, en frecuencia y cantidad, pero no el ayuno completo. De este modo el hermano del capitán sufría esporádicas recaídas que hacían necesaria la visita del doctor y, al mismo tiempo, iba experimentando una mejoría progresiva respecto a su estado inicial, lo cual dejaba conforme a Selim. Al principio, tal manejo del bienestar de Kamal no hizo demasiada mella en la conciencia de Lucas, quizá porque su amistad llevaba dos años anquilosada; pero a medida que los lazos fueron reafirmándose, también fue haciéndolo un sentimiento de culpa. Aquella enfermedad era una treta, y la amistad con el enfermo un medio para escapar. Verdades ambas que comenzaron a torturarlo después de cada visita.

No obstante, todavía era mas fuerte su necesidad de volver a la patria, ver a su esposa y visitar la tumba de su hijo. Por otro lado, había otro detalle que, al percibirlo, disipaba sus dudas sobre tener a Kamal de aliado para la fuga: cuando tenía oportunidad, el joven hablaba mal de su hermano.

Era evidente que experimentaba hacia Selim un respeto temeroso, pero a la vez existía un odio visceral, producido tras años de maltrato. Kamal. Tal y como presentía Alonso, una propuesta lanzada mediante las palabras adecuadas podría conmoverlo lo suficiente como para transformarlo en aliado.

La oportunidad llegó una tarde de noviembre. Tras casi cuatro semanas de conversación, Kamal y Lucas habían tenido tiempo de relatar cuanto les había sucedido en los dos últimos años. El joven describió la forma en la que su hermano lo había amenazado con la muerte. Algunos piratas habían delatado sus frecuentes visitas a las celdas de los presos. Ninguno sabía que la razón de las mismas era llevar el correo entre Lucas y Baltasar, pero la sospecha fue suficiente

como para que Selim lo amenazara con ensartarlo en una estaca si encontraba un atisbo de que se estaba haciendo cristiano.

—Y sin embargo —declaró el joven aquella tarde, durante la visita de Lucas—, lo temo más a él que a la posibilidad de volverme a otra religión.

Ambos conversaban en la pequeña habitación del joven. Kamal había dejado abierta la ventana, de forma que desde fuera entraba un frío que a ratos erizaba la piel. Lucas se encontraba de pie frente a la puerta. Al escucharle aquellas palabras, pegó la oreja a la madera taraceada y prestó atención al exterior. Sabía que Imarán montaba guardia fuera, y como hablaban en árabe, podría llegar a enterarse. Entreabrió la puerta y buscó alguna presencia en la habitación de los cojines. No había ni rastro del torturador. Éste debía encontrarse en el patio de armas, probablemente.

—Nunca nos has temido —contestó al fin, cerrando la puerta—. El odio que tu hermano profesa hacia nosotros no está en ti. Eso te hace diferente… mejor.

—No sólo es mi hermano el que odia. Me temo que muchos cristianos nos matarían sin dudarlo.

—Lo sé. Yo lo habría hecho en el pasado. Baltasar me hizo cambiar de opinión.

Kamal sonrió cuando el fraile vino a su memoria y dijo:

—Él pensaba de forma distinta.

—Contemplaba con idéntica misericordia a cristianos y musulmanes. Sabía que todos buscaban al Creador de todo corazón. Pensaba que las religiones eran, en demasiadas ocasiones, un motivo para el tropiezo, así que decidió no confiar en ellas. Él mismo abandonó su religión para concentrarse únicamente en la búsqueda de Dios.

—Eso me gustaría hacer a mí —dijo Kamal.

Lucas comprendió que era el momento de armarse de valor y proponer a Kamal la fuga, empleando las palabras que el joven necesitara escuchar.

—¡Pues hazlo! —dijo, apretando el puño.

—¿Cómo?

—Busca a Dios, de corazón, no obligado por la religión bajo la que has nacido. Yo mismo lo estoy haciendo. ¡Ya no me considero ligado a la iglesia de Roma!

—¿Eso qué significa?

—No lo sé con seguridad. Sólo busco a Dios. Intento comprenderle, no sujeto a los dogmas creados por los hombres. Sin ellos, tú y yo somos iguales. ¡Esos dogmas son los que nos enfrentan, Kamal!

—Ojalá fuera tan fácil para mí. Pero si hiciera algo así, sería ejecutado.

—Hazlo; transforma tu vida… pero no dentro de estos muros.

El joven, que miraba por la ventana, dio un respingo y observó velozmente a Lucas con una expresión de incertidumbre; acto seguido dejó su puesto y de un salto se colocó frente a su interlocutor.

—¿De qué hablas? ¡Estás loco! —declaró en un susurro ronco, que dejaba ver un pánico exacerbado a que su conversación estuviera siendo escuchada desde el otro lado de la puerta.

—¡Nada más lejos, Kamal! Tengo un plan para salir, para abandonar esta tierra, pero necesito tu ayuda… ¡ven conmigo!

—¿A tierras de cristianos? ¿Tienes idea de lo que me harán cuando sepan de dónde vengo?

—¿Acaso no es peor tu estancia en este lugar? Creo que estarás mejor fuera. Si escapamos, tendremos la oportunidad de buscar una solución, juntos. Si viajas a mi patria, yo y todos los presos declararemos que nos ayudaste en la huida. Serás perdonado, o al menos se consentirá que vivas entre nosotros. Estoy seguro.

—No… no puedo hacerlo.

—Tarde o temprano enfadarás a tu hermano, y éste ejercerá sobre ti un castigo que no serás capaz de soportar. Lo sabes. Él no te ama porque eres distinto, porque no odias.

—Necesito que salgas de aquí.

El joven señaló a la puerta.

—¡Ayúdanos a escapar, amigo! —pidió Lucas.

Pero Kamal no respondió. Su dedo continuaba apuntando, tembloroso, hacia la puerta. Lucas resolvió marcharse. A pesar de su rechazo, se dijo, el hermano del capitán podría haber reaccionado de forma mucho más airada, y no lo había hecho. Era evidente que en su interior germinaba la duda. Él ya no podía hacer más.

—Que dejen de darte de comer. Te curarás del todo en unos días —indicó, a modo de despedida, mientras abría la puerta.

Cuando Imarán lo condujo de regreso a su celda, susurró cuanto había sucedido a Alonso.

—Que Bashir deje de hacer su trabajo —concluyó, tras explicarle la reacción de Kamal.

—Se lo diré. Ahora sólo nos queda esperar.

La espera fue mas larga de lo que ambos hubieran querido. Pasaron los meses hasta que llegó el nuevo año, y con él una ausencia total de noticias. Sin embargo, a mediados de febrero, Lucas volvió a recibir la visita de Imarán. El torturador venía, como en el pasado, en calidad de escolta.

—El hermano del capitán ha enfermado de nuevo —dijo en un árabe ronco.

Y lo condujo hacia el exterior, de vuelta a los aposentos de Kamal. Una vez en ellos, Lucas descubrió que el joven lo aguardaba de pie,

rígido y tenso. Miraba por la ventana, pero sin prestar atención al paisaje. Lucas aguardó unos instantes junto a la puerta, una vez quedaron solos, esperando que Kamal iniciara la conversación. Éste se limitó a hacerle un movimiento con la mano para que se aproximara; acto seguido, le indicó que se asomara por la ventana. Ésta daba al acantilado. Bajo ellos quedaba una caída vertical, erizada de rocas puntiagudas. Soplaba un viento helado que arrastraba partículas de mar, tan frías que arañaban al contacto con la piel.

—Si os ayudo estaré perdido. Nunca podré regresar con los míos —comenzó el joven.

—¿Acaso sientes que éste es tu hogar?

—No, pero no hablo solo de esta fortaleza, sino de toda mi tierra, de mi gente. Si voy contigo, jamás podré volver.

—Y, sin embargo, quieres marcharte.

Kamal, que había estado todo este tiempo con la mirada perdida en el oleaje del Mediterráneo, se volvió hacia Lucas.

—Sí, pero viajar a tu patria no me liberará de esta sensación. Desearía poder irme lejos de este mundo, de esta vida. En esta existencia siento que jamás podré encontrarme cómodo.

—Ayúdanos, Kamal. Sé que deseas hacerlo.

—Tal vez lo que deseo es la muerte, amigo mío. Es lo que obtendré si os ayudo a escapar de esta fortaleza… pero lo haré.

Lucas abrió los ojos desmesuradamente, aunque se sintió incapaz de pronunciar una respuesta.

—Vuelve a tu celda —dijo su interlocutor—. Diré a Imarán que me has curado. Me pondré en contacto contigo, pero no ahora. Mi hermano se hará a la mar en primavera. Estad preparados para entonces.

Lucas asintió. Tenía la vista fija en los ojos enrojecidos del joven, pero cuando se separó de la ventana vio que éste le tendía la mano.

—Sólo lamento que Baltasar no pueda ser partícipe de esto —dijo Kamal.

—Nos ha ayudado a todos más de lo que piensas.

Cuando Lucas regresó a su celda, explicó lo sucedido a Alonso. Éste decidió que ya era hora de que Kamal y Bashir se conocieran. Su guardia sobornado haría de enlace con el hermano del capitán, y de este modo podrían estar mejor informados sobre el momento propicio para la huida.

—Pronto nos hallaremos muy lejos de aquí —prometió Alonso—. Ahora, informa a los demás marineros. Yo procuraré que Bashir hable con los presos napolitanos. Son más que nosotros; nos vendrá bien su ayuda.

De este modo, los meses que siguieron al encuentro con Kamal fueron empleados en preparar la fuga. Bashir se las arregló para

comunicarse con los napolitanos del otro bloque de celdas. Estos se mostraron completamente dispuestos a participar. Su líder, el capitán del galeón en el que viajaban, llamado Alessio, juró que él y sus hombres darían la vida si fuera necesario con tal de facilitar la escapatoria de cualquier preso. Se había enterado de que la fuga había sido preparada por una napolitana y deseaba agradecérselo personalmente. Alonso, por su parte, pidió a Bashir que lo informara detalladamente sobre la disposición de las puertas en la fortaleza, las posibles salidas, las rondas de los centinelas y el número de éstos. También le dio órdenes que transmitir a Kamal: hacerse con todas las armas que pudiera y esconderlas para el día señalado. Sin embargo, al hermano del capitán le estaba reservada otra tarea de mayor importancia: era necesario que elaborara una excusa convincente con la que entretener a los guardias cuando llegara el momento de escapar, una tarea que únicamente Kamal, gracias a su parentesco, podía realizar. Alonso albergaba sus dudas; el hermano del capitán no parecía disfrutar del respeto que convenía a su posición; por desgracia, no tenía más remedio que confiarle todo el peso del plan de fuga. Si Kamal fracasaba, los marineros del *Gorgón*, débiles y pobremente armados, se las verían con, al menos, la mitad de los soldados de la fortaleza.

Llegada la primavera, Bashir le anunció que Selim había salido con sus hombres. El hijo de los Márquez tomó papel y tinta y escribió apresuradamente a su esposa para que dispusiera la expedición que debía ir a buscarlos.

Dieciocho días después los presos notaron a Bashir algo más nervioso que de costumbre. Caminaba a paso desigual haciendo las rondas, miraba de reojo a las celdas de Alonso y Lucas, y luego al pasillo, a su compañero de guardia. En un momento, cuando supo que éste no le oiría, acercó rápidamente su rostro a la celda de Alonso y murmuró.

—*Amanhã à noite.*

Y luego, avanzando con rapidez hasta la celda de Lucas, dijo lo mismo a los marineros que había allí. Los que todavía estaban despiertos perdieron cualquier rastro de sueño, poseídos por una tensión que apenas les permitió quedarse en el sitio el resto de la noche.

—«Mañana por la noche» —tradujo Francisco, y añadió—: No despertemos a los que ya duermen. Necesitamos el mayor número de hombres descansados. Se lo diremos al amanecer.

Y así fue. A la mañana siguiente la noticia voló entre los presos. Cuando supo que aquel sería su último día de cautiverio, Lucas se ocupó en una tarea que le llevó más tiempo del requerido, quizá por lo nervioso que se encontraba: buscó entre sus ropas viejas el lugar

más seguro que pudo encontrar. Deseaba que tanto su propio diario como las confesiones de Baltasar se encontraran lo más protegidas posible. Al fin, resolvió meterlas en el interior de sus botas, la parte de sus vestiduras que mejor se conservaba y donde, suponía, los escritos se encontraría protegidos de lo que pudiera suceder una vez iniciara su escapatoria.

A la caída de la noche la impaciencia entre los presos fue en aumento. Se movían de uno a otro lado, inquietos, o rezaban encomendando sus vidas a la Providencia, repitiendo mecánicamente el Salve hasta que se les secaba la lengua. Unos pocos se dedicaron a realizar ejercicios para desentumecer los músculos, entre ellos se encontraba Rolf, el carpintero.

—Tendremos que luchar, y correr. Llevamos mucho tiempo aquí metidos —dijo, flexionando las piernas.

A Lucas le pareció que aquélla era la opción más sensata, de modo que le imitó. Así se mantuvo entretenido hasta la medianoche. Para aquel entonces, los presos habían quedado en suspenso, pendientes a cada murmullo procedente desde la puerta que daba al exterior.

Varias horas después, Kamal descendió a las mazmorras. Los presos escucharon que hablaba con los dos vigilantes.

—¿Qué dice? —quiso saber Francisco.

—No puedo escucharles con claridad —dijo Lucas, que se había aproximado a los barrotes de su celda.

De repente les llegó el sonido de unos golpes, y el característico silbido que realiza una hoja al ser desenfundada. Las voces se hicieron más claras.

—¡Está ordenado a los guardias que entreguen sus armas! —tradujo Lucas.

—Ya ha comenzado —declaro Miguel, con la mano en el pecho, palpando su cruz invisible.

—Todos preparados. Encomendaos a Dios si aún no lo habéis hecho —recomendó Francisco a los marineros, algunos le obedecieron.

Lucas también sintió la urgente necesidad de rezar, pero quería esperar al último momento, cuando saliera de su celda y con un arma en la mano, dispuesto a abrirse paso entre los piratas para escapar de la fortaleza, de modo que esperó.

Al poco, Bashir apareció junto a ellos. Llevaba un alfanje en su mano diestra y el manojo de llaves de las celdas en la otra. Las llaves le temblaban tanto que necesitó varios intentos para abrir la puerta de Alonso. Éste emergió de entre las sombras con un color tan sano y una mirada tan resuelta que no parecía haber estado recluido durante años en una soledad voluntaria. Sonrió a Bashir cuando pasó junto a él y le indicó con un rápido movimiento de cabeza que continuara liberando a los marineros. El berberisco le pasó el alfanje y se apresuró a

obedecer. En un momento, todos los presos de ambos bloques habían sido liberados.

Cuando Lucas salió, pudo comprobar que Kamal montaba guardia junto a la puerta de las mazmorras. A su lado había dos sacos abiertos, los presos sacaban de ellos alfanjes, espadas cortas, estiletes y cuchillos; armas que nadie echaría en falta, y que se guardaban en los almacenes de la fortaleza. Por desgracia, entre ellas no había ninguna de fuego, ni siquiera una ballesta. Al reconocerle, el joven hermano del capitán le saludó apretando los labios.

Los marineros se colocaron en fila de a dos a lo largo del pasillo. Alonso, que venía de conversar con el jefe de los napolitanos, se colocó por delante de Lucas y le pasó una espada ropera.

—Es la mejor arma que he podido conseguir para ti.

—¿Tú pelearás con ese alfanje?

—No estoy acostumbrado a su peso, pero me apañaré. Ya sabes que soy mejor espadachín —admitió con una sonrisa.

Los presos se agazaparon en el pasillo pendientes de la puerta de salida, con sus armas dispuestas, listos para saltar al exterior en el momento en que Kamal lo indicara.

—El hermano del capitán ha hecho su trabajo —dijo Alonso—. Bashir me ha contado que ha logrado engañar a los piratas. Ha ordenado vaciar de vino la despensa para que lo bebieran, defendiendo que la orden procedía directamente de Selim. Al parecer, los berberiscos le han creído cuando ha explicado que Selim había comenzado a dejarle a cargo de ciertas tareas, ahora que había dejado de ser un muchacho. ¿Qué te parece? A estas horas, salvo los centinelas, todos los berberiscos deben estar completamente borrachos.

Lucas sonrió.

—Por cierto —continuó Alonso—, vengo de ver a los napolitanos. Son cincuenta y siete hombres. Están débiles; les han racionado mucho la comida, pero nos servirán.

—Y diecisiete nuestros, setenta y cuatro —calculó Lucas—. ¿Cuántos piratas habrá fuera?

—Bashir dice que no más de quince. Están mejor armados y muchos hacen guardia en una posición por encima de la nuestra. Seremos un blanco fácil, pero si Kamal ha dejado fuera de combate al resto, podremos alcanzar las puertas sin dificultad.

Hubo un silencio. Lucas notó que su mano apretaba con fuerza el mango de la espada.

—Cuando salgamos —continuó Alonso—, pégate a mí. Tenemos que subir al adarve y abrir las puertas. No hay otra forma de salir. Una vez fuera, corre en dirección oeste todo cuanto te permitan las piernas, pero nunca pierdas de vista la costa.

Lucas asintió. De repente alguien mandó callar chistando con fuerza. Todos los hombres se agacharon. Al frente, Kamal indicaba con la mano que esperaran. Tenía la puerta entreabierta y oteaba las escaleras de subida por la estrecha rendija que quedaba. Era el momento, pensó Lucas, que había aplazado durante todo un día. Aflojó la presión sobre el mango de su espada ropera, cerró los ojos y musitó:

—Señor, si he logrado acercarme más a ti en estos años de cautiverio, deshaciéndome de la religión que me estorbaba, si de este modo he logrado que estés más contento conmigo, permite que salga esta noche con vida. Aparta de mí el filo enemigo y concédeme la libertad para regresar junto a los míos.

—¿Qué haces? —cortó su amigo.

—Me encomiendo a Dios. Alonso, creo que mis años de cautiverio me han servido para acercarme más a Él.

—¿Para acercarte más? Amigo, no te entiendo.

Alonso miró a su interlocutor de arriba abajo, como temiendo que se lo hubieran cambiado por otro idéntico.

—¿Recuerdas a Baltasar? —dijo Lucas—. El fraile de los mercedarios había comprendido que se acercaba más a Dios cuando se deshacía de las cadenas que imponía la religión, cuando buscaba una relación personal e interior con Él. Lo manifestó en sus confesiones. Yo decidí seguir sus pasos… y me he dado cuenta de que estaba en lo cierto.

Alonso frunció el ceño.

—Lucas, si no fuera por lo bien que te conozco diría que la cárcel te ha vuelto un alumbrado.

—No es eso, Alonso. En realidad…

De repente, la atención de todos los presentes se desvió a la mano de Kamal, que de indicar que esperaran pasó a moverse con rapidez de atrás adelante.

—Es la hora —dijo Alonso—. ¡Vamos!

Los marineros se pusieron en pie y comenzaron a moverse apresuradamente hacia la salida, detrás de Kamal. De fuera llegaba un frío que entumecía los músculos; no obstante, Lucas sintió que lo embargaba la tensión. Alcanzó la puerta y subió las escaleras. Una vez en el patio de armas descubrió una noche clara, iluminada por una luna grande y naranja, y por un número incontable de estrellas abigarradas sobre un cielo negro y sin nubes, igual que si alguien hubiera esparcido sal sobre un tapete negro. Kamal, para sorpresa de todos, se había detenido en mitad del patio de armas y miraba a su alrededor. Los hombres que le seguían aguardaban desconcertados.

—¿Qué sucede? —Oyó que alguien preguntaba.

—¿No lo ves? —contestó la clásica voz acentuada de Rolf—. Mira a

tu alrededor. No hay nadie. Ni siquiera los guardias.

XXVI

—¡Es una trampa! —gritó Alonso, al darse cuenta de que la puerta de salida permanecía entreabierta.

Su voz sirvió como desencadenante para que todos los berberiscos de la fortaleza salieran de sus escondites. Emergieron desde la puerta que daba al exterior, pero también desde la que llevaba a la armería y desde la que conducía a los aposentos de Kamal. Todos en tropel, bien pertrechados para el combate, y en número mayor al que estaba previsto. Ninguno se encontraba embriagado por los vapores del alcohol.

Desde sus tres puntos de salida, apenas les costó rodear a los prisioneros antes de que éstos tuvieran tiempo de reaccionar. En un momento habían quedado rodeados por más de ochenta hombres. Entre ellos se abrió paso Selim. Su aspecto era más aterrador que nunca. Iba vestido con la armadura que utilizó en el asedio al *Gorgón*. La palabra árabe sobre la celada de su yelmo recibía el reflejo carmesí de la luna.

—Me has traicionado —susurró con voz áspera a Kamal, en árabe—. He tenido que fingir una salida al mar para ver cómo corrías en pos de tus amigos cristianos.

Luego centró su atención en Lucas, pero cambió al castellano.

—Somos más y estamos mejor armados —dijo fríamente—. Rendíos y sólo castigaré a los artífices de esta fuga.

Los marineros quedaron en silencio, salvo por unos susurros que, a retaguardia alguien se encargaba de traducir a los italianos.

—No os mataremos —insistió Selim—. Todavía aguardamos vuestro rescate. Nos interesáis con vida.

Alonso, que se había colocado cerca de Lucas, le habló al oído.

—Bien lejos está nuestro rescate de sacarnos con vida de aquí.

—Vamos a morir, Alonso.

—Estamos decididos a ello, Lucas.

Éste miró a los marineros que lo rodeaban. Cerca de allí, Miguel, armado con un *main gauche*, le devolvió un asentimiento que expresaba todo su deseo por continuar adelante. Miguel no era un hombre de quien se esperara valor, pero sus ansias de libertad, especialmente cuando ésta se hallaba tan cerca de su alcance, sin duda nublaban su temor a la muerte.

—Acercaos quienes de entre vosotros no queráis luchar —dijo Selim.

Seis marineros napolitanos dejaron caer sus armas y se acercaron hasta el grupo de berberiscos. Al punto, dos hombres del *Gorgón* les imitaron.

—¡Lucas! —dijo Alonso—. Si vamos a seguir adelante, no dejes que nuestros hombres se lo piensen o quedaremos solos en el patio de armas.

Lucas continuaba observando a los hombres de su alrededor. A su derecha encontró la figura empequeñecida de Kamal. El joven tenía la clara actitud de quien se ve derrotado. En su imprudencia, había creído a su hermano cuando éste manifestó irse a una nueva incursión, sin asegurarse de si el barco partía. El capitán debía haber acampado a las puertas y ordenado fingir a sus hombres. La hora también le había llegado a Kamal. Moriría, tanto si se quedaba como si decidía luchar.

De pronto le llamó la atención un nuevo detalle por encima de las hileras de piratas que los rodeaban. Rápidamente, se acercó al oído de Alonso y dijo:

—La puerta que da al exterior continúa abierta.

Concentrado en sorprender a los fugitivos, Selim y sus hombres se habían olvidado de cerrarla. Alonso abrió los ojos desmesuradamente.

—Puede que después de todo tengamos una posibilidad de salir vivos —dijo, mirando a Lucas con una media sonrisa.

Lucas también sonrió. Alzó su espada para que todos los hombres lo vieran, y señalando a la salida, gritó:

—¡A las puertas!

Los presos que aún no se habían rendido le siguieron con un rugido. Los berberiscos, por su parte, no esperaron a una señal de su capitán para reaccionar. Se escuchó una ensordecedora descarga de arcabuces y el patio de armas se lleno de humo y sangre; una docena de hombres cayeron en un instante, pero eso no sirvió para detener a los presos. Todos a una se lanzaron contra las puertas, abriéndose paso por entre los enemigos que cubrían ese flanco. Entre la neblina y el olor a pólvora chocaron las espadas y se mezclaron maldiciones. En el primer embate, Lucas se encontró forcejeando con un pirata, quien paró con su arcabuz el primer golpe de espada; luego dejó caer el arma e intentó desenvainar su alfanje, pero Lucas le agarró la mano y se apresuró a hundirle la espada en el vientre. A su izquierda, Bashir peleaba contra dos; un tercero apareció entre ambos y lanzó un tajo a la muñeca que sostenía su alfanje. Mano y arma cayeron al suelo, pero Bashir no tuvo tiempo para gritar de dolor, las espadas de sus otros dos oponentes le vaciaron los pulmones de aire al clavarse en su pecho.

—¡Cerrad las puertas! —era la voz de Selim, gritando en árabe—. ¡Qué no salgan de aquí!

—¡Pretenden atraparnos! —tradujo Lucas a los suyos—. ¡Impedid que lleguen hasta las puertas!

Se escuchó un nuevo grito desde el bando de los prisioneros, al tiempo que otra descarga de arcabuces llenó el aire a retaguardia. Los

piratas allí apostados tenían tiempo de alimentar sus armas de fuego y disparaban contra los napolitanos. Al frente, Rolf, Francisco, Alonso y otros seis hombres alcanzaron las puertas; se escuchó un golpe y éstas se abrieron de par en par dejando ver el exterior: la franja de tierra perlada de tomillo y el borde del acantilado a lo lejos, a la derecha, recortado contra la noche. Allí, sin embargo, los marineros encontraron una nueva sorpresa. Frente a ellos esperaba otro grupo de berberiscos liderados por Imarán. Apuntaban, rodilla en tierra, dispuestos a disparar contra lo primero que saliera de la fortaleza. Abrieron fuego contra aliados y enemigos. Francisco recibió tres impactos; uno de ellos en un ojo, que lo mató antes de que su cuerpo tocara el suelo. Una bala arañó el muslo derecho de Alonso, provocándole una herida que éste, inmerso en la batalla, ni siquiera notó.

Tras la descarga los berberiscos se lanzaron contra la masa sorprendida de fugitivos, aprovechando la sorpresa. El primer embate provocó varias bajas entre los marineros del *Gorgón*, pero estos no tardaron en contraatacar. La pelea se desarrollaba ahora entre las puertas, con la mitad de la contienda fuera y la otra mitad todavía en el patio de armas. Lucas había logrado abrirse paso y llegar al exterior. Ante él apareció la tierra pelada de aquella costa africana y, a lo lejos, el sendero que descendía hacia la playa. Pero no debía dirigirse hacia allí, sino al oeste, donde era posible ver los bordes del acantilado extendiéndose hasta donde la luna dejaba ver.

De repente una enorme mole se interpuso ante aquella visión. Imarán lo había encontrado entre la maraña de aliados y enemigos. Lo observaba con sorna; armado con espada y látigo, como si ya se felicitara por el buen momento que estaba a punto de disfrutar. Lucas por su parte, no se acobardó. Sentía tanto odio por el torturador como éste ganas de despacharse a gusto sin prohibiciones de su capitán; de modo que ambos iniciaron el combate liberando todas sus energías contra el otro. Imarán fue el primero en llegar, pero Lucas, que luchaba más con un estilo de esgrima que con la fuerza bruta, lo esquivó con una ágil finta y lanzó una estocada a su flanco. El segundo no tuvo tiempo de esquicap varla, de modo que la hoja se abrió paso a través de la carne, en un largo tajo a la altura de los riñones, aunque poco profundo. Imarán emitió un grito de cólera, pero a la vez que se daba la vuelta tomó impulso con la mano que sostenía el látigo. Éste restalló en el aire y alcanzó a Lucas en el cuello. La mordedura fue tan violenta que le hizo perder el equilibrio. Imarán, aprovechándose de la situación, volvió a cargar. Lucas apenas pudo resistir la embestida de su contrincante, mucho más pesado que él. Las espadas se cruzaron en el aire y se mantuvieron unidas unos instantes. El segundo, empujando con todas sus fuerzas, aprovechó para sonreír

cuando su rostro quedó a escasa distancia del de Lucas, dejando que la baba le resbalara por sus labios belfos, como si pudiera saborear la muerte que pensaba procurarle. Pero su contrincante no estaba dispuesto a rendirse; no después de todo lo que había sufrido a manos de aquella bestia. Apretó los dientes, soltó un gruñido y asestó una patada a la rodilla de Imarán, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban. Se oyó un chasquido, y el segundo dejó de presionar para retroceder, aullando de dolor. En su rodilla, a juzgar por el feo bulto de su pantalón, quedó patente que Lucas lo había descoyuntado. Imarán trastabilló y cayó boca arriba sobre la tierra. El golpe contra el suelo le hizo perder las armas. Quiso alcanzar su látigo, que no había quedado demasiado lejos, pero Lucas le pisó la mano y sin detenerse le clavó el hierro en el pecho. Imarán gorgoteó una serie de maldiciones, inaudibles a causa del bullicio. Intentó escupir, pero las fuerzas lo abandonaban con tal rapidez que de sus labios sólo emergió un coágulo de sangre mezclado con saliva. Miró a Lucas con una clara expresión de odio, tembló de arriba abajo un instante, y murió.

Cuando alzó la mirada, Lucas vio que el camino estaba despejado. Los marineros habían reducido a los piratas que esperaban en el exterior y algunos ya corrían, en busca de un escondite que les perdiera de vista.

—¡Es nuestra hora, vayámonos! —escuchó que le gritaba Alonso, no demasiado lejos.

Miró a su espalda. En el patio de armas seis napolitanos cubrían la huida de sus compatriotas, enfrentándose a casi veinte soldados berberiscos. Al frente de ellos, Alessio combatía con una furia implacable, mientras el enemigo cerraba filas a su alrededor. En la puerta descubrió la estremecedora figura de Selim. El capitán tenía la armadura cubierta de sangre ajena, lo que le daba un aspecto aún más aterrador. Cebaba un arcabuz.

—¡Lucas! —insistió Alonso.

El aludido reaccionó. Dio un salto por encima del enorme cuerpo de Imarán y corrió en dirección oeste, pero a la vez adentrándose en el interior, en busca de una cobertura que aún se encontraba muy lejos. Los marineros que corrían a su lado se dispersaron en todas direcciones para dificultar la persecución de los piratas. A su lado, Miguel escapaba a una velocidad inusual para alguien de su estatura. En su mano empuñaba su *main gauche*, ensangrentado hasta la cazoleta. A medida que su carrera fue alejándolo de la fortaleza, los gritos y el sonido metálico de la batalla se hizo más difícil de percibir; en su lugar se abrió paso el siseo de la brisa al pasar entre los matorrales; el oleaje, a su derecha, y el sonido de su propia respiración jadeante. Miró a su espalda. Algunos piratas los perseguían; otros continuaban enzarzados en el combate contra los

presos más rezagados; pero unos cuantos estaban apostados, rodilla en tierra, apuntándolos con sus arcabuces.

—¡Separaos! —gritó, extendiendo los brazos—. ¡Abren fuego contra nosotros!

El eco multiplicó media docena de disparos. Lucas percibió un silbido a su izquierda, y al momento uno de los que corrían por delante de él cayó abatido. Era Kamal.

Cuando llegó hasta él, comprobó que el joven aún vivía.

—¡Kamal, levanta!

—No… no puedo mover las piernas —dijo el joven. Sus labios estaban teñidos de rojo. Bajo su espalda fue abriéndose camino un charco de sangre, negra y espesa.

—Kamal…

Lucas se arrodilló junto al moribundo. Varios marineros pasaron corriendo a su lado. Alzó los ojos al fondo, los berberiscos acortaban distancias. En la puerta de la fortaleza, descubrió que Selim levantaba su humeante arcabuz, tras abrir fuego contra su propio hermano.

—Ve… vete. Para mí ya es tarde, amigo —dijo Kamal en un esfuerzo.

La última palabra hirió a Lucas con el recuerdo de las que habían sido desde siempre sus intenciones hacia aquel muchacho; desde el principio, desde que Baltasar le llevara en calidad de médico para sanarlo. No, Lucas nunca había sido su amigo. Lo había utilizado para conseguir sus propósitos, para lograr lo que ahora era una realidad: la huida de la fortaleza. No podía dejar que Kamal muriera en la ignorancia. Necesitaba confesar la verdad, declarar hasta qué punto había fraguado su amistad en torno al interés.

—Debes saber algo —dijo, profundamente dolorido.

—¡No… debes escapar!

—Pero…

—Me lo dirás —declaró Kamal, tomando a Lucas de la mano—, allá, en la morada eterna donde al fin nos encontraremos, tú y yo. ¿No será así? ¿Acaso no habrá un lugar para mí al otro lado de la muerte, Lucas?

Éste asintió, y en ese momento el joven Kamal perdió las fuerzas de golpe. Se relajaron todos sus músculos, dejó caer la mano que tomaba la de Lucas, echó la cabeza para un lado y expiró observando el lugar en el que se unían mar y cielo.

El grito de los berberiscos hizo que Lucas reaccionara. Se levantó con velocidad y reanudó la carrera hacia el suroeste, al interior, pero sin perder de vista la ruta donde hallaría el barco hacia Castilla. Corrió durante media hora, reduciendo el ritmo sólo en ocasiones, hasta que dejó de escuchar gritos a su espalda. Había alcanzando una zona rocosa donde las piedras formaban estrechos senderos. Allí

aminoró la marcha; dejó las carreras y continuó a paso vivo. A su alrededor no había ningún marinero, ni napolitano, ni del *Gorgón*. Esa era la idea: separarse lo suficiente para que los berberiscos perdieran el tiempo, buscándolos de uno en uno, y así tener más posibilidades de escapar.

Al amanecer regresó a la playa. Llevaba varias horas caminando sin descanso, aunque había conseguido recuperar fuerzas, que reservaba por si fuera necesaria una última carrera. En la orilla, el acantilado había dejado paso a colinas suaves, cubiertas de arena, que se mezclaban con la zona llana de la playa. De vez en cuando aparecía alguna palmera solitaria, rodeada por matorrales que se cobijaban a su sombra. Las primeras luces de la mañana cubrieron el cielo de arreboles y de una calidez agradable que despejó el gélido viento nocturno. Al poco de caminar por la playa, Lucas se encontró con Rolf. El carpintero había sobrevivido, no sabía cómo, sin un solo rasguño.

—Apenas utilicé mi arma —explicó a Lucas, después de un efusivo saludo.

Todavía empuñaba el garrote que le había tocado en suerte.

—Al carpintero le dan un arma de madera —dijo, en un tono mezcla de queja y burla—. ¿Acaso pensaban que iba a ser menos hábil con una espada?

—No te quejes. Al fin y al cabo, has dicho que casi no has necesitado luchar.

—Pienso tallar algo en esta madera cuando estemos de camino a casa… no sé; una flauta. Siempre he querido tocar la flauta.

Y luego, mirando a Lucas de reojo, añadió:

—Ahora soy libre del todo. Libre de la cárcel, y libre como marinero.

Lucas no tardó en comprender a lo que Rolf se estaba refiriendo. Por alguna razón, y a pesar de tantos años preso, el carpintero continuaba pensando que el Peregrino era el dueño de su alma.

—No pienso volver a montar ningún barco —sentenció—. ¡Salvo en el que debe llevarnos a casa!

No habían caminado ni una hora juntos cuando, a lo lejos, en una cala, divisaron las velas cuadradas de un barco español. Corrieron hacia allí llenos de júbilo. Cerca vieron a más hombres; napolitanos y del *Gorgón*. Allí Lucas se reencontró con Miguel, con Alonso y con más de treinta presos. Esperaban su turno para montar en la balsa que los conducía a bordo. Por desgracia, de los setenta y cuatro habían llegado poco más de treinta. La pelea contra los berberiscos, arrinconados y en inferioridad, había dado como resultado una verdadera sangría.

—Lo hemos logrado —dijo Alonso abrazándose a su amigo—. Regresamos a la tranquilidad de nuestros hogares, con nuestras

esposas. Pero no podríamos haberlo hecho sin tu ayuda.

—Dios nos ha permitido salir. Es a Él a quien debes agradecérselo.

Alonso hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Cuando les tocó montar en la balsa, ambos remaron hasta el barco.

—Alonso —dijo Lucas, mientras todavía se encontraban a medio camino del barco—. Recuerdo las palabras que me dijiste cuando nos apresaron.

Su amigo no dijo nada.

—Dime —continuó Lucas—, ¿queda en ti algo de todo aquel rencor? ¿Qué sucederá cuando lleguemos a Salamanca?

—No vamos a Salamanca. Nuestras familias se han trasladado.

—¿Trasladado?

—A Madrid.

Lucas arrugó el entrecejo, confundido; Alonso sonrió.

—Todo ha cambiado. Todo es diferente ahora, amigo.

XXVII

El interior del ataúd se agitó con una fuerte sacudida y Lucas, al golpearse contra las paredes, volvió al presente. Había un fuerte ruido a su alrededor, el que producía el carro al circular a gran velocidad por las calles adoquinadas. Uno de los caballos relinchó; los demás bufaban a causa del sobreesfuerzo. Una voz le llegó desde la esquina nororiental de su ataúd; para su sorpresa, descubrió que los músculos del cuello le obedecían, pues fue capaz de girar la cabeza en aquella dirección.

—¡Tranquilo, Lucas! —creyó oír.

No obstante, se hacia difícil escuchar nada, pues cualquier sonido era amortiguado por la caja que lo encerraba.

El carro dio otro bandazo, tan violento que Lucas notó que se inclinaba exageradamente; luego, el ruido que producía al circular sobre la calle adoquinada se cambió por otro menos estrepitoso. Corrían por tierra, aunque para Lucas resultó imposible adivinar en qué parte de Madrid se encontraban, o si ya habían dejado la ciudad.

La voz volvió a surgir.

—¡Aguanta, ya salimos!

Se escuchó un chasquido, y al punto otro de los caballos volvió a relinchar. El terror y la tensión de Lucas iba en aumento; quizá por eso era más dueño de sí. Su brazo derecho le respondía hasta el hombro. Lo levantó e hizo fuerza contra la tapa del ataúd, aunque no consiguió levantarla; la habían clavado. Entonces notó que una nueva inquietud se agitaba justo en el centro de su pecho; presionaba contra sus pulcap mones produciendo una sensación semejante a la que experimenta un brazo dormido: picaba y punzaba al mismo tiempo; se hacía difícil de soportar. Se llevó la mano al pecho; se hinchaba con una respiración agitada, aunque leve. Apretó los dientes con fuerza, dejó que una gran cantidad de aire llenara sus pulmones. Su pecho se hinchó, dispersando la sensación que lo oprimía. En ese momento, Lucas abrió la boca.

—¡¡Socorro!! —gritó con todas sus fuerzas.

¡Podía hablar, al fin! No se había percatado, pero su respiración había sido muy débil durante el tiempo que había estado paralizado; por eso el médico lo había dado por muerto. Ahora, sin embargo, era capaz de respirar con normalidad, y no sólo eso, sino que comenzó a inhalar y exhalar profundamente.

—¡Ayuda! —gritó, tras llenar otra vez sus pulmones.

De pronto, el carro se detuvo en seco. Los caballos piafaron. Escuchó que alguien se bajaba del pescante y, de un salto, caía en la parte de atrás, donde se encontraba su ataúd. Acto seguido, el filo de

una espada penetró por el lateral derecho, justo bajo la tapa. Comenzó a moverse arriba y abajo, haciendo palanca, hasta que los clavos comenzaron a soltarse. Lucas también ayudó, golpeando con su brazo derecho. La luz entró con más fuerza a medida que la tapa fue desclavándose, hasta que se abrió con un fuerte golpe, dejando que entrara un fulgor deslumbrante. Lucas no tuvo más remedio que cerrar los ojos. Extendió el brazo e intentó buscar algo a lo que asirse cuando, de repente, lo tomaron de la mano.

—Ya estás a salvo, amigo —le tranquilizó aquella voz.

—¿Quién eres? —preguntó Lucas; todavía era incapaz de abrir los ojos.

La mano que lo tomaba tiró con fuerza y logró incorporarlo. Poco a poco, sus pupilas lograron acostumbrarse a la luz. Apartó lentamente la mano y miró al hombre que tenía delante.

—¡Lázaro!

—Te dije que te sacaría.

Lucas intentó reconocer dónde se hallaban. No le hizo falta esforzarse demasiado, pues, aunque se encontraban en mitad del campo, Madrid era perfectamente visible hacia el norte, donde podía apreciarse el barrio de las Tenerías. A su espalda, el Guadarrama discurría con sosegada parsimonia.

—¿Qué es lo que me ha sucedido? —preguntó al capitán del *Gorgón*.

—Fue necesario fingir tu muerte para que no terminaran de verdad con tu vida. Corrías gran peligro. Por un momento incluso pensé que había fracasado. Te vi caer de aquel tejado, con la espada de Alonso clavada en las tripas, y temí lo peor. Por eso bajé a la cripta donde te velaban, para cerciorarme de que aún respirabas. Por desgracia no me fue posible rescatarte entonces. Ha sido necesario esperar al último momento, a que te sacaran de la cripta, para hacerme contigo. Sin embargo, ahora que Alonso me ha visto con vida, no le resultará difícil deducir que tú también podrías resucitar… no tenemos tiempo que perder.

—¿Cómo lograste hacerme pasar por muerto?

Lázaro sonrió. Se llevó la mano al interior de su jubón y extrajo un pequeño vial que contenía una pequeña porción de un líquido rojizo.

—Existe en Perú una araña cuyo veneno causa parálisis al contacto. Ese mismo veneno, si se trata adecuadamente, provoca un estado similar al de la muerte a quien lo ingiere. Yo mismo lo tomé en el *Gorgón* cuando los berberiscos nos invadieron; y te lo di a ti cuando supe que pretendían matarte.

Lucas miró a su amigo, sorprendido. Al fin y al cabo, parecía que no todas las leyendas sobre el Peregrino eran falsas. El capitán conocía curiosos secretos.

—No siempre viajé a las Indias para hacer dinero —dijo éste

guiñando un ojo a su interlocutor—. Pero no nos demoremos más. Tengo un contacto, dueño de una venta, varias leguas al sur. Si llegamos allí antes de que anochezca estaremos seguros. ¿Puedes cabalgar?

Lucas ya notaba un leve picor en las piernas, a la altura de las rodillas; sin embargo, no tenía sensibilidad suficiente para mantenerse erguido a lomos de un caballo.

—No creo que pueda —respondió, frotándose las pantorrillas con el único brazo que le respondía.

—Está bien. No me hace gracia utilizar el carro, pero veo que no hay más remedio. Quitaré los adornos funerarios y el ataúd, a ver si conseguimos pasar desapercibidos.

Y, mientras Lucas salía de su féretro con dificultad, el Peregrino comenzó a quitar los penachos de los caballos.

—¿Qué planeas hacer cuando lleguemos a la venta? —dijo al capitán mientras se alcanzaba el pescante.

—Tengo allí guardados algunos documentos —hizo una pausa, que aprovechó para llenar sus pulmones—. Lucas, durante los años que has sido prisionero he podido investigar la conjura que se elaboró a costa de nuestras vidas. Te contaré cuanto sé durante el viaje: cómo logré regresar a Castilla y cómo descubrí a quienes nos traicionaron; no obstante, has de saber que el final de mi historia guarda malas noticias.

—A estas alturas, me temo que nada más pueda sorprenderme.

Lázaro asintió y, de un salto, se colocó junto a Lucas. Luego, fustigando a los caballos, viró al sureste, rumbo a la venta donde guardaba el último secreto.

La noticia sobre la evasión de los presos del *Gorgón* voló hasta Madrid antes de que llegara el barco que los conducía de vuelta a Cartacap gena. Balius, quien acostumbraba a mantener una expresión relajada, fue poseído por un miedo atroz que a lo largo de varios días le impidió modular su voz al tono acostumbrado. Explicó a Margarita la situación, rascándose los dedos de ambas manos, mordiéndose los labios de cuando en cuando y secándose el sudor de la frente. La mujer de Lucas, por su parte, escuchó con horror cuanto se le venía encima. ¿Cómo explicar su cambio de domicilio? ¿O el hecho de que su hijo hubiera desaparecido? Toda la vida que había construido a su

alrededor se desmoronaba, y el tiempo para elaborar una excusa era cada vez menor, a medida que el barco de su esposo se aproximaba a las costas españolas.

Entretanto, Beatrice aguardaba con expectante delectación. Aquel misterioso capitán, Lázaro de Montesinos, había cumplido su promesa. Los presos regresaban de vuelta, sanos y salvos. Beatrice no veía el momento de volver a reunirse con su marido y ver cómo Alonso ponía las cosas en orden cuando ella le explicara el engaño que Jacobo Balius y Margarita habían perpetrado. Sabría hacer justicia, y Lucas también. Ambos, a su regreso, conocerían la verdad y darían un justo castigo a los culpables.

Por desgracia, Beatrice ignoraba lo que tramaba Alonso en su interior. Durante su viaje por el Mediterráneo, el hombre había permitido que volvieran a tomar fuerza sus apetitos amatorios; la promesa que le hiciera Margarita, más de cinco años atrás, estaba a punto de cumplirse al fin: Alonso regresaba con Lucas, lo traía de vuelta, tal y como había prometido que haría. A cambio tendría a quien había deseado desde su juventud, durante toda su vida. Al fin le sonreía el destino, al fin iba a tener lo que merecía su condición.

Mañana y tarde, Alonso se apoyaba sobre la baranda de estribor y observaba el horizonte, buscando ansioso las costas de la Cristiandad, donde su amada, con toda seguridad, ya lo esperaba con la misma impaciencia. Igual que le sucediera durante las prisiones, su cabeza se inundó de obsesiones y fantasías. Reprodujo encuentros llenos con una pasión desaforada, en los que, al fin dueño de Margarita, poseía su cuerpo inuncap dado de una rabia lujuriosa. Aquellas evocaciones resultaban tan vívidas, tan gratificantes, que Alonso no quiso entretenerse en nada más. Los demás marineros intentaron invitarle a las fiestas nocturnas, o entablar conversación durante el día, pero Alonso los ignoró a todos, incluso a Lucas. Gracias a su amigo había logrado escapar, pero ahora ya no necesitaba nada de él; es más, volvió a sentir una envidia corrosiva que poco a poco le impidió hallarse en la misma zona del barco que su amigo. Imaginaba la forma de deshacerse de él antes de alcanzar el puerto, soñado que organizaba un encuentro a medianoche, sin nadie más en cubierta, y lo arrojaba por la borda. Por desgracia, no podía matarlo; no era lo que pedía Margarita. Ella deseaba que su esposo regresara con vida; Alonso no tenía más remedio que aguantar su presencia.

Con estas ideas bullendo en su cabeza, divisó el puerto de Cartagena una mañana despejada y muy calurosa. El cielo, diáfano, ofrecía un tono azul intenso.

—Jacobo desconoce que hemos descubierto sus planes —dijo Lucas a su espalda; alertado por el vigía, también se hallaba en cubierta—. Esperemos el momento oportuno para destapar sus tratos con los

berberiscos. Quiero poner a Margarita a salvo, por lo que pudiera suceder.

Alonso respondió con un asentimiento de cabeza. En Cartagena aguardaba una corte de familiares y amigos pertenecientes a todos los presos. Jacobo Balius lideraba la comitiva; permanecía de pie, viendo cómo el barco se hacía cada vez más grande. Con objeto de ocultar su terror, había resuelto ocultar sus manos bajo las mangas del hábito.

Antes de que el barco atracara, marineros y familiares comenzaron a gritarse desde ambos lados. Apenas se había desplegado la rampa cuando unos comenzaron a bajar y otros a subir, buscando abrazar a sus familiares perdidos. Alonso, apretujándose entre los que querían descender, buscaba por encima de las cabezas alguna que le resultara familiar. Vio a Miguel, uno de los primeros que había descendido hasta el puerto, abrazarse a sus tres hijos pequeños; a Rolf encontrarse con su esposa y su hija; incluso comprobó que también esperaban familiares de unos pocos soldados napolitanos.

Logró alcanzar el puerto, seguido de Lucas, a un lado descubrió a Jacobo, Margarita y Beatrice. Al encontrarlos no supo cómo reaccionar. Una parte de su interior le conminó a lanzarse al cuello del prior, que lo esperaba con una ensayada sonrisa; otra buscaba lanzarse a los pies de Margarita, a quien descubrió con la mirada perdida en las velas del barco de rescate; pero una última parte de su interior, desconocida, se fijó en su esposa, en Beatrice. Nunca la había visto tan hermosa. Vestía un corpiño con falda y sobrefalda blanca y verde. El camafeo sobre su pecho, las cintas en el pelo y las arracadas ensalzaban el brillo de sus ojos azules. Su pelo rubio caía en bucles sobre unos pómulos tímidamente sonrosados. Beatrice sonrió, y Alonso fue directo hacia ella, ignorando a los demás.

—Jamás podré agradecerte lo que has hecho por nosotros —le susurró al oído, tras abrazarla con fuerza.

El acento de Beatrice le produjo una sonrisa. Ya no lo recordaba.

—Habría hecho cualquier cosa por volver a verte. He estado desamparada sin ti.

—Ojalá hubiera podido ayudarte cuando murió Laura. Al menos has tenido la compañía de Margarita.

—No, ella no…

En ese instante, Alonso escuchó que Balius conversaba con Lucas.

—… no ha superado la muerte de vuestro hijo —explicaba el prior —. Desde entonces se encuentra como desorientada. Apenas percibe a quienes hablan a su alrededor. Aunque te dirijas a ella, es muy posible que ni siquiera te reconozca.

Giró la cabeza y vio que Margarita continuaba con la vista perdida en las velas. Lucas se aproximó y la abrazó con ternura. La mujer se dejó hacer, como si no lo hubiera notado, pero en ese instante su

mirada se volvió hacia Alonso y descubrió unos matices de aquella fijeza arrebatadora. Margarita, a todas luces, parecía una demente, pero sus pupilas mantenían la misma fuerza de siempre. En aquel momento regresaron sus anhelos y deseos; él también quiso tenerla entre sus brazos, conquistar lo que se había ganado durante cinco años de prisión. ¿Recordaría Margarita su promesa? Necesitaba averiguarlo.

—Tengo que contarte muchas cosas —dijo Beatrice a su oído.

Aún continuaban abrazados, aunque Alonso no lo notaba.

—No te fíes del prior, ni de Margarita —continuó su esposa.

Alonso reaccionó.

—Tengo que hablar con ellos.

—No —respondió Beatrice—. Es peligroso. Hay muchas cosas que ignoras.

—Menos de las que piensas —dijo él, mirando a su esposa directamente.

El viaje en carro hasta Madrid fue largo y silencioso. Beatrice, desconcertada con las palabras de su marido, decidió no contarle cuanto sabía del complot hasta que llegaran a casa. Por otro lado, Alonso no pudo conversar con Jacobo, o estudiar en detalle a Margarita, pues ambos viajaban en otro carro, acompañados por Lucas.

Una vez en la Corte, Alonso ni siquiera expresó la menor intención por conocer la casa que Beatrice había comprado. Pidió a su esposa que le guiara hasta su ropero y se apresuró a cambiar su atuendo. Era el último lunes de abril. Unas nubes voluptuosas y claras recorrían el cielo, llevadas por la brisa cálida que anunciaba la primavera. Apenas había terminado de vestirse cuando alguien llamó a la puerta. Alonso corrió a abrir. Era Lucas.

—Amigo —dijo éste, pasando dentro; se encontraba abatido—. Margarita está muy afectada por la muerte de Juan. No ha podido explicarme por qué se mudó a Madrid, aunque Jacobo me ha dicho que le compró la casa al ver que necesitaba un cambio de aires, vivir en una ciudad distinta, abandonar Salamanca.

—Lamento que te hayas encontrado con esta situación, Lucas.

—¿Y Beatrice?

—Ha salido a buscar a alguien. Insiste en que debe contarme algo importante, y cree que esa persona ayudará a que la escuche. Creo que mi esposa podría estar al tanto de los planes del prior.

—¿Cómo ha podido enterarse?

—¿Quién sabe? Por lo visto, cuando traiga a esa persona me lo aclarará todo.

Hubo una pausa; Lucas decidió cambiar de tema y dijo:

—Tengo que visitar a uno de los marineros del *Gorgón*, Rolf.

—¿El carpintero?

—Exacto. He recibido la visita de un mensajero que venía de su parte. Dice que tiene algo importante que decirnos; algo relacionado con el Peregrino. No sé qué puede ser. Rolf siempre estuvo obsesionado con su capitán, pero me extraña que, de tener algo que decirnos, no nos lo haya declarado en el viaje de vuelta. ¿Me acompañas?

Alonso estuvo a punto de aceptar, pero entonces se le cruzó una idea: si Lucas visitaba a Rolf, Margarita estaría sola en casa. Era el momento perfecto para hablar con ella.

—Ve tú. Necesito dar un paseo. Pero infórmame cuando vuelvas.

Lucas asintió. Una vez abandonó la casa, Alonso corrió a vestirse con ropas más elegantes y salió. El momento que durante tantos años había esperando se encontraba cerca. Todas las ensoñaciones que hacap bían cobrado forma en la prisión fueron materializándose a cada paso que daba, y a medida que la distancia hasta la casa de Margarita se hacía más corta, era también menor el remordimiento que lo acosaba en un rincón de su espíritu, aquél que lo tachaba de adúltero.

Alcanzó la casa de Margarita, en la zona norte de Madrid. Le extrañó ver que la fachada y la situación de la misma correspondían a una posición social muy distanciada a la que en realidad poseía el matrimonio, y aún más extrañado quedó al recordar lo que Lucas le había declarado: ¿Aquella casa había sido fruto de un gesto de buena voluntad del prior? ¿Se gastaría Jacobo tanto dinero en un gesto de buena voluntad cuando lo movía la avaricia? Imposible. Algo fallaba.

Pensaba esto cuando, elevando la vista, descubrió a Margarita sentada cerca de uno de los balcones. La mujer estaba entretenida en la costura, sonriente, ajena al resto del mundo. Sus manos tomaban la aguja con delicadeza y la pasaban una y otra vez con una gracilidad embriagadora. De repente Margarita tiró del hilo y se lo acercó a los labios. Alonso, desde la calle, vio aparecer los dientes de la mujer, y presenció embelesado cómo éstos, guiados por un ápice de lengua, hallaron el hilo y lo rompieron con un leve tirón. Sintió que sus músculos se ponían en tensión y que su cerebro desechaba cualquier otro pensamiento que no fuera un instinto salvaje. Enloquecía, perdía la cabeza por Margarita. Corrió hasta la puerta y llamó insistentemente.

Margarita tardó en bajar. Al abrir, Alonso pasó de un salto, cerró a su espalda y tomó a la mujer de los brazos. Ella lo observó aterrorizada.

—Ya he vuelto, Margarita —dijo, excitado—. He sufrido cinco años de cárcel por obedecerte. He padecido en la lejanía el hambre y la falta de libertad, pero he sobrevivido gracias al recuerdo de tu promesa. Ahora estoy aquí, preso de tu amor. ¡Soy tuyo, Margarita!

He escapado de una prisión para encerrarme voluntariamente en otra, aquélla que me proporciona amarte. Pero vengo a convertirme voluntariamente en tu servidor, deseoso de recibir mi premio. Déjame besarte, ¡déjame!

Acercó sus labios a la mujer, pero ésta lo apartó con un fuerte empujón y corrió al otro lado de la habitación. Ésta era una pieza pequeña que servía como recibidor, con una puerta a cada uno de sus cuatro lados. Margarita corrió a un rincón y se apretó contra las paredes.

—¡Mientes! —gritó la mujer—. ¡Yo no te prometí nada!

—¡Lo hiciste! Margarita, la debilidad que padeces no te permite recordar, pero sé que me amas. Me lo dijiste antes de partir, ¿no lo recuerdas? —Yo sólo amo a mi marido… sólo a mi marido…

Y continuó repitiendo aquella frase una y otra vez, dejándose caer, hasta sentarse de rodillas en el suelo. Alonso la miró, sobrecogido. Intentó hacer un nuevo intento por aproximarse, pero Margarita reaccionó.

—¡Vete! —chilló, con lágrimas en los ojos.

Alonso notó que el labio inferior le temblaba y que la vista, únicamente fija en Margarita, percibía nubladas todas las demás cosas.

—¡Vete! —insistió la mujer.

El hombre obedeció. Dio media vuelta y comenzó a andar hasta la puerta, la abrió y salió de la casa. Comenzó a deambular por la calle, igual que un sonámbulo, sin rumbo al que dirigirse. ¿Ella sólo amaba a su marido? ¿A Lucas? ¿Desde cuándo? Nunca lo había hecho, ¡jamás! Ella no lo amaba, se había casado con él por un capricho, por hacer caso a un arrebato, pero con Alonso había admitido su equivocación. Lo amaba a él, único merecedor de sentir la calidez de su cuerpo, la ternura de sus caricias y sus besos. Pero lo había vuelto a rechazar, de nuevo, como la primera vez, igual que cuando la perseguía, siendo un muchacho. Su honor, ¿de qué le servía?; su posición, ¿qué le proporcionaba? Era un pelele, el objetivo de las burlas de Lucas; porque Lucas siempre estaba ahí, siempre por delante, siempre por encima, siempre, siempre, siempre, Lucas. Era el mal que oprimía su garganta, era la peste que devoraba su espíritu. Él siempre, anticipándose, robándole su dignidad. Lucas, Lucas primero, Lucas Belmonte, el preferido por Margarita, el privilegiado de los berberiscos, el favorito del fraile. Lucas, Lucas, Lucas Belmonte. Lucas… el alumbrado.

—El alumbrado… —susurró Alonso, y detuvo sus pasos, azuzado por un estremecimiento.

Estaba en un callejón de la ciudad, retorcido, oscuro y estrecho como las entrañas de un monstruo.

—Lucas el alumbrado —repitió, con una sonrisa recién aflorada.

En su paladar nació un regusto amargo, como si hubiera lamido un trozo de metal. Miró a su alrededor para reconocer el lugar en el que se encontraba. Caminó por las calles hasta orientarse y puso rumbo al convento mercedario de San Pedro Armengol, donde sabía que se hallaba el aposento de Jacobo Balius. Una vez en él, pidió entrevistarse personalmente con el prior. Éste le atendió en la nave principal, tras una columna que ofrecía cierto resguardo a oídos indiscretos.

—Vuestra Merced debe conocer algo que le sucedió a Lucas Belmonte mientras nos encontrábamos presos de los berberiscos —comenzó Alonso.

El prior se tomó unos instantes para estudiar a su interlocutor.

—Alonso, estás temblando. Dime, ¿qué sucede?

—Lucas Belmonte me habló de cosas extrañas relativas a la fe. Creo que se ha vuelto un iluminado.

Balius continuaba presenciando a su interlocutor en detalle. Alonso estaba sudoroso y desviaba la vista con frecuencia, como si temiera que lo escucharan.

—¿Estás convencido de esas acusaciones? —dijo el prior al cabo de un rato.

—Absolutamente. Yo mismo le escuché confesar algunas herejías.

—En ese caso, debes traérmelo cuanto antes, yo lo entrevistaré. Avisa a los corchetes, por si necesitaras ayuda. ¿Sabes dónde se encuentra?

—Sí, me lo ha dicho.

—Ve en su busca.

—Así lo haré —dijo Alonso, y dio media vuelta para marcharse a la carrera.

Sin embargo, Jacobo lo tomó de un brazo.

—Alonso, procuremos resolver esto de forma pacífica. No tomaré ninguna resolución hasta que no oiga lo que Lucas tenga que añadir en su defensa.

El aludido se mordió el labio inferior.

—Claro —dijo finalmente, y abandonó el edificio.

XXVIII

Sentados en el pescante del carruaje, Lázaro de Montesinos y Lucas Belmonte corrían en dirección sur.

—Te persiguen por hereje, ¿no es cierto? —preguntó Lázaro.

—Sí. Alonso me acusó de alumbrado. Jacobo ordenó que me llevara ante él.

—Alonso desea que seas ajusticiado, quién sabe con qué intención.

—Veo que no estás al tanto de toda la historia —declaró Lucas, mirando al Peregrino con una sonrisa de medio lado.

—No del todo, aunque he tenido tiempo de averiguar muchas cosas durante los años que permanecisteis presos de los berberiscos.

—Por favor, cuéntame lo que sabes.

Lázaro, fustigando a los caballos, puso su atención en el camino y comenzó con el relato de su historia justo en el momento en que su vida parecía haber terminado:

—Tomé la decisión de fingir mi muerte cuando sospeché de Cato, mi segundo. Un día antes ya me había parecido ver que una nave nos seguía. Me asomé para divisarla mejor, pero desapareció en un momento tras la línea del horizonte. Aquel detalle me hizo sospechar que dicha nave no deseaba mostrarse, pero se encontraba a tanta distancia que dudé y no tomé ninguna determinación. De haberlo hecho, quizá no nos habrían apresado.

»El capitán de la nave berberisca era un hombre muy bien adiestrado en la navegación. Procuró ocultarse a nuestro vigía hasta lograr una posición ventajosa. Entonces fue cuando tomó la iniciativa y se dejó ver. En ese momento desenmascaré a Cato; conocía detalles sobre la galera enemiga que eran imposibles de deducir, teniendo en cuenta la distancia a la que ésta se encontraba. Imaginé que había un plan para acorralarnos y que Cato conocía ciertos detalles del mismo, y aunque al principio no quise, resolví que la mejor forma de solucionar el misterio era abandonar a mi tripulación, aparentando que había terminado con la vida de mi primer oficial y la mía propia. De este modo, le obligué a que bebiera del vial bajo la amenaza de mi espada, y una vez hubo perdido el control de sus miembros, yo mismo tomé una dosis de la droga.

»Por desgracia, no había previsto que, si Cato bebía antes que yo, también sería el primero en recuperarse. Pasaron cinco horas antes de que los miembros volvieran a respondernos. En ese tiempo, los berberiscos se habían adueñado de toda la tripulación y de gran parte de los víveres de mi carraca. Pero aquello no era lo que comenzó a preocuparme, sino ver cómo Cato comenzaba a recuperar la movilidad de sus miembros, mientras yo aún permanecía rígido. Solos en el

Gorgón, navegando a la deriva, sabía que aquel hombre me daría muerte si se recuperaba antes que yo, de modo que reuní todas mis fuerzas para alcanzar el cuchillo que siempre guardaba en mis botas de caballería, con la esperanza de poder defenderme.

»En efecto, Cato logró ponerse en pie cuando yo todavía no podía articular palabra. Miró a su alrededor, confundido, pero al reconocerme se dirigió a mí como un salvaje, buscando estrangularme con sus propias manos. Logró rodearme el cuello con las mismas y, con una mirada vesánica, intentó dar fin a mi vida. Afortunadamente aún no había conseguido que sus miembros le respondieran haciendo uso de toda su fuerza, de modo que todavía pude respirar un poco; lo suficiente para concentrarme en el brazo que mejor me obedecía, tomar mi cuchillo y desenvainarlo. Cato se hallaba tan enfrascado en su intento de asesinato que ni siquiera vio venir el arma. Le clavé el filo en el vientre hasta el mango, y las pocas fuerzas que había reunido lo abandonaron de golpe. Trastabilló y cayó de espaldas contra la mesa de mi camarote. Al poco, cuando logré recuperar el habla, me dirigí a él: "Recupera tu honor español antes de que te halle la muerte", dije. Cato, tumbado sobre la mesa, tosía sangre. Me miró preso de un miedo cerval, como si aún no hubiera comprendido que agonizaba. "Dime cuánto sabes del ataque berberisco", le pregunté, todavía incapaz de mover mi cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

»Debo reconocer que no esperaba que Cato me hiciera caso; no obstante, aquel hombre se arrepintió en los estertores de su agonía y me confesó cuanto sabía: un prior llamado Jacobo Balius, que por lo visto residía en Salamanca, le pidió la ruta del *Gorgón*. Aquel prior le advirtió que la carraca sería apresada por una nave berberisca, pero también le prometió ser liberado cuanto antes. Cato, sobornado con el sueldo de todo un año, accedió. El plan de aquel mercedario era sencillo, aunque tremendamente descabellado: él confesaba a los berberiscos las rutas de los navíos a cambio de repartirse el dinero del rescate; de este modo, ambos ganaban algo.

»Aquello era todo. Ahora sabía hacia dónde debía dirigirme, si es que lograba llegar a la costa española, pues quedaba yo solo en la nave. Me fabriqué una balsa con las maderas del *Gorgón*, la llené de provisiones y me hice a la mar. Sabía que no estaba demasiado lejos de las costas de África, de modo que me dirigí allí, esperando encontrar algún fuerte español. Lo hallé en Orán, desde donde pude embarcarme hasta Cádiz, y de ahí a Salamanca. Necesitaba conocer a ese prior, estudiarlo, saber qué tratos mantenía con los berberiscos y con qué objeto. Me parecía un ser mezquino, sin embargo, no hallé la misma impresión cuando pregunté a las personas de la ciudad. Todos me dijeron que era un mercedario bondadoso y noble. Comprobé que

disfrutaba de muy buena reputación en la ciudad y hasta temí que Cato, turbado por la aflicción de su muerte, me hubiera declarado un nombre equivocado.

»Decidí investigar a las personas que componían el círculo del prior en la ciudad. Así llegué hasta una mujer: Beatrice. De ella se decía que era la esposa de un tal Alonso Márquez. Comprendí que, de alguna forma, mi nuevo ayudante de contramaestre estaba relacionado con Balius, de modo que la visité. Comprobé que ella desconocía cuanto sucedía alrededor de su marido y quise advertirla, así como prometerle una futura partida de rescate. Beatrice, por su parte, me informó que Balius había cambiado de ciudad. Ahora estaba en Barcelona. Me despedí de ella, aunque no para siempre, pues prometí mantenerla informada por carta hasta que volviéramos a vernos en la Corte, pues Beatrice viajaría hasta Madrid tiempo después por recomendación mía; justo cuando yo descubrí que Jacobo también había seguido ese rumbo. Quise hacerlo de este modo, pues su cercanía en el trato con el prior podría resultarme muy provechosa a la hora de averiguar lo que éste tramaba.

»Tal y como había prometido, tras abandonar Barcelona quise dirigirme primero a Cartagena para echar mano de mis contactos antes de seguir los pasos de Balius hasta la Corte. Conocía a marineros y espadachines, buenos amigos míos, que estarían dispuestos a hacerme un favor de tanta importancia como era el de planear un rescate. Les advertí que me volvería a comunicar con ellos en cuanto todo estuviera listo, pero que tuvieran apalabrado un navío para alquilar, lo suficientemente grande para llevarles y traerles de vuelta con los presos. Luego, fui a Madrid.

»En la Corte, lo que pude averiguar sobre el prior fue muy semejante a lo que todo el mundo decía de él en Salamanca. Balius, a todas luces, aparentaba ser una persona intachable, dato que volvió a hacerme dudar de si me hallaba en el camino correcto. Resolví dejar de preguntar a la gente y encontrarme con el prior, cara a cara. Logré averiguar dónde se alojaba: en el convento mercedario de San Pedro Armengol. Fui allí, pero al preguntar a los frailes me indicaron que había salido, no pudieron decirme más. Estuve todo el día vagando por los alrededores, esperando a que regresara y cavilando el modo en que le haría confesar sus planes para enriquecerse a costa de los presos.

»Era ya entrada la noche cuando vi que una mujer de unos dieciocho años se paraba junto al convento. No pasó mucho tiempo antes de que llegara un pequeño carruaje. Se paró cerca de aquella mujer y abrió una de sus puertas. De dentro emergió un fraile mercedario, cuya descripción se adaptada completamente a la que había recopilado sobre Balius. Aquel hombre invitó a la mujer a subir

al carro y ambos desaparecieron. Yo iba a pie, pero me propuse seguirlos hasta perderlos de vista. Corrí tras el carruaje, que afortunadamente no viajaba demasiado rápido, y cuyo trayecto no fue muy largo. Viró hacia el norte y se detuvo frente a una casa de fachada elegante. De allí se apeó Balius, mientras que la joven permaneció dentro. Intrigado por lo que pudiera estar sucediendo, rodeé el edificio y, en uno de los laterales, encontré una habitación con luz a la altura de la segunda planta. Gracias a las rejas de las ventanas en el primer piso logré trepar hasta encaramarme al alfeizar. Desde allí fui capaz de escuchar, por primera vez, la voz melodiosa de aquel traidor. Conversaba con una mujer. "¿Tienes ya una nodriza?", dijo ella; "Sí, pero creo que deberías considerar esta idea, Margarita". "No hay nada que considerar. Llévate a este niño de aquí".

»En ese momento, tentado por las palabras que escuchaba, me arriesgué a echar un vistazo al interior de la estancia. Vi una habitación decorada con un gusto exquisito. Echada sobre la cama descansaba la mujer más hermosa que han visto mis ojos y, conversando con ella, el prior, quien sostenía un bebé en los brazos. Luego, aquella mujer, Margarita, añadió: "¿Supiste algo de mi esposo durante tu visita a los berberiscos?". "No", dijo Balius, "estuve allí muy poco tiempo, pero sé que Lucas sigue con vida. Alonso también. Esto puede darnos aún muchos beneficios, especialmente por parte de Alonso".

»De no haberme movido el firme empeño por vengarme de cuantos nos habían traicionado, habría dejado que las fuerzas me abandonaran allí mismo para caer la distancia que me separaba del suelo. Estaba escuchando una confesión directa de aquel detestable prior, y, asimismo, la de tu misma esposa, quien estaba, al parecer, tan involucrada como Jacobo en aquella macabra conjura. Descendí a toda velocidad y corrí hasta el lugar donde esperaba el carruaje de Balius. Allí estaba aún la futura nodriza de aquel niño, tu supuesto hijo. La observé bien, memoricé sus facciones y me juré a mí mismo que averiguaría su paradero en una ocasión más favorable.

—¡Lázaro! —cortó Lucas, sujetando al Peregrino del brazo—. Te ruego que me contestes. ¿Sabes dónde han escondido a mi hijo? No he tenido otro pensamiento desde que me enteré. Debo saberlo.

—¿Desde que te enteraste? ¿Cuándo sucedió eso?

—Jacobo lo confesó mientras leía mi diario. Como pensaba que había muerto no tuvo miedo de hablar en voz alta. Pero responde, ¿encontraste a Juan?

Lázaro agachó la cabeza.

—No. Lo lamento. Aunque lo he intentado durante todos estos años, a pesar de volcar todos mis esfuerzos en dar con él, no he logrado encontrar a Juan Belmonte. No obstante, te prometo por mi honor que

a partir de ahora lo buscaremos juntos.

—Gracias —respondió Lucas, aunque se encontraba claramente abatido—. Por favor, continúa tu relato.

El Peregrino, tras tomarse unos instantes para recordar el momento en que había detenido su narración, continuó:

—Al día siguiente visité a Beatrice, quien, siguiendo mis órdenes, ya se había instalado en Madrid. Contacté con ella y la informé de cuanto sabía: la implicación de Margarita y la suerte de tu hijo, a quien había ordenado ocultar. Ella por su parte completó la historia: Jacobo Balius había contado a todos que el hijo de Margarita, bautizado como Juan Belmonte, había muerto al poco de nacer.

»Horrorizado, advertí a Beatrice que estaba dispuesto a iniciar mi venganza, dando muerte al prior con mis propias manos si era necesario, denunciando a tu esposa y hallando el paradero de Juan. En Cartagena esperaba un barco con su tripulación dispuesto a rescatar a los presos de mi carraca. Sin embargo, Beatrice me conminó a no actuar por el momento. Había comenzado a escribirse con Alonso, pero las noticias que su esposo enviaba eran poco alentadoras. La fortaleza berberisca en la que estaban encerrados era capaz de repudiar un ataque exterior de pequeñas proporciones. La única forma de salir era desde dentro, organizando una evasión. Algunos marineros, por lo visto, confiaban en Lucas para ello, porque se las había ingeniado para hacerse pasar por médico y se estaba ganando el favor de los piratas. Beatrice me pidió que aguardara. Si tomaba represalias contra el prior y los berberiscos se enteraban, se desharían de los presos y ella perdería la pista de su marido; por otro lado, resultaba imposible que los hombres de la partida de rescate tomaran una fortaleza.

»Así pasaron los años, durante los cuales me ocupé en investigar todo lo relacionado con la persona de Jacobo Balius. Supe que el prior había servido en Barcelona durante muchos años, pero que viajaba con frecuencia con objeto de recaudar donativos para los mercedarios. Era conocido en ciudades como Madrid, Salamanca, Barcelona, Sevilla, Cádiz y otras muchas. Mantenía contactos con varios altos cargos de la Iglesia y de la Nobleza, por quienes había realizado algún favor en el pasado. En definitiva, Jacobo era demasiado importante para atacarlo directamente. Comprendí que si deseaba destaparle era necesario elaborar un plan meticuloso, no exento de grandes riesgos para mi vida. No obstante, justo cuando había comenzado la construcción del mismo, Beatrice requirió urgentemente mi presencia.

»La mujer de Alonso había recibido una carta en la que su marido aseguraba tener un plan de fuga. Rápidamente escribí a mis amigos en Cartagena y les conminé a que se pusieran en marcha y aguardaran a los fugados en un lugar acordado de la costa africana. Un tiempo

después, los marineros del *Gorgón* estaban de vuelta en Cartagena, y entre ellos, Alonso y tú. Os esperé en Madrid, deseando contaros cuanto había avecap riguado y poner en marcha la venganza. El primero a quien fui a visitar, por la cercanía en el trato, fue a Rolf, cuya casa conocía bien de los años en que, siendo su capitán, me invitó pisar tierra firme y pasar una temporada bajo su cobijo. Mi viejo amigo el carpintero saltó como una liebre al verme en la puerta. Creyó, aterrorizado, que le hacía una visita desde el otro mundo para reclamar su alma. Afortunadamente logré hacerle entrar en razón. Luego, cuando le expliqué todo lo que había alrededor de su secuestro, me prometió su ayuda en todo lo que dispusiera. Le indiqué que me ocuparía personalmente de avisar a los demás y que nos reuniríamos cuando fuera oportuno para impartir justicia. Le hice jurar que no dijera nada de mí a nadie, pero Rolf nunca ha destacado por saber guardar los secretos, de modo que te invitó a casa para decírtelo. Algo que, al fin y al cabo, ha terminado salvándote la vida, Lucas.

»Tras salir de la casa de Rolf, fui a la casa de Alonso. Estaba a punto de llegar cuando lo vi salir. Quise acercarme, pero de repente noté que sucedía algo extraño. Alonso caminaba a gran velocidad, miraba a todas partes como si temiera estar siendo observado y en su rostro había una expresión torva. Sus ojos permanecían ensombrecidos, sin brillo; y sus labios se agitaban nerviosos. Decidí seguirlo y descubrí para mi asombro que iba a casa de Margarita. Esta vez, dado que era aún de día, no pude espiarles, de modo que no pude enterarme de lo sucedido entre ambos, pero cuando Alonso salió volví a caminar tras sus pasos. Esta vez puso rumbo al convento mercedario. En esta ocasión, y aunque el convento era pequeño, pude ocultarme detrás de una columna y atender a cuanto sucedía. Alonso se entrevistaba con Jacobo y te acusaba de alumbrado.

»Reconozco que, de no haberle visto salir antes de la casa de Margarita, no habría sospechado nada malo. Allí, cobijado por la oscuridad del convento, supe dónde encontrarte. Aproveché que Alonso iría primero a buscar a los corchetes para adelantarme. Corría a casa de Rolf, le expliqué lo que sucedía y le pedí que me ocultara y que te ofreciera algo de beber. En esa bebida puse el veneno paralizante; entretanto, yo esperé oculto en una habitación contigua. Entonces apareciste y, como bien sabes, apenas te habías sentado y tomado un par de sorbos de la copa, cuando los corchetes, acompañados por Alonso, irrumpieron en la casa.

—Y me obligaron a escapar —cortó Lucas.

El extenso relato del Peregrino había ocupado varias horas de luz. Era ya media tarde cuando finalizó. Frente al camino apareció la figura achaparrada de una venta.

—¿Y Rolf? ¿Qué fue de él? —dijo Lucas.

—Los corchetes lo ignoraron. Antes de seguiros, le encomendé ir a buscar a Miguel, que es de Cádiz, y dirigirse juntos a Cartagena. Allí los iré a buscar cuando todo esto termine.

Lucas sonrió. Probablemente, el Peregrino desconocía cuánto miedo supersticioso sentía Rolf hacia su persona. La deuda sobre su alma, que el carpintero ya creía saldada, sin duda había vuelto a tomar forma.

—Presencié el combate sobre los tejados y cómo Alonso te clavaba la espada. Cuando te vi caer, no sabía si estabas muerto de verdad o el veneno te habría hecho efecto primero. Me alegro de que haya sido lo segundo.

Lucas se palpó la herida que la espada de Alonso le había hecho. Le tiraba cada vez que se movía, ahora que era capaz de utilizar su cuerpo. Le dolía bastante, y por su culpa no había logrado recuperar las fuerzas por completo.

Al poco, el carro se detuvo frente a la venta. No había más viajeros hospedándose, de forma que tanto el edificio como los alrededores parecían abandonados. De no ser por el enérgico recibimiento del ventero, que abrazó a Lázaro como si hubiera recuperado un hermano perdido, Lucas habría jurado que nadie había pasado por allí en años.

—Descansaremos aquí un rato —indicó Lázaro—. Guardo algo que deseo enseñarte.

XXIX

A todos había cogido por sorpresa el robo del carro. Un hombre, infiltrado entre el cortejo fúnebre, había subido al pescante de un salto y había lanzado al cochero fuera. Acto seguido, aquel desconocido había escapado con el carro en dirección sur, dejando atrás a mercedarios, corchetes, amigos y familiares del difunto.

—¿Qué ha sucedido? —preguntaban los más despistados.

—¿Por qué ha huido con el ataúd? —decían los miembros de la comunidad mercedaria.

—¿Quién es ese hombre? —quería saber la inmensa mayoría.

—Es Lázaro, apodado el Peregrino —dijo Alonso, con la mirada fija en la calle por la que había desaparecido el carruaje—. O su fantasma.

—¿Su fantasma? —inquirió Jacobo Balius.

—Debería estar muerto —aclaró Alonso—; al menos es lo que nos dijo nuestro contramaestre el día que fuimos capturados por los berberiscos. Sin duda, tuvo que fingir su muerte mediante algún artificio, pues los berberiscos también creyeron que se había quitado la vida.

—¿Y cómo habría podido…?

De repente, Jacobo calló. Si aquel tal Lázaro había despertado de un estado similar a la muerte, quedaba claro por qué había escapado con el carro que transportaba el cuerpo de Lucas.

—¡Él tampoco está muerto! —dedujo, tomando a Alonso del brazo.

—¿Lucas? —respondió éste—. ¿Sigue vivo?

—Exacto… eso significa….

Espantado, Jacobo Balius recordó cuanto había declarado en presencia de aquel supuesto difunto. Apretó con más fuerza el brazo de Alonso y miró a su espalda. Beatrice consolaba a Margarita, que parecía apenada. La mujer, con la cabeza apoyada en el hombro de su consoladora, devolvió al prior una mirada helada. Jacobo buscó luego a los corchetes; aún se encontraban desconcertados por lo sucedido, aguardando que les llegara algún tipo de orden. Eran cinco, muy pocos.

—Alonso, toma a los corchetes e id en busca de una cuadrilla de la Santa Hermandad. Luego dirigíos al convento de San Pedro Armengol. Yo os estaré aguardando allí. Perseguiremos a Lázaro.

—¿Sabe a dónde ha podido ir?

—No, por desgracia; pero si iniciamos ahora la persecución, aún podemos alcanzarlo.

Alonso dio media vuelta, pero entonces encontró a las dos mujeres aguardando a su espalda. Primero se fijó en su esposa, Beatrice. Seguía viéndola más bella que nunca. Algo durante su confinamiento había

ayudado a contemplarla de forma distinta, posiblemente, el esfuerzo que ella había realizado para liberarlo. Sin embargo, sus ojos no tardaron en fijarse en Margarita Valle. Parecía afectada por el suceso. Alonso notó que un escalofrío recorría su médula. Quería ocuparse de ella, consolarla, incluso después de haber sido rechazado. No deseaba rendirse, no podía rendirse. Y a pesar de que Beatrice llamaba más que nunca su atención, se sintió de nuevo dominado por aquella atracción enfermiza que lo obligaba a concentrarse en la otra mujer, en la dueña de su cordura.

—Querría acompañar a Margarita hasta mi casa —dijo, dirigiéndose al prior—. Lo que acaba de ver debe haberla afectado. Creo que resultará conveniente darle consuelo.

Jacobo miró de reojo a la mujer.

—Descuida —respondió—. Margarita no corre peligro. Yo me ocuparé de ella. Es muy urgente que busques a la Santa Hermandad y que volváis aquí. Ve, Alonso.

Haciendo una mueca el hombre terminó obedeciendo. Corrió hacia los corchetes y tras intercambiar unas palabras con ellos, los dirigió en dirección al cuartel. Jacobo se acercó a las dos mujeres.

—Disculpa, Beatrice. Me gustaría hablar con Margarita un momento.

La italiana asintió a modo de respuesta. Jacobo tomó a Margarita de la mano y se la llevó aparte.

—¡Está vivo! —dijo cuando supo que podría mantener una conversación privada— ¡Lucas está vivo!

—¿Cómo sabes eso?

—El hombre que ha robado el carruaje es un tal Lázaro. Alonso me ha dicho que era el capitán de la carraca que secuestraron los berberiscos. Consiguió hacerse pasar por muerto de alguna forma para evitar que lo apresaran a él también. Creo que Lucas está en la misma situación. Eso explica que Lázaro haya escapado con el cuerpo. ¡Nos ha engañado a todos!

—Bueno —comentó Margarita, en un tono mucho más relajado que el del prior—. Eso no cambia nada. Yo continuaré con mi papel y tú…

—¡No lo entiendes! Lucas guardaba un diario sobre sus vivencias durante el cautiverio. Sabe que mantuve tratos con los berberiscos y muchas cosas más. No tuve tiempo de contártelo antes porque ordené que Alonso te acompañara a casa. Él también sabe que lo envié preso de los berberiscos para enriquecerme con su fortuna.

—¿Alonso lo sabe? ¿Y como no ha hecho nada a su llegada a Madrid?

—Sigue perdidamente enamorado de ti. Creo que, con tal de tenerte, es capaz de cualquier cosa, especialmente mientras ignore que tú también estás involucrada en su captura. Pero Margarita, creo que

Lucas no resultará tan fácil de convencer. Si al menos supiéramos a dónde van… Alonso ha ido en busca de la Santa Hermandad, le he dicho que le esperaría aquí. Por desgracia, no sé si daremos con ellos.

En ese momento Margarita miró por encima del hombro del prior. Beatrice aguardaba a que terminaran de hablar.

—Ella lo sabe.

—¿Beatrice? Imposible. Te lo dije en el campanario y te lo repito ahora. Ella ignora todo lo que está sucediendo.

—Te equivocas, Jacobo. Sabe más de lo que aparenta, pero lo oculta muy bien con su imagen de callada y tímida. Es una mujer astuta, pero no más que yo. Ya te dije que sospechaba de ella. Ahora sé con seguridad que conoce detalles de nuestro plan. La vi con ese hombre no hace mucho tiempo.

—¿Con Lázaro?

—Sí. Ahora recuerdo haberles visto juntos en más de una ocasión. Creo que fue gracias a él que Beatrice organizó el grupo de rescate. Jacobo, déjame acompañarla a casa, solas las dos. Allí la obligaré a contarme lo que pretende ese hombre.

El prior suspiró. Tenía miedo de Margarita y de lo que pudiera hacer si le concedía plena libertad, pero al mismo tiempo le era necesario saber el paradero de Lázaro.

El Maestro General ha muerto, le recordó su espíritu junto a una fuerte presión en el pecho. Si ahora fallaba, si dejaba escapar a Lucas, todo cuanto había avanzado se perdería. Tenía acumuladas riquezas suficientes para lograr el favor de los demás priores y se encontraba en Madrid, en la nueva sede. Se había adelantado a sus enemigos, a los mismos que lo habían alejado de Barcelona cuando el último Maestro murió. No debía permitir que nada se le interpusiera ahora, nada podía manchar su buena reputación.

—Ve y habla con ella. Que te diga cuanto sabe.

Margarita respondió con una ancha sonrisa.

—Pero —añadió Jacobo— no la amenaces, ni le hagas daño.

—¿Me crees capaz de algo así?

—Completamente.

XXX

Ya en casa de Beatrice, Margarita quiso entrar detrás de su anfitriona. Antes de cerrar la puerta miró a ambos lados de la calle. Había poca gente. Beatrice vivía en una zona poco concurrida de Madrid; una calle ubicada entre Alcalá y Peligros que por su cercanía con zonas más transitadas quedaba desprovista de viandantes.

—Subamos a mi habitación —dijo Beatrice.

Antes de obedecer, Margarita echó un último vistazo al exterior. A la izquierda, al final de la calle, se notaba más ajetreo. Por aquella dirección se llegaba a la calle Alcalá, o de los Olivares, como la llamaban antes. A su espalda escuchó que Beatrice ascendía las escaleras. Aguardó a que la mujer alcanzara el segundo piso; entonces cerró la puerta y corrió escaleras arriba, pero no fue directa a la habitación de Beatrice, donde ésta la esperaba, sino a la de Alonso. Allí recorrió velozmente paredes y rincones, buscando.

—Margarita, ¿qué haces? —llamó la otra.

No hubo respuesta.

—¿Margarita? ¿Estás bien?

Por toda respuesta se escuchó un estrépito. Beatrice, que aguardaba sentada en su cama, se puso en pie de un salto, pero cuando se disponía a dejar su habitación Margarita apareció bajo el dintel, impidiéndole el paso. Empuñaba una espada ropera, propiedad de Alonso.

—Se terminaron los secretos —levantó el arma, amenazante, y apuntó directo al pecho.

Beatrice comprendió que Margarita no podría ser engañada si fingía un completo desconocimiento, de modo que intentó relajarse y medir sus intenciones.

—Está bien —respondió, con su acento italiano—. Entonces comienza tú. Admite todas tus falsedades.

—¿Para qué? Estás al tanto de todas, ¿no es cierto?

Beatrice pensó con velocidad. A su espalda se encontraba la cama, la cual aún tocaba con la parte posterior de sus rodillas. A su derecha había un armario ropero, donde ocultaba una daga, pero sabía que no tendría tiempo de abrirlo antes de que Margarita se echara encima. A su izquierda, junto a un balcón, estaba la silla donde solía coser; sobre ella, mirando de reojo, descubrió su manto. Entonces tuvo una idea.

—Sí —respondió a Margarita—. Lo sé todo sobre ti. Fuiste muy astuta fingiendo tu demencia, haciéndote pasar por enferma con objeto de evadir mis visitas, pero aquello me permitió relacionarme con otras personas.

—Lázaro. Él te ha puesto al corriente de nuestro plan.

—Exacto. Me visitó mientras te esforzabas por buscar amistades ventajosas a tu bolsillo. Él me animó a rescatar a nuestros maridos y deshacer vuestro plan. He tenido que ocultarlo por mucho tiempo, Margarita, fingiendo que me dolía por tu falsa enfermedad y por la pérdida de tu hijo.

—¡Qué más sabes! —azuzó Margarita, acercando la espada.

Beatrice aprovechó aquel movimiento para dar un pequeño paso hacia la silla. Todavía se encontraba lejos, pero quizá, alargando el brazo…

—Está vivo, ¿no es cierto? Tu hijo, Juan, vive. Se lo diste a Jacobo para que se deshiciera de él. Lázaro me lo contó todo.

Justo en aquel momento, cuando Margarita parecía más turbada, Beatrice aprovechó para alargar el brazo. Tomó el manto y con una enérgica sacudida logró arrebatar de las manos la espada de Margarita. Las dos mujeres se enzarzaron, pero Beatrice logró hacer retroceder a su oponente con un empujón y se hizo con el hierro.

—Se acabó —dijo, apuntando a Margarita, quien había quedado arrinconada, con la espalda pegada al armario ropero—. Ya es tarde, Margarita, para continuar manteniendo tus embustes.

Sin embargo, la esposa de Lucas no pareció amedrentada. Soltó una risita, echó una rápida mirada por encima del hombro de Beatrice y dejó salir un suspiro hondo. De repente se lanzó a Beatrice como un animal rabioso. Ésta reaccionó, defendiéndose con la espada; sin embargo, su oponente logró esquivar el primer lance. El filo únicamente llegó a rasgar la carne en el brazo derecho, a la altura del codo. Margarita alcanzó a su oponente, la agarró del pelo, y por medio de una fuerza sorprendente logró girarla. Con terror, Beatrice descubrió que frente a ella se abría el balcón. Quiso gritar, pero Margarita actuó con demasiada rapidez. Con un empujón lanzó a Beatrice por encima de la barandilla. La mujer cayó de cabeza y se estrelló produciendo un crujido escalofriante.

Margarita no quiso perder el tiempo demorándose más en aquella casa. Debía transmitir la noticia a Jacobo. Él era el único que sabía dónde se encontraba Juan, y si, tal y como había predicho Beatrice, Lázaro estaba al tanto de su paradero, era necesario darse prisa. Corrió escaleras abajo, abrió la puerta y, sin prestar atención al cuerpo que se había precipitado por el balcón, corrió hacia su izquierda en dirección a Alcalá, donde podría hacerse con un coche. Cuando consiguió uno, ordenó que la condujeran a San Pedro Armengol. Dentro esperaba Jacobo. Los corchetes y la cuadrilla de la Santa Hermandad también estaban allí, pero no había ni rastro de Alonso.

—¿Dónde está Alonso? —preguntó la mujer al prior.

—No lo sé. Ha enviado a la cuadrilla, pero les ha dicho que tenía un asunto importante del que ocuparse. Es todo cuanto sé. ¿Beatrice ha

dicho algo?

—Sí. Creo saber qué intenciones tiene Lázaro.

—¡De modo que es cierto! Ella conocía nuestro plan desde el principio.

Luego, el prior se dio cuenta de que Margarita venía sola.

—¿Qué has hecho con ella?

Con un gracioso movimiento, la mujer ladeó la cabeza.

—¡Jacobo! ¿Te preocupas por ella, aun sabiéndola culpable?

—¡Jesús…! Margarita, ¿qué has hecho?

Margarita distendió sus labios en una sonrisa y se mordió el labio inferior.

XXXI

El dueño de la venta adoraba al Peregrino como si se tratase de la encarnación de un santo. Lucas imaginó que éste debía haberle hecho un enorme favor para que el otro expresara semejante grado de devoción. En aquella venta, Lázaro disponía de una habitación únicamente reservada a sus visitas, independientemente de lo escasas que éstas fueran; y dado que el Peregrino llevaba años sin desembarcar del *Gorgón*, lo primero que Lucas percibió al entrar en la pequeña pieza fue un intenso olor a cerrado.

Se trataba de una alcoba pequeña. Los muebles se apilaban en ella casi sin dejar sitio entre los mismos: la cama daba en las paredes este y oeste con el cabecero y los pies respectivamente; pero también estaba pegada a lo largo de la pared norte. En la pared sur había una vieja alacena, que ahora servía para almacenar todo tipo de materiales. Entre ésta y la cama quedaba un estrechísimo pasillo por el que un hombre adulto debía pasar de lado. Al fondo había una ventana que, a juzgar por las telarañas de sus bisagras, llevaba mucho sin abrirse. Tampoco se abrió durante aquella visita del Peregrino, quien solicitó al ventero un candil.

Una vez solos e iluminados con la vela, solicitó a Lucas que tomara asiento en la cama; el permaneció de pie.

—Sujeta la vela y dame luz aquí —pidió mientras rebuscaba en la alacena.

Lucas pudo comprobar que el Peregrino guardaba allí varios documentos: contratos de varias propiedades —algunas en el Nuevo Mundo—, y títulos, pero sobre todo cartas; mensajes destinados a él, de una tal Clara. A juzgar por el tono amarillento en las esquinas del papel, parecían escritas al menos una década atrás. Con la poca luz, y dado que Lázaro no los dejaba más que unos instantes frente a sus ojos, Lucas no pudo leer nada de lo que éstas cartas decían, pero rememoró ciertas leyendas sobre el pasado del capitán y la causa por las que su apellido se había transformado en un secreto.

—¡Aquí está! —dijo Lázaro al fin.

Tendió a Lucas varios pliegos, en los que había una lista desordenada de nombres.

—¿Qué es? —preguntó Lucas, echando un rápido vistazo.

—Una lista de nombres de huérfanos.

Lucas lo miró estupefacto, luego devolvió su atención a la lista y comenzó a leer los nombres.

—Están ordenados por el lugar donde los hallé —aclaró el Peregrino —. Como ves, mientras permaneciste preso hice algo más que indagar sobre la persona de Balius. De hecho, a medida que fui

comprendiendo que yo solo no podía desafiar la posición del prior, mis esfuerzos comenzaron a centrarse en la búsqueda del pequeño Juan Belmonte. Deduje que si Balius había conseguido una nodriza para hacerse cargo del bebé, la colocaría junto al bebé en alguna parte donde ambos tuvieran más o menos asegurada su manutención. Como sabía que Jacobo mantenía buenas amistades con los conventos mercedarios del sur de Castilla, decidí comenzar por ellos. Puse todo mi empeño en elaborar esta lista, preguntando por los muchachos que pudieran tener a su cargo. Desafortunadamente, no encontré a Juan en ninguno. Lo lamento de corazón.

El aludido continuaba leyendo; a medida que su dedo avanzaba por la lista, comenzó a sentir que su estómago empequeñecía. Sus ojos se empañaron.

—Vamos, amigo —dijo Lázaro, posando una mano en su hombro—. Que no te venza el desánimo. Todavía quedan muchos lugares en los que buscar.

De pronto Lucas se detuvo. Lázaro, desde su posición, vio que había comenzado a temblar, como poseído por una fiebre repentina. Creyó que estaba a punto de derrumbarse; se agachó para abrazarlo, pero entonces descubrió su rostro. Con la llama bailando en sus pupilas, Lucas parecía tan petrificado como cuando ingirió su veneno. Sus ojos, abiertos desmesuradamente, estaban fijos en la lista, y su dedo se había detenido bajo un nombre en concreto.

—Lucas, ¿qué te sucede?

—¡Dios Santo! —juró el otro en un susurro ahogado por la emoción.

Lázaro dobló el cuello. El índice de Lucas apuntaba a un nombre, tan desconocido para él como cualquier otro.

—¿Quién es Baltasar de la Torre?

Lucas girando el cuello muy despacio, y sin apartar su dedo del papel por miedo a perder el nombre, respondió:

—¡Es mi hijo!

La noche que Jacobo entregó en adopción al pequeño Juan Belmonte apenas había sido capaz de contener su indignación por un acto de abandono tan descarnado. Margarita no era un ser humano, sino un monstruo carente de sentimientos. Pero, y él, ¿quién era? Mientras su carruaje lo alejaba del convento de las hermanas mercedarias Jacobo se buscaba a sí mismo, mirando abstraído desde

su ventana. No le importaba que el viento helado lo hiciera tiritar, necesitaba concentrarse en otra cosa; en el paisaje. Lo que fuera con tal de conceder algo de paz a su cabeza. Sin embargo, no podía alejar los pensamientos que lo castigaban.

Aquel niño abandonado se criaría bien. Estaría protegido por las hermanas mercedarias, más cuando él lo había ordenado de tal forma. No había razón para preocuparse, aunque, ¿era aquello lo que verdaderamente lo inquietaba?

El Maestro General ha muerto repitió un eco en su alma. Una voz macabra, diferente a la de sus pensamientos. Era sibilina y atrayente, pero a la vez poseedora de una habilidad ponzoñosa. Era la voz de sus ambiciones y lo estaba consumiendo desde dentro. Su meta cada vez se hallaba más cerca: conseguir el puesto de líder de la orden mercedaria; no obstante, para lograrlo había sido necesario sacrificar gran parte de su humanidad, dejando un vacío que se llenaba con un millar de dudas y remordimientos.

El Maestro General ha muerto, sí, y pronto él se desharía del nuevo Maestro, aquél que le había arrebatado el puesto mediante la astuta artimaña de enviarlo lejos de Barcelona. Ya tenía el dinero suficiente para los sobornos, sólo cabía aguardar el momento apropiado. Una vez que lo consiguiera, cuando al fin lograra su meta, ¿dónde quedarían sus desazones? Todas las maldades que había perpetrado se oscurecerían al lograr el cargo, se difuminarían hasta desaparecer. Estaba totalmente convencido…

O no del todo. No todas sus acciones quedarían veladas, había un recuerdo que lo golpeaba con embates más fuertes que el resto de actos reprochables. Cada vez que venía a él, Balius se descubría mordiéndose el labio superior hasta sangrar. Se trataba de la voz de aquel fraile, el maltratado por los berberiscos.

Su cerebro rememoraba el sonido de los latigazos, cada vez más fuertes, cada vez más violentos, y de repente la voz del mercedario, gritando su nombre con todas las fuerzas que guardaba en aquel cuerpo maltrecho. Jacobo lo imaginaba, arrodillado y sanguinolento, con el torturador listo para flagelar su espalda. No lograba deshacerse de aquellas imágenes, a pesar de haberlas recreado todas, pues jamás vio la tortura de Baltasar, sólo la escuchó.

Mientras el carro regresaba a Madrid a toda velocidad, Jacobo notó que no se encontraba cómodo. Podría olvidar todo lo que había robado una vez se convirtiera en Maestro General, pero no podría olvidarse de las voces de aquel fraile.

—Maldito sea —balbució.

Sus palabras fueron arrastradas por el viento. El cochero, desde el pescante, creyó que se dirigía a él.

—¿Ha ordenado algo Vuestra Merced?

—Sí. Regresa al convento. Rápido.

El carro dio media vuelta. Jacobo, en el interior, sabía cuál era la única forma de tapar aquel pecado. Baltasar nunca había revelado su nombre a los piratas, tal vez por orgullo, hasta el día que él acudió a entrevistarse con Selim. Su nombre era lo único de valor que le quedaba, pero hasta eso le habían arrebatado en sus últimos días. ¿Por qué razón se habría rendido?

—Conviene que haga una buena acción —se dijo, como si buscara conversar con su alma— si quiero evitar que me consuma la locura. Baltasar de la Torre, voy a permitir que alguien herede tu nombre.

XXXII

Lucas había recuperado casi todas sus fuerzas, lo cual permitió que, al salir de la venta, tomaran dos de los caballos del carro y galoparan rumbo al convento donde estaba registrado aquel Baltasar de la Torre. Cabalgar, sin embargo, le resultó más difícil de lo que pensaba. En efecto, podía aferrarse bien a su montura, pero descubrió que los bruscos movimientos durante la carrera no eran buenos para su herida. Ésta ardía por momentos; no obstante, sabía que aún podían estar persiguiéndolos.

—Por fortuna, anoté los lugares visitados —gritó Lázaro, que galopaba a su lado—. Ese nombre lo registré en el convento de María del Socorro. Estamos muy cerca, en dirección sur. Pero dime, Lucas, ¿por qué es tan importante ese nombre?

—Pertenece a un fraile con quien trabé amistad durante mi presidio. Nadie conocía su nombre, salvo yo; sin embargo, lo confesó a gritos el día que lo mataron. Balius, según me enteré después, estaba de visita justo en aquel día. Presiento que escuchó aquel nombre y que, por alguna razón, decidió ponérselo a mi hijo para ocultar su identidad.

Lázaro asintió y espoleó su caballo, azotándole el lomo con las riendas. El camino torcía dirección suroeste. A lo lejos, el sol se escondía bajo la línea del horizonte. No transcurrieron más de quince minutos cuando distinguieron la forma de una espadaña que asomaba por encima de un montículo. Tras coronarlo descubrieron, al otro lado, la fachada de un convento. Dos hachones, uno a cada lado de la puerta, lo hacían visible desde la distancia. Llegaron hasta él a toda velocidad y llamaron a la campana. Al cabo de un rato fueron recibidos por una anciana.

—¿Quién va? —dijo, entrecerrando los ojos.

El Peregrino abrió la boca con intención de presentarse, pero de un salto Lucas se adelantó. Tomó a la anciana de las manos, y ante la sorpresa de ésta, se arrodilló.

—Buena mujer. ¿Hay en este convento un muchacho que fue entregado de parte de Jacobo Balius, prior de los mercedarios?

La mujer le devolvió una mirada recelosa.

—No hay nadie así entre nosotros.

Al momento, Lucas comprendió el motivo de aquel secretismo. Las hermanas jamás declararían que cuidaban un hijo entregado por Jacobo, pues podría tratarse de un hijo natural, engendrado mediante una relación prohibida para alguien de su condición. Por eso, posiblemente, Lázaro sólo poseía una lista de nombres.

—No… no lo entiende. En realidad, es a mi hijo a quien busco. Responde al nombre de Baltasar de la Torre. Por favor… tienen a un

muchacho llamado así, ¿no es cierto?

La mercedaria parecía fiarse cada vez menos.

—¿Puede demostrar que es suyo?

Lucas apretó las manos de la anciana y posó su frente sobre ellas.

—No, no puedo. Mi esposa lo ocultó cuando era sólo un recién nacido. En aquel tiempo fue bautizado como Juan Belmonte. Ése es mi apellido, pero sé que ya ni siquiera eso conserva.

—Vino aquí con una nodriza —añadió Lázaro, a cuya memoria habían venido los rasgos de la muchacha—. Era joven, bien parecida. De no más de dieciocho años. Tenía una peca aquí, en la mejilla izquierda.

—Se lo suplico —intervino Lucas—. Me encontraba preso cuando nació. Mi esposa fue quien lo dio en adopción. Al menos permítame verlo.

La anciana miró a los dos hombres de reojo, luego pareció mascar algo con su boca casi desprovista de dientes y dijo:

—Un momento.

Desapareció tras la puerta. Se escuchó el cerrojo al otro lado. Lucas miró al Peregrino de reojo. A todas luces parecía que aquella anciana los había dejado abandonados tras la puerta, encerrándose dentro sin ninguna intención de regresar. Durante varios minutos ninguno de los dos hombres oyó nada, hasta que, de repente, la puerta volvió a abrirse. La anciana volvía acompañada por una joven que coincidía con la descripción que Lázaro había hecho de la nodriza. La anciana fue la primera en hablar, dirigiéndose a la otra mujer:

—¿Conoces a estos hombres?

Ella negó con la cabeza, pero Lucas intervino:

—Hace algo más de cuatro años —dijo a la joven— le fue encargado ocuparse de un recién nacido.

La muchacha miró Lucas sorprendida, luego volviéndose a la otra hermana, dijo:

—¡Esa es la edad que tiene Baltasar!

—¿Se lo trajo el prior? —preguntó Lucas.

—Sí —respondió la joven antes de que su superiora chistara para mandarla callar.

—¡Entonces debe ser mi hijo! Jacobo Balius escondió a mi hijo por orden de mi propia esposa. Ella lo aborrecía y ordenó al prior que se deshiciera de él. Jacobo debió traerlo aquí. ¡Muéstremelo, se lo suplico!

La joven echó un rápido vistazo a su compañera, que devolvió una mueca; luego se volvió a su espalda, a la puerta del convento, que estaba entreabierta, e hizo un gesto con la mano. Asomándose tímidamente apareció un niño que coincidía en edad con la declarada por Lucas. Miró primero a todas partes, algo asustado y luego caminó

con indecisión, sosteniendo entre las manos un trozo de madera tallado con la forma de un caballo. Llegó hasta la mercedaria joven, quien lo acercó hasta Lucas. Este se acuclilló para ver su rostro claramente. El niño era de pelo moreno y ojos levemente achinados; las cejas, gruesas y caídas, le daban un aspecto bondadoso. Tenía las mejillas enrojecidas por la vergüenza y los labios pequeños y gruesos. Lucas lo tomó de los brazos y estudió su cara. Era muy distinto a como lo había imaginado: heredero de la belleza de Margarita, torneada adecuadamente para adaptarse el género masculino. Aquel niño, sin embargo, daba una impresión de extrema bondad en cada línea de sus facciones. Se parecía, sin ninguna duda, a él.

—¿Tienes algún recuerdo de tu vida antes de este convento? ¿Recuerdas a tu madre, a tu padre o la casa en la que vivías? —preguntó Lucas, pero el niño estaba demasiado asustado para responder.

De repente, Lázaro llamó su atención con un chasquido de dedos. El Peregrino señaló al norte. Al principio Lucas no pudo ver nada, pero tras fijarse con atención fue capaz de percibir una humareda.

—Vienen a por nosotros —advirtió Lázaro, cuya vista extraordinaria se esforzaba oteando la distancia—. Dos carrozas y tres o cuatro caballos. Nos han alcanzado.

Lucas miró a su alrededor, buscando algún lugar en el que ocultarse, pero no vio sino el convento. La puerta continuaba abierta. Tomó a su hijo en brazos y, haciendo una señal al Peregrino para que lo siguiera, pasó dentro.

XXXIII

Dos carruajes —uno en el que iba Margarita; otro solicitado por Balius— y una escolta de cuatro hombres a caballo con el uniforme de la Santa Hermandad se dirigían a toda velocidad en dirección sur. Al anochecer, el convento de las hermanas mercedarias apareció tras una loma. En la puerta eran perfectamente visibles cinco figuras; una de ellas de pequeña estatura.

—Están aquí —declaró Margarita—, tal y como había supuesto.

El prior, sentado frente a ella, se mordía el labio.

—Tienen al niño —añadió la mujer.

En ese momento, escucharon que los hombres de la Santa Hermandad daban el alto. Jacobo miró por su ventana. Las figuras se adentraban a toda prisa en el interior del convento.

—Entraré con la guardia —indicó a Margarita—. Me llevaré también a tres hombres de los corchetes para que rodeen el edificio y vigilen el huerto. Tú quédate aquí. Vosotros —ordenó a los dos hombres que los acompañaban—, protegedla.

Los aludidos afirmaron con la cabeza. Al poco el carruaje se detuvo. En las puertas aún aguardaba la mercedaria anciana. Cuando vio emerger a Jacobo Balius se puso a temblar como una azogada.

—¿Qué has hecho, necia? —increpó éste, aproximándose a la mujer como si pretendiera arrollarla.

—Han pedido derecho de asilo —declaró la monja—. Están dentro, con el niño. Uno de ellos es su padre, por lo visto.

—¡Ese niño es huérfano! Te han convencido con sus embustes. Les niego el derecho de asilo. Uno de ellos está acusado de alumbrado, y por tanto cae sobre él una pena de traición a la fe católica. El derecho de asilo bajo estas paredes no se le puede aplicar —levantó la voz—. ¡Todos los aquí presentes sois testigos! Es mi deber sacarlo del convento, utilizando la fuerza si fuera necesario. Debo pasar acompañado de la Santa Hermandad.

La mujer se hizo a un lado. Jacobo intercambió unas órdenes con tres hombres de los corchetes, que corrieron a rodear el edificio, y luego entró con la cuadrilla de la Santa Hermandad. La hermana mercedaria los siguió dejando las puertas bien cerradas por dentro. Fuera quedó Margarita, junto a los dos guardias y los cocheros de ambos carruajes. En un momento la zona quedó tan silenciosa que por primera vez fue capaz de escuchar a los grillos. Al cabo de unos minutos comenzó a aburrirse. Cambió varias veces de posición, puso las manos sobre el regazo y resopló. Miro a los dos hombres que la custodiaban, ambos se distraían observando su figura con rápidas y furtivas miradas; sin embargo, Margarita estaba demasiado

acostumbrada a reconocer cuándo un hombre se deleitaba con su talle.

—¿Qué miráis? —dijo con descaro.

Los dos guardias se ruborizaron y, a toda prisa, buscaron otro punto en el que concentrar su atención.

—Tú —ordenó ella al que parecía más asustado—. Vigila el exterior o declararé al prior que me habéis ofendido… y os garantizo que os hará lo que se me antoje. ¡Vamos!

El hombre saltó del carro a toda prisa y se quedó fuera, vigilando como una estatua de mármol.

—Y tú —dijo al otro—. Si te atreves a dirigir tu vista hacia mí, te prometo que no volverás a llevar un jornal a tu casa. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, mi señora —respondió el hombre.

—Vas a hacer todo lo que te pida, ¿verdad?

—Sí, sí… lo que indique.

—Así me gusta. Pues quiero que…

La detuvo un golpe grave, proveniente del exterior. Se asomó por la ventana de su lado. Fuera, entre la puerta del convento y su carruaje, yacía bocabajo el cuerpo inerte del guardia que acababa de salir. Un rastro de sangre se extendía por la tierra de su alrededor. El corchete que quedaba dentro del carro soltó una maldición. Fue a salir, pero justo cuando su mano se posó en la manija de la puerta, apareció frente a él, asomado por la estrecha abertura de la ventana, la figura de Alonso Márquez. Sus ojos eran apenas dos puntos luminosos como cabezas de alfiler, hundidos en unas cuencas profundas y grises. Los labios se encontraban estirados en un rictus estremecedor, en el que asomaban los dientes como los de una bestia a punto de morder. El guardia dio un brinco y buscó desenvainar su espada; sin embargo, la estrechez del habitáculo y su postura le impidieron hacerlo con la suficiente velocidad. Alonso alargó un brazo al interior del carro y le hundió un puñal en la yugular. Luego, con la otra mano, lo tomó de la cabeza y lo arrastró al exterior, dejando que la puerta se abriera al ser empujada por el cuerpo ya agonizante de su enemigo. Margarita, que había quedado paralizada en su sitio, no pudo ver cómo Alonso remataba al guardia; tan solo escuchó unos estertores y el estremecedor sonido que producía el cuchillo al desgarrar ropas y carne.

En un momento todo volvió a quedar en silencio, hasta que, de repente, Alonso volvió a dejar ver su perturbada faz a través del hueco de la puerta.

—Hola, Margarita.

—¡Alonso! —llamó ella, buscando aparentar alegría y sorpresa, como si su interlocutor no acabara de asesinar a dos hombres.

—He venido a buscarte.

—¡Oh, Alonso! —entrelazó sus dedos, en actitud de ruego—. Siempre has cuidado de mí. Incluso después de haberte rechazado varias veces. ¡Tú siempre te has esforzado tanto! Ahora mismo, esos dos hombres me estaban mirando con un descaro, que yo… temía por mi seguridad. Estaba aquí, sola con ellos. Nada les habría impedido aprovecharse de mí. Creo que estaban a punto de hacerlo. Pero tú has llegado a tiempo para salvarme. Alonso, ya no quiero rechazarte más.

Alonso relajó su expresión.

—No sabes cuánto te he anhelado, Margarita; cuánto he necesitado tu amor. Desde el primer día, desde que te vi siendo una muchacha te he necesitado como necesito respirar. Cada una de mis acciones a partir de entonces ha funcionado impulsada por un deseo de poseerte. Incluso en mis prisiones, privado de la libertad y la cordura por los berberiscos, eras tú la única que se aparecía en mis sueños, infundiéndome el hálito necesario para no quitarme la vida. La promesa de tu amor es lo que me trajo de regreso a Castilla.

—Pues ha llegado el momento de dártela, mi vida. Yo también he sufrido mucho. He padecido vuestra prisión y la muerte de mi hijo. Dios sabe lo mucho que me afectó. Pero ahora que te veo noto que me vuelve la lucidez. Contigo podré alejar mi enfermedad… curarme.

—¿Tu enfermedad? —Tembló la voz de Alonso.

—Sí.

—¿Y tus padecimientos por nuestro cautiverio? —una lágrima resbaló por su mejilla.

—Eso es. Terminó tu espera. Lucas es un alumbrado, me lo ha dicho el prior. Nada puedo hacer por él. Pero necesito, ahora más que nunca, el cariño de un hombre. ¿Quién mejor que tú, Alonso?

—Quién mejor que yo.

—Nunca me he entregado a Lucas de corazón, tú lo sabes. ¡Lo haré contigo, con quien debí hacerlo desde el principio! Seré tuya.

—Mía. Sólo mía.

—Sí. Sí, Alonso.

A través del hueco de la puerta, el hombre extendió la mano a Margarita.

—Ven. Sube al pescante conmigo. No hay nadie que pueda conducir los carros, ¿sabes? He tenido que matar a los cocheros. Lo he hecho mientras hablabas con los guardias.

Margarita, a pesar de temblar de horror, mantuvo la compostura. Dio la mano a Alonso y le respondió con el gesto más dulce que jamás hubo realizado. Éste la atrajo delicadamente al exterior. Fuera, la mujer pudo contemplar la carnicería. En el otro carruaje, tal y como Alonso acababa de indicar, yacía el cuerpo del primer cochero, degollado. En su carruaje, el segundo cochero todavía permanecía sentado, inclinado hacia delante en una postura grotesca. De la boca

le caía un hilo pegajoso de sangre. En la tierra, junto a la puerta, se encontraban los cadáveres de los dos corchetes. Uno de ellos, el que Alonso había empujado al exterior, estaba cubierto de sangre por causa de la gran cantidad de puñaladas que tenía en todo el cuerpo.

—¿Ves lo que he hecho? —dijo Alonso al ver que Margarita, espantada, no perdía detalle de la escena a su alrededor—. He tenido que matarlos, cariño. Sólo para llegar hasta ti… He tenido que cometer muchas crueldades para llegar hasta ti.

—No importa, mi amor. Ya estás conmigo. Anda, quita el cuerpo del cochero del pescante. Viajaré a tu lado hasta Madrid.

—Claro —dijo él mediante un susurro quebrado—. Pero te has dejado un pañuelo dentro del carro… voy a cogerlo.

Margarita quedó sola en el exterior. No podía apartar la mirada de las atrocidades que Alonso había cometido con aquellos hombres. Se había vuelto completamente loco. Pero no podía permitir que sus impresiones traslucieran. Debía ser cuidadosa, mostrarle todo el cariño que él solicitara hasta llegar a Madrid. Allí, cuando tuviera oportunidad, lo pondría en manos de las autoridades. Aunque quizá no fuera necesario… al menos no inmediatamente. Tal vez Alonso no resultara peligroso mientras ella se mostrara solícita, entregándose a él si fuera necesario; de este modo quizá fuera posible hacerse con buena parte de su fortuna. Así luego, una vez con el dinero…

Abrió los ojos y la boca desmesuradamente, quiso gritar, pero no pudo. El puñal hundido en su pulmón izquierdo había robado todo su aliento. La mano cálida de Alonso la agarró por el cuello, no con delicadeza, sino como una tenaza aprisionadora. La atrajo con fuerza y hundió el filo hasta el mango. El tacto del acero, adentrándose aún más en sus entrañas, le produjo un estremecimiento frío. Entonces notó el cuerpo de Alonso aproximándose al suyo desde atrás; la calidez de su aliento vertido en su nuca.

—¡Alon…! —intentó chillar, pero el hombre reaccionó tirando del puñal hacia arriba, desgarrando el pulmón hasta el omoplato.

Margarita emitió un quejido sordo, pero las fuerzas no la dejaron hacer nada más. Quedó suspendida, sujeta por el puñal clavado en su espalda y por la mano de Alonso, que aferrada a su garganta la impedía respirar. Todo a su alrededor comenzó a nublarse con rapidez; el sonido de los grillos fue llegándole cada vez más lejano. Su cuerpo entero quedó entumecido. Entonces, cuando el último aliento de vida la dejaba, sintió el rostro de Alonso junto al suyo y la calidez de un beso en su mejilla.

Alonso había encontrado la forma de avisar a una cuadrilla de la Santa Hermandad, pero en lugar de acompañarlos quiso que fueran directamente al convento de San Pedro Armengol, cuya ubicación conocían bien los corchetes con los que iba. Él necesitaba acercarse por su casa, aunque fuera durante unos instantes, y hablar con Margarita. La pobre mujer, viendo cómo acababan de robar el cuerpo de su marido, debía encontrarse profundamente apenada. Era el momento de iniciar una aproximación. Lo había intentado durante toda la noche, acompañándola a casa, consolándola y arropándola, y Margarita siempre se había mostrado receptiva. Sí, lo había rechazado justo tras regresar de su cautiverio, pero no era por que no lo quisiera. Sin duda, todas las desgracias que había acumulado habían mermado no sólo su cordura, sino también su memoria. Era evidente que Margarita no recordaba lo que le había prometido antes de embarcar en el Tercio de la Armada, pero seguía expresándole todo su afecto. Si reforzaba su amistad, poniendo todo su cuidado, tal vez ella… Por eso era necesario visitarla antes de emprender la búsqueda del Peregrino.

El capitán del *Gorgón* había logrado engañar incluso a su propio contramaestre, pero, ¿no lo había hecho Lucas también? Hubiera jurado que había sido la herida de su espada, o la caída desde el tejado lo que lo había matado; pero ni una cosa ni la otra habían terminado con su vida. Ahora recordaba que el médico se había sorprendido al no hallar ningún hueso roto durante su examen, y se había apresurado a cerrarle la herida creyendo que aún vivía. Sin embargo, al no detectar aliento o los latidos del corazón, lo dio por muerto, cuando en realidad estaba ante alguien capaz de levantarse desde aquella rigidez de difunto.

Si Lucas había logrado fingir la muerte, igual que Lázaro en el pasado, eso los convertía en amigos.

—Buenas amistades te has procurado —murmuró justo cuando alcanzó la calle donde estaba su casa.

Recordaba la personalidad esquiva del Peregrino y todas las oscuras leyendas que se decían contra él. Desde su primera entrevista en el *Gorgón* lo creyó un hereje, al igual que Lucas ahora. Visto así, no resultaba extraño pensar que un alumbrado, dado que se había separado de la auténtica fe católica, estuviera dispuesto a abrazar todo tipo de prácticas aborrecibles. Posiblemente, Lázaro, en la entrevista que mantuvo con Lucas antes del ataque, le inculcó algunas ideas que

con el tiempo habían llegado a confundirlo.

—Mejor para mí —conversó consigo mismo.

Pensaba dar una detallada confesión al Santo Oficio sobre todas sus sospechas. Lucas no tardaría en ser condenado bajo tal carga de acusaciones. Así, con Margarita sola y desvalida, él tendría más posibilidades de éxito.

Sus divagaciones fueron interrumpidas por un grito de mujer. Elevó la mirada y vio alguien caía desde el balcón del segundo piso de su casa. Se traba de Beatrice.

Cuando llegó hasta ella pudo comprobar que su esposa aún vivía, aunque su respiración producía un estremecedor pitido al exhalar. Beatrice tenía el rostro cubierto de sangre; su pierna izquierda se retorcía en una postura imposible.

—Marg… Margarita. Ha sido Margarita —dijo a su marido, apenas lo reconoció.

—¿Pero qué dices? —respondió Alonso, mirando de cuando en cuando al balcón.

—Margarita me ha lanzado… Ella… te mandó preso… para conseguir tu dinero.

—No, no Beatrice. No fue ella, sino Jacobo Balius. Quiso enriquecerse a nuestra costa. Margarita es inocente. Tan injustamente castigada como lo has sido tú, o más. Vamos, dime, ¿cómo has caído por el balcón?

Su esposa esbozó una sonrisa. Alonso pudo ver que tenía los dientes tintados de rojo.

—Siempre has estado enamorado… enamorado de ella, mi ciego Alonso.

Alargó la mano y acarició la mejilla derecha de su marido, que la contemplaba estupefacto.

—Por es… por eso ha resultado fácil engañarte… Margarita nunca ha perdido la cabeza, ni ha perdido a su hijo, ni a su marido. Nunca… tuvo marido… pero yo si lo tuve… Siempre te amé, aunque no me correspondieras… siem… siempre mantuve silencio… con tal de disfrutar a tu… lado.

Alonso escuchó que se abría la puerta de su casa. Rápidamente corrió a esconderse en el hueco de un portal cercano. Al atisbar comprobó que era Margarita Valle quien salía. La mujer ni siquiera se preocupó en mirar el cuerpo moribundo de Beatrice; sino que echó a correr calle abajo y desapareció.

En ese momento Alonso creyó que vomitaría su alma. Comenzó a respirar agitadamente, pero fue incapaz de lograr que sus pulmones recibieran el aire necesario. Se ahogaba, atenazado por la verdad. Imágenes, escenas y un sinfín de actos cometidos en el pasado ardieron en su cabeza. Momentos en los que, envilecido con su amor

hacia Margarita, se había dejado conducir como un pelele. Y como si en efecto fuera una marioneta desprovista de titiritero, sus piernas se doblaron, exentas de fuerza. Cayó de rodillas, se arrastró hasta Beatrice, la tomó de la mano y comenzó a besársela frenéticamente

—¡Cielo santo, cómo no lo he visto! ¡Cielo santo!

Ella lo miró con ternura.

—Perdóname, te lo ruego. Perdóname para que pueda recuperar un pedazo de mi alma, para que viva lo que me queda de día y enmendar alguno de mis muchos pecados.

Beatrice sonrió. Ya no era capaz de hablar, pero Alonso supo que había hecho caso a su petición.

—Soy tu marido —musitó entre lágrimas—. Sólo tuyo.

Tomó a Beatrice y la abrazó con fuerza. Allí, entre sus brazos, escuchó cómo expiraba. Habría querido llorarla, darle sepultura, pero un instinto feroz se lo impidió. Metió el cuerpo en su casa, buscó su mejor espada y un puñal y salió a la carrera. Debía regresar al convento, donde sabía que iría Margarita, pero no se dejaría ver, no por el momento. Allá donde fueran ella y el prior los seguiría, aguardando el mejor momento para ejecutar su venganza.

XXXIV

Lucas cruzó el vestíbulo del convento con su hijo en brazos, seguido del Peregrino. Giró a su izquierda y entró en una pequeña capilla dedicada a la santa fundadora. Algunas hermanas que allí había se levantaron asustadas cuando lo vieron aparecer. Lucas las ignoró y alcanzó el fondo de la capilla. Encontró dos puertas a ambos extremos de la imagen. Al asomarse por la de la izquierda comprobó que daba a un pasillo oscuro y frío, repleto de puertas en ambos lados, sin duda destinadas a las celdas de las monjas. La puerta de la derecha conducía a un pequeño patio de estilo mozárabe. Decidió ir por éste último camino. Cuando estaba en mitad del patio se detuvo a mirar a su alrededor. Había una segunda planta que daba al patio en forma de balconada. Alrededor de éste, a izquierda, derecha y frente a él, detectó al menos cinco puertas.

—¡¿Por donde vamos ahora?! —preguntó a su compañero.

Lázaro le devolvió una expresión de incertidumbre. De lejos les llegó un alboroto, sin duda ocasionado por los hombres que les buscaban.

De repente, el Peregrino tuvo una idea. Se acercó al niño y en un tono calmado preguntó:

—Baltasar, conoces bien este convento, ¿verdad?

El niño se quedó mirándole con los ojos muy abiertos, pero estaba demasiado asustado para decir nada.

—Baltasar —insistió Lázaro—, no debes tener miedo. Dime, ¿hay algún huerto, o zona que dé acceso al exterior?

El niño continuaba sin responder. Su labio inferior se sobrepuso al superior.

—Vamos, hijo —pidió Lucas.

El joven Baltasar miró a su recién descubierto padre con ojos vidriosos. Era evidente que tampoco se fiaba de él. Un fuerte portazo llegó hasta ellos multiplicado por el eco. Sus perseguidores debían estar inspeccionando las celdas, una por una. Pronto, al no encontrarlos allí, irían por la puerta que daba al patio.

En ese momento, y muy lentamente, el niño estudió las diferentes puertas y señaló una.

—¡No perdamos tiempo! —dijo Lázaro, echando a correr hacia ella.

En el otro lado había una pieza pequeña, con otra puerta al frente y unas estrechas escaleras de caracol que descendían. Baltasar continuaba señalando al frente, de modo que los dos hombres decidieron continuar por allí. Lázaro fue el primero en llegar a la puerta, antes de abrirla Lucas fue capaz de percibir un olor peculiar que le hizo esbozar una sonrisa. Cuando el otro lado se mostró ante

sus ojos comprobó que, en efecto, su olfato no lo había defraudado. Se trataba de un corral de grandes dimensiones. A su izquierda lindaba con la pared de un edificio de dos plantas, pero frente a ellos y a su derecha, el corral estaba delimitado por un muro alto que daba directamente al exterior. Por desgracia, aquel muro se alzaba al menos siete palmos por encima de su cabeza.

—Ayúdame a subir —indicó Lázaro—. Luego yo tiraré de ti desde arriba.

Alcanzaron el muro y Lucas entrelazó las manos. El Peregrino las utilizó a modo de escalón. Con un impulso logró aferrarse al extremo, trepó y se quedó sentado a horcajadas.

—Álzame al crío —ordenó.

Lucas levantó a Baltasar en brazos, pero justo cuando Lázaro lo tomaba, la puerta que daba al corral se abrió. Del otro lado aparecieron dos hombres de los corchetes y la cuadrilla de la Santa Hermandad, encabezada por Jacobo Balius. Al ver que los fugitivos intentaban saltar el muro, los guardias desenvainaron.

—¡Alto a la Santa Hermandad! —gritaron al unísono.

Lázaro ya tenía a Baltasar en sus brazos. Extendió la mano a Lucas.

—¡Te toca!

Pero el otro vaciló. Observó a su hijo. Había comenzado a llorar, aterrado por la situación. Ni siquiera le fue necesario mirar a su espalda para saber que los guardias lo alcanzarían antes de escalar el muro. No dijo nada a Lázaro, pero el capitán también presintió lo que estaba a punto de hacer. Negó con la cabeza a modo de respuesta en aquella rápida conversación de intenciones, pero Lucas lo ignoró. Giró a su izquierda y corrió al edificio de dos plantas, en el que descubrió una portezuela desvencijada. Los Hombres de la Santa Hermandad y el prior lo persiguieron, pero los corchetes continuaron concentrados en Lázaro. Éste comprendió que no podía perder más el tiempo, de modo que saltó al otro lado con Baltasar en los brazos.

Lucas abrió la portezuela de una patada. Frente a él vio todo oscuro, pero detectó que del techo y las paredes colgaban herramientas de labranza. En las paredes se apilaban todo tipo de materiales: sacos, cuerdas, más herramientas, utensilios de cocina, pieles de cerdo sin curtir… al fondo había una escalera de madera, muy liviana, que llevaba al segundo piso. Corrió a ella y la ascendió. En el piso de arriba había algo más de luz gracias a la que entraba por unas ventanas, tan estrechas que casi parecían rendijas verticales. En aquella segunda planta descubrió varios ganchos, dispuestos a lo largo de una gruesa viga; y al fondo una polea herrumbrosa sobre una trampilla en el suelo.

La madera de que estaba hecho el piso crujió cuando Lucas corrió hasta el fondo, justo sobre la trampilla, pues el techo era algo más alto

en aquel punto y le permitiría pelear con mayor soltura. A su espalda resonaron las botas de los cuadrilleros. Lucas se mordió los labios. Si al menos tuviera una espada… Se volvió. Los hombres de La Santa Hermandad ya lo arrinconaban.

—Se terminó la carrera —escuchó, procedente de una voz melodiosa.

Sus perseguidores abrieron para dejar paso al prior. Jacobo saludó a Lucas con una expresión melancólica y negó suavemente con la cabeza.

—Lucas, ¿qué pretendías? No puedes escapar eternamente de la justicia. Piénsalo. Aunque esta noche logres lo que te propones, ¿a dónde irás después? ¿Fuera del país? Has sido acusado de alumbrado por tu propio amigo, la Inquisición te dará caza antes de que abandones Castilla. Recapacita.

Lucas dejó escapar un bufido. La herida del vientre tiró con un aguijonazo de dolor.

—Te ofrezco algo —continuó Jacobo—. Entrégate y ponte en manos de la Inquisición. Yo me encargaré de mediar por ti para que la condena mengue. Únicamente serás colgado, pero te librarás de la hoguera. Tu hijo recibirá mi protección. Cursará estudios de teología y entrará en la iglesia apadrinado por mí. ¿Sabes cómo lo llamé?

—Le pusiste el nombre del fraile —reaccionó Lucas.

—Así es. Me preocupé por él cuando supe que tú y Alonso… —el prior se detuvo y miró de reojo a los otros hombres allí presentes, debía ser cuidadoso seleccionado en lo que decía—. Olvídalo todo, Lucas. Deshazte de tu rencor generado por el pasado. Sólo así conseguirás salvar a tu hijo. Antes de entrar ordené a varios hombres que rodearan el convento. Lázaro no habrá podido ir muy lejos. Permite que finalice esta persecución y nada le sucederá al niño. Yo también lo amo, Lucas. Lo cuidaré como si fuera mío, si te entregas a la Inquisición.

En ese momento, los presentes escucharon que alguien más ascendía las escaleras. Al poco apareció la figura de Alonso. El hombre ascendía cada peldaño con una extraña parsimonia.

—¡Alonso! —dijo sorprendido el prior—. Me alegra que te encuentres aquí. ¿Cómo nos has encontrado?

—Os he seguido —respondió el otro, sin apenas despegar los labios.

Avanzó hasta colocarse a la altura de los cuadrilleros y contempló a Lucas con absoluta templanza.

—Lucas —dijo el prior—. Hasta tu amigo ha comprendido que es más conveniente perdonar que buscar el ánimo rencoroso.

—¡Él no es mi amigo! —gritó Lucas— ¡Jamás lo ha sido!

—Vamos… vamos —intentó apaciguar Jacobo—. También en esto debes olvidar, es necesario que…

—No —cortó Alonso. Sus palabras se deslizaron suavemente por entre los labios—. Lucas dice la verdad. Hace mucho que dejé de ser su amigo…

Sólo entonces Lucas descubrió que Alonso llevaba enfundadas dos espadas, una sobre la otra, en el lado izquierdo de su cadera. Con gran velocidad, Alonso desenvainó una de ellas y describió un arco a su alrededor. El filo alcanzó la mejilla izquierda del prior y se detuvo en el cuello de uno de los cuadrilleros. Alonso retiró la espada con velocidad y se puso en guardia, ante la sorpresa de todos, del lado de Lucas. El guardia atacado cayó al suelo de rodillas, llevándose una mano al cuello, que ya destilaba sangre a borbotones. Los otros tres hombres de la Santa Hermandad, recuperados de la sorpresa, se lanzaron al combate, pero para entonces Lucas ya se había hecho con la espada ropera que le sobraba a su inesperado compañero.

Entretanto, Jacobo había quedado paralizado. Había notado el roce del acero sobre su mejilla, pero el tajo no comenzó a doler de inmediato, sino que primero emergió la sangre, haciéndole cosquillas en el rostro. Se llevó la mano y fue cuando comprobó las dimensiones de su herida. Nacía casi en la patilla y avanzaba en línea recta hasta morir en la aleta de la nariz. Sólo en aquel momento percibió el dolor. Una punzada que estremeció todos los músculos de su rostro y avanzó agitando sus nervios hasta el pecho. Allí nació un pavor que le oprimió la garganta. Era como si todos los males que hubiera cometido estuvieran tomando la forma de miedos, y azuzados por la cercanía del filo contra su cuerpo, gritaran al unísono una condena para su alma.

Mientras Alonso y Lucas se enzarzaban en el combate, Jacobo dio media vuelta y echó a correr tropezándose con el hábito. Descendió las escaleras de tres en tres y se sumergió en la oscuridad que envolvía la planta baja. Miró a todas partes, desorientado, tan atemorizado como si hubiera caído en la frialdad del Purgatorio, hasta que sus ojos, ya algo más acostumbrados a la oscuridad, encontraron a su derecha la portezuela que daba al corral. Frente a él, sin embargo, había otras puertas lo suficientemente grandes como para que entrara un carro. Corrió hacia ellas y al abrirlas comprobó con alivio que daban al exterior. Puso rumbo a la espesura, al cobijo de los árboles, pero apenas hubo caminado diez pasos cuando se detuvo.

El Maestro General ha muerto, dijo una voz a su espalda. Se volvió, convencido de que alguien le hablaba, pero sólo encontró la estancia por la que acababa de salir. La Luna dejaba ver todas las herramientas y trastos que se acumulaban en el interior. Allí, como si sus ojos lo hubieran buscado, Jacobo halló eslabón y pedernal. Miró a su alrededor. No había nadie. Se recogió el hábito, dispuesto a correr hasta las puertas principales del convento, tomar un caballo y escapar

de allí, pero al instante volvió a escuchar aquella sentencia de forma tan vívida que creyó sentir el aliento de quien se la susurraba.

El Maestro General ha muerto oyó. Su corazón golpeaba fuertemente contra el pecho. A su derecha, junto al camino, crecían algunos matojos secos. Resuelto, se lanzó a tomar cuantos pudiera. Harían una yesca excelente.

XXXV

Armados con sendas tizonas, Lucas y Alonso se defendían de los tres hombres de la Santa Hermandad. Éstos tampoco cedían un paso, sino que, poco a poco, y al ser mayoría, estaban logrando arrinconar a sus contrincantes. Tras la espalda de Alonso quedaba la pared. Su cabeza chocó con la polea cuando se vio obligado a retroceder. No fue sino hasta ese momento que una delgada voluta de humo se coló por entre los tablones del suelo.

—¡Fuego! —dijo uno de los hombres de la Santa Hermandad.

—¡El piso bajo arde! —aclaró otro.

De las escaleras ascendió una nube de humo mucho más gruesa. Atacantes y defensores quedaron en suspenso, hasta que uno de los cuadrilleros dijo:

—Aplacemos el combate y salgamos. Jurad por vuestro honor que lo resolveremos fuera.

—Así lo juramos —respondió Alonso—. Salgamos de aquí mientras tengamos oportunidad.

Envainaron las espadas y buscaron una salida. Las pequeñas ventanas eran tan estrechas que ni siquiera podían meter la cabeza por ellas, de modo que no quedaba más remedio que enfrentarse al incendio de la planta baja y ver si allí había alguna posibilidad de burlar las llamas. Descendieron las escaleras, adentrándose en la humareda. Lucas tuvo que protegerse el rostro con la manga debido al intenso calor. Le escocían los ojos, apenas podía respirar y le ardían las mejillas, pero logró descender los peldaños hasta la primera planta. Allí había algo menos de humo, pero el calor era mucho más intenso. Las llamas nacían en los laterales de la estancia y ya lamían el techo de madera, de forma que en un punto quedaban unidas desde ambos extremos, formando un arco. No obstante, frente a ellos había una puerta doble entreabierta. El camino hasta ella pasaba bajo el arco de llamas, pero si caminaban por el centro había una posibilidad de salvarse. Del techo comenzó a caer una lluvia intermitente de minúsculos pedazos de madera incandescente.

Los tres hombres de la Santa Hermandad no se lo pensaron dos veces. Se cubrieron la cabeza con la capa y corrieron atravesando el arco de llamas en dirección a la puerta. Lucas se dispuso a seguirlos, pero Alonso lo detuvo agarrándolo de un brazo y le señaló la portezuela en la pared derecha. Las llamas sólo la habían alcanzado en parte, de forma que era posible saltarlas por encima y escapar tomando el rumbo que conducía al patio mozárabe.

—Lucas, no persigamos a la Santa Hermandad. Nos apresarán en cuanto salgamos y no podremos defendernos.

—Juramos por nuestro honor que resolveríamos el combate.

—Desecha el honor, amigo. No hay nada más dañino que el honor castellano. Créeme, sé de lo que hablo.

Lucas, observó que el mismo incendio se reproducía en las pupilas de Alonso. Pero su amigo, lejos de buscar una expresión de odio, le transmitía una honda tristeza.

—Está bien —asintió—. Todavía podemos saltar las llamas que cubren la portezuela.

Justo en ese momento el techo sobre sus cabezas se derrumbó con un sonoro estruendo y un caos de humo, llamas y madera. Cuando Alonso fue capaz de percibir lo que había sucedido, comprobó que Lucas se encontraba en el suelo. Tenía la pierna derecha atrapada bajo una viga.

Su amigo emitió un estremecedor grito de dolor. En el vientre apareció lentamente una mancha de sangre. La herida que Alonso le provocara con el filo de la espada se había abierto a causa del golpe.

—¡Dios mío! —clamó Lucas—. ¡La madera arde!

Alonso comprobó que no ardía, pero sí humeaba. Intentó levantarla, pero pesaba demasiado, además de estar demasiado caliente para sus manos. Buscó una solución a su alrededor, hasta hallar una soga que aún no había sido consumida por el fuego. Entonces recordó la polea de la planta superior, alzó la vista y pudo verla a través del hueco que se había hecho a causa del derrumbe.

—¡Aguanta, amigo! —dijo, tomando la cuerda y atándola a la viga.

Era gruesa, de forma que aguantaría un tiempo antes de que el calor la prendiera. Acto seguido, Alonso lanzó la cuerda al piso superior y corrió escaleras arriba. La segunda planta estaba tan cargada de humo que se hacía casi imposible respirar. No obstante, fue capaz de orientarse hasta llegar a la polea. Pasó la cuerda por ella y tiró con todas sus fuerzas. Al segundo intento, la viga se alzó medio palmo, lo suficiente como para que Lucas pudiera retirar la pierna y arrastrarse.

—¡Las llamas cubren la portezuela! ¡Ya no se puede salir por ella! —escuchó Alonso.

—¡Corre por la puerta principal! ¡Yo te sigo!

Lucas obedeció. Se arrastró hasta la puerta doble y salió al exterior. Allí no había ni rastro de los cuadrilleros, sólo algunas hermanas mercedarias, que venían desde la puerta principal cargadas con cubos de agua.

—¡Alonso, aquí no hay nadie! —gritó, pero no le llegó respuesta.

Extrañado, Lucas volvió a la entrada. Para su sorpresa, vio que las llamas cubrían casi toda la planta baja; habían entrado por el hueco que se hiciera en el techo de la segunda planta al desmoronarse, y ya asomaban por el tejado del edificio.

—¡Alonso! —gritó con todas sus fuerzas

La voz de su amigo le llegó desde un lateral. Lucas, saltando a la pata coja, logró llegar hasta allí. Alonso dejaba ver la mitad de su rostro por una de las estrechas ventanas. Un hilo de humo escapa también por allí.

—No puedo salir —anunció, cuando vio aparecer a Lucas—. Las llamas cubren el agujero y las escaleras. Estoy atrapado.

—¡Alonso! Aguanta, he visto a las hermanas venir con agua.

—Es demasiado tarde, me temo. El fuego está muy propagado.

—¡No, Alonso! No pierdas la fe.

—Nunca la he tenido, por desgracia. Sólo ciego orgullo. Te he traicionado toda la vida, Lucas. Espero que sepas perdonarme, y que reces, ahora que te encuentras más cerca de Dios, para salvar mi alma.

Lucas quedó paralizado, observando por primera vez en muchos años que Alonso lo miraba sin que sus ojos desaparecieran tras una sombra, sin que sus labios se tensaran en un rictus.

—Adiós, mi amigo… mi hermano —dijo Alonso, y desapareció, dejando que sólo el humo escapara por la pequeña ventana.

Lucas lo llamó varias veces, pero a su espalda lo llamó otra voz. Era Lázaro. Le hacía señas desde unos matorrales. Su hijo, Baltasar, aguardaba allí también. Un estruendo lo sobresaltó. El edificio, acosado por la violencia del incendio, se venía abajo. A lo lejos, acompañando a las hermanas, vio que regresaban los hombres de la Santa Hermandad con cubos de agua. Aún no lo habían descubierto.

Dudó, pero finalmente dio media vuelta y corrió a los matorrales. Por el camino encontró dos hombres de los corchetes muertos. Lázaro lo esperaba en la floresta, no estaba solo con su hijo. Había dos caballos algo apartados, atados a los árboles.

—Es el momento —susurró cuando Lucas llegó hasta él—. Jacobo ha escapado y los cuadrilleros, al no encontrarle y ver los cuerpos de los corchetes, han decidido abandonaros a vuestra suerte. Ahora nadie nos perseguirá.

—Alonso no lo ha conseguido.

—Pero tú sí, Lucas. Alonso nunca fue una persona honesta. Él te traicionó, tachándote de alumbrado. Nunca fue tu amigo.

Lucas miró al edificio. Se encontraba completamente envuelto en llamas. Las primeras mercedarias habían llegado, pero el agua de sus cubos no era suficiente para apaciguar el incendio.

—Sí —respondió al Peregrino—. Sí lo fue.

XXXVI

Apoyado en la baranda de estribor, Lucas contemplaba cómo la proa se abría paso rasgando las olas. El mascarón emulaba una mujer con cabezas de serpiente, y a ambos lados podía leerse *Gorgón*, el nombre que le habían impuesto a la nave en su bautismo. Esta vez no transitaba aguas del Mediterráneo, sino del Mar del Norte, rumbo a tierras donde no lo persiguiera la Inquisición.

—Deberíamos ver tierra de un momento a otro —anunció Lázaro a su espalda.

Lucas se volvió para afirmar con la cabeza y el capitán regresó a su camarote. En la cubierta, escalando los obenques, detectó a Miguel. El marinero veterano le devolvió una rápida sonrisa a modo de saludo y continuó su ascensión. A su derecha, sentado en la proa, descubrió a Rolf tallando una flauta bajo la mirada ensimismada del pequeño Baltasar. El carpintero le guiñó un ojo cuando se supo observado. Lucas sonrió, finalmente, y tras varias charlas con su capitán, había alejado la mayor parte de sus supersticiones. Todavía le quedaban leyendas con las que alimentar la fama del Peregrino, pero al menos se sentía dueño de su alma.

Las páginas de su diario se agitaron con una ráfaga de aire frío. Vio que Baltasar se frotaba los brazos de frío.

—Hijo, baja a tu hamaca. Aquí comienza a refrescar.

El niño dio un pisotón y comenzó a refunfuñar, pero un suspiro de su padre fue suficiente para que terminara obedeciendo.

Lucas devolvió su atención al mar. Tomó la pluma y volvió a concentrarse en la escritura:

«Es curioso cómo la vida nos sorprende, colocando ante nosotros acontecimientos inesperados. Jamás pensé que volvería a navegar, y menos en un barco con el nombre de *Gorgón*. Pero supongo que, como su dueño, tal nombre merecía regresar de la muerte para ser impuesto a otro navío.

»De no haber recibido la ayuda de Lázaro de Montesinos —finalmente me confesó su apellido— nunca habría sobrevivido a la ira de los familiares y amigos que habían conjurado contra mí. Pero lo cierto es que Lázaro, a pesar de resultar alguien esquivo, es un hombre de honor. Creo que su propio pasado, engañado por la mujer que amaba, lo movió a prestarme su ayuda. Hoy ese pasado común nos ha hecho grandes amigos, inseparables, pero presiento que el Peregrino guarda todavía muchos secretos bajo el polvo de aquella minúscula habitación reservada únicamente a él dentro de la alacena. Lázaro es un hombre misterioso en todos los sentidos, incluso en el espiritual. Desde mi primera conversación con él he reanudado nuestras charlas

en varias ocasiones, pero no acierto a dilucidar qué espera encontrar una vez su vida acabe… definitivamente. Si es creyente, lo es de un modo particular, mezcla de sus experiencias, peregrinajes y lecturas de Séneca.

»No puedo reprocharle nada, pues comprendo, rememorando mi pasado, que un hombre puede cambiar de parecer al vivir un acontecimiento de importancia. Yo soy el mejor ejemplo, pues no me considero la misma persona que fui cuando viajé a Salamanca para continuar mi aprendizaje. Allí comenzó esta aventura que no sólo me tuvo a mí como protagonista:

»Lamento la muerte de Beatrice casi a diario. Era una mujer recatada pero inteligente; posiblemente, la mejor esposa que lograr en estos tiempos. Supo hacer lo correcto cuando se presentó la oportunidad, y no merecía morir de una forma tan nefasta, pero creo que su recompensa no se halla aquí, sino en los Cielos. Allí encontrará lo que en la tierra le fue negado. En cuanto a Margarita, querría escribir muchas cosas sobre lo que siento acerca de la mujer que robó una parte de mi espíritu; sólo puedo decir que lo recuperé de la forma menos esperada: en la soledad de mi celda, preso de los berberiscos. En cierto sentido, tengo olvidados muchos de los años que pasé junto a ella procurándole cada uno de sus caprichos. Mi hijo, y la necesidad que tengo por cuidar de su bienestar, además de mi fe, han permitido que no me obsesione el recuerdo de los años en los que fui su esclavo. Pese a todo, en ocasiones aún sueño con su imagen; la de nuestro primer encuentro. Aquella Margarita, inalcanzable en su balcón, no creo que logre borrarla jamás. Pertenece a un momento de inocencia y pureza, libre de toda maldad.

»No obstante, la vida, insisto, tiene curiosos giros. Este diario es la muestra de todo ello, pues no esperaba que volviera a mis manos, y sin embargo lo ha hecho. Yo mismo ni siquiera aguardaba vivir tras el incendio que asoló el convento de las hermanas mercedarias, pues la herida en mi vientre se abrió y temí que no se curase. Lo hizo, sin embargo, y a los pocos días de guardar cama Lázaro me visitó trayendo mis escritos. “Vi cómo se le caían al prior en su huida y sentí curiosidad por ver qué eran. Creo que te pertenecen”, dijo, alargándome el diario. De este modo, gracias al descuido de Jacobo y a su prisa por abandonar el convento, pude volver a hacerme con él y recordar los acontecimientos que me han llevado a este instante. Me alegro de que Jacobo Balius haya sido tan descuidado.

»Por fortuna para él, logró lo que había pretendido durante años. Fue nombrado Maestro General de la orden mercedaria… durante cuatro días. Al quinto, la Inquisición acudió en su busca, acusándole de tratos reprochables. Al parecer, un berberisco llamado Selim ben Ihzmad, muy conocido como capitán de galera, había jurado sobre su

religión que mantenía una relación económica con el prior. Al indagar más, la Inquisición detectó la enorme riqueza que amasaba Jacobo y cómo había conseguido el puesto de Maestro General mediante sobornos. El auto de fe se dispuso de inmediato.

»El acontecimiento alimentó mi curiosidad, especialmente por conocer algo del modo en que se habían llegado a esclarecer los hechos. Lázaro y yo no nos habíamos sentido con fuerzas para atacar a alguien de semejante peso. Sabíamos que nuestras palabras no solo no serían escuchadas, sino que seríamos detenidos; yo por alumbrado, pues la Santa Hermandad no olvidó nunca de qué se me acusaba; él por hereje (no faltaban leyendas que apoyaran esta teoría), de modo que no iniciamos ninguna empresa. Por fortuna, y a pesar de todo, Jacobo fue descubierto, de modo que retrasé mi salida del reino para acudir al auto, pese al riesgo que aquello entrañaba, y satisfacer de este modo mi curiosidad. También esperaba que Selim se encontrara allí. No había vuelto a saber nada de él desde mi evasión, cuando fui testigo de su crimen atroz disparando contra su propio hermano. En el fondo deseaba ver una vez más, desde una perspectiva distinta, el rostro que tanto me había atemorizado.

»Asistí al auto, donde mi primera sorpresa fue la de no encontrar presente a Selim, sino su efigie, que fue quemada. Tiempo después escuché decir que el berberisco había escapado… o lo habían dejado escapar, tal vez gracias a sus declaraciones. Jacobo sí estaba, con las marcas de las torturas todavía visibles. Había confesado todo, y en gran detalle, además de realizar un arrepentimiento público. Nunca supe si lo hizo forzado o de corazón, pues desde que comprendí que él había bautizado a mi hijo con el nombre de Baltasar presentí que Jacobo actuaba movido por la ambición, pero nunca por ser de naturaleza completamente malvada. Su pacto con Margarita fue lo que terminó por perderle. Murió degollado.

»No obstante, nunca he llegado a conocer en detalle qué razón sacó a la luz la verdad. Cierto era que había sido fruto de las confesiones de Selim, pero, ¿quién había movido las mismas? Sólo un hecho confuso me viene al recuerdo cuando pienso en ello, fugaz, pero tan presente que me veo obligado a relatarlo.

»Sucedió que, durante el proceso, encontré un rostro familiar. Cruzó ante mí, cubierto con una capucha, confundido entre los espectadores, y nuestras miradas se encontraron. Entonces tuve un recuerdo lejano: un crepúsculo cubierto de nieve, en el que me encontraba muy enfermo; pasos que se acercaban y un rostro que tomé por el de la muerte… Aquella faz era semejante, y por un momento creí diferenciar en ella rastros de la piel herida por diversas quemaduras. Mas muchas veces he caído en la cuenta de que probablemente esté alimentando mis esperanzas con un imposible. Definitivamente, y

siendo honesto, el autor de la captura, así como la confesión y desaparición de Selim, estarán siempre veladas por el misterio.

El anuncio del vigía lo sacó de las páginas del diario. Anunciaba tierra, tal y como Lázaro había vaticinado. El capitán no tardó en salir de su camarote para otear por la borda. Se colocó junto a Lucas.

—Al fin. Saluda nuestra nueva patria —dijo a Lucas.

—Pensé que el barco era toda la patria que necesitas, que aborreces la vida en tierra, la civilización y las pretensiones de corte.

—Me estoy haciendo mayor, supongo.

El Peregrino soltó una breve risa y regresó a su camarote; Lucas mojó la punta de la pluma en tinta y escribió:

«De este modo, Jacobo recibió la justicia que merecía sin nuestra mediación. ¿De qué nuevas formas volverá a sorprenderme la vida, ahora que estoy embarcado en un nuevo viaje? Puede deshacer mis planes, igual que lo hizo en el pasado, ofreciéndome un rumbo nunca imaginado, pero ahora miro de frente a mi destino. Cuanto sucedió ha forjado un nuevo espíritu en mí. Me siento distinto, no dependiente de nadie, sino dueño de mi vida y del bienestar de mi hijo. Baltasar crecerá en un ambiente distinto, educado en los valores que he descubierto con mi propia experiencia. Pues los años que he pasado me han servido para comprender lo que ya afirmaba el fraile mercedario que tanto me ayudó durante mi cautiverio: si todos buscamos con fidelidad a nuestro Creador, ¿no terminará él dejando que nos acerquemos a su presencia? Quizás el rumbo de nuestros caminos, aunque en senderos diferentes, apunta hacia el mismo lugar. Tal vez, si comprendiéramos que todos sufrimos los mismos anhelos, entenderíamos que, aun perteneciendo a culturas distintas, disfrutamos de un espíritu semejante. Sé que, al igual que yo, Kamal también habría estado de acuerdo en estas cuestiones. Algún día nos reencontraremos y tendré la oportunidad de rogarle que me perdone. Es, posiblemente, la persona más humilde con quien me he cruzado. Por desgracia, él es una excepción en este caos turbulento. Me gustaría soñar con que llegaremos a comprendernos en un futuro, quizá tras centurias de guerra, pero en el presente entramos en batalla por defender los valores de nuestra religión, luchando por las diferencias que nos separan, hasta la muerte si es necesario, y cegados no somos capaces de recordar que, como me afirmara el Peregrino en nuestra primera conversación, todos somos hombres.

Vale.

Año de Nuestro Señor de 1579

Agradecimientos

Este libro ha contado con la ayuda de muchas personas, pero debo agradecer su ayuda a dos buenas amigas en particular:

María Dávila (María Violín, para los cercanos), tuvo la amabilidad y la paciencia de discutir, analizar, traducir y proponer las palabras en árabe que aparecen en la novela.

Iris Zaragoza fue la primera lectora de esta historia. Las tardes que pasó enganchada entre las páginas renovaron mis ánimos, y sus valiosos consejos sobre la trama me ayudaron a mejorar la aventura de Lucas Belmonte.

Como siempre, Karol Sánchez y Javier Santamaría estuvieron dispuestos a leer meticulosamente la novela antes de enviarla a la editorial. Con amigos así, ¿quién necesita correctores?

Gracias, chicos.

Table of Contents

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
Agradecimientos